SOLO SE NECESITA UN PEQUEÑO SECRETO PARA DESTRUIR UNA VIDA

JENNIFER HILLIER

PEQUEÑOS SECRETOS



Su hijo desaparece, su matrimonio estalla
y las mentiras ya no se podrán ocultar.

MOTUS

PEQUEÑOS SECRETOS

Jennifer Hillier

Traducción: Susana Sáenz

MOTUS

Título original: *Little Secrets*
Edición original: St. Martin's Publishing Group
Derechos gestionados por International Editors & Yáñez' Co. Barcelona.
Todos los derechos reservados.

© 2020 Jennifer Hillier

© 2026 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2026 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-84-4

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Capítulo 1
PARTE UNO
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

PARTE DOS
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
PARTE TRES
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
PARTE CUATRO
Capítulo 33
Capítulo 34
Si te ha gustado esta novela...
Jennifer Hillier
Manifiesto Motus

CAPÍTULO 1

El mercado de Pike Place es una trampa para turistas. Las compras de último momento de las vacaciones y un fin de semana agradable y soleado —algo inédito para diciembre— lo han convertido en el distrito más concurrido de esta tarde de sábado en Seattle.

La chaqueta de Sebastian ya está metida en una de las bolsas de compras de Marin, pero él sigue sudando. Su pequeña mano se resbala de la mano de su madre cada vez que él jala tratando de ir en la dirección que desea.

—Mami, quiero una paleta —insiste por segunda vez.

Está cansado, se está poniendo de mal humor y lo que realmente necesita es una siesta. Pero a Marin le falta comprar un regalo. Siempre se ha sentido orgullosa de hacer regalos personales muy bien pensados. A su hijo de cuatro años no le importan para nada las compras de Navidad. Sebastian cree que Santa Claus le traerá todos sus regalos, así que en este momento lo único que le interesa es comer algo dulce.

—Sebas, por favor, dame cinco minutos más —dice su madre, exasperada—. Y entonces te daré tu premio. Pero te debes portar bien. ¿De acuerdo?

Es un trato justo, así que el niño para de quejarse. En el mercado hay una tienda de dulces. La conocen bien, la han visitado muchas veces. Es una tienda decididamente refinada y, si bien venden todo tipo de dulces, es famosa por sus "trufas artesanales de crema de chocolate de origen". La fachada de la tienda está pintada de color azul Tiffany, y el pretencioso nombre, escrito en elegantes letras cursivas doradas, se despliega sobre los escaparates: La Douceur Parisienne. Nada allí dentro cuesta menos de cuatro dólares y la enorme paleta que Sebastian desea —la que tiene el remolino multicolor— vale cinco dólares.

Sí, cinco dólares por una paleta. Marin es consciente de lo absurdo que resulta. En defensa de Sebastian, debe admitir que el niño no sabría que algo así existía si no hubiera sido por las visitas a la tienda a la que lo había llevado en busca de bombones, que, honestamente, eran una locura. Se convence de que no pasa nada por cumplirle un capricho de vez en cuando, y de todas maneras, todo lo que vende La Douceur Parisienne está elaborado con pura

azúcar de caña y miel de origen local. Derek, por su lado, no acepta el razonamiento de su mujer. Cree que está tratando de justificar que el niño se está convirtiendo en un glotón arrogante, igual que su madre. Pero Derek no está allí. Está en algún lugar en la Primera Avenida, disfrutando de una cerveza en un bar deportivo, viendo un partido de baloncesto de los Huskies, mientras Marin termina con las compras con el pequeño de cuatro años a cuestas.

El móvil vibra en el bolsillo de Marin. Hay demasiado ruido en el mercado para oír el teléfono, pero puede sentirlo, y suelta la mano de su hijo para atender. Tal vez sea Derek que ya ha terminado el partido. Mira la pantalla: no es su esposo. Lo último que desea es conversar, pero se trata de Sal. No puede dejar de atenderle.

—Sebas, quédate aquí —le dice a su hijo mientras responde la llamada—. ¡Hola, qué tal? —Sostiene el teléfono entre el hombro y la oreja, pensando en qué genial sería tener unos AirPods para momentos como este; luego recuerda que ella no quiere ser una de esas estúpidas madres que andan por allí con AirPods.

—¿Todo bien? ¿Cómo está tu madre?

Toma nuevamente de la mano a Sebastian, mientras escucha a su viejo amigo que le relata su atareada mañana. La madre de Sal se está recuperando de una cirugía. Alguien choca contra ella, y su bolso y sus compras se le escurren del hombro. Los mira con fastidio mientras siguen su camino sin disculparse. Turistas.

—Mami, deja de hablar. —Sebastian jala de su mano, lloriqueando de nuevo —. Dijiste que paleta. La grande. De colores.

—¿Qué te dije, Sebas? Debes esperar. Tenemos que hacer otras cosas antes. —A su teléfono le dice—: Sal, discúlpame. ¿Puedo llamarte un poco más tarde? Estamos en el mercado y hay un barullo enorme.

Se vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo y le recuerda a Sebastian el trato que hicieron. Estas negociaciones son algo relativamente nuevo entre ellos: empezaron cuando él comenzó a negarse a bañarse unos meses atrás. “Si te bañas, leeremos un libro especial en la cama”, le dijo, y la negociación funcionó como un encantamiento. Terminó siendo ventajosa para ambos. El momento del baño comenzó a marchar mejor y a continuación, con el pelo lavado y perfumado contra su mejilla, ella le leía los cuentos favoritos de su propia infancia. *Jorge el Curioso* y *Buenas noches*, *luna* siempre estaban presentes. El ritual de la hora de dormir es su favorito, pero teme secretamente el día en que

sus abrazos sean rechazados y su hijo prefiera leer solo sus propios libros en la cama.

Por ahora, sin embargo, Sebastian se calma cuando le deja entrever que si lloriquea de nuevo, no recibirá ninguna paleta. Ella tiene tanto calor y está tan cansada como Sebas, y también hambrienta y con déficit de cafeína. El azúcar —y el café— tendrán que esperar. Se encontrarán con Derek en el Starbucks más antiguo del mundo, junto a la tienda de dulces, pero no habrá premios para ninguno de los dos hasta que se terminen las compras.

El último regalo de la lista es para Sadie, la directora del salón de estética de Marin situado en el centro de la ciudad. Está embarazada de seis meses y da señales de que tal vez deje el trabajo para dedicarse de lleno a la maternidad. Si bien Marin respeta la elección de cualquier mujer de hacer lo que crea mejor para ella y su familia, realmente le dolería perderla. Sadie había mencionado que había visto una primera edición del libro de Beatrix Potter, *El cuento del conejito Benjamín*, en la librería de usados en la planta baja del centro comercial. Si todavía la tienen, Marin la comprará para regalársela. Ha sido una empleada muy valiosa durante diez años y se merece algo muy especial. Además, tal vez le recuerde a Sadie cuánto aprecia a su directora —y su trabajo — y elija volver después de la licencia por maternidad.

Sebastian vuelve a jalar de ella, pero Marin sujeta con firmeza su mano y se dirigen hacia la librería donde, para su alivio, le informan que todavía tienen la primera edición de Potter. Agrega a la compra un par de ejemplares de *La tortuga Franklin* mientras paga. Cuando van subiendo al primer piso nuevamente, su teléfono vuelve a vibrar. Esta vez es un mensaje de texto. "Terminó el partido". Es Derek, gracias a Dios. Podrá echarle una mano. "Voy a buscarlos. ¿Dónde están?".

Siente la mano pegajosa de Sebastian que se desliza. No pasa nada, porque necesita las dos manos para responder el mensaje. De todas maneras, su hijo está a su lado, siguiendo por fin el paso acelerado de su madre, con el brazo apoyado contra su pierna mientras se dirigen a buen ritmo hacia la calle donde se encuentra la tienda de dulces. Una promesa es una promesa, a pesar de que debe admitir que la idea de una trufa de chocolate y frutos rojos deshaciéndose en su boca facilita mantener su palabra.

"Vamos a la tienda de dulces —responde—. Luego al Starbucks. ¿Quieres algo?".

"Tacos —le responde su esposo—, me muero de hambre. ¿Mejor nos

encontramos en los *food trucks*?".

Marin hace una mueca. No le gustan nada los tacos del *food truck* ni ninguna comida callejera. La última vez que comió un taco le sentó mal.

"Mejor no —escribe ella—. ¿Por qué no pasamos por Fénix y compramos unos sándwiches de cerdo desmenuzado de camino a casa? Es mejor comida".

"Me MUERO de hambre —responde Derek—. Necesito algo para mantenerme en pie. Y, mi amor, esta noche te doy toda la carne que necesites si te portas bien".

Ella pone los ojos en blanco. Muchas de sus amigas se quejan de que sus esposos ya no flirtean con ellas. El de ella no para de hacerlo.

"De acuerdo. Cómete tu taco grasiento, pero me debes una".

"Genial, porque ya estoy haciendo la cola. —Su respuesta llega con un emoji que guiña un ojo—. Nos vemos. Le compro un churro a Sebas".

Está a punto de vetar la masa frita cuando se da cuenta de que ya no siente a Sebastian junto a su pierna. Levanta la vista del teléfono mientras se acomoda el bolso que se vuelve cada vez más pesado. Mira de nuevo hacia abajo y a su alrededor.

—¿Sebas? ¿Sebastian?

No está en ningún lado. Instintivamente, se detiene de pronto y quien va detrás tropieza con ella.

—Me molesta cuando la gente se detiene de golpe —murmura el hombre a su acompañante, mientras la esquiva con un resoplido de fastidio.

A ella no le importa. No ve a su hijo y siente pánico. Estirando el cuello, trata de ver sobre la multitud de turistas que parecen moverse en bandadas. Sebastian no puede estar lejos. Sus ojos escudriñan el entorno, buscando cualquier señal del niño con su pelo oscuro, tan parecido en color y textura al de ella. Lleva puesto un jersey color café y blanco con un reno, un regalo que le tejió una clienta de muchos años del centro de estética por la que Sebastian siente mucho afecto y que insistió en usar casi todos los días de la semana anterior. Le sienta muy bien, con sus adorables orejitas hechas de piel sintética por encima de los botones que forman los ojos y el hocico.

No puede verlo por ninguna parte. Ningún reno. Ningún Sebastian.

Se abre paso con energía a través de la multitud, girando en distintas direcciones, sintiendo el peso de su bolso, de los abrigos y de las bolsas de las compras.

Grita su nombre.

—¡Sebastian! ¡Sebastian!

Otros visitantes del mercado comienzan a darse cuenta de lo que sucede, pero no hacen más que mirarla y continúan con su camino. El mercado está lleno de gente, y es tan ruidoso que ella casi no puede concentrarse en sus pensamientos. Sin pensarlo, se dirige hacia la pescadería, donde tres fornidos pescaderos enfundados en overoles manchados de sangre bromean entre ellos para la delicia del público reunido que observa cómo se lanzan el salmón fresco como si fuera una pelota.

—¡Sebastian! —Ha llegado al punto máximo del pánico.

El teléfono vibra en su mano. Es Derek con otro mensaje; va a pedir en el *food truck* y quiere saber de una vez si ella desea algo. El texto es absurdamente molesto. Ella no quiere un puto taco. Quiere a su hijo.

—¡Sebastian! —Su voz es un alarido.

Ya no es pánico, está al borde de la histeria y se da cuenta de que la gente comienza a mirarla como si estuviera loca, porque la observa con preocupación y miedo.

Una mujer mayor de cabellos plateados se le acerca.

—¿Puedo ayudarla? ¿Ha perdido a su hijo?

—Sí tiene cuatro años es así de alto tiene el pelo castaño y lleva un jersey con un reno su nombre es Sebastian. —Todo sale como un borbotón, un jadeo entrecortado, y Marin necesita calmarse, respirar, porque la histeria no la va a ayudar.

Probablemente es una tontería haberse asustado tanto. Están en un elegante mercado de productos locales para turistas, con guardias de seguridad, y se acerca la Navidad; sin duda, nadie se lleva a un niño antes de Navidad. Sebastian se debe de haber alejado un poco y en un minuto alguien lo traerá de vuelta, ella se lo agradecerá tímidamente y abrazará al niño con fuerza. Y luego se inclinará para regañarlo y advertirle que siempre debe quedarse a su lado donde pueda verlo, porque si ella no puede verlo, él tampoco puede verla y él comenzará a lloriquear porque siempre se altera cuando ella se altera, sin importar la razón. Luego ella lo llenará de besos y le explicará que siempre debe quedarse a su lado en lugares públicos, porque es importante la seguridad. Lo tranquilizará diciéndole que ya ha pasado, le dará más besos y, por supuesto, le comprará la paleta porque se lo había prometido. Y más tarde, cuando le cuente la historia a Derek en la seguridad de su hogar, con Sebastian bien arropado en su cama y dormido, le dirá a Derek lo aterrada que se sintió

durante esos minutos en que no sabía dónde estaba su hijo. Y entonces sería el turno de su esposo de calmarla y recordarle que todo había salido bien. Porque todo saldrá bien. Porque van a encontrarlo. Por supuesto que lo encontrarán.

Saca el teléfono y llama a Derek. En el instante que su esposo atiende, pierde el control.

—Sebastian se ha ido. —Su voz suena tres veces más fuerte y una octava más aguda de lo normal—. Lo he perdido.

Derek conoce bien los tonos de su voz y reconoce de inmediato que no es una broma.

—¿Qué dices?

—¡No puedo encontrar a Sebastian!

—¿Dónde estás? —le pregunta, y ella mira a su alrededor para darse cuenta de que ha vuelto a desplazarse, más allá de la pescadería. Se encuentra ahora cerca de la entrada principal con el tradicional cartel de luces de neón de "Mercado Público".

—Estoy junto al cerdo —dice ella sabiendo que él entenderá la referencia a la popular escultura.

—No te muevas. Voy para allí.

La mujer mayor que la estaba ayudando se ha multiplicado en tres señoras preocupadas de varias edades, junto a un hombre —el esposo de alguna de ellas — que ha sido enviado a informar a seguridad. Derek aparece unos minutos más tarde, sin aliento porque ha corrido desde el otro extremo del mercado. Mira a su mujer, sin Sebastian, y su expresión se paraliza. Es como si hubiera esperado que la situación se hubiera resuelto para cuando él llegara y que solo tuviera que consolar a una esposa asustada y a un niño lloroso, porque Derek es muy bueno consolando. Pero no hay ningún niño llorando, ninguna esposa aliviada, y se siente incapaz de manejar la situación por el momento.

—¿Qué diablos ha pasado, Marin? —explota su esposo—. ¿Qué has hecho? —La elección de las palabras es poco afortunada: suenan más como una acusación de lo que se proponía.

La voz se le entrecorta, ella se estremece; sabe que esa pregunta la acechará para siempre. ¿Qué ha hecho? Ha perdido a su hijo, eso es lo que ha hecho.

Y ella está dispuesta a cargar con toda la culpa y a disculparse con todo el mundo miles de veces cuando lo encuentren, porque lo van a encontrar, lo tienen que encontrar, y una vez que lo hagan, una vez que haya vuelto y esté a

salvo entre sus brazos, ella se sentirá como una gran estúpida. Ansía con desesperación convertirse en esa estúpida.

—Estaba aquí hace un instante, le solté la mano para poder responder tu mensaje, y un segundo después se había ido. —Ahora está histérica, y la gente ya no se limita a mirar, sino que se detiene ante la escena, ofreciendo ayuda, pidiendo una descripción del niño que se ha alejado de su madre.

Dos empleados de seguridad con uniformes gris oscuro se acercan con el esposo que fue a llamarlos, quien ya les ha explicado que están buscando a un niño pequeño con un jersey con un zorro.

—No es un zorro —replica Marin fastidiada, pero a nadie parece importarle el detalle—. Es un reno. Un jersey con un reno, color café y blanco con botones negros que hacen de ojos…

—¿Tiene alguna foto de su hijo con el jersey puesto? —la interrumpe uno de los guardias de seguridad, y ella contiene el fastidio ante lo tonto de la pregunta.

En primer lugar, ¿cuántos niños de cuatro años puede haber en el mercado en ese momento con un jersey igual a ese? Y segundo, por supuesto que tiene una foto de su hijo, porque es su hijo y su teléfono está repleto de sus fotos.

Toman la foto, la reenvían para que circule. Pero no lo encuentran. Diez minutos después, aparece la policía. Ellos tampoco lo encuentran. Dos horas más tarde, después de que la policía de Seattle ha terminado de revisar todas las grabaciones de las cámaras de seguridad, ella y Derek ven en el monitor de una computadora, atónitos e incrédulos, cómo un pequeño que lleva puesto un jersey con un reno sale del mercado de la mano de alguien cuyo rostro no se puede distinguir. Salen por las puertas que van al aparcamiento del sótano, pero eso no significa que hayan ido al aparcamiento. Su hijo sostiene en la otra mano una paleta con un remolino de colores, exactamente la paleta que su madre le habría comprado de haber tenido la oportunidad de hacerlo. La persona que se lo dio está vestida de Santa Claus de la cabeza a los pies, con botas negras, cejas espesas y una barba blanca. El ángulo de la cámara no permite ver el rostro. Ni siquiera distinguir si es un hombre o una mujer.

Marin no puede procesar lo que está viendo y les pide que lo vuelvan a pasar una y otra vez, aguzando la mirada frente al monitor como si pudiera ver más de lo que allí sucede. La reproducción se entrecorta, más como una secuencia de instantáneas con poca definición que como una grabación de vídeo. Cada vez que vuelve a verlo, el momento en que Sebastian desaparece de la vista es

aún más aterrador. Un segundo está allí, sus pies cruzan el umbral, y luego, en el siguiente fotograma, ha desaparecido.

Allí. Desaparece. Rebobinan. Allí. Desaparece.

Detrás de ella, Derek camina de aquí para allá, hablando acaloradamente con los guardias y la policía, pero ella solo alcanza a captar algunas palabras —"raptado", "robado", "alerta de menores desaparecidos", "FBI"— por encima del ruido de sus gritos internos. Parece como si ella no pudiera aceptar que esto está pasando en realidad. Es como si le sucediera a otra persona. Es algo que pasa en las películas.

Alguien disfrazado de Santa Claus se ha llevado a su hijo. Deliberadamente. A propósito.

Si bien la grabación de seguridad está en blanco y negro y es poco nítida, resulta claro que no se lleva a Sebastian a la fuerza. No parece asustado. Su rostro está calmado porque tiene una paleta de cinco dólares en una mano y a Santa que lo toma de la otra.

Las empleadas que atienden en La Douceur Parisienne revisan la computadora y confirman que han vendido siete paletas ese día, pero no recuerdan a ningún cliente vestido de Santa, y no hay cámaras de seguridad dentro de su pequeña tienda. Solo hay una cámara de circuito cerrado al otro lado de la calle del aparcamiento subterráneo por donde se cree que pasaron Sebastian y su captor, pero debido al ángulo, la cámara solo capta una toma distante de los coches que salen del garaje, y las matrículas no se ven.

Cincuenta y cuatro vehículos salieron en la hora posterior al secuestro de Sebastian, y la policía no puede rastrear ninguno de ellos. La hora registrada en el vídeo muestra que Sebastian y su captor salieron del mercado unos cuatro minutos después de que su madre se diera cuenta de su ausencia. Los guardias de seguridad de Pike Place no habían sido avisados aún. Cuatro minutos. Es todo lo que hizo falta para robar un niño.

Una paleta, un traje de Santa y doscientos cuarenta segundos.

PARTE UNO
QUINCE MESES MÁS TARDE

Dime, ¿estás respirando un poco,
y a eso le llamas vivir?
MARY OLIVER

CAPÍTULO 2

Dicen que si un niño perdido de la edad de Sebastian no es encontrado dentro de las veinticuatro horas siguientes a su desaparición, lo más probable es que nunca aparezca.

Este es el primer pensamiento coherente que tiene Marin Machado cada mañana al despertar. El segundo es si será este el día en que decida acabar con su vida.

A veces los pensamientos se van disipando cuando se levanta y está en la ducha, anulados por el chorro de agua caliente. En ocasiones se disipan cuando termina el café y conduce hacia el trabajo. Pero a veces la acechan durante todo el día, susurrando, como nubarrones amenazantes en el fondo de su mente, una banda sonora que no puede acallar. En esos días, puede parecer normal desde fuera, una persona normal que conversa con otras personas a su alrededor. Internamente, existe otra conversación completamente distinta. Como sucedió la otra mañana, por ejemplo. Marin se presentó en el salón de estética del centro enfundada en un vestido Chanel rosa que había encontrado en el fondo de su armario, todavía dentro de la bolsa de la tintorería. Se veía espléndida cuando entró al trabajo y la recepcionista, una joven rubia con un impecable sentido del estilo, lo notó.

—Buenos día, Marin —le dijo Veronique sonriendo—. Pero qué maravilla ese vestido. Te queda fenomenal.

Marin le sonrió mientras atravesaba la elegante sala de espera hacia su oficina en el fondo del local.

—Gracias, Vero. Me había olvidado de que lo tenía. ¿Cómo va la agenda de hoy?

—Tenemos la agenda llena —dijo Veronique con voz animada, la que todos deberían tener por la mañana.

Marin asintió y volvió a sonreír, dirigiéndose a su oficina, mientras pensaba: "Tal vez hoy sea el día. Tomaré las tijeras de cortar, no las más nuevas que usé para Scarlett Johansson el verano pasado, sino las más viejas que usé con J.Lo hace cinco años, las que me resultan más cómodas de manejar, y me las clavaré

en el cuello, justo donde late el pulso. Lo haré frente al espejo del baño para no fallar. Sí, definitivamente, en el baño; es el lugar más fácil de limpiar, los azulejos son grises, las juntas son negras, las manchas de sangre no se verán".

No lo hizo. Claramente.

Pero lo pensó. Lo piensa. Cada mañana. Muchas noches. Algunas tardes.

Hoy, por suerte, el día se presenta mejor y los pensamientos que la atacaron en cuanto se despertó comienzan a desvanecerse. Se han ido por completo cuando suena el despertador. Enciende la lámpara junto a la cama, asqueada del gusto horrible en la boca por la botella de vino tinto que se tomó la noche anterior. Toma un largo trago de agua del vaso que siempre tiene junto a la cama, y se hace un buche para mojar su boca seca. Luego desconecta el teléfono del cargador. Un mensaje nuevo. "¿Estás viva?".

Es Sal, por supuesto, y el mensaje habitual que envía todas las mañanas si no tiene aún noticias de ella. Para cualquiera, este texto podría ser considerado insensible. Pero es Sal. Hace mucho tiempo que son amigos y comparten el mismo sentido del humor —negro—, y ella agradece que todavía haya una persona en su vida que no se le acerca temerosa y de puntillas para no herir sus preciosos sentimientos. Está convencida de que Sal es la única persona en el mundo que no piensa en secreto que ella es una mierda.

Le responde con los dedos aún adormecidos, los ojos adormecidos, la cabeza como un tambor por la resaca. "Lo justo", le responde. Es su respuesta habitual, breve, pero es todo lo que él necesita. Volverá a verificar cómo está por la noche, a la hora de acostarse. Sal sabe que las mañanas y las noches son los peores momentos para ella, cuando se encuentra menos preparada para enfrentarse a la realidad de lo que es su vida ahora.

A su lado, la cama está vacía. La almohada sin uso y las sábanas estiradas. Derek no durmió allí anoche. De nuevo está fuera de la ciudad en viaje de negocios. No tiene ni idea de cuándo regresará. Él se olvidó de decírselo ayer cuando se fue, y a ella se le olvidó preguntarle.

Pasaron cuatrocientos ochenta y cinco días desde que ella perdió a Sebastian.

Esto significa que han pasado cuatrocientas ochenta y cinco noches en que no ha bañado a su hijo, no le ha puesto sus pijamas limpios, no lo ha arropado en su cama ni le ha leído *Buenas noches, luna*. Ha tenido cuatrocientas ochenta y cinco mañanas de despertarse en una casa silenciosa, sin risas ni pataleos, sin que la llamaran —"¡Mami límpiame la cola!"— desde el baño del vestíbulo,

porque si bien él ya dominaba el control de esfínteres, solo tenía cuatro años, y todavía estaba aprendiendo cómo lavarse.

Cuatrocientos ochenta y cinco días de pesadilla.

El pánico la domina. Se toma un minuto y hace unas respiraciones profundas que el terapeuta le enseñó para sobrellevar esos momentos y poder volver a funcionar. Ya nada parece normal, pero ella se está superando en el arte de fingir. Por lo pronto, le ha perdido el miedo a la gente. Ya hace cuatro meses que volvió al trabajo. La rutina del trabajo le hace bien, la saca de la casa, estructura su día y le da temas para pensar en otra cosa además de Sebastian.

Balancea sus piernas al borde de la cama y siente una fuerte punzada en la sien. Se toma su Lexapro y un complejo vitamínico con el agua tibia que quedó en el vaso y se mete en la tina para darse una ducha a los cinco minutos. Cuarenta y cinco minutos más tarde, sale del baño, vestida, maquillada, con el pelo limpio y peinado. Se siente mejor. No del todo bien —su hijo está desaparecido y todo es por su culpa—, pero existen momentos en los que no tiene la sensación de estar colgando de una cuerda que se va desintegrando rápidamente. Este es uno de esos momentos. Lo contabiliza como una gran victoria.

El día pasa deprisa. Cuatro cortes, un tinte, un *balayage* y una reunión con el equipo a la que asiste, pero que lidera Sadie. Ascendió a Sadie a directora general con un muy buen sueldo cuando tuvo a su bebé, y ahora Sadie maneja el día a día de los tres salones de belleza. Marin no se podía dar el lujo de perder a Sadie antes de que sucediera todo lo de Sebastian; después, solo pensarlo era imposible. Marin necesitaba quedarse en su casa y acusar el golpe, lo que hizo durante un año en que literalmente se derrumbó, hasta que Derek y su terapeuta le sugirieron que era un buen momento para volver al trabajo.

Todavía lo supervisa todo —a fin de cuentas, la compañía pertenece a Marin —, pero ella ha elegido volver al centro de estética para cortar y teñir a un selecto grupo de clientas de muchos años conocidas internamente como las clientas VIP. Todas son extremadamente ricas. Hay varias celebridades y pagan seis mil dólares la hora para que las peine personalmente Marin Machado, del Centro de Estética & Spa Marin Machado.

Porque, hace un tiempo, ella era un personaje. Su trabajo había sido destacado por *Vogue*, *Allure*, *Marie Claire*. Era genial ser Marin Machado. Si ponías su nombre en Google, aparecía junto a fotos de las tres grandes Jennifers —Lopez, Lawrence y Aniston—, todas mujeres con las que ella había

trabajado personalmente. Ahora los artículos sobre su trabajo quedaban en un segundo plano, detrás de las noticias sobre la desaparición de Sebastian. La descomunal búsqueda que terminó en nada. Quejas por el trato especial que ella y Derek recibieron de la policía porque Derek también es un personaje conocido, son una pareja pudiente con contactos, y tenían una amistad con la jefa de la policía (que fue sobredimensionada: conocían vagamente a la mujer de algún evento benéfico), y los rumores de que Marin había tratado de acabar con su vida.

Ahora su historia es como una fábula, como un relato de advertencia.

Fue idea de Sadie que volviera a trabajar en el centro de estética. Peinar le sienta bien a Marin. Es algo que disfruta y no hay otro lugar en el que se sienta más a gusto que detrás de la silla, mezclando colores, tiñendo mechas y cortando el cabello. La peluquería es la mezcla perfecta entre la técnica y la química, y ella es muy buena en esto.

En este momento, Marin atiende a una mujer llamada Aurora, una clienta de años casada con un marino retirado de Seattle. Su cabello castaño se está llenando de canas y ha estado virando hacia el rubio en las últimas visitas. Aurora le está pidiendo que ilumine las mechas alrededor del rostro con un tono rubio platinado, como si fuera decolorado por el sol y el mar, pero su cabello está seco, es fino y ha perdido vitalidad.

Marin decide teñir las mechas con un decolorante de baja graduación mezclado con una crema reparadora. Cuando el pelo de la mujer se aclara hasta quedar del color amarillo de la cáscara del plátano —un proceso que puede llevar de diez a veinticinco minutos, dependiendo de múltiples factores—, Marin enjuaga el cabello, aplica un tinte violeta y lo deja no más de tres minutos para crear ese perfecto rubio platinado que la clienta desea. El proceso es complicado, pero Marin puede controlarlo. Es extremadamente importante para ella hacer cosas con un resultado previsible. En la primera semana de su vuelta al trabajo, se dio cuenta de que debería haber vuelto al centro de estética mucho antes en lugar de pasar tanto tiempo en terapia.

—¿Y? ¿Qué le parece? —le pregunta a Aurora, acomodando algunos mechones antes de rociar su cabeza con un fijador suave.

—¡Perfecto! Como siempre. —Es lo que Aurora suele decir porque ya no sabe en realidad qué decirle a Marin.

En el pasado, Aurora era muy expresiva con respecto a lo que le gustaba y lo que no en su cabello. Pero desde que Marin había vuelto a trabajar, Aurora solo

colmaba de elogios a su estilista. Marin observa a su clienta con atención para detectar cualquier atisbo de descontento, pero parece que la satisfacción de Aurora es genuina, mientras mece su cabeza de un lado al otro para ver los mechones aclarados desde distintos ángulos. Mira a Marin con satisfacción en el espejo.

—Me fascina. Te felicito.

Marin asiente aceptando el elogio, le quita la capa y se dirige hacia el escritorio de recepción, donde Veronique está esperando para cobrarle. Le da un breve abrazo a Aurora y la mujer lo recibe, estrechándola demasiado fuerte.

—Lo estás haciendo muy bien, querida, sigue así —le susurra Aurora, y Marin siente una instantánea claustrofobia. Murmura un gracias como respuesta, aliviada de que la mujer la suelte finalmente.

—¿Te vas? —pregunta la recepcionista unos minutos más tarde cuando ve a Marin salir de su oficina con el abrigo y el bolso.

Marin mira la pantalla de la computadora de la recepcionista para revisar las citas del día siguiente. Solo tres turnos por la tarde, lo cual, después de la sesión de terapia de la mañana, le deja unas horas libres antes del almuerzo para temas administrativos. De hecho, ella no tiene que hacer ninguna tarea de ese tipo, pero no se siente bien dejándole tantas responsabilidades a Sadie.

—Avísale a Sadie que vendré por la mañana —dice Marin revisando su teléfono—. Que pases buena noche, Vero.

Se dirige a su coche, y está poniendo la llave cuando entra un mensaje de Sal. En estos días, él parece ser la única persona que puede arrancarle una sonrisa sin que sienta que está sonriendo por compromiso u obligación.

“Ven al bar —le escribe—. Estoy solo con un grupo de colegiales que no se dan cuenta de que existen otras cervezas además de Budweiser”.

“No puedo —responde ella—. Voy al grupo”.

“De acuerdo —escribe Sal—. Entonces, ven después de que hayas terminado de autoflagelarte. Te echo de menos”.

Se siente tentada de aceptar, porque ella también lo echa de menos, pero después de las sesiones del grupo queda agotada.

“Tal vez —escribe, por no decirle que no—. Sabes cuánto me canso. Te aviso”.

“Me parece bien —escribe él—. Es que he inventado un nuevo cóctel que quiero que pruebes: mojito con un toque de granadina y piña. Lo llamo Hawái 5-0”.

“Suena asqueroso”, responde ella, sonriendo. Él le regala un GIF de un hombre con el dedo medio levantado que la hace reír.

Sal no pregunta si Derek estará esta noche. Nunca lo hace.

El trayecto a SoDo, el barrio de Seattle conocido como South of Downtown, al sur del centro, dura unos quince minutos. Cuando detiene el coche en el aparcamiento del ruinoso centro comercial donde se reúne el grupo, ya se siente triste de nuevo. Eso está bien, porque este es probablemente el único lugar en el mundo entero donde ella puede sentirse todo lo mal que necesite, sin tener que disculparse, sin ser tampoco la persona más desgraciada de ese recinto. Ni siquiera la terapia es así. La terapia es un lugar seguro, sin duda, pero implica un juicio y una expectativa tácita de que debe mejorar.

La reunión de esta noche, por el contrario, no tiene esa pretensión en absoluto. El Grupo de Apoyo para Padres de Hijos Desaparecidos del Gran Seattle es un nombre de fantasía para un puñado de personas unidas por algo terrible en común: todos tienen hijos desaparecidos. Sal describió asistir al grupo como un acto de autoflagelación. No se equivoca. Algunas noches, eso es exactamente lo que es, exactamente lo que ella necesita.

Hace un año, tres meses y veintidós días fue el peor día de su vida, cuando Marin hizo lo peor que podría hacer. No fue culpa de nadie, sino solo suya; no puede culpar a nadie más que a sí misma.

Si no hubiera escrito el mensaje, si no hubiera soltado la mano de Sebastian, si hubieran ido a la tienda de dulces antes, si no lo hubiera arrastrado hasta la librería, si hubiera levantado la vista de su teléfono antes, si, si, si, si…

Su terapeuta le dice que debe dejar de obsesionarse con ese día, que revivir cada segundo una y otra vez en su cabeza como si algún detalle fuera a aparecer mágicamente no la ayuda. Le dice que debe encontrar una forma de procesar lo sucedido y seguir adelante, que hacerlo no significa que se esté olvidando de Sebastian. Sería, en cambio, una forma de llevar una vida productiva a pesar de lo sucedido, a pesar de lo que ella dejó que sucediera, a pesar de lo que hizo.

Marin piensa que todo eso es una mierda. Por eso no quiere verlo más. Todo lo que desea es revivir ese día. Quiere seguir revolviendo el cuchillo en la herida. No quiere que sane porque, si se cura, es que todo ha terminado y que su pequeño se ha perdido para siempre. Le sorprende que nadie lo entienda.

Con excepción de la gente del grupo.

Observa el antiguo cartel amarillo de la pastelería que va virando, descolorido, del mostaza al limón. Siempre está encendido. Si alguien le

hubiera dicho el año pasado que ella iría allí una vez al mes a reunirse con un grupo de personas que no había visto en su vida, no lo hubiera creído. Son muchas las cosas que no habría creído.

Las llaves se deslizan de su mano y logra atajarlas antes de que aterricen en un charco del sucio aparcamiento. Así es como se desarrolla su vida en estos días, ¿no? Una serie de deslices y atajadas, errores y remordimiento, un acto constante de malabarismo, simulando estar bien cuando todo lo que desea es volar en pedazos. Un día, todas las bolas caerán y no solo se romperán. Se harán añicos.

CAPÍTULO 3

El FBI estima que en la actualidad hay más de treinta mil casos activos de desaparición de niños. El número es alarmante y, sin embargo, ser padre de un niño desaparecido es increíblemente alienante. A menos que uno lo haya sufrido, es imposible comprender la tremenda pesadilla de no saber dónde está tu hijo, si está vivo o muerto. Marin necesita estar cerca de personas que llevan esta específica marca del infierno. Necesita un lugar seguro donde poder descargar todos sus miedos para analizarlos y diseccionarlos, sabiendo que todos los demás en la reunión están haciendo lo mismo que ella.

Le pidió a Derek que asistiera a las reuniones del grupo junto a ella, pero no quiso. Hablar de sus sentimientos no es lo suyo y se niega a hablar de Sebastian. Cada vez que alguien menciona a su hijo, él se cierra. Es el equivalente emocional a hacerse el muerto para defenderse; cuanto más se preocupan por el bienestar de Derek, él se inmoviliza, hasta que gana por cansancio y lo dejan solo. Esto es lo que hace con Marin. Especialmente con ella.

Hace poco menos de un año, cuando comenzó a asistir al grupo, tenía siete integrantes. Las reuniones se celebraban en el sótano de la iglesia St. Augustine. El grupo se redujo a cuatro y se ha mudado a la parte de atrás de esta pastelería. Una extraña ubicación, pero es que la dueña de Redondas Tentaciones es la madre de un niño desaparecido.

El nombre Redondas Tentaciones debería ser gracioso, pero Frances Payne no tiene mucho sentido del humor. Una de las primeras cosas que dijo cuando conoció a Marin fue que Redondas Tentaciones no era una pastelería, dado que solo sabían hacer bien dos cosas: café y donas. Llamarla pastelería, insistía, insinuaba un nivel de habilidad culinaria que no tenía. Francis tiene poco más de cincuenta años, pero parece de setenta, con arrugas profundas en su rostro que se asemejan a un mapa en relieve. Su hijo, Thomas, desapareció cuando tenía quince años. Fue a una fiesta una noche, donde eran todos menores de edad bebiendo y drogándose. A la mañana siguiente había desaparecido. Nadie recuerda que se fuera de la fiesta. No dejó ningún rastro. Solo se fue. Frances es

una madre soltera y Thomas era todo lo que tenía. Desapareció hace nueve años.

Lila Figueroa, de treinta y cuatro años, es la integrante más joven. Tiene tres hijos, es higienista dental y está casada con Kyle, un dentista infantil. Juntos tienen dos niños pequeños. El niño desaparecido es Devon, el hijo mayor de Lila, de una relación anterior. Lo recogió en el colegio su padre biológico un día que no tenía la custodia y nunca se supo más nada de él. Esto sucedió tres años atrás, cuando Devon tenía diez. El último lugar donde se lo detectó junto a su padre fue en Santa Fe, Nuevo México. A pesar de que Devon no es una víctima de secuestro a manos de un extraño, el padre es un maltratador, ha dicho Lila. Cuando Devon era un bebé, su padre le quemó a propósito una pierna en la calefacción porque no paraba de llorar. Esa fue la razón por la que Lila tomó a su hijo y abandonó a su esposo.

Simon Polniak es el único padre en el pequeño grupo. Tiene un concesionario Toyota en Woodinville y de vez en cuando lleva algún coche nuevo que está probando. Él y su mujer, Lindsay, solían acudir a las reuniones juntos, pero se divorciaron hace seis meses. Ella se quedó con el perro labradoodle y Simon se quedó con el grupo. Le encanta bromear con que ella sacó el mejor provecho de la negociación. La hija de la pareja, Brianna, tenía trece años cuando fue engañada por un desconocido de internet que simuló ser un chico de dieciséis años llamado Travis y abandonó su casa. La investigación demostró que Travis tenía veintinueve años y trabajaba a media jornada como empleado en un almacén de materiales electrónicos, que todavía vivía con sus padres y, cuando Brianna desapareció, él también se esfumó. Esto sucedió hace cuatro años y no se ha sabido nada de ninguno de los dos.

Cada primer martes de mes, los cuatro se reúnen en una pequeña habitación en la trastienda de Redondas Tentaciones. Ocasionalmente se incorpora alguien nuevo —Frances mantiene una página del grupo en Facebook y hay un aviso en la cartelera, en el boletín y en la página web de la iglesia de St. Augustine, y se puede encontrar al grupo en internet—, pero no siempre se quedan en las reuniones. Las reuniones de grupos de autoayuda, especialmente de este grupo, no son para todos.

Esta noche hay alguien nuevo. Frances la presenta como Jamie, sin apellido, al menos por ahora. Cuando Marin entra a la habitación, resulta claro por el lenguaje corporal de Jamie que, cualquiera que sea su situación, es algo reciente. Tiene los ojos hinchados, las mejillas hundidas, el cabello húmedo de

la ducha que seguramente se obligó a darse antes de salir de su casa. La ropa le cuelga como si hubiera perdido peso recientemente. Es difícil calcular su edad, pero a Marin le parece que está cerca de los cuarenta. Su exclusivo bolso Coach está en el suelo junto a ella, y sus pies calzados con sandalias de Michael Kors se mecen de adelante hacia atrás. Tiene el aspecto del tipo de mujer que normalmente mantendría sus pies cuidados con pedicura, pero no lo ha hecho últimamente. Tiene las uñas largas y sin pintar.

Marin saluda a todos. Antes de sentarse en su silla, elige una dona de coco tostado, mientras intercambia una mirada cómplice con Simon. Siempre resulta interesante ver cuánto durará una persona nueva. Muchos de los nuevos ni siquiera llegan al final de la primera reunión. La realidad de vivir esta vida es demasiado dura.

La culpa es demasiado dura.

—¿Quién quiere comenzar? —pregunta Frances mirándolos a todos.

Jamie baja la cabeza. Lila carraspea y todos se vuelven sutilmente hacia ella, dándole la palabra.

—Kyle y yo no estamos bien.

Lila parece más delgada que la última vez que Marin la vio; tiene las ojeras más pronunciadas. Viste unos jeans y un grueso jersey con una frambuesa gigante de lentejuelas bordada en el frente. Le gusta llevar prendas un poco *kitsch* cuando atiende a los niños en el consultorio dental. No ha tocado su dona glaseada tradicional, pero se está tomando el café con avidez; el lápiz de labios se ha desvanecido dejando al descubierto sus labios resecos.

—No sé cuánto tiempo más podemos aparentar que estamos bien. Discutimos todo el tiempo y las peleas son muy desagradables. Gritos, puñetazos a las paredes, objetos hechos trizas. Él detesta que venga a las reuniones. Dice que estoy obsesionada. —Lila mira a su alrededor, mostrando el cansancio mortal que invade su cuerpo—. Amigos, ¿creen que eso es lo que hacemos aquí? ¿Alimentamos una obsesión?

Claro que eso es lo que hacen. Pero Marin no dice nada porque ninguno de los presentes quiere oír esa verdad.

Simon se está comiendo su segunda dona, y ella cree que engullirá la tercera antes de que termine la reunión. Ha engordado desde que se separó de Lindsay y todo se ha ido a su barriga y a su rostro. Se está dejando crecer la barba para disimular la desaparición de su barbilla. Su pelo es un revoltijo de rizos. Marin

podría proponerle varias estrategias para suavizar esos rulos en su peluquería, pero no tiene ni idea de cómo ofrecerle su ayuda sin parecer pedante.

Sospecha que a todos ella les parece una pretenciosa, y aparecer en la reunión esa noche con el vestido Chanel que usó para trabajar seguramente no ayuda.

—¿Y qué pasa si nos "obsesionamos" con el dolor? —pregunta Simon—. Todo tiene que salir en alguna dirección. Los pensamientos. Las preguntas que uno se hace. ¿Qué se supone que tenemos que hacer con todo eso si no lo traemos aquí? —Le da un último mordisco a su dona y se limpia la mano en sus jeans—. Al final, Lindsay creía que esto no era bueno para ella. Quería dejar de pensar en lo sucedido, dejar de hablar del tema. Decía que a veces se sentía peor después de las reuniones, porque todos ustedes eran un recordatorio de que probablemente no habría un final feliz.

Todos suspiran. Es duro escucharlo, pero Lindsay tiene razón. Eso es lo que sucede con un grupo de apoyo para padres de hijos desaparecidos. Si alguno llegara a ser uno de los pocos y extraños casos cuyo hijo es finalmente encontrado, dejaría de ir al grupo. Vivo o muerto, el hijo dejó de estar desaparecido, por lo que cualquiera que fuera el apoyo que necesitaría, no sería este. No serían ellos. La separación del grupo es algo inevitable y, a la vez, es mutuo. En particular, si el hijo está muerto. Nadie en el grupo quiere escuchar esa historia.

Y si, por un milagro, el hijo está vivo, dejan de venir al grupo porque no quieren que otros padres les recuerden la pesadilla por la que pasaron, esa en la que los padres del grupo todavía siguen inmersos cada día.

El matrimonio de Lila y Kyle ha tenido problemas desde que Marin comenzó a asistir al grupo. ¿Tasa de divorcios de las parejas con hijos desaparecidos? Exorbitantemente alta. Al menos Lila y su esposo todavía discuten. Marin y Derek no lo hacen. Te tiene que importar al menos un poco alguien para que le grites, y a él, tú le tienes que importar un poco para que te responda.

—Pasa mucho tiempo con alguien que conoció en una conferencia de dentistas hace un par de meses —suelta Lila de pronto. Se sonroja y las mejillas se le ponen del color de la frambuesa de su jersey—. Una mujer. Él dice que solo son amigos, pero han tenido citas para beber café y almorzar, y cuando le pregunté si podía conocerla, se puso a la defensiva y dijo que tenía derecho a tener amigos propios. Pero pienso… y creo que me está engañando.

Se hace un silencio en el grupo.

—No…, estoy seguro de que no es así —dice Simon finalmente. Alguien

tiene que decir algo y Simon siempre es el que habla primero porque los silencios muy prolongados lo incomodan.

—Él te quiere, cielo —intercede Frances, pero suena poco convincente.

Jamie no dice nada. Mantiene la mirada fija en el suelo, jugueteando con un mechón húmedo de su cabello.

Se escucha un profundo suspiro y cuando todos se vuelven hacia Marin, se da cuenta de que ha sido ella.

—Tal vez te esté engañando —dice. Simon y Frances la miran indignados. A Marin no le importa. No puede soltar a Lila mentiras y tonterías en las que no cree solo para hacer que se sienta mejor. El hijo de Lila ha desaparecido. Lo menos que pueden hacer es no tratar de disuadirla de lo que ella sabe que sabe —. Conoces a Kyle mejor que nadie. Si tu intuición te dice que te está engañando, no debes ignorarla. Lo siento. No mereces esto.

Una enorme lágrima cae por la mejilla de Lila. Frances le alcanza un pañuelo de papel.

—Me tendría que haber dado cuenta de que algo estaba sucediendo —dice —. Kyle detesta conocer gente nueva. Lo mismo que yo. Ustedes saben bien lo que significa hablar con alguien desconocido.

Todos asienten, incluso Jamie. Ellos lo saben. Los nuevos amigos son lo peor. No conocen tu historia, así que de entrada te ves forzado a elegir. ¿Quieres parecer normal y que tu hijo no ha desaparecido, lo cual resulta agotador? ¿O estás dispuesto a contarles todo lo que sucedió, lo cual también resulta agotador? No hay forma de hacerlo a medias y, hagas lo que hagas, es una mierda.

Lila ha tomado demasiado café; Marin se da cuenta porque no para de balancear nerviosamente su pierna.

—No tengo pruebas. Es mi intuición.

—¿Vas a hablar el tema con él? —El tono de Marin es suave.

—No lo sé. —Lila se mordisquea el dedo como si fuera una mascota jugando con un hueso—. No sé qué hacer. No sé ni siquiera si puedo enfadarme. Hace dos años que no hacemos el amor. Joder, tal vez son tres años; ya ni recuerdo la última vez. Si saco el tema, lo negará. Y tendremos una discusión. Dios, ya no aguanto más peleas.

—Están casados —le dice Frances con firmeza—. Tener sexo con otra persona no es parte del trato, sin importar cuánto hace que no tengan relaciones.

—Sin embargo, los hombres tienen sus necesidades —interviene Simon.

—No seas imbécil. —Frances se acerca y lo golpea en la pierna. Marin se alegra del gesto, porque ella también lo hubiera golpeado.

—Ignóralo —dice Marin a Lila—. Cualesquiera que sean las necesidades de los hombres, no está bien lo que está haciendo Kyle. Pero no te enfrentes a él hasta que te sientas segura.

—¿Y si nunca estoy lista para hacerlo? —Los ojos se le llenan de lágrimas—. ¿Y si quiero enterrar la cabeza en la arena y no enfrentarme al tema? Ya cargo con demasiado peso, ¿saben?

—Si crees que te engaña, deberías dejarlo —dice Frances con sinceridad—. Una vez que engañan, vuelven a hacerlo.

—Pero es que trabajamos juntos. —Las lágrimas corren por sus mejillas, formando surcos en su maquillaje descolorido. Se frota los ojos para secárselas, lo cual lo empeora—. Tenemos dos hijos. No es tan simple, Frances.

—Solo digo que no debes seguir casada con alguien que te engaña. —Frances se cruza de brazos, gesto que suele hacer cuando cree que está en lo cierto—. Estás mejor sola. Sin ofender al querido Simon, pero yo hace mucho tiempo que me las arreglé para vivir sin un hombre.

Sin duda, y menuda vida. Lila y Marin intercambian una mirada; ambas piensan en lo mismo. Frances tiene al grupo de apoyo y la tienda de donas, y eso es todo.

—¿Qué pasa si yo no "me las quiero arreglar"? —Lila vuelve a mordisquearse el dedo—. ¿Y si yo no quiero que nada cambie? ¿Y… si esto es lo mejor que me puede pasar? ¿Y si esto fuera todo lo que merezco?

—No digas tonterías —dice Simon, pero la mirada resignada en su rostro no concuerda con el tono enérgico de su voz.

Frances no tiene más nada que agregar y, francamente, tampoco Marin. Está demasiado cansada como para dar una charla motivacional, y no tiene la energía para convencer a Lila de algo de lo que ni ella misma está convencida. Todos saben exactamente lo que ella quiere decir. Todos en la habitación viven cada día cargando con el peso de lo que hicieron: no protegieron a sus hijos. Como padres, por encima de todo, es la única puta cosa que están obligados a hacer.

Por eso, no, no merecen una buena vida. No si sus hijos no están bien.

—Debes ser más amable contigo misma. —Es lo mejor que se le ocurre decir

a Marin, pero en cuanto pronuncia las palabras se avergüenza. Son tan triviales, tan vacías. Se da cuenta de que podría haber sido más considerada y cuidadosa. Y Lila explota.

—¿Así como tú? —le dice, y Marin parpadea—. ¿Por qué te quedas tú en tu matrimonio de mierda? Derek y tú casi no se hablan. ¿Cuándo fue la última vez que tuvieron sexo? Y tú —dice con rabia volviéndose a Frances—, no estás casada desde hace mil años y las únicas personas con las que hablas somos los que estamos sentados en tu tienda de donas en este momento. No eres precisamente el ejemplo de lo que quisiera que fuera mi vida dentro de veinte años.

—Vamos, Lila —dice Simon tomando otra dona. La tercera, según la cuenta de Marin—. No estás siendo demasiado amable.

—Ah, ¿así que hay que ser amable, como tú dices? —Lila eleva el tono de voz —. ¿A dónde te ha llevado tu amabilidad, Simon? Tu mujer te dejó y tú has engordado diez kilos con todas las donas que te comes aquí. —Se vuelve hacia Jamie, que parece encogerse bajo la mirada de Lila—. ¿Estás segura de querer estar aquí? Porque esta también es tu vida ahora y tienes tiempo todavía de seguir en estado de negación si lo necesitas.

—Basta —dice Marin subiendo la voz.

Una cosa es que Lila la ataque a ella y a Frances. Lo pueden manejar. Simon, por su parte, es mucho más sensible y cuando se pone a llorar —lo que sucederá— es terrible para todos. Una persona nueva nunca debería ser tratada de este modo. Ya lo está pasando muy mal como para sufrir ese maltrato.

—Entiendo que estés enfadada, pero deja de atacar a todos. Estamos de tu lado.

—Es que yo no quiero estar de este lado —dice Lila con voz temblorosa. Sus manos también tiemblan—. No quiero estar aquí, de este lado, con vosotros. ¿No se dan cuenta? No quiero que esta sea mi vida. Y realmente no quiero que seas tú justamente quien me lo diga, Marin, porque si Derek no te está engañando, ya lo hará. Así son los hombres.

—¡Bueno, bueno! —Simon levanta sus manos regordetas y alza la voz. Marin nunca lo había escuchado hablar así—. A ver, señoras, si se calman un poco.

—Por qué no te vas un poco a la mierda con tu "señoras" —dice Frances levantándose. En un minuto va a necesitar fumarse un cigarrillo—. Lila, querida, sopórtalo o no lo soportes si no puedes, pero por amor de Dios, deja de gritarnos. Todo lo que te estoy diciendo es que puedes elegir, ¿de acuerdo? Y

tienes el derecho a hacerlo. Pero quedarte con un hombre que te engaña porque te culpas por la desaparición de tu hijo es castigarte a ti misma y a tus otros hijos. Lo que le sucedió a Devon no es culpa tuya.

—Yo me retrasé en ir a buscarlo. —La voz de Lila se quiebra—. Llegué tarde, y si no hubiera sido así, su padre no habría podido llevárselo y mi hijo estaría en casa conmigo y a salvo.

—Sí, pero de todas maneras, los profesores no deberían haberlo dejado ir. —Frances está nerviosa. Se palpa los bolsillos en busca del paquete de cigarrillos.

Simon termina su tercera dona y se limpia de nuevo los dedos en sus jeans.

—Pero yo llegué tarde —repite Lila—. Llegué tarde y es culpa mía.

—Sí, tú no estabas allí cuando se llevaron a Devon —dice Marin con suavidad—. Yo sí estaba allí cuando se llevaron a Sebastian.

—Sebastian tenía cuatro años, Marin. Los niños pequeños se sueltan de la mano —la consuela Simon con voz cansada—. El noventa y nueve por ciento de las veces que se pierden los encuentran. No fue culpa tuya. Desapareció porque alguien se lo llevó. Un secuestrador lo raptó. —Se vuelve hacia Lila, que llora en silencio—. Y tu ex es un secuestrador también. Pensaste que Devon estaba a salvo en la escuela. Y lo estaba hasta ese día. Que llegaras tarde no cambia nada. Si hubieras llegado a tiempo, su padre lo habría secuestrado en otra ocasión.

Todos se quedan pensando en sus palabras unos segundos. No es nada que no se hayan dicho a sí mismos antes, pero oírlo en voz alta ayuda, al menos por un momento.

Marin observa a Jamie, que ha permanecido impávida ante todo lo que se ha dicho hasta ahora. Se pregunta qué cóctel de antidepresivos estará tomando la recién llegada.

—Hagamos una pausa de diez minutos —anuncia Frances.

Desaparece por la puerta de atrás con el paquete de cigarrillos en la mano antes de que nadie pueda responderle.

Simon se dirige hacia el baño de hombres. Lila, limpiándose la nariz, va directo hacia el de mujeres. Marin también quiere ir al baño, pero solo hay uno y sabe que Lila necesita unos momentos a solas para tranquilizarse. Jamie se pone de pie y se estira, luego se dirige hacia la mesa donde están las donas, revisa las opciones, y elige una rectangular con crema de arce. ¿Será esa su favorita? Marin se pregunta si Jamie se quedará suficiente tiempo en el grupo como para que esa sea su favorita.

Porque este grupo es un desastre. ¿Cómo lo describió Sal?

Ah, sí. Autoflagelación.

Simon tiene razón sobre los secuestradores. Cuando Sebastian tenía apenas tres años, una vez se alejó corriendo en el parque de Wonderland en el fin de semana del 4 de Julio. Después de los cinco minutos más largos de la historia, un desconocido lo llevó caminando hasta ella. Porque el desconocido vio que un pequeño estaba perdido en un parque lleno de gente y se hizo cargo de ayudar al niño a encontrar a su madre. Porque ese desconocido no era ni un secuestrador, ni un pedófilo, ni un asesino.

El desconocido que se llevó a Sebastian, en cambio, era un secuestrador. Ya fuera que el desconocido encontrase a Sebastian dando vueltas solo y decidiese que era una oportunidad para robar a un niño pequeño, o que todo hubiera sido planeado con anticipación, el desconocido era un secuestrador porque no llevó a Sebastian de vuelta. Esa es la diferencia.

Todavía es difícil entenderlo después de casi dieciséis meses. Sebastian solo tenía cuatro años, pero era un niño muy despierto. Tanto Marin como Derek le habían repetido muchas veces lo peligroso que era hablar con desconocidos y que no debía aceptar juguetes, comida ni ningún tipo de regalo de nadie sin consultarlo antes con mami y con papi. Se lo enseñaron en la guardería y también lo hablaron en casa. Pero este era Santa Claus. A los niños se les enseña a querer a Santa Claus, a hablar con él incluso si se sienten intimidados o le temen, a sentarse en su regazo y a decirle lo que quieren para Navidad. Como recompensa les regalan una paleta. Les dan un regalo por confiar en un extraño.

Cuando Lila sale del baño, todavía tiene los ojos enrojecidos e hinchados, pero está más tranquila. Cuando pasa junto a Marin, para ir a buscar más café, le da un apretón cariñoso en el brazo. Es su manera de decir que lo siente. Marin le sonríe, que es su manera de aceptar la disculpa. Conocen los gestos silenciosos de ambas, los hacen todos los meses.

Cuando Marin sale del baño, Frances ya está en su asiento y comienza a hablar de las pesadillas que ha tenido con su hijo Thomas. Las ha mencionado en reuniones anteriores y parece que cada vez son peores. Se despierta en medio de la noche gimiendo y cubierta de sudor, con el estómago hecho un nudo.

—Lo vi la otra noche: era como si la mitad de su rostro estuviera desfigurado a golpes. —Frances tiembla mientras cuenta su sueño—. Uno de sus ojos

colgaba fuera de la órbita y el pómulo estaba en carne viva como si le hubieran arrancado la piel.

—Frances. —Lila intenta interrumpirla cerrando los ojos, pero Simon la hace callar.

Jamie se inclina hacia adelante, escuchando fascinada.

—Y él quería alcanzarme, así que le tomé la mano y estaba muy fría. —El rostro de Frances se contrae de dolor y todos se preocupan porque normalmente es muy estoica y no se derrumba. Casi nunca muestra sus emociones, mucho menos la pena.

—Siento como si…, siento que él está tratando de decirme que está muerto. Y que debo dejarlo ir.

—Frances. —Lila repite su nombre suavemente—. No, Frances.

Y ahí está: están a punto de perder a Frances.

La esperanza se termina después de haberla traído hasta aquí. Es una bendición y a la vez está maldita. A veces es todo lo que tienes. Te mantiene en movimiento cuando no hay nada más a qué aferrarse. Pero la esperanza también puede ser terrible. Continúas deseando, esperando algo que tal vez no suceda nunca. Es como una pared de cristal entre tú y lo que deseas. Puedes ver esa vida que ansías y que no puedes tener: eres un pez dentro de una pecera.

—Hace nueve años que espero. —La voz de Frances suena temblorosa—. No hay ninguna razón para creer que Thomas vaya a volver alguna vez. Tal vez se fue por su propia voluntad. Incluso si pudiera aceptar que fue su elección, no era un chico fuerte. Solo tenía quince años. No tenía experiencia en la calle. No hubiera sobrevivido por sus propios medios.

Frances respira con dificultad. Sus ojos están secos, pero si llorar no se definiera por la presencia de las lágrimas, entonces, sería apropiado decir que Frances está llorando.

—Y él me habría llamado. Me habría avisado que estaba bien. Hoy tendría veinticuatro años. Veinticuatro. En mis sueños todavía tiene quince, nunca creció. No sé cuánto tiempo más puedo…, no sé si puedo…

Lila se levanta de su silla y abraza a Frances antes de que Marin lo haga, rodeando con sus brazos a la mujer que llora sin lágrimas. Marin se acerca y las abraza a las dos. Siente a Simon detrás de ella, pero cuando mira por encima de su hombro, se da cuenta de que no es Simon sino Jamie, la nueva, que llora en silencio lágrimas de dolor y solidaridad. Simon se une a ellas unos instantes después.

Cuando se sueltan del abrazo, Marin y Simon intercambian una mirada. Ella sabe lo que él está pensando. Tendrán que encontrar un nuevo lugar para este estúpido e inútil grupo que pretende ser de apoyo. Cuando termina la reunión, unos minutos más tarde, los cuatro se despiden de Frances y se dirigen hacia afuera. El coche de Jamie está junto al de Marin y las dos accionan el control remoto de apertura al mismo tiempo.

—Terrible, ¿no? —le dice Marin.

La reunión no fue exactamente el ideal de primera experiencia que ella habría deseado para alguien nuevo, y no le sorprendería en absoluto si no volvieran a ver a esa mujer.

—Sí —la voz de Jamie es más suave de lo que ella esperaba, casi infantil—. *Terrible* es la palabra exacta. ¿Pero sabes qué? Me siento mucho mejor. Nos vemos el mes que viene.

Mientras se suben a sus coches, Marin recuerda, y no por primera vez, que con frecuencia el dolor ajeno es lo único que mitiga el propio.

CAPÍTULO 4

El correo de la investigadora privada la detiene en seco. Por unos segundos, Marin no puede moverse, no puede respirar. Acaba de salir de la ducha, tiene el cabello chorreando sobre el mármol del lavabo mientras se inclina, mirando fijamente el nombre de Vanessa Castro en el móvil. No hay nada escrito en el espacio del asunto.

Ella sabe que han pasado siete segundos, porque los cuenta. Cuando llega a cinco, recuerda que Vanessa Castro no le enviaría un correo si tuviera malas noticias. No le diría a Marin que su hijo está muerto por correo electrónico. Cuando llega a siete, respira hondo, abre el correo y lo lee. Son solo dos frases.

Hola, ¿tiene un momento para que nos reunamos hoy por la mañana? Estaré en la oficina a eso de las diez.

¿Quiere reunirse? Oh, Dios. Por muy horrible que sea lo que tiene planeado decirle la investigadora privada, quiere decírselo en persona.

No han establecido ningún protocolo para la forma de revelarle noticias sobre Sebastian cuando llegue el día. Nunca lo hablaron. Lo único que alguna vez dijo Vanessa Castro —muy de pasada, en realidad— fue que si llegaba a tener un dato crucial, llamaría a Marin de inmediato.

Marin responde con las manos temblorosas.

Allí estaré. MM

Cuatrocientos ochenta y seis días. ¿Será hoy el día?

No puede ser. El encuentro es a las diez y solo son las ocho y media. Si la investigadora fuera a decirle a Marin que su hijo está muerto, seguramente no haría esperar a Marin noventa minutos para decírselo.

O tal vez sí. Tal vez así es como se hace. Si su hijo está muerto, ¿qué importa que ella lo sepa ahora o dentro de una hora y media?

Marin se arregla, tratando de ocupar su mente con otros temas. Antes de salir de su habitación, lo ordena todo. Es el día en que limpia Daniela, pero eso no

significa que la mujer deba recoger ropa tirada en el suelo o hacer la cama. No le lleva mucho tiempo; las sábanas están estiradas del lado de Derek. Mientras ahueca la almohada que ya está ahuecada, se le ocurre a Marin que no tiene ni idea de a qué hora de esa noche regresa su esposo del viaje de negocios. En el breve mensaje de texto que mandó la noche anterior, no lo especificó. Y, bueno, ella tampoco le preguntó. Él no sugirió que cenaran juntos. Ella no se ofreció a cocinar.

Así funcionan ellos ahora. Viven vidas paralelas, uno junto al otro la mayor parte del tiempo, pero nunca se encuentran.

Cuando pasa por la puerta de la habitación de Sebastian, pone una mano en la puerta. Solo por un segundo, como hace cada día.

A Daniela no le permite limpiarla.

Le resultó un poco más fácil salir de la cama esta mañana. Siempre duerme bien después del grupo y anoche no bebió nada al llegar a casa. La diferencia en el espejo esta mañana es notable: no tiene los ojos enrojecidos, ni bolsas, no está hinchada. Era un muy buen inicio del día si no hubiera sido por el correo de la investigadora.

Baja las escaleras hacia la cocina para encender la cafetera. La Breville es extraordinaria, puede preparar de todo, desde *capuccinos* a *lattes*, con solo apretar un botón y usando granos recién molidos para cada taza. Sentada en una banqueta en la isla de la cocina mientras se va filtrando el café, revisa la agenda del día. Encuentra un número de teléfono en su lista de contactos y llama. Suena dos veces y salta el buzón de voz, como siempre. Él nunca atiende las llamadas.

—Hola, doctor Chen, soy Marin Machado —dice ella después del pitido. Su voz está ronca porque son sus primeras palabras de la mañana—. Ha surgido algo urgente relacionado con mi hijo, así que no podré llegar a mi sesión. Entiendo que me cobrará por cancelar a última hora, y, por supuesto, estoy de acuerdo. Gracias. —Hace una pausa, mientras se pregunta si debería sugerir volver a concertar la cita, y luego decide que es mejor no hacerlo. Corta la comunicación. Siempre puede volver a llamar más tarde, pero en este momento no está segura de si quiere ver de nuevo al terapeuta.

No es que haya nada malo. Es tranquilo, reconfortante, comprensivo, resulta fácil hablar con él; tiene todas las virtudes que debe tener un terapeuta. Pero la terapia es dura. Tienes que involucrarte, y exige mucho antes de recibir algo a cambio. En la última sesión, las cosas se pusieron tensas.

Marin finalmente le contó al doctor Chen su secreto.

Entró a la sesión con el propósito de revelarlo, una pequeña parte, porque no quería hablar sobre ello. Era algo que nunca se había atrevido a contarle a nadie antes. Pero era más que una confesión; ella estaba probándolo, midiendo su reacción, para ver si él le "permitía" continuar haciéndolo y si trataba de detenerla.

Cuando ella por fin pronunció las palabras en voz alta, el rostro generalmente neutral del doctor Chen mostró una sorpresa que enseguida se convirtió en preocupación. De todas maneras, tardó un largo rato en hablar, y cuando lo hizo, su tono era amable pero firme. Y dijo todas las cosas que Marin sabía que diría. Y tal vez por eso ella decidió contárselo. Para que le dijera que estaba mal. Para que él le dijera que no lo hiciera más.

—Lo que me ha contado, Marin, no la ayuda en nada. —La voz del doctor Chen era mesurada, pero no había duda de la alarma que resonaba por detrás de esa aparente calma. Lo expresaba su lenguaje corporal, que se había vuelto más rígido que un momento antes—. No es sano para usted. De hecho, creo que debería dejar de hacerlo. De inmediato.

—No lo hago todas las noches —dijo Marin—. Ni siquiera todas las semanas. Solo… cuando no puedo dejar de pensar en él. Cuando no puedo dejar de angustiarme.

—Lo entiendo, pero esa no es la forma de solucionarlo. —El doctor Chen se inclinó hacia ella. Solo lo hacía cuando sentía que debía dejar un tema bien claro—. Es algo… totalmente inapropiado. Me preocupa mucho que esa conducta exacerbe sus pensamientos autodestructivos. Por no mencionar —dijo con esa calma exasperante, reclinándose de nuevo sobre su silla— que es ilegal. Puede usted meterse en serios problemas. Podría ser arrestada.

Ella sabía que eso era lo que le diría. Solo necesitaba escucharlo. Se defendió, comenzó a levantar la voz por encima de su tono normal hasta que se acabó el tiempo. La frustración del doctor era obvia. Los terapeutas no son inmunes a las emociones.

Después de dejar el mensaje al doctor Chen, Marin le envió un mensaje a Sadie. "Finalmente no iré esta mañana —escribe—. Discúlpame, sé que te había prometido revisar contigo los contratos de los proveedores".

"No te preocupes —responde Sadie—. ¿Todo bien?".

"No lo sé —escribe Marin, lo cual es cierto—. Me reúno con la investigadora".

Se produce una pausa y Marin observa cómo titilan los tres puntos suspensivos en la pantalla de su móvil mientras Sadie escribe su respuesta. La otra mujer no le hace preguntas, nunca, pero sin dudas presiente que Marin está preocupada. Sadie no solo lleva los salones de belleza de Marin; también es una muy buena amiga. Finalmente aparece su respuesta, breve y cariñosa, como Marin sabía que sería.

"Entendido. Aquí estoy si me necesitas. Beso".

No sabe qué habría hecho sin Sadie. Cuando el FBI les comunicó un mes después de la desaparición de Sebastian que la búsqueda de su hijo se consideraría siempre "en curso", pero que, de momento, no había ninguna pista nueva para continuar (una forma elegante de decir "lo vamos a dejar en segundo plano"), fue como perder al niño otra vez.

Y Marin no pudo soportarlo. En absoluto.

Cuando le dieron el alta del hospital una semana después, lo primero que hizo fue llamar a un investigador privado.

Tenía la tarjeta de Vanessa Castro desde hacía tiempo, un par de semanas al menos. Castro la había dejado en el bol de plástico de la recepción de su local en el centro de la ciudad, adonde había ido para una sesión de pedicura un tiempo antes. Todos los meses, los locales hacen un sorteo entre las clientas con un servicio gratis como premio, pero la tarjeta de Vanessa Castro no había resultado ganadora. Marin solo la vio porque se enganchó la manga en el borde del bol y este se cayó, por lo que las tarjetas se desparramaron por el suelo.

No había nada llamativo en la tarjeta de la investigadora —"Isaac C. Castro" estaba escrito en letras azules en el centro y, más abajo, "Vanessa Castro, investigadora privada" en letra más pequeña—, pero de las dos docenas de tarjetas desparramadas en el suelo fue la única que estaba bocarriba. Tal vez era la única que ella tenía que ver. El universo tiene esas cosas curiosas. Hacía dos semanas que Sebastian estaba desaparecido por entonces.

Marin se guardó la tarjeta en el bolsillo y más tarde, después de que le dieran el alta de la hospitalización psiquiátrica, la llamó.

Castro y su socio son exintegrantes de la Policía de Seattle. Ella se especializa en la búsqueda de niños desaparecidos y se ha ganado una reputación propia porque investiga en lugares donde la policía no podría ni querría. No tiene un estilo convencional, es una francotiradora. Aunque cuida mucho su aspecto exterior, no teme ensuciarse las manos. Sus servicios son increíblemente caros. En la primera reunión, le dijo a Marin que la llamara por su nombre, Vanessa,

pero a ella no le pareció bien: no eran amigas y no se trataba de un *brunch* de domingo.

Marin contrató a la mujer para que encontrara a su hijo. No soportaba vivir con el pensamiento de que nadie lo estaba buscando. Alguien siempre lo tiene que estar buscando.

Si la persona que se llevó a Sebastian era alguien que lo conocía o no fue un tema de discusión entre Marin y la policía, y más tarde con el FBI. No encontraron ninguna prueba que sugiriera que la persona era un amigo o conocido de la familia y citaron las estadísticas de secuestros cometidos por desconocidos como "escasas pero significativas". El disfraz de Santa Claus demostraba la intención de esa persona de secuestrar a un niño —posiblemente cualquier niño de un lugar lleno de gente, concurrido y congestionado—, porque para los niños pequeños no hay nada más representativo de la Navidad que Santa Claus. Incluso un niño que no confía en los adultos puede sentirse atraído por el traje rojo y la barba blanca. En cuanto a la paleta, ella y Sebastian no estaban lejos de la tienda de dulces. Si alguien estaba planeando secuestrarlo, él (o ella) podría haber escuchado su conversación.

Marin no estaba de acuerdo. Si bien puede admitir que Sebastian es un niño muy extrovertido por naturaleza —suele confiar en los adultos—, no habría permitido que lo alejaran de ella sin siquiera mirar hacia atrás. Y ¿cómo supo "Santa" que a Sebastian le gustaba esa paleta en particular? Marin observó la borrosa grabación un millón de veces. Conoce a su hijo más que ninguna otra persona en el mundo. Le encantaba Santa, pero su presencia física lo intimidaba. Se habría girado para asegurarse de que estaba bien alejarse.

A menos que hubiera sido alguien conocido.

Pero todas las personas que tenían relación con ellos habían sido entrevistadas.

Todas. Y cada coartada fue verificada. Todas. Durante el último año, Castro estuvo repitiendo la investigación del FBI, e incluso fue más allá.

En la última reunión de actualización del estado de las averiguaciones, Marin le pidió a Castro que ampliara la búsqueda y que indagara entre los empleados de Derek y los suyos, junto con todas sus clientas. La empresa de Derek da una fiesta de fin de año a principios de diciembre para las familias de los empleados y Marin organiza algo similar en el verano con su barbacoa de agasajo para los clientes. Cualquiera que hubiera asistido a esas fiestas conocería a Sebastian.

Marin quiso que se averiguaran antecedentes de todos los asistentes, así que Castro comenzó con los empleados más próximos de Derek y de Marin.

Se detiene un instante. ¿Y si fuera Sadie quien se llevó a Sebastian? ¿Y si fuera eso lo que la investigadora iba a decirle?

Es la primera vez que un pensamiento semejante cruza por su mente, y Marin suelta una carcajada en la silenciosa cocina. Ridículo. Por supuesto que no es Sadie. Además, la mujer acaba de tener su propio bebé. ¿Por qué habría de querer el de Marin?

Se prepara el café y lo sirve en una taza térmica que tiene el logo del centro de estética grabado en un lateral. Venden esas tazas de tamaño XL pintadas en oro rosa en los tres locales por sesenta y cinco dólares, un precio exorbitante para una taza térmica, pero las clientas las siguen comprando para ellas y como regalo para otras personas. A veces Marin se sirve vino en ella. Pero hoy no.

Sube al coche, preguntándose si debería llamar a Derek, que está en Portland, para anticiparle la posibilidad de que sean malas noticias. A pesar de la distancia emocional entre ellos, no le vendría mal escuchar su voz en este momento, siempre tan tranquilizadora y pragmática. Seguramente le recordaría que Vanessa Castro es una expolicía y una investigadora privada profesional que le hubiera dicho algo enseguida de haber tenido noticias definitivas sobre Sebastian, y que en ningún caso la hubiera hecho esperar para dárselas en persona.

Le encantaría hablar con él, pero no puede. No puede decirle absolutamente nada a Derek.

Nunca le dijo a su esposo que había contratado a una investigadora privada.

CAPÍTULO 5

—¿Qué tal el tráfico? —pregunta Castro cuando Marin llega a la pequeña oficina en Fremont.

Nunca le pregunta cómo se encuentra. Conoce la situación. Parece que ella también acaba de llegar. Todavía tiene puesto el abrigo.

—El puente no estaba tan mal.

Marin se sienta al otro lado del escritorio y nota que algunas cosas han cambiado desde que estuvo allí hace un mes. La pequeña pecera, que solía estar en la estantería baja contra la pared, ahora está en la esquina del escritorio, donde Marin puede verla de cerca. Solo hay un pez en su interior, un pez betta con una colorida cola roja. Ella lo observa yendo y viniendo mientras Castro inicia la sesión en su computadora.

Castro y ella suelen tener reuniones de actualización cada dos meses, pero la verdad es que los encuentros no son nada que no pudiera hacerse por teléfono o por correo electrónico. Sin embargo, Castro parece entender que hablar frente a frente es necesario para el bienestar de la madre del niño desaparecido, y le habla con paciencia y en forma directa a Marin cada vez que se ven.

Para ella, estas reuniones son mejores que la terapia.

—Gracias por venir, y perdón por avisarle con tan poco tiempo. —Castro coloca una pequeña botella de agua frente a ella. Suele ofrecerle café, pero hoy todo parece diferente.

—No hay problema.

Marin observa el rostro de la mujer con atención en busca de alguna pista que le indique si le va a dar malas noticias. Es casi imposible descifrar a Castro. Pero se la ve un poco inquieta.

—Entonces… —Castro hace una pausa—. No se trata de Sebastian.

Marin no era consciente de que estaba conteniendo la respiración hasta que exhala un profundo suspiro. “Gracias a Dios”. Toma la botella de agua, desenrosca el tapón y bebe un largo trago.

—Perdone. —Castro frunce el ceño—. No fue mi intención alarmarla. Debería haberlo aclarado en mi correo.

—Está bien —dice Marin. Nada está bien en realidad, pero por el momento lo único que puede procesar es el alivio—. Entonces, ¿de qué se trata?

—Parece… —Castro vuelve a dudar y aunque Marin ya no está preocupada, no puede imaginar qué es lo que provoca tanta molestia a la investigadora. La mujer es una expolicía de homicidios, por favor—. Parece que su esposo se está viendo con alguien.

¿Qué? Marin vuelve a beber agua mirando fijamente a la otra mujer sin comprender del todo.

—¿Qué quiere decir?

—No estoy segura de cómo están las cosas entre ustedes, pero la última vez que hablamos usted no mencionó nada sobre una separación…

—No estamos separados —la interrumpe Marin.

—Entonces, lamento mucho decirle que su esposo tiene una aventura.

Marin parpadea. Oyó las palabras de la investigadora con claridad y no necesita que se las repita, aunque tal vez necesite que Castro se lo comunique de otro modo. Permanecen sentadas en silencio unos segundos. Marin siente como si esperara el remate final de una broma que no llega.

¿De qué está hablando esta mujer? ¿Una aventura? No puede ser que la haya llamado por esto. No es la razón por la que ha sido contratada.

Como si leyera sus pensamientos, Castro escribe algo en su portátil, y luego gira la pantalla en su dirección para que Marin pueda verla. Es una foto, a todo color, de Derek. Está con otra mujer. La imagen llena toda la pantalla.

Marin la observa con la boca abierta. Su mente parece querer procesar lo que está viendo por partes. Cabello. Ropa. Rostro. Manos. Árbol. Acera. Botas. Sonrisas. Edad. Raza. La mujer que está junto a Derek se parece un poco a Olivia Munn, la actriz que salía con el jugador de fútbol. Pero esta mujer es decididamente más joven; Marin no sabe su edad, pero no tiene más de veinticinco años. Algo en su rostro le resulta familiar, el ángulo de su barbilla, la forma de sus ojos. Pero cuando Marin parpadea y la sensación de *déjà vu* se esfuma, la mujer es una desconocida.

Una desconocida de la mano de su esposo.

Castro hace clic con el mouse y aparece una foto diferente, tomada el mismo día, probablemente unos minutos después.

La desconocida está besando a su esposo. Apasionadamente. En la calle. A plena luz del día.

—Estas son de ayer. En Portland. —La investigadora sí que sabe dar malas

noticias. Su voz es modulada; comprensiva pero neutral. Podría ser una presentadora de los medios de noticias locales, leyendo del teleprompter y contándoles a los televidentes un evento devastador que acaba de suceder en algún lugar del mundo antes de pasarle la palabra a Chuck y Gary de la sección deportes y del pronóstico del tiempo—. Un contacto que tengo me las envió. Lamento que haya tenido que enterarse así.

Derek no está simplemente en viaje de negocios; está en viaje de negocios con su… con su… *amante,* es la primera palabra que le viene a la mente. Novia, amor, destructora de hogares y prostituta, pero, por alguna razón, amante parece encajar mejor. Es más sórdido y más escandaloso; así es como esto le resulta.

"Bueno, ¿qué esperabas?". Una vocecita en su cabeza le susurra y ella la aplasta mentalmente, como si fuera un mosquito que zumba allí dentro. Pero no se calla y sigue susurrando y los susurros son cada vez más fuertes, más persistentes, y si ella no logra calmarse, va a tener un ataque de pánico allí mismo en el medio de la oficina de la investigadora. Castro la observa con una expresión preocupada.

—¿Está usted bien?

Marin no puede hablar. Solo puede asentir, cierra los ojos e inspira profundamente con los dientes apretados. Se aferra a los apoyabrazos de la silla con las manos húmedas mientras las áreas más prácticas de su cerebro luchan por recuperar el control. Lógicamente, ella comprende que está segura. Su corazón no se está partiendo físicamente; el mundo no se está terminando literalmente; las paredes de la habitación no la están encerrando. Castro es una expolicía y con certeza sabe hacer las maniobras de reanimación, llegado el caso.

Marin no se va a morir hoy, aunque tenga esa sensación.

Tiene un Xanax en su bolso, pero la avergonzaría tomarlo. No quiere que nadie sepa que depende de medicamentos para no desmoronarse. Respira profundamente de nuevo, una y otra vez. Después de un momento, el pulso se va normalizando. Abre los ojos. Su mirada se enfoca lentamente en el rostro de la investigadora.

—Qué hijo de puta —logra decir finalmente. Toma la botella de agua—. ¿Está con ella en este momento?

—En realidad, ellos no están juntos en este momento.

—Castro intenta ser amable y profesional a la vez—. Pasaron el día de ayer

juntos y ella toma el tren de regreso de Portland sola hoy por la mañana. Revisé su Instagram y mencionaba algo sobre una clase en la tarde de hoy.

Portland. Tren. Instagram. Clases. Es demasiado. Marin vuelve a cerrar los ojos, como si cerrándolos pudiera eliminar las imágenes que Castro le ha mostrado. No funciona. Ya están marcadas a fuego en su mente.

—¿Es una maestra?

—Es una estudiante de grado. De la escuela de arte.

Marin se estremece.

—Lo siento. —Castro menea la cabeza—. Estoy segura de que esto no ayuda.

—¿Qué edad tiene ella?

—Veinticuatro años.

Veinticuatro y es una artista. Una estudiante, por Dios.

Marin abre los ojos de nuevo. Su mirada se encuentra con la de la investigadora que la mira con profunda compasión, tan genuina que casi la hace llorar.

Pasa un instante y Castro comienza a relatarle cómo ha llegado a este descubrimiento. De acuerdo con las instrucciones de Marin después de su última reunión, había estado investigando a los empleados de Derek, y dos de los que trabajaban en su planta de Portland le habían llamado la atención. Castro le encargó a un contacto en Oregón, un policía que trabajaba en sus días libres como investigador, que hiciera algunas averiguaciones. Se enteró de que ambos empleados tenían antecedentes de arrestos, que ambos habían sido procesados, aunque los cargos habían sido retirados en ambos casos.

—¿Por qué habían sido arrestados? —preguntó Marin tratando de enfocarse en los detalles de la investigación y dejar de pensar en los labios de la otra mujer sobre los de su esposo.

—Uno por una pelea en un bar —dice Castro—. El otro fue acusado de atacar a su vecina.

—¿Vecina?

Un atisbo de sonrisa se dibuja en la boca de Castro.

—Parece que no se llevaban bien. El tema comenzó cuando una vecina lo acusó de robarle sus enanos de cerámica del jardín.

Castro le explica que su contacto en Portland terminó en la puerta del hotel en el que se alojaba Derek, y así fue como por casualidad vio al esposo de Marin saliendo por una puerta lateral con una mujer que sabía que no era

Marin. Con curiosidad, lo siguió un rato. Iban a cenar. A Henry's Tavern, en el Pearl District.

Cuando Castro lo dice, Marin vuelve a estremecerse. Henry's es uno de sus lugares favoritos, y ella y Derek siempre van a cenar allí cuando están en Portland. Preparan una fantástica margarita de mango. También un increíble calamar en tempura, frito y espolvoreado con pimienta molida, sal marina y un alioli de jalapeño, ideal para compartir.

—¿Qué fue lo que llevó a su contacto hasta el hotel?

Marin trata de no imaginar a su esposo dándole de comer trozos del calamar frito a su amante. Seguramente no habría pedido la entrada que ellos siempre pedían.

—Estaba revisando los datos del móvil del empleado, el que había sido arrestado en la pelea del bar —explica Castro—. Y había una llamada de diez minutos desde el hotel Mónaco al móvil del empleado. Se apostó frente al hotel y cuando vio a Derek salir con otra mujer, tomó las fotos y me las envió. Esa pista no llevó a nada. Resulta que el cuñado del empleado había llegado a la ciudad para ver un partido de los Blazers y estaban haciendo planes para encontrarse. El cuñado le hizo la llamada desde su habitación.

Una nueva foto aparece en la pantalla. Ahora están dentro del restaurante. Derek está hablando, haciendo gestos con las manos. Su amante está riendo de lo que sea que él dice. Cada uno tiene un cóctel. Un old fashion para Derek, que es lo que él siempre bebe, y aunque no lo supiera, la rodaja de naranja lo delata. Algo rosado —¿un daiquiri de fresa?— con una sombrilla para su amante.

Están compartiendo el puto calamar.

Lo más sorprendente es lo impactada que se siente Marin ahora que va asimilando la noticia. A pesar de que lo presentía, a pesar de que en algún nivel lo sabía. No es que no hubiera notado ciertas cosas. Derek y ella van a cumplir veinte años de casados, y a pesar de que ella se refugia en el vino la mayoría de las noches, se ha dado cuenta de que las cosas han cambiado. No es solo que no tengan relaciones sexuales o que Derek se haya ausentado por las noches por temas laborales más de lo acostumbrado y por períodos más prolongados. Es que cuando está en casa, existe una distancia emocional entre ellos que se va agrandando, y en este momento es del tamaño de un continente.

—No le escribí anoche porque primero quería investigar con más profundidad —dice Castro—. Supuse que usted tendría más preguntas.

—¿Cuánto tiempo llevan? —Las palabras salen como un ronquido. Marin bebe más agua para humedecerse la garganta seca, y termina la pequeña botella. Castro la tira a la papelera junto a su escritorio y coloca otra llena frente a ella.

—Al menos unos seis meses, por lo que pude averiguar. —Castro está tecleando de nuevo. Seis meses. Seis meses. Eso no es una aventura. Es una relación.

Marin emite un largo suspiro mientras el peso de la información la golpea. ¿Dónde diablos estuvo ella en esos seis meses que no se dio cuenta de nada? Ah, es verdad. Estuvo tratando de soportar la desaparición del hijo que tienen en común. Eso suele mantener a una madre ocupada.

La foto del restaurante desaparece y Marin se prepara para recibir una nueva herida emocional. Pero no es otra imagen. Es una hoja de cálculo. Los datos del móvil de Derek. Castro va pasando rápidamente las páginas donde ella ya ha resaltado cada caso en el que aparece el móvil de la otra mujer, ya sea como llamada entrante o como destinataria. Derek y su amante están en constante comunicación, según parece.

—Seis meses de acuerdo con los datos del teléfono. Podría ser más tiempo, pero debería acceder a esa información de otro modo. Solo pude obtener estos datos porque la cuenta del móvil de él está a su nombre, Marin.

Ella no estaba pensando en preguntarle de qué manera había conseguido estos datos. En su primera reunión el año pasado, las instrucciones que le había dado fueron muy claras. Que investigara hasta debajo de las piedras, que no dejara nada fuera. Que siguiera cada pista sin importar hacia dónde la llevaba o a quién involucraba. Esperaba —más bien exigía— total transparencia. Lo que fuera que la investigadora descubriera ella quería saberlo.

Castro le dijo que podía hacerlo, pero le advirtió que sus métodos eran poco convencionales. Cuanto menos supiera Marin de qué modo hacía las cosas, mejor. Y también le señaló que muchas veces a los clientes no les gustaban las respuestas y que en ocasiones era más fácil vivir con preguntas sin respuestas que con la verdad.

Y esta es la verdad en este momento. El esposo de Marin desde hace casi veinte años ha estado teniendo sexo con una mujer más joven. Durante unos putos seis meses.

Siente la garganta seca como papel de lija y abre la segunda botella de agua.

—Derek solía visitar la planta de Portland una vez al mes. Ahora lo hace cada

semana y con frecuencia se queda varios días. Su empresa tiene entradas para ver a los Blazers —agrega Marin sin mucha convicción, como si eso explicara un poco mejor que él nunca estaba en casa. Y entonces, como es una masoquista, le pregunta—: ¿Hay más fotos?

Castro hace clic con el mouse y otra foto ocupa toda la pantalla. Derek está rodeando con los brazos a la otra mujer. Los dos sonríen y de nuevo Marin tiene la impresión de que la ha visto antes. Eso le sucede con frecuencia, porque con tres centros de estética tiene miles de clientas, en su mayoría mujeres, y tal vez la amante de Derek ha estado en alguno de ellos alguna vez, para un corte de pelo o una manicura. De nuevo la sensación es fugaz y desaparece antes de que ella pueda indagar con más profundidad. Es tal el impacto que Marin no puede procesar los detalles de la apariencia de la mujer. Solo mirarla le da náuseas. No logra observarla el tiempo suficiente como para determinar si es bonita o no, o comprender qué es lo que su esposo ve en ella. Cuando empieza a entenderlo comienzan las náuseas y entonces se fija en Derek. Y cuando lo logra, todo lo que puede ver es la sonrisa de su esposo. La mirada con la que observa a la otra mujer. No ha mirado así a Marin desde hace mucho tiempo.

Cuatrocientos ochenta y seis días para ser exactos.

Las imágenes son claras y a todo color, en alta definición, nada borrosas o en blanco y negro como ella habría supuesto que serían. Nada de esto es lo que ella suponía que sería. En las películas, el investigador privado que informa las malas noticias sobre la esposa infiel es un hombre mayor, cínico y solitario, con un traje arrugado y mal cortado, y las fotos están impresas y dentro de un sobre de papel color café. En la realidad, el investigador privado es una mujer de la misma edad que Marin, muy atractiva con sus jeans oscuros y su chaqueta ajustada. No lleva anillo de casada, pero en estos días eso no significa nada. Castro observa el anillo de Marin, algo que las mujeres hacen con frecuencia. Hace diez años, Derek mejoró el anillo de compromiso original con un diamante de talla Asscher de cinco quilates. Resultaba un tamaño razonable en ese momento —la mayoría de las mujeres de su entorno social tenían diamantes de esas dimensiones o incluso más grandes—, pero aquí, en esta pequeña oficina, con sus paredes pintadas de amarillo y las plantas en las macetas y el pequeño pez en la pecera y las fotos de Derek con otra mujer en la pantalla de la computadora, el anillo parecía una broma. Enorme. Llamativo. Caro. Era lo que Marin quería, ¿no es cierto? ¿Para que todo el mundo supiera

lo bien que les iba, lo afortunados que eran, lo bendecidos —ahora odia esa palabra en particular— que estaban?

Siente deseos de quitarse el anillo y tirarlo a la pecera. Le arden los ojos y parpadea con rapidez para evitar que caigan las lágrimas. Mira fijamente la foto de Derek y su amante; la imagen se vuelve borrosa entre las lágrimas, los colores se mezclan y las formas pierden sentido.

—Tengo que responder a una llamada —dice Castro de pronto. Marin levanta la vista y ve a la investigadora que sostiene el móvil. No lo había oído —. Vuelvo en un minuto.

Sale de la oficina y cierra la puerta. Marin no la oye hablar en la sala de espera, donde hay un escritorio para la recepcionista pero ninguna empleada. Se da cuenta después de unos segundos de que no existe tal llamada. Castro le está dando a su clienta un poco de espacio para que reaccione, para que se desmorone si así lo necesita. Es muy amable de su parte, pero Marin no se va a desmoronar. Al menos no en este momento. Es muy buena a la hora de fingir. Sabe que puede contenerse hasta llegar a su casa, donde puede desahogarse en privado, sin que nadie la vea, con sus píldoras y su botella de vino.

Su pecado tiene que haber sido la arrogancia. Es la única explicación. En particular, después de tener a Sebastian, tras cuatro difíciles intentos de fecundación *in vitro*. Se le había dado demasiado —demasiado dinero, demasiado éxito, demasiado amor de su esposo y su hijo—, así que el universo decidió corregir ese desequilibrio de abundancia quitándole lo que más le importaba. Su hijo.

La insensibilidad comienza a ganarla y se siente agradecida por esa sensación de adormecimiento. Sabe por experiencia propia que los seres humanos solo pueden tolerar el dolor emocional intenso por un tiempo hasta que todo comienza a atenuarse. Es la forma en la que el cuerpo se enfrenta a ello y no es tanto un alivio como un aplazamiento temporal. El dolor volverá. Marin sentirá cada partícula del dolor más tarde, y cuando llegue, lo barrerá con el Xanax y con una botella de cabernet sauvignon antes de que se vuelva insoportable.

La puerta de la oficina se vuelve a abrir.

—Ya estoy de vuelta. —Castro se sienta en su silla. Marin nota por primera vez lo delgada que es. Una talla 36, incluso hasta una 34. Marin nunca ha sido tan delgada. Ni siquiera a los dieciséis años cuando era bulímica.

La investigadora la mira con atención. Marin sabe que tiene buen aspecto, y

se pregunta si la otra mujer la juzga por eso. ¿Es más apropiado que ella se vuelva loca o que procese la información sobre la infidelidad de Derek con total control? Marin quiere agradarle a Castro. Quiere que ella empatice con su caso, pero no que le tenga lástima.

Nunca le ha gustado que la gente sienta lástima por ella, en especial otras mujeres. Sí le importa mucho, por otra parte, que la valoren. Cree que esto proviene de su madre, una mujer muy dura con ella, hasta su muerte.

—Voy a recopilarle toda la información por si quiere volver a verla en su casa. —Castro escribe algo en la computadora—. Acabo de enviárselo.

El móvil de Marin vibra unos segundos. Lo saca del bolsillo para verificar que el archivo se abra correctamente. Lo abre para descargarlo.

—Listo —dice.

—Quiero ser honesta con usted. —Por primera vez desde que se conocieron, Castro se ve molesta—. Cuando recibí estas fotos ayer, no me sentí segura de si debía decírselo. No es para lo que usted me contrató. Y pensé también que tal vez usted ya lo sabía. No quise complicar las cosas aún más. Ya tiene usted suficiente.

—Hizo lo correcto —dice Marin—. Desde el principio fui clara en pedirle que me cuente todo lo que averigüe. No se sienta mal. Prefiero saberlo. No puedo… vivir con más incógnitas.

—De acuerdo —dice Castro—. Eso es lo que pensé.

Nota que la investigadora mira su reloj. Esto debe de ser todo por hoy. Marin termina la segunda botella de agua y toma su abrigo. Siente que se mueve a cámara lenta. Este ataque emocional por sorpresa le ha quitado la energía.

—Algo más antes de que se vaya —dice Castro suavemente—. Este puede ser un buen momento para revaluar nuestros objetivos.

Marin se detiene, con el abrigo sobre el regazo.

—¿Qué quiere decir? Mis objetivos no han cambiado.

—En la última reunión, le dije que estoy repitiendo toda la investigación que la policía realizó hace dieciséis meses. Nadie dentro del círculo social más próximo o más lejano ha resultado sospechoso. He analizado a todos los empleados de Derek, actuales y del pasado, sus contactos de negocios, los empleados de sus centros, sus contactos de negocios, y la lista completa de sus clientas del año anterior a la desaparición de Sebastian. Las grabaciones de la cámara del mercado han sido analizadas exhaustivamente por dos especialistas

forenses de vídeo que contraté en persona. No ha aparecido nada nuevo. Ya ha pasado más de un año sin que surja ninguna pista nueva.

Marin sospecha lo que la investigadora va a decirle y se prepara para el impacto. La Policía de Seattle y el FBI realizaron una búsqueda intensa después de la desaparición de Sebastian. La foto de su hijo se publicó en todas las noticias locales a las pocas horas y el póster con el aviso de niño desaparecido se hizo viral en redes sociales al día siguiente. A los pocos días, el caso captó la atención nacional y generó acusaciones de clasismo y elitismo porque las autoridades parecían estar dándoles a los Machado un tratamiento especial. Pero ni Marin ni Derek podían disculparse por eso, ¿por qué no habrían de usar cada ventaja que tenían? ¿De qué servía tener tanto dinero y amigos poderosos si no podían ayudar en una situación como esta? Estaban desesperados por encontrar a su hijo. Lo mismo que cualquier padre en esa situación.

Castro la observa con atención y Marin hace un esfuerzo por centrarse.

—No quiero hacerle perder su dinero y su tiempo, pero siento que hemos llegado a un lugar donde puedo decirle… —Castro suspira y pone las manos sobre su regazo—. Sé que esto no tiene sentido y es increíblemente doloroso e injusto, pero muchas veces… estos secuestros no tienen nada que ver con lo personal.

Por Dios, Marin detesta cuando la gente dice esto. Es justamente lo mismo que dijo la policía. El doctor Chen también. Pero no facilita nada saber que no fue un motivo personal. No ayuda en absoluto pensar que el niño de cuatro años fue secuestrado solamente porque era el pequeño que estaba más cerca de un psicópata que decidió llevárselo. No le dice nada de esto a Castro. Se mantiene controlada. La investigadora solo está haciendo su trabajo.

—Quedan veinticinco mil dólares de su adelanto sin usar —agrega Castro—. Estoy más que dispuesta a continuar, pero creo que a estas alturas usted tal vez querría considerar…

—No hemos terminado —la interrumpe Marin con energía. La fuerza en la voz de Marin las sorprende a ambas. Ya no tiene seca la garganta. Su voz suena normal, decidida y con la situación bajo control; la "jefa", como dice Sadie—. No estamos ni cerca de haber terminado. Quiero seguir con la investigación.

Sus miradas se encuentran. El rostro de Castro no tiene ninguna expresión, pero Marin puede imaginar que su mente está tratando de leerla. Pero ella no

dice nada y a cada segundo que pasa, el peso de lo que dijo la investigadora es más denso.

—Vanessa —dice Marin, y su voz se quiebra en la última sílaba—. Vanessa, por favor.

Nunca antes había usado el nombre de pila de la investigadora. Castro mira el anillo de Marin de nuevo. Si no está casada ahora, lo estuvo alguna vez. Marin lo presiente. Seguramente tiene hijos. También lo intuye. Las madres reconocen a otras madres —en las líneas del rostro, en su cansancio, en su afán de proteger, en su vulnerabilidad—. Marin se siente tentada de darle a la investigadora su puto anillo si con eso pudiera retenerla.

—Sé que no puede prometer resultados y nunca esperé que lo hiciera. Solo quiero que me prometa que continuará haciendo el mayor esfuerzo. —Marin asume su papel de "jefa" en forma total, hablándole a la investigadora como lo haría a una de sus empleadas, alguien muy valorado pero que tal vez necesitará un poco de motivación—. ¿Qué me puede decir sobre esta aventura? ¿Quién es esta mujer que duerme con mi esposo? ¿Qué es lo que busca? Derek no es una celebridad, pero está en los medios con frecuencia. Los dos lo estamos. Debe de saber quiénes somos y lo que nos ha sucedido. Creo que vale la pena investigarla un poco. —Marin se inclina hacia ella—. Entiendo que no es posible que trabaje cada minuto del día en este caso. Soy consciente de que tiene otros clientes. Pero cada vez que pueda, cada vez que tenga un momento libre, necesito saber que alguien está buscando a mi hijo. Si quiere más dinero, no es problema.

La voz de Marin comienza a temblar y vuelve a su papel de madre; ya no es más la "jefa", ni siquiera una clienta. Detesta escuchar su voz temblorosa y cómo parece que pierde el control, que está suplicando, lo cual es verdad.

—Si realmente siente que ha llegado al límite de sus posibilidades, no tendré otra salida que buscar a alguien y recomenzar. Por favor, no me obligue a hacerlo, Vanessa. Por favor.

Si Castro dice que no, que ya no hay nada más que hacer, Marin siente que no podrá sobrevivir. Cuando la policía dijo el año pasado que habían hecho todo lo que era posible, fue tan devastador como perder a Sebastian en primer lugar.

Ella sabe lo que dicen las estadísticas sobre los niños desaparecidos.

Que la mayoría están muertos horas después de su desaparición. Lo sabe. Si Castro deja de buscar, Sebastian podría estar muerto.

Y si él está muerto, Marin también lo está.

—Voy a seguir buscando mientras usted lo desee Marin. —Es la primera vez que Castro la llama por su nombre de pila. De nuevo siente como si ella leyera su mente y Marin agradece a Dios haberla encontrado. Vanessa Castro es la persona adecuada para esta tarea, tal vez la única persona que puede realizarla —. Se lo prometo, ¿de acuerdo? No dejaré de buscar hasta que usted me lo pida y le prometo que seguirá siendo mi prioridad. No se preocupe por esto. Siempre los seguimos buscando. Estoy con usted.

—Gracias. —El cuerpo de Marin se afloja con alivio. Vuelve a sentir las lágrimas en los ojos, pero no caen.

Se pone de pie, aunque siente que las piernas le tiemblan, e intenta con torpeza ponerse el abrigo. Sabe que llorará cuando llegue al coche y no pasa nada, siempre y cuando no se ponga a llorar aquí. Se despide mentalmente del pez que ondea su vibrante cola una vez más antes de esconderse detrás de una hoja de plástico.

Castro la acompaña fuera de la oficina hacia la recepción. Se estrechan la mano con calidez. La sonrisa de la investigadora es amable. En cualquier otra situación, las mujeres podrían haber sido amigas.

Ella es exactamente el tipo de persona que Marin habría invitado al banquete de Mujeres Emprendedoras; Marin lidera ese comité.

Castro duda, y está claro que le quiere decir algo más. Marin puede irse deprisa o permitir que la otra mujer hable. Decide que sería descortés salir de pronto y hace una pausa en el umbral de la puerta.

—Siento mucho lo de su esposo —dice la investigadora.

Sus palabras, aunque bien intencionadas, le molestan. ¿Por qué habría de disculparse? ¿Por qué hacen eso las mujeres? Castro no le ha dicho nada terrible que ella hubiera hecho, solo está informando lo que averiguó sobre el esposo de su clienta y su amante. Ella no está engañando a Marin. Derek es el infiel. Con una estudiante de veinticuatro años.

Y aun así, Vanessa Castro le pide disculpas. Tal vez solo sean palabras destinadas a consolarla, pero, joder, Marin está muy harta de que las mujeres se sientan culpables de cosas que no han hecho. Está harta de pedir perdón por cosas que no son culpa suya.

No le dice nada a Vanessa Castro. Lo deja para otro día. Marin le da las gracias y se marcha. Cuando llega a la escalera ya está temblando. Cuando llega al coche está gritando por dentro.

Está furiosa. Siente como si la rabia la cubriera cual cera caliente, sellando sus aberturas, endureciéndose como una coraza sobre sus partes blandas, mullidas, vulnerables y desprotegidas.

Le da la bienvenida a la rabia. Hace mucho que no se siente así, y prefiere la rabia a la tristeza. Durante los últimos cuatrocientos ochenta y seis días la tristeza la ha dejado de piedra, la ha debilitado y confundido, la ha hecho conformarse con lo que no quiere y nunca quiso.

La rabia, por el contrario, la ayudará a hacer lo que tenga que hacer.

CAPÍTULO 6

Algo extraño sucede cuando estás atravesando una situación terrible. Es como si tu cuerpo y tu mente se separaran y dejaras de ser una persona completa. Tu cuerpo hace los movimientos de lo que necesitas para sobrevivir —comer, dormir, ir al baño, repetir estas acciones—, mientras que tu cerebro se divide en compartimentos: el de las "cosas que tienes que hacer ahora" y el de las "cosas que dejas para más tarde", cuando te encuentres en un estado normal. Marin ha estado adormecida por tanto tiempo que este fogonazo de ira la sorprende. Es como un miembro que se queda dormido y se despierta de pronto. La sensación de hormigueo molesta un poco, pero también es agradable, porque te recuerda que estás vivo.

Le envía un mensaje a Sadie.

"No iré hoy por la tarde. Necesito un tiempo. No te preocupes, estoy bien".

Sadie le responde de inmediato. Probablemente se muere por saber qué novedades hubo en la reunión con la investigadora, pero no le preguntará; el tranquilizador "estoy bien" es todo lo que necesita por ahora. Sadie es una de las pocas personas en las que Marin se ha permitido confiar.

"Entendido —responde Sadie—, voy preparando todo. Cuídate".

Sadie adjunta una foto de su hija, Abigail, donde tiene puesto el pijama con un elefante rosado que Marin le regaló para su primer cumpleaños el mes pasado. Las fotos de Abigail siempre la hacen sonreír, y ella responde con emojis de corazones.

Por suerte no llueve, así que baja el cristal de las ventanillas e inspira el fresco aire de primavera. Tiene todo el día libre, pero lo que desea es volver a su casa.

La casa en Capitol Hill no es extraordinariamente grande, no es de ningún modo una mansión, pero es impactante, un poco más de trescientos ochenta metros cuadrados en un terreno triangular. Derek y ella compraron la casa para reformar en 2009, después de la peor crisis económica, y se tomaron el tiempo para renovarla totalmente mientras continuaban viviendo en su pequeña casa de dos habitaciones en Queen Anne. En la actualidad, la casa de Capitol Hill vale un poco más de cinco millones. La casa de Queen Anne, que conservaron

y en la actualidad está alquilada, vale poco más de un millón. Nunca hablaron de vender ninguna de las dos, pero es bueno saber qué valor tienen.

Entra en el camino y luego directo hacia el garaje, y accede a la casa a través del vestíbulo lateral que conecta el garaje con la cocina. Cuando vivía Sebastian allí, ese vestíbulo, destinado a dejar zapatos embarrados y abrigos antes de entrar a la casa, era un desastre. Botas, zapatos, juguetes, abrigos y manoplas a las que les faltaba el par estaban siempre desparramados por el suelo, a pesar de que su hijo tenía su cesto y su perchero personal para dejar sus cosas. El cesto está señalado con su nombre. Una de las clientas de Marin —la misma que le tejió el jersey con el reno— había pintado a mano todos los nombres en perfecta cursiva sobre pequeños trozos de madera reciclada como regalo.

—¿Qué dice ahí, mami? —preguntó Sebastian cuando ella colocó su cartel en la pared.

—Es tu nombre. Sebastian —respondió mientras se alejaba un poco para admirarlo.

—Qué letras tan bonitas. —Marin lo alzó y le dio un beso.

—Es para tu lugar especial. Aquí es donde cuelgas tu abrigo y guardas tus cosas, ¿de acuerdo? Nadie más puede guardar sus cosas aquí, solo tú.

El cesto y el perchero ahora están siempre ordenados. Marin acaricia el abrigo de Sebastian cuando entra al vestíbulo, el mismo que llevaba ese día en el mercado, el mismo que él le hizo guardar en su bolso porque tenía calor por la caminata. Nunca quitaron de su perchero el abrigo o las botas de lluvia, otro de los cambios que el terapeuta sugirió que podría considerar.

—Por supuesto que no tiene que deshacerse de nada, Marin —dijo el doctor Chen unos meses atrás. Le habló con suavidad, amablemente—. Pero sería un acto de autoprotección no dejar sus cosas en lugares en que estuvieran a la vista todo el tiempo. Tal vez podría llevar sus botas y su abrigo a la habitación, como para poder verlos cuando lo deseara en lugar de enfrentarse a ellos cada vez que entra en su casa.

—No me enfrento a ellos —porfió Marin, frustrada. Fue por entonces cuando empezó a pensar que ya había tenido suficiente terapia—. Hay un enorme vacío en todos los lugares en los que solía estar mi hijo y no tengo intención de cambiar las cosas de lugar.

No entiende por qué todo el mundo insiste en que siga adelante, cuando todo lo que ella quiere es quedarse donde está.

Marin se descalza y entra en la cocina, que huele fresca y limpia. Cuando

Sebastian estaba en casa, ella cocinaba todos los días. Ahora ya casi no lo hace, y con Derek fuera de casa durante días, no hay necesidad. Echa de menos el desorden hogareño de la vida en familia. Incluso teniendo una asistenta una vez por semana, la casa nunca duraba mucho tiempo ordenada. Los rastros de la existencia de Sebastian estaban por todas partes, todo el tiempo. Las migajas de las galletas debajo de la mesa de la cocina. Leche derramada sobre las sillas del comedor de diario. Piezas de Lego y coches Hot Wheels en las escaleras. Un calcetín sin compañero entre los almohadones del sofá. En el año que había pasado, todas esas cosas habían sido ordenadas, no de una vez, sino poco a poco, a medida que iban apareciendo y ya no había allí ningún Sebastian que las volviese a desordenar. Por eso, no le ha permitido a nadie que toque su armario en ese vestíbulo de entrada o en su habitación. Daniela todavía viene cada viernes, pero ahora termina todo muy rápido.

—Señora Marin, ¿le parece bien que venga cada dos viernes? —le preguntó Daniela tímidamente unos meses después de la desaparición de Sebastian—. No hay tanto que hacer en la casa ahora.

—Prefiero que vengas una vez por semana —le respondió Marin. No quería que la joven perdiera la mitad de los honorarios pactados—. Haz lo que haga falta y no te preocupes si te vas antes en caso de que no haya mucha tarea. De todas maneras, te pagaré el salario completo.

Daniela con frecuencia utiliza auriculares inalámbricos cuando trabaja, para escuchar música, pero a veces habla por teléfono. "Aquí no queda mucho por hacer", la escuchó decir Marin a alguien con quien hablaba mientras limpiaba unas estanterías que no necesitaban ser limpiadas. "Me siento mal aceptando su dinero".

Marin se hace un té en una taza enorme. La lleva al piso de arriba, a la habitación principal, donde se instala en la cama *king-size* y toma su MacBook Air. Igual que el resto de la casa, la habitación ha sido decorada por un profesional, hasta en el color bambú de las sábanas. No es la primera vez que Marin piensa que ella podría ser la típica mujer millonaria de una película romántica de Nancy Meyers. Pero aquí no hay romance y tampoco comedia. Nadie ríe. Está viviendo una tragedia.

Mientras se inicia la computadora portátil, Marin está tentada de navegar en los sitios ilegales que le preocupan al doctor Chen, pero se contiene. Ahora tiene otra tarea que hacer. El archivo que le envió Vanessa Castro contiene en

su mayoría fotos y el extenso informe de las llamadas del móvil de Derek. Castro incluyó una nota en el encabezado de la hoja de cálculo.

> MM: Hay demasiados mensajes de texto enviados entre ellos como para pensar que también puedan estar usando otro tipo de aplicación de mensajes (como WhatsApp o Facebook Messenger). Recomiendo usar un programa llamado Shadow app. Allí verá de inmediato si hay algo que le llame la atención. VC

Marin no necesita buscarlo; sabe lo que es la Shadow app. Una vez surgió el tema en una reunión del grupo y es algo que Simon dijo que le habría gustado que hubiera estado disponible antes de que su hija desapareciera. Es un programa que permite a los padres leer los textos que mandan sus hijos en tiempo real sin que ellos lo sepan. Cada texto que el niño envía y recibe se descarga en la Shadow app del teléfono de los padres. Simon casi tiene un colapso emocional en el grupo cuando se lo contó.

—Si esto hubiera existido entonces, Brianna todavía estaría aquí —dijo con la respiración agitada—. Nos odiaría por espiarla, pero todavía estaría aquí.

Está pensado para los padres porque, para que la aplicación funcione, el móvil que se monitorea tiene que estar a nombre de los padres. Los niños siempre tienen los móviles como extensión del plan de sus padres. Y por eso la aplicación puede funcionar en el caso de Marin.

Cuando se casaron, fue ella quien primero tuvo móvil, porque contaba con ingresos fijos y tarjeta de crédito. Un año más tarde, agregó una línea para Derek, lo que significa que todo este tiempo su número telefónico ha estado en su cuenta. Nunca se le ocurrió a ninguno de los dos cambiarlo porque no había por qué hacerlo. Esto significa que todo este tiempo ella podría haber estado verificando las llamadas de su esposo. ¿Pero por qué habría querido hacerlo? Ni siquiera se molesta en revisar su propia factura, a menos que haya algo que le llame la atención, lo que no sucede nunca porque tienen el abono mensual más alto.

Marin descarga la aplicación y elige una suscripción mensual. La anual resulta más barata, pero no cree que necesite la aplicación más de unas semanas. El resto de la instalación consiste en unos pocos pasos para dar acceso a la aplicación al número de Derek. La aplicación le pregunta si desea replicar todos los mensajes de texto de Derek o solo los de un número específico. Se detiene a considerar esto. El móvil de Derek está activo todo el tiempo por cuestiones de trabajo, igual que el de ella, lo que significa que recibe miles de

textos al mes. Revisa el archivo de Castro y teclea con cuidado solo el número de su amante. Y listo.

Activa las notificaciones y aguarda mientras la aplicación se sincroniza, esperando sin certeza una catarata de antiguos mensajes. Luego recuerda que la aplicación no descarga mensajes enviados antes de la instalación. Es un poco decepcionante. A Marin le habría gustado ver cómo había evolucionado el romance de Derek y su amante. En cambio, tiene que esperar a que entre algo nuevo que, si estuvieron esa mañana juntos en Portland, puede tardar.

El informe de Castro sobre la amante de Derek es más breve de lo que Marin habría esperado, pero tiene sentido, dado que la investigadora se acaba de enterar del romance y no sabía que Marin le pediría que investigara el tema en profundidad. Es básicamente un pantallazo de la vida de la otra mujer. Hay enlaces a su Instagram, Snapchat, Facebook y X, aunque casi no usa los dos últimos. Su dirección, cuando Marin entra a Google Maps, muestra un apartamento en el barrio universitario. Está en mitad de un máster en Bellas Artes, especializada en diseño de mobiliario. Anteriormente estudió en la Escuela de Bellas Artes de Boise, Idaho. Tiene un gato. Comparte el apartamento con un compañero. Trabaja como barista en el Green Bean.

Se llama McKenzie Li.

La fotocopia de su licencia de conducir del estado de Washington confirma que tiene veinticuatro años, mide un metro setenta y pesa sesenta kilos, cabello castaño y ojos color café. La foto de hace dos años no coincide con las fotos de Portland del día anterior. Su cabello actual es de un rosa pálido, del color del algodón de azúcar.

Veinticuatro putos años. Puto cabello rosa. Casi resultaría cómico si no le estuviera sucediendo a Marin.

Hay más fotos que Castro no le enseñó en la oficina. Fotos tomadas a distancia de Derek y McKenzie en el hotel Mónaco la noche anterior, con las cortinas abiertas de par en par como si no les importara en absoluto que alguien los viera.

Su rostro. Ahora que Marin está en su casa sola, sin nadie que observe sus reacciones, puede clavar libremente su mirada en las imágenes y permitirse experimentar lo que siente.

Y lo que siente es odio. Odio en estado puro, sin filtro, cegador. Marin odia a McKenzie Li con cada partícula de energía que le queda y que no ha sido usada para sentirse culpable, triste, deprimida o aterrorizada.

Y, por Dios, qué bien sienta el odio. Le está insuflando vida de un modo insólito para ser una emoción negativa.

A partir de los datos de Derek, es obvio que él y su amante solo hablan por teléfono en los días en que no están físicamente juntos. Hace dos meses, hubo tres días completos en que no tuvieron contacto telefónico entre ellos. Marin revisa en dónde estuvo Derek en ese momento; tienen un calendario familiar que tratan de mantener al día con las agendas de cada uno. Su esposo estuvo en la ciudad de Nueva York esa semana para buscar financiación. Cuatro días completos de reuniones con inversores en Manhattan.

Abre el buscador y mira el Instagram de McKenzie, que es público; no tiene ninguna barrera de privacidad. Pasando docenas y docenas de fotos, Marin encuentra algunas de esa misma semana. Y allí, diluida entre filtros, está la prueba fotográfica del viaje a Nueva York. Fotos de McKenzie delante del Empire State y del Rockefeller Center. Una foto ingeniosamente producida de un chocolate caliente congelado en el restaurante Serendipity 3. Un bolso de Dolce & Gabbana que desea en Bloomingdale's. Una foto en la puerta del Richard Rodgers Theatre, sosteniendo feliz dos entradas para *Hamilton*.

Puto *Hamilton*. Marin nunca fue a ver *Hamilton*.

No hay fotos de Derek y de su amante juntos, pero el último día hay una selfi tomada en el ferry que va a Staten Island. Se la ve a ella sonriendo, con su cabello rosa volando en el viento y la Estatua de la Libertad en el fondo. Un brazo rodea sus hombros, y es sin duda el de un hombre. Las mangas de una camisa azul están arremangadas hasta el codo, el antebrazo está cubierto de una mata de pelo dorado, con un Rolex en la muñeca.

Incluso sin el Rolex —que fue un regalo de cumpleaños de Marin— habría reconocido ese brazo en cualquier parte. Ha sido abrazada por ese brazo, le ha hecho cosquillas, ha dormido sobre ese brazo. Sabe exactamente cómo se siente al tocarlo. Conoce sus músculos, sus venas, qué sensación le provoca el vello contra su mejilla, y conoce el aroma —fresco, animal, masculino— de su piel.

En la foto, él no lleva el anillo de bodas. En la descripción dice: "¡Primer viaje a NYC con el (Dolce & Gabbana) bolso! (Vean lo que hice allí. Jaja). ¡Gracias señora Libertad y a mi BB!". Una abreviatura final, de esas que se usan en las redes: BB.

La foto tiene más de mil *likes* y una docena de comentarios. Todos los seguidores de McKenzie le preguntan lo mismo: "¿Quién es el hombre

misterioso? ¿Quién es tu BB?". Ella solo le responde a una persona sin usar palabras, posteando un emoji con sonrisa y lengua afuera.

Si es posible que la sangre de una persona entre en ebullición, entonces, Marin está hirviendo. Su temperatura sube tanto, con tanta rapidez, que se pregunta si no se trata de un sofoco menopáusico. Pero si bien puede sonar extraño, es bueno saber exactamente quién está tratando de destruir su vida. La persona que se llevó a Sebastian no tiene rostro. Pero la mujer que está tratando de robarle a su esposo sí.

Se escucha una alerta en su teléfono, un sonido desconocido, y se sobresalta un poco. Es la aplicación nueva. Una pequeña señal junto al ícono de la aplicación indica que hay un nuevo mensaje y el corazón de Marin se acelera mientras lo abre, temiendo lo que pueda leer, pero obligada a hacerlo de todas maneras. Agregó a McKenzie a la lista de contactos de la aplicación, así que su nombre aparece en el móvil de Derek. Parece que él ha guardado su contacto con el nombre real.

McKenzie: ¡El tren llegó diez minutos antes así que llegué al trabajo a tiempo! ¡¡Síí!! Superocupada por aquí, lleno de clientes que me vuelven loca. UFFF. Ya te estoy echando de menos. Escríbeme más tarde.

Marin suspira aliviada. No ha sido tan malo. La joven podría haber dicho algo sexual o explícito. Aunque, después de reflexionar, esto tal vez sea peor. El mensaje suena como cualquier intercambio trivial que ella podría enviarle a… un novio.

Marin necesita verla. Sabe exactamente dónde está ubicado el Green Bean, está segura de que en algún momento estuvo allí tomando un *latte*. Podría ir allí ahora mismo. Presentarse a esa zorra. Enfrentarse a ella. Montar una escena. Humillarla delante de sus compañeros de trabajo. Arrancarle sus bonitos ojos.

Es una pésima idea, por supuesto. Marin está cargada de cafeína y con la adrenalina a tope, fogoneada por la rabia. Tal vez este no es el mejor momento para ir a gritarle a la joven amante de su esposo. Va a esperar la llegada de Derek, hablará con él primero, escuchará su versión de la historia, se enterará de qué siente por la chica. Tal vez no es una relación. Tal vez solo se trata de sexo. Los hombres tienen sus necesidades, como dijo el dulce Simon ayer.

Sin ofender, pero a la mierda con Simon.

Ya está en el coche antes de cambiar de idea. Mientras va saliendo del garaje,

entra un mensaje de Sal.

"¿Sigues viva?".

Marin pisa el freno para escribirle una rápida respuesta.

"Más que nunca".

CAPÍTULO 7

Marin ve de reojo el pelo rosa y las largas piernas en cuanto entra, pero en un instante la joven se va, y desaparece en la trastienda, adonde lleva unas bolsas con basura.

El Green Bean Coffee Bar es enorme, más bien un pub que un lugar especializado en café. Como la mayoría de las cafeterías del barrio universitario, está lleno de gente; muchas mesas con estudiantes universitarios, sofisticados profesionales jóvenes y unos cuantos aspirantes a escritores que parece como si se estuvieran cuestionando sus decisiones de vida. Marin sabe que no encaja en este escenario. Sus tacones son demasiado altos, su chaqueta le sienta demasiado bien, su maquillaje es demasiado perfecto. Parece la dueña de un elegante centro de estética que atiende exclusivamente a las celebridades y a las mujeres más ricas, que es exactamente lo que ella es. Pero sabe que tiene muy buen aspecto. Y así es como debe ser. Es la única protección que tiene.

Está tan furiosa como aterrorizada.

El aroma a café le llega a las fosas nasales. Por el equipo de sonido se escucha una especie de música ambiente, algo folk en guitarra y voces de Nirvana y Pearl Jam. Se da cuenta de por qué el lugar es tan popular: es amplio pero cálido. Hay diversos tipos y tamaños de mesas: redondas para seis, una rectangular en la que se pueden sentar hasta doce, cuadradas para cuatro. Un par de sofás y una chimenea de gas cubren la pared frente al mostrador, y en el rincón del fondo hay un pequeño escenario con una silla, un micrófono y un amplificador. Un cartel en la entrada principal anuncia que hay música en vivo las noches de los viernes y sábados. También dice que la galleta especial de ese día es la de avena con pasas de arándanos.

Marin se pone detrás de otras cinco personas en la fila, y esta avanza con tanta lentitud que le permite considerar irse de allí. El corazón se le sale del pecho. Sus manos sudan. No ve a la chica por ninguna parte, pero al acercarse al mostrador, allí está, aparecida de no sabe dónde desde la trastienda por la que desapareció. Ahora es una de las tres baristas que atienden en el mostrador,

moviéndose con agilidad, como una gacela, con su melena rosa que tiene un ondeado natural hasta los hombros y su delantal color café atado a la cintura.

La amante de Derek. Realmente existe.

Después de lo que parece una eternidad, Marin llega al mostrador, esperando a medias que alguien más la atienda. Pero por supuesto no es así. McKenzie le alcanza una galleta al cliente de delante de Marin y se vuelve hacia ella expectante.

A pesar de que Marin lleva tacones altos, McKenzie tiene la altura de una supermodelo y Marin se siente baja y gorda y vieja al mirar el rostro de la joven amante de su esposo. Es muy diferente en persona. En la pantalla de la computadora, se veía como una persona que Marin podía derrotar, cómodamente, sin problemas.

Frente a frente, a Marin le cuesta mirarla a los ojos.

Sus miradas se encuentran y Marin se prepara para el impacto del reconocimiento por parte de la otra mujer, de su mirada de horror, de la incomodidad o de ambas cosas, que sin duda pasarán por su rostro antes de que pueda contenerse.

Pero la expresión de McKenzie Li no cambia. Su sonrisa permanece inmutable. Sus mejillas no se encienden. Mantiene la mirada firme.

—¿Qué le puedo ofrecer? —pregunta ella con voz animada.

Marin abre la boca para hablar. "Quiero que dejes de acostarte con mi esposo. Quiero que te alejes de él o te mataré, maldita puta".

Las palabras no salen. En cambio, se escucha decir en una voz perfectamente agradable:

—Un *latte* doble con leche de soja, vainilla y sin espuma. Y la galleta del día.

McKenzie garabatea unas letras sobre un vaso alto de papel con una fibra dorada. Su letra es artística y natural, con letras enormes que sobrepasan largamente los límites del casillero impreso en un lado del vaso. Ella hace el pedido. Le informa a Marin el total a pagar. Toma el billete de diez dólares que le da Marin, busca el cambio y le da las gracias cuando ella deja todo en el tarro de las propinas. Le alcanza la galleta.

—Su *latte* estará listo al final del mostrador. Que lo disfrute.

Marin da un paso a un lado, tomando la galleta, aún tibia, que está dentro de una bolsa de papel encerado. Cada movimiento la hace sentir más pequeña, más insignificante, inútil. Durante seis meses, esta mujer ha estado acostándose con su esposo. Mientras Marin estaba haciendo su duelo, culpándose,

castigándose y automedicándose con todo tipo de remedios y de alcohol, Derek se estaba automedicando con… ella. Seis meses y ella no tiene ni idea de quién es Marin.

Sus miradas vuelven a encontrarse cuando McKenzie le entrega el *latte* unos minutos después. Todavía sigue sin dar ninguna muestra de reconocimiento y una escena de una de sus películas favoritas, *La princesa prometida*, le viene a la mente. En la película, el Milagroso Max le dice a Íñigo "Yo te voy a curar, ¿estás sufriendo Humperdinck?". E Íñigo le responde: "Toneladas de humillaciones".

La expresión la hacía reír y recuerda la emoción cuando un día vio la película junto a Sebastian; estaba segura de que a él le encantaría cuando fuera mayor y pudiera comprender las bromas. Ahora ya no le resulta nada divertida. "Toneladas de humillaciones": podría ser un buen título para sus futuras memorias. Toma su café y la galleta, va hacia una mesa junto a la ventana y se sienta mirando hacia el mostrador. Abre su computadora, donde las fotos de Instagram de la otra mujer todavía están en la pantalla. La amante de su esposo es un poco menos perfecta en persona. Su pelo rosa, que parece brillante en las fotos, se ve reseco y con las puntas abiertas en la realidad, y Marin nota el centímetro de raíces oscuras que ya le han crecido. Para lograr ese color específico de rosa, le tienen que haber decolorado el pelo naturalmente oscuro a un rubio blanco para agregar luego el rosa pastel, un proceso que deja terribles daños. En su local ofrecen un tratamiento para reparación estructural y restauración del brillo. Si fueran amigas, Marin no habría dudado un instante en traerle una muestra para probar. Pero no son amigas.

Son enemigas. Enemigas mortales.

Para cualquiera que la observe por casualidad, Marin parece una persona como cualquiera, tomando su café, poniéndose al día con su trabajo, buscando cosas en internet. Excepto que no se trata de "cosas". Está mirando las fotos de la otra mujer mientras la otra mujer está justo frente a ella, pero Marin desafía a quien no haya pasado por una situación parecida que se atreva a juzgarla.

Si uno no lo ha vivido, no puede ni siquiera entender lo que se siente.

Todo lo que las notas de Castro no dicen lo expresa la cuenta de Instagram de McKenzie Li. Ella etiqueta todas sus fotos, diciendo al mundo que ella es una #artista, #amantedeloslibros y #amantedelte y que bebe #cervezaartesanal cuando sale con amigos. #BufordTheCat, un animalito de pelaje ralo y despeinado, con orejas enormes y ojos llorosos, aparece al menos una vez por

semana (#adoptemascotasrescatadas). Se saca montones de selfis, en general porque está mostrando su nueva #ropavintage o un #nuevocolorcabelloinspirador, pero está todo bien porque cada una de sus publicaciones está etiquetada como #selfidesvergonzada para que sus seguidores sepan que ella sabe lo narcisistas que son las selfis.

Su hobby favorito es #restaurar muebles antiguos, que ella pinta y vende a través de #FacebookMarket. Adora #maratonear en #Netflix y parece no tener ningún problema en compartir los detalles más prosaicos de su vida con perfectos extraños. Incluso hasta un día en que se despertó #enferma, con los ojos hinchados y rojos, y tenía un aspecto, para ser honestos, terrible, ella estaba #siendoreal. Y a sus seguidores les encantó. Esa foto obtuvo cerca de dos mil *likes*.

Tiene más de cincuenta mil seguidores. A cincuenta mil personas les importan las publicaciones de McKenzie Li. La cuenta de Instagram de los centros de Marin, en comparación, no llega ni a la mitad de seguidores, y el negocio obtuvo una ganancia neta de tres millones de dólares el año pasado.

Ella representa todo lo que le molesta a Marin de la generación más joven.

Todo lo que la mujer hace está documentado en internet, a excepción de su amante casado. La debe de estar carcomiendo no poder hablar sobre él. Pero tal vez la gente no la querría tanto si supiera quién es ella en realidad, ¿no? Hay pistas, aquí y allá, de que hay alguien especial en la vida de McKenzie, pero son solo pistas.

A Marin le encantaría sugerirle algunos hilos para sus publicaciones: #destructoradeahogares, #zorra y #cazafortunas, para empezar. No le apetece comerse la galleta. Bebe un largo trago del *latte*. No puede decir si está bueno porque no siente el sabor. El gusto metálico en su boca no se disipa. Está aprendiendo que la traición sabe a monedas de cobre.

La amante de su esposo está a unos metros de distancia en la máquina de café, reponiendo la crema y la leche y los portaservilletas. El cuerpo de Marin se tensa y contiene la respiración mientras espera a que McKenzie la mire y finalmente se dé cuenta de quién es. Pero la otra mujer ni siquiera mira en su dirección. Como si Marin no estuviera allí. Como si Marin no existiera.

Pero McKenzie existió para ella todo este tiempo. En algún nivel de consciencia, ella lo sabía, pero no quería verlo. La amante de Derek ha estado directamente bajo sus narices durante seis meses. Ella es la razón por la cual él aleja su teléfono cuando está enviando un mensaje, la razón por la que viaja el

doble que antes, la razón por la que Marin casi no tiene noticias suyas cuando está fuera.

Pero vivir en negación es más fácil que enfrentar la verdad. La negación es una pequeña burbuja de seguridad que te protege de los golpes bajos.

Su teléfono vuelve a emitir un sonido y es la aplicación nuevamente. Le va a llevar tiempo acostumbrase. Derek responde finalmente al mensaje de McKenzie y Marin siente una oleada de náuseas cuando lo lee.

Derek: También te echo de menos, bebé. Hoy ha sido un desastre, podría dedicarle un tiempo extra a mi chica esta noche. Vuelvo a Seattle a las 7, hice una reserva en nuestro hotel favorito, si te dan ganas… :)
McKenzie: SÍ!!!!!

La joven sonríe de oreja a oreja. No se dirige a nadie en particular y su obvia felicidad es como un puño que comprime el corazón palpitante de Marin, apretujándolo como un globo. Un apretujón por cada signo de exclamación.

Se supone que Derek llega a casa más tarde hoy por la noche. ¿Entiende McKenzie que él le miente a su mujer para poder estar con ella? ¿Le molesta? ¿Le resulta atractiva esa cualidad en un hombre? Incluso si McKenzie no conoce a Marin, tiene que saber que él está casado. Si alguna vez ha buscado en Google a Derek —¿qué milenial no habría buscado en internet a la persona con la que se acuesta?—, aparecería la bio de su empresa, en la que aparece Marin. ¿Y sabes qué otra cosa habría aparecido?

Los artículos en las noticias sobre su hijo desaparecido. Hace quince meses, fue la historia más comentada en la ciudad. Es imposible buscar en Google el nombre de Derek o de Marin sin ver la foto de Sebastian en el póster de *Missing Children* como resultado.

#mentirosa. #putarompehogares. #zorra.

McKenzie está ahora a unos pasos de distancia, con una cafetera en la mano, conversando con un cliente, uno habitual a juzgar por la forma en que interactúan. Marin se siente tentada de hacerle una foto y mandársela a Derek. No haría falta ninguna descripción. Que la mire y que el corazón le dé un vuelco cuando comprenda que lo que está mirando es lo que está viendo su esposa. ¿No sería estupendo?

Pero no lo hará.

—¿Se lo lleno? —pregunta la joven.

Sobresaltada, Marin cierra su portátil antes de que McKenzie pueda ver que

la pantalla está llena de fotos suyas. Con Marin sentada, la otra mujer parece aún más alta y esbelta. La luz de la ventana ilumina su piel, que es fresca y sin imperfecciones. Tiene unas graciosas pecas sobre la nariz respingona que Marin no notó cuando la vio en el mostrador, y no está maquillada; solo usa un brillo rosado en los labios y algo de máscara en las pestañas. No necesita más que eso. Sus ojos son de un castaño dorado. De forma gatuna. Todo en ella parece vibrante. Exótico.

Ahora está justo frente a Marin, sosteniendo la cafetera con una sonrisa expectante. Marin se siente insípida e invisible como nunca en su vida. Y cuando sus miradas se vuelven a cruzar, queda confirmado. Ella realmente no tiene ni idea de quién es Marin.

—Eh… yo estaba tomando un *latte*.

Marin siente que sus mejillas arden, pero si la otra mujer se da cuenta, no reacciona de ningún modo. Marin desvía la mirada y observa el vaso de papel ya vacío. Solo quedan las migajas de la galleta. Tampoco recuerda haberla terminado, pero al parecer se la comió por el estrés de mirar la cuenta de Instagram de McKenzie.

—No hay problema. Cualquiera que se siente aquí recibe café de cortesía si lo desea. —McKenzie levanta un poco la cafetera—. Está recién hecho. Es la mezcla de la casa, tostado medio. Le gusta a todo el mundo.

Marin acerca su vaso hacia ella. Le tiemblan las manos. No necesita más cafeína, pero no piensa bebérselo.

—Tal vez solo un poco.

La joven no parece darse cuenta de la incomodidad de Marin mientras le sirve, y su alegría resulta absurda y ofensiva. Porque Marin sabe por qué está de tan buen humor. Sabe cuáles son los planes de la otra mujer para más tarde.

Sabe que McKenzie está pensando en Derek.

Marin quiere levantarse de un salto, tomar la cafetera y arrojársela a ella. Quiere escucharla gritar de dolor mientras el líquido caliente quema su linda piel. Quiere arañar su rostro, rasguñar sus ojos, arrancarle el pelo, para que la amante de su esposo se vuelva tan fea por fuera como por dentro. Quiere destruir su vida como ella está destruyendo la de Marin.

"Te odio. Te odio tanto".

Por supuesto, no hace nada de esto. Se queda sentada, paciente y tranquila.

—Qué bonito anillo. —McKenzie sonríe al ver la mano de Marin—. Si alguna vez me casara, me encantaría tener uno como ese.

Esto ya es demasiado. Marin siente que la rabia aumenta. Necesita cada gramo de su voluntad para no pegarle a la joven en su rostro sonriente y feliz.

"Zorra rompehogares aléjate de mi esposo puta perra maldita voy a matarte te quitaré la maldita cafetera y te la arrojaré encima y te cortaré el rostro con los cristales…".

Pero los pensamientos no son más que eso, y cuando pasan, McKenzie ya se ha ido con la cafetera, con el suave vaivén de sus estrechas caderas. Para agredirla, Marin tendría que correr tras de ella, y sabe que nunca lo haría. Ella no es así, porque es demasiado correcta, demasiado educada, y la vergüenza pública de la amante de su esposo sería una vergüenza pública para ella también.

"Toneladas de humillaciones".

La aplicación vuelve a sonar. McKenzie le acaba de mandar una foto a Derek. Es muy pequeña y difícil de ver, pero es claramente una persona. Marin contiene la respiración, preguntándose si de alguna manera McKenzie le ha enviado a Derek una foto de su mujer, del mismo modo en que ella casi le envía una foto de su amante.

Pero no es una foto de Marin. Es un selfi y McKenzie está desnuda. Total y completamente desnuda, expuesta de la cabeza a las rodillas.

McKenzie: "La hice esta mañana antes de irme. Un adelanto de lo que está por venir…".

Marin hace clic en la foto para agrandarla.

McKenzie está recién salida de la ducha. El espejo está empañado; solo queda limpio un espacio que refleja su estómago plano y su ombligo. Sobresalen sus pezones rosados y un tatuaje de una flor que recorre un lado de su cuerpo desde el pecho hasta la cadera.

Marin no se había dado cuenta de que tenía un tatuaje; o no la había visto con atención o es que la otra mujer no lo enseña en sus fotos de Instagram. Y, excepto en su cabeza, no tiene pelo en ninguna otra parte. Las dos esperan que Derek responda.

McKenzie está dando vueltas cerca de la máquina de hacer capuchinos con el móvil en la mano, hasta que un cliente se acerca y ella tiene que guardar su teléfono.

¿Selfis desnuda? ¿De verdad? ¿Las almacena en su móvil para mandarlas en los momentos oportunos?

#teodio.

Suena la aplicación. McKenzie todavía está atendiendo al cliente y no puede mirar su teléfono, así que Marin lee la respuesta de su esposo a su amante antes de que ella lo haga.

Derek: Voy a lamer cada centímetro de tu cuerpo.

Marin va a matarla.

CAPÍTULO 8

—Conozco un tipo —le dice Sal unas horas más tarde—. Es un "solucionador de problemas", carísimo, pero no dejará ni un rastro de los cuerpos cuando termine su tarea. ¿Quieres su contacto?

Sal Palermo no sabe con certeza si Marin está bromeando, pero ya se ha puesto de su lado. La comprende. A juzgar por las apariencias, parece que no tienen nada en común. Él es un exconvicto, vendedor de drogas de a ratos (siempre tiene Oxy y Vicodin y puede conseguir diferentes tipos de marihuana al instante) y oscuro dueño de un bar. Hace mucho tiempo salieron juntos, durante un año, en la universidad. Después de dos décadas, todavía son grandes amigos. Él es el hombre al que siempre ha querido, pero nunca ha estado enamorada de él; nunca tuvo intención de romper su corazón cuando tenían veintiún años.

—Estoy bromeando —dice ella.

—Yo no —dice él, y por primera vez en lo que parece una eternidad, ella suelta una carcajada.

Marin le acerca su copa vacía. Estuvo llena de un amaretto sour, y ahora quiere que se la vuelva a llenar. Es el mismo cóctel que ella y Sal bebían cuando salían juntos. Solo lo bebe ahora cuando Sal lo prepara para ella, allí, en su bar. El resto del tiempo bebe vino tinto.

—Otro —le dice ella.

El Sal's Bar —porque así es el nombre que él le puso— es un tugurio oscuro. Está situado cerca del estadio de fútbol y es popular por dos razones: cerveza barata las noches que hay partidos (de ninguna manera) y las papas fritas con ajo y parmesano (con mucho ajo, por favor). Antes se llamaba El patio de Fred, y cuando estaban en la universidad todos iban allí a beber los fines de semana, porque el viejo Fred los trataba como si estuvieran en el patio de su casa —nunca les pedía identificación—. Y entonces Fred murió súbitamente de un ataque al corazón durante un partido del domingo por la noche.

El padre de Sal murió tres meses después, y por entonces el bar estaba en decadencia, mal manejado por los hijos de Fred, e iba perdiendo sus clientes

con rapidez. A petición de Sal, Marin y un grupo de amigos lo llevaron al bar después del funeral, y luego de varios chupitos de tequila y unas rondas de cerveza Coors Lite, Sal se acercó a los hijos y les ofreció comprarles el bar. No tomaron su oferta en serio, molestos con la arrogante embriaguez del universitario y sus amigos ruidosos. Sal explicó que había heredado suficiente dinero para comprarlo directamente, en efectivo. Dejó la universidad una vez que se firmaron los papeles y a nadie le sorprendió; las calificaciones de Sal eran mediocres, para ser generosos, y lo que más le molestaba, incluso más que su padre, eran los estudios. Sal padre, un bodeguero que había estudiado en Italia para trabajar con su padre, habría odiado que su único hijo hubiera dejado el trabajo en la bodega familiar para comprarse un bar en la ciudad.

Lo habría detestado.

En su momento, fue algo bastante revolucionario que un chico de veintiún años que había abandonado la universidad comprara el bar en el que se emborrachaba después de los exámenes, pero, mirando hacia atrás, no fue menos revolucionario que Marin se casara con Derek inmediatamente después de su graduación. Es más fácil tomar decisiones espontáneas, de esas que cambian la vida, cuando eres joven y audaz y no tienes nada que perder. Por suerte, Sal resultó ser un buen propietario y gerente, y, en un barrio en el que los bares y restaurantes aparecen y desaparecen, el Sal's Bar continúa allí y sigue dando ganancias.

Marin y Sal estaban técnicamente juntos cuando él compró el bar y ella se opuso tenazmente a la decisión. Le parecía que era una más de las ideas descabelladas de Sal, y estaba convencida de que él debía terminar sus estudios. Discutían mucho por este tema, pero la verdad es que discutían todo el tiempo. Hubo muchas discusiones y mucho sexo en su relación. El sexo, por lo que recuerda Marin, era estupendo. Las peleas, no tanto.

Están mejor como amigos.

—Si la matara, ¿crees que me iría bien en la prisión? —le pregunta a Sal—. Yo creo que sí. Soy dura y mandona. Seguramente terminaría manejando el lugar. —Se bebe el segundo cóctel más rápido que el primero y golpea un lado de la copa con el dedo—. Dame otro.

Sal la observa y ella se da cuenta de que él no aprueba la forma en que está actuando y la velocidad con la que está bebiendo. La ha visto así antes —fuera de control, a punto de desmoronarse—, pero nunca en público. Se está poniendo nervioso.

—No voy a ir conduciendo a casa —le dice poniendo los ojos en blanco—. Cálmate.

De hecho, eso fue lo primero que le dijo cuando llegó al bar: que se volvería a casa en un Uber y que necesitaba un cóctel, o más bien cinco. Sal, sin creer que algo iba realmente mal, le preguntó si su coche estaba en el taller. Era una pregunta apropiada. Derek le había comprado un Porsche Cayenne turbo para su cumpleaños tres años atrás y ha estado en el taller más veces de lo que ella ha estado en el médico. Tiene con el coche una relación de amor-odio. Se volvió loca de entusiasmo cuando abrió la puerta de su casa la mañana que cumplía cuarenta años y lo vio aparcado en la entrada, en el ángulo que causaba mayor impacto, tan metalizado, blanco y reluciente, envuelto en un gigantesco lazo rojo.

Varios vecinos se asomaron para ver de qué iba tanto alboroto, pero considerando el barrio en que vivían, realmente no era algo excepcional. De hecho, ni siquiera era la primera vez que alguien de esa calle recibía un coche ese año, entregado exactamente de la misma manera.

Marin se enteró de dos cosas ese día. Primero, que el vendedor se queda con el lazo. Nadie necesita una cinta roja del tamaño de un arbusto de hortensias más que para ponerlo en un coche de regalo; además, esos lazos están hechos a medida y son muy caros, por lo que el vendedor lo recupera una vez que el coche ha sido entregado al receptor. Segundo, que nadie compra realmente el coche para otra persona.

Derek no entró en el concesionario de coches y cargó una suma de seis dígitos a su tarjeta. Lo sacó como un *leasing* a nombre de ella por cuatro años. El coche se considera un gasto de empresa, algo que ella puede deducir, y no tiene ningún sentido tenerlo como propiedad, ya que es un bien que se deprecia. Pero él pagó el depósito y los impuestos por adelantado (también son deducibles), hizo el papeleo y eligió el color. Sabía que a ella le encantaría el blanco perlado, y acertó.

Esto es lo que hace la gente con dinero. Si pueden financiar algo, lo harán. Todo se trata de maximizar el flujo de caja; la deuda es solo un número escrito. Por eso, no sabe bien qué es lo que siente por el Porsche. Es un regalo a medias. Se tomaron una foto encantadora con el coche: un vecino los fotografió sentados en el capó como dos idiotas pretenciosos mientras Derek la besaba en la mejilla. Fue su foto más popular en Facebook ese año.

Ahora son las dos de la tarde. Debería haber vuelto a su casa para dormir

después de la escena en la cafetería esa mañana, pero estuvo conduciendo por la zona un rato, en un intento de aclarar su mente. Sus pensamientos se han ido oscureciendo y, en lugar de asustarla, encuentra en ello cierto consuelo.

Marin está comenzando a imaginar que McKenzie Li ya no existe. Está comenzando a imaginar que hace desaparecer a McKenzie Li.

—No puedo creer que hayas ido a su cafetería —dice Sal—. Es un nivel alto de acoso.

—No es su cafetería. Ella solo es empleada del Green Bean. —Con el dedo golpea suavemente un lado de su copa para recordarle que está vacía—. Podemos ir allí ya mismo si quieres echarle un vistazo.

—Diablos, no —dice él, y su rostro se muestra más impresionado de lo que ella lo ha visto jamás—. No vamos a ir allí y tú no vas a ir nunca más. ¿De acuerdo? No le hables. El primer paso para arreglar tu problema es entender cuál es, exactamente, tu problema. O, en este caso, quién. Todo tiene que ver con esa víbora con quien te casaste. Si quieres asesinar a alguien, que sea a él.

Lo oye, pero no lo escucha. Después de una mirada significativa y otro golpecito a la copa, Sal suspira y va a prepararle otro cóctel.

Marin se pregunta con frecuencia qué les habría sucedido si no hubiera conocido a Derek. No era fácil ser la novia de Sal. La infancia de él había sido dura y acechada por demonios. Nada de eso en realidad era una causa de ruptura, hay que admitirlo, pero lo que no podía soportar era la falta de dirección en su vida. Era divertido estar con él, pero la relación no tenía ningún objetivo. Él odiaba la universidad y parecía no tener ninguna ambición, ninguna meta más allá de lo que había planeado para ese fin de semana… y a veces ni siquiera eso. Ese tema la volvía loca.

Tuvieron una gran discusión después de que murió su padre, después de que Sal compró el bar y de mutuo acuerdo decidieron terminar la relación. No fue su primera gran pelea, o siquiera la primera vez que rompían, pero él estaba de un ánimo muy sombrío y las cosas se volvieron demasiado intensas. Ella necesitaba espacio.

Por un impulso, se fue a Cabo San Lucas con un grupo de amigas durante el fin de semana y allí fue donde se encontró con Derek. Se conocían de lejos; él era amigo de un amigo y siempre se habían sentido algo atraídos, pero ella nunca había hecho nada al respecto porque tenía novio. Pero, en ese viaje, estaba técnicamente soltera y Sal y todos sus demonios se encontraban a miles de kilómetros de distancia. Era agradable estar con alguien tan en consonancia

con ella, tan ambicioso como ella, que tenía planes claros sobre cómo quería que fuera su vida. Lo que más le atrajo de Derek fue su energía.

Cuando terminó el fin de semana, ella sabía que Derek era su hombre. Lo supo como nunca lo había sentido antes, nunca con Sal. Al regresar del Cabo, Sal quiso que volvieran a estar juntos y, de hecho, tenía todo el derecho para esperarlo; las separaciones seguidas de reconciliaciones habían sido el funcionamiento normal de la pareja. Pero esta vez no.

—He conocido a alguien —le dijo.

Ni siquiera había deshecho la maleta. Acababa de llegar a su casa, era tarde y Sal quería ir a verla. Ella sugirió que mejor se encontraran en su lugar favorito para cenar, abierto las veinticuatro horas. The Frankenstein estaba a tres calles del apartamento que ella compartía con dos amigas, y cuando llegó con el cabello aún húmedo, recién salida de la ducha, él ya había pedido la comida. Ella siempre comía lo mismo. Huevos fritos, vuelta y vuelta, con la yema blanda, croquetas de papa, tocino y pan integral tostado.

—¿Has conocido a alguien? ¿A quién? —preguntó Sal. Ella le hablo de Derek.

—Así que has tenido una aventura. —Sal se estremeció—. Pensar que has estado con otro me enferma, pero supongo que no puedo enfadarme porque habíamos roto. Aun así, estoy dolido.

—Lo siento —dijo ella.

Pero la verdad es que no era cierto. En absoluto. Todo había terminado con Sal en el momento que besó a Derek.

Sal la tomó de la mano.

—Dile que se acabó y vuelve conmigo. Mar, somos tú y yo. No existe nadie más para mí, solo tú. Podemos recomponer lo nuestro. Sé que las cosas fueron… algo extrañas después de la muerte de mi padre. Pero sé también que puedo mejorar. Puedo ser mejor.

—Lo siento —repitió ella dándole un apretón en la mano para luego soltarla —. Quiero que sigamos siendo amigos. Lo que sucede es que queremos cosas diferentes. Tú tienes el bar ahora. Y yo estoy con Derek, y los dos terminaremos la universidad en unos pocos meses. Todo ha cambiado, es… diferente. Y tal vez deba ser así.

Sí, las cosas con Derek se movían de prisa. Pero cuando lo sabes, lo sabes. Sal nunca habría podido ser un gran amor en la vida de Marin. No podría completarla por razones que ni ella misma podría entender. Cualquiera que

fuera la conexión especial que debía existir entre ellos ya no estaba más. Al menos para ella.

Sal quedó destrozado. Se sintió atacado a traición y abandonado. Le llevó mucho tiempo tener deseos de ser su amigo y la transición, de novios a amistad platónica, fue difícil.

Fue la confianza lo que los salvó. Él confiaba en ella y ella en él, y de algún modo, Marin se ha dado cuenta de que la confianza es mejor que el amor. El amor es impredecible, el amor hace daño. La confianza es fiable, sólida. Igual que Sal. A él nunca le gustó Derek. Ni entonces ni ahora. Al principio, ella creyó que era porque le culpaba de la ruptura de su relación, pero con el tiempo, quedó claro que a veces dos personas no se pueden llevar bien. Nunca lo harán, sin importar lo que ocurra. No podían tener personalidades más opuestas. Derek es encantador y Marin lo puede llevar a cualquier parte. Sal es torpe y nunca se puede prever a quién va a ofender. A Derek le encanta ser el centro de atención cuando se trata de trabajo, adora dar entrevistas sobre su empresa y la publicidad. En una ocasión publicaron un artículo sobre Sal en *The Stranger* al año siguiente de la compra del bar, y le disgustó que uno de los empleados lo enmarcara y lo colgara en la pared. La única razón por la que sigue allí es que es bueno para el negocio.

Por suerte, ni Derek ni Sal han querido forzarla a elegir entre ellos. Los dos hombres no se ven casi nunca, y cuando se encuentran, se tratan con cortesía. Pueden conversar de algún tema media hora si se da la situación; por lo general, sobre deportes. Se toleran mutuamente por ella.

Derek es el amor de su vida, pero, para ser honesta, Sal es la persona con la que se siente más cómoda. No hay nada que disimular con Sal. A diferencia de sus otros viejos amigos, él nunca la ha castigado por mejorar su situación económica, por que comprara la casa más grande del barrio, por que tuviera tanto éxito.

A diferencia de sus nuevos amigos, él no mira con desprecio su origen, el hecho de que ella (y Derek) se hicieran a sí mismos, que ella ocupe puestos en los comités de caridad técnicamente porque tiene dinero. Con Sal puede ser imperfecta. No tiene que estar en control todo el tiempo. Probablemente dependa del apoyo emocional de Sal mucho más de lo que debería.

¿Quién habría dicho que a quien amas y con quien te sientes segura pueden no ser la misma persona?

El bar está casi vacío y ella está sola con su tercera copa mientras Sal habla

con una de sus empleadas. Marin no la había visto antes; debe de ser alguien que contrató en los últimos dos meses, que es el tiempo que hace que Marin no visita el bar. Iba allí regularmente hasta que comenzó a trabajar de nuevo y solía hacerlo a esa misma hora, después del almuerzo, antes de que llegaran los clientes de la *happy hour*.

Seguramente Sal se acuesta con ella. Tiene exactamente su tipo, con el cabello oscuro, el trasero redondo enfundado en unos jeans ajustadísimos y una camiseta escotada que muestra las virtudes del sujetador *push-up*. De un modo extraño le recuerda a ella cuando era más joven, antes de que desarrollara un estilo personal más refinado. La camarera no para de mirarla, probablemente preguntándose quién diablos es Marin, pero no tiene de qué preocuparse. Marin no les roba los hombres a otras mujeres, aunque íntimamente disfruta con que todavía puede despertarles celos. De todas maneras, este romance con Sal no durará más de tres meses. Ninguno dura y no quedarán como amigos porque siempre terminan mal. Por lo que Marin sabe, ella es la única ex de Sal que mantiene con él una amistad.

Aparecen tres amarettos sour más, y junto con ellos, un gran bol de papas fritas generosamente rociadas con ajo fresco, parmesano y una pizca de aceite de trufa. Ella sonríe al ver las copas en fila. Sal sabe que está decidida a emborracharse, y si él no la deja hacerlo allí, sabe que lo hará en otro lugar. Pero también sabe que necesita comer algo. Las papas están deliciosas.

—¿Ves esto? —Sal señala teatralmente los amarettos sour alineados—. Cuando se acaben, se terminó, ¿entendido? —Se sienta en una banqueta de la barra junto a ella.

Ella asiente. Cuando termine las copas, él tendrá que levantarla del suelo, que es exactamente lo que busca. Pero los tragos gratis tienen un precio. Significa que debe hablar.

—¿Qué quieres hacer? —Sal toma una papa del bol—. Digo, además de beber. ¿Cuándo dormiste por última vez? ¿Necesitas una pastilla? Tengo Ambien y Lorazepam aquí atrás. Y el tradicional y antiguo cannabis puede hacer milagros. Tengo unos comestibles que parecen ositos de goma…

—Estoy agotada —lo interrumpe ella—. Sé que me veo como la mierda. Para de ofrecerme drogas.

Él la toma suavemente del brazo.

—Ni en tu peor día te ves como la mierda. ¿Hoy es tu peor día?

—No. —No hace falta ni pensarlo. Su peor día fue hace cuatrocientos

ochenta y seis días. Nada, ni antes ni después, puede acercársele. Nada hasta que llegue el día en que reciba la llamada que le diga justo lo que no quiere oír.

—Entonces, a otra cosa, mariposa —dice Sal, y ella suelta una risa que es lo que él buscaba lograr.

—Debería dejarlo. —No puede mirarlo a los ojos cuando pronuncia esas palabras.

—Sí, deberías dejarlo. —Él no parpadea y ella siente que la vergüenza la invade—. ¿Derek sabe que tú lo sabes?

Ella niega con la cabeza. Es más fácil tener esta conversación con Sal sin mirarlo, así que se centra en la pantalla de la televisión, donde alguien vestido con un uniforme rojo es atacado por alguien con un uniforme blanco y grita despavorido.

—¿Cómo te enteraste?

—Me lo dijo Castro. Estaba siguiendo una pista. Lo descubrió por accidente.

Sal casi se atraganta con una papa.

—¿La investigadora? ¿Todavía está investigando?

—Te lo conté.

—No, no lo hiciste. Dijiste que la contratabas por un mes, hace un año. No la has mencionado desde entonces, así que supuse… Mierda.

—¿Por qué te molesta tanto?

—No me molesta. Me preocupa. Siento que estás…

—¿Que estoy qué?

Él desvía la mirada, mordiéndose el labio inferior. Ella lo sujeta de la barbilla y gira su rostro hacia ella.

—Dilo de una vez.

—Es como si estuvieras exactamente en el mismo lugar en el que estabas cuando Sebastian desapareció.

Ella lo suelta y él le mantiene la mirada.

—No has avanzado. Estás… bloqueada.

—Suenas igual que mi terapeuta. —La cuarta copa le está pegando y se le afloja la lengua—. ¿Voy a tener que romper contigo también?

—¿Has dejado de ver al doctor Chen?

—No oficialmente todavía. Pero él también insiste en que estoy bloqueada.

—¿Qué dice Derek de esto?

—¿Desde cuándo te interesa lo que dice Derek?

—No suele importarme. Pero tú no lo viste el año pasado, Mar. Después

de… del susto que nos diste.

Ella se ha dado cuenta de que a nadie le gusta usar la palabra *suicidio*. La gente usa cualquier otro término con tal de evitar pronunciar esa palabra. Dirán, por ejemplo, "Esa vez que intentaste hacerte daño" o "Cuando estuviste en esa situación tan difícil". Ella trató de matarse. Puede admitirlo: ¿por qué no pueden hacerlo los demás?

—Nunca lo vi tan asustado. —Sal está mordisqueando una papa y parece que se habla a sí mismo más que a ella. Un trocito de ajo se le ha quedado en el labio y ella se inclina para quitárselo—. Pensó que te perdía. Estaba destrozado. No le has contado que ya no vas a terapia, ¿no es cierto?

—Para ser exactos, hoy es la primera vez que cancelo una cita con el doctor Chen sin volver a concertar otra. Tal vez vuelva; no lo sé todavía.

Él la estudia con atención.

—Entonces…, ¿qué es diferente en esta ocasión?

Esta ocasión. Él se refiere a la infidelidad. Porque ya hubo otra, hace mucho tiempo.

—Ella tiene veinticuatro años —dice Marin—. Y llevan seis meses juntos.

—Mierda. —La palabra se le escapa a Sal y ella se da cuenta de que la situación es tan mala como ella pensaba. Mierda. Él toma otra papa y la muerde con furia. Este pequeño gesto la hace sentir mejor. Un amigo de verdad es el que come contigo compulsivamente por ansiedad aunque no esté viviendo la situación en forma personal.

Ella toma su teléfono y le muestra la selfi del desnudo.

—Tiene el pelo rosa.

Él toma el teléfono para ver más de cerca la foto y sus ojos se abren un poco más. Aprieta la mandíbula y por un segundo ella asume que es por enfado. Pero luego él suelta una carcajada.

—¿Te hace gracia? —dice ella molesta.

—Perdona. —Se echa a reír y le devuelve el teléfono—. Es que… el color del pelo es increíble. Los tatuajes. Es como si él estuviera tratando de encontrar exactamente a tu opuesto.

—Es muy guapa.

Sal hace un gesto con la mano.

—Tú también lo eres. Ese no es el asunto. No es el asunto de nada de esto.

—Deja de sonreír. No tiene ninguna gracia.

—No, no la tiene —dice, y su sonrisa se borra. Pone sus manos sobre los

hombros de Marin y la sacude con cariño—. Nada de esto tiene gracia. Entonces, ¿por qué no estás, en este momento, reunida con un abogado especialista en divorcios discutiendo cómo salir de la mejor manera de este matrimonio de una puta vez?

Ella no responde. Porque no sabe la respuesta. Su cerebro va un poco más lento que sus emociones. Es increíble cómo la vida puede volar por los aires en cuestión de minutos. Un minuto tienes un hijo. Al siguiente desaparece. Un minuto tu esposo es fiel. Al siguiente se está tirando a una de veinticuatro años y te estás preguntando si tu mejor amigo conoce a algún tipo. Porque si alguien conoce a esa clase de tipos, es Sal.

Le da una palmada en el muslo.

—De acuerdo. Vamos a pensar un plan. Te ayudaré. ¿Quieres quedarte en casa mientras piensas cómo resolver las cosas? Tengo una habitación libre, las sábanas están limpias. Tendrías tu propio baño.

—Para, no puedo pensar en un futuro tan lejano.

—Él es un idiota.

—También es mi esposo.

—Es un mentiroso y un tramposo.

—Solo miente cuando engaña.

—Eso es lo que crees. Deja de defenderlo.

—Es el padre de Sebastian.

—¿Y qué? Eso no es suficiente. —La voz de Sal se quiebra—. Ya no puedes usar a tu hijo como excusa.

—Todavía lo quiero.

—¿Y qué? —Su voz suena tan fuerte que las pocas cabezas del bar se vuelven en su dirección.

La nueva camarera los observa desde lejos, con una expresión de sospecha y preocupación. Probablemente le parece que Marin y Sal están teniendo una discusión de enamorados, por lo cerca que están sentados y lo acalorado de la charla.

—¿A dónde te ha llevado el amor? En mi opinión, Mar, el amor está sobrevalorado. A la mierda con el amor. Deberíamos estar con la gente que nos gusta. Y en la que confiamos.

—¿Cómo tú? ¿Acostándote con la nueva camarera?

—Marin gira y mira con intención a la camarera, luego mira a Sal con una ceja levantada. Él retrocede, sorprendido de que ella se haya dado cuenta de la

situación. Por supuesto que lo ha adivinado. Conoce a Sal—. Te gusta, ¿no? ¿Cuánto durará, un par de meses, máximo, hasta que ella te deje porque tú ya estás con alguien más y resulte incómodo trabajar contigo? Amigo, una más de estas rupturas y estás a un paso de que alguna te denuncie por acoso sexual en el trabajo. ¿Qué sabes tú del matrimonio, del compromiso o de lo que es una relación?

Sal, visiblemente afectado, se retrae en su banqueta como si se hubiera desinflado. Marin lamenta sus palabras en ese mismo instante. Lo ha atacado con demasiada violencia para defenderse, y eso no está bien porque Sal no está tratando de hacerle daño. A pesar de su tosquedad exterior, Sal es muy sensible. Nunca se ha casado, nunca ha tenido hijos, y ese es un terreno en el que ella no debería haber entrado.

—Perdona. —Marin le toma la mano. Él deja que la estreche y unos segundos después aprieta la palma de Marin. Su herida se cierra tan rápido como se ha abierto, gracias a Dios—. Soy una malvada. No tiene que ver contigo. No dijiste nada que no me hubieras dicho antes.

—Sí, y no pierdo la esperanza de que uno de estos días me escuches de verdad. —La expresión de su rostro es la misma que tuvo cuando le pidió que volviera con él en la universidad y ella le dijo que estaba saliendo con Derek. Ojitos de cachorro triste, y las comisuras de los labios hacia abajo, ahora con rastros de sal y pimienta de las papas—. Siempre has sido demasiado para él y me saca de las casillas que no lo sepas. Ya te hizo algo así antes, y no hubo ninguna consecuencia, y por eso cree que lo puede hacer de nuevo.

—Guau, gracias Sal. —Ella le soltó mano—. Échale la culpa a la mujer. ¿Así que es culpa mía si él me engaña?

—No. —Sal da una palmada sobre la mesa—. Pero sí es culpa tuya si te quedas con él. Te engañó por primera vez cuando estabas embarazada. ¿Quién hace algo así? Y sin embargo te quedaste con él. Tuviste a Sebastian. Y ahora estás de nuevo en la misma situación. Vamos, Mar. ¿Cuántas mujeres más puede haber tenido? Algunas que no sabes y de las que nunca te enterarás.

Realmente Sal es implacable. Un golpe directo al corazón, sin vueltas, sin rodeos innecesarios, sin palabras superfluas.

—Aún estamos casados —dice ella suavemente—. Hice votos.

—¡Él también! —La voz de Sal es como un trueno. Ella se asusta; Sal casi nunca levanta la voz. Ella está frente al espejo de la barra del bar y ve por detrás las cabezas en alerta por la discusión. La mirada intensa de la camarera parece

cortarla como un láser. Ni siquiera conoce a Marin y ya la odia porque está alterando a Sal.

—No estás obligada a quedarte en un mal matrimonio como penitencia por lo que sucedió con Sebastian, Mar. ¿Lo entiendes? Nada de esto es culpa tuya. La Habana no fue culpa tuya. Ya has tenido suficiente.

No se refiere a la capital de Cuba. Los amigos íntimos siempre tienen un código especial entre ellos, y Habana era el mote con el que llamaban a Carmen, una consultora de ventas de Nordstrom de origen cubano con la que Derek se había acostado cuando Marin estaba esperando a Sebastian.

Después de cuatro intentos de fecundación *in vitro*, era el primer embarazo de Marin, que estaba de solo doce semanas, y se sentía eufórica y aterrorizada al mismo tiempo.

Derek le juró que había sido solo una vez. Curiosamente fue Sal quien se lo dijo. Estaba en una cita, sentado en la mesa de un restaurante junto a la ventana, cuando vio a Derek caminando del brazo, riendo, con una mujer que no era Marin. Sal se lo contó a la mañana siguiente, pero ella insistió en que debía de ser un error, que o no era Derek o Sal no había visto lo que creyó ver. Discutieron. Sal la acusó de hacer la vista gorda deliberadamente y ella le echó en cara que Sal tratara de generar una crisis porque siempre le había caído mal su esposo.

Entonces, dos días después, una vendedora de Nordstrom llamó a Derek para decirle que habían llegado los zapatos Ferragamo que había encargado. La cuenta de Derek en Nordstrom debía de estar vinculada al número de teléfono de Marin, y la mujer no se dio cuenta de que estaba dejándole el mensaje en el buzón de voz de su mujer. El mensaje del buzón de voz entonces era genérico, el típico mensaje automático de "Ha llamado al dos-cero-seis-nueve-siete-uno…".

Marin escuchó el mensaje dos veces, segura de que no había oído bien.

"Hola Derek, soy Carmen. Llegaron tus Ferragamo. Estaré en la tienda hasta el cierre si tienes pensado venir… Si lo haces, ¿podríamos tomar una copa? Lo pasé muy bien la otra noche. Yo… no puedo parar de pensar en ti. Espero que nos veamos más tarde. Chau".

Marin se enfrentó a Derek cuando él llegó a casa: le puso el mensaje en altavoz mientras él se desmoronaba. Se disculpó, suplicó su perdón, alegó que había sido solo algo de una noche, que las presiones de los tratamientos de fertilización y el estrés por los intentos de dejarla embarazada lo habían

agotado y que había perdido el control. ¿Qué podía hacer ella? Tenían un bebé en camino y ella quería —necesitaba— que su matrimonio funcionara. Fueron a terapia de pareja, y cuando finalmente se reencontraron después del nacimiento de Sebastian, nunca fue lo mismo de antes. Perder la confianza tiene ese efecto.

Sal se le acerca, hasta que su rostro está a centímetros del de ella. Su aliento huele un poco a ajo, pero a ella no le molesta, porque probablemente el de ella también. En ocasiones se pregunta si no le hizo más daño a Sal de lo que cree. Si su imposibilidad de comprometerse en una relación no se debe a lo que les sucedió cuando estaban en la universidad. Él nunca dijo que fuera por eso. Y ella nunca le preguntó.

—Podrías estar mejor sin él —le dice—. Podrías empezar de nuevo. Derek es rico. Tendrás la mitad de todo.

—¿Así como Tia?

Sal sabe de qué está hablando. Tia es una amiga de ambos de la universidad que se casó con un rico chef y propietario de restaurantes. Durante diez años, vivió en una casa con vistas a Lake Washington. No tenía que trabajar. Se quedaba con su hija, jugaba al tenis y hacía trabajo voluntario en los comités de caridad. Luego Bryan conoció a otra mujer. El divorcio fue muy desagradable. Bryan contrató a mejores abogados que los de ella, y si bien llegaron a un arreglo, ella se quedó con una compensación económica y él se quedó con todo lo demás. Y después abrió otros dos restaurantes. Tia vive ahora en un apartamento y comparte la custodia de su hija con su exesposo y la mujer por la que él la dejó.

Marin no ha visto a Tia desde hace más de un año. La última vez fue cuando su antigua compañera de la universidad fue a visitarla luego de que lo ocurrido con Sebastian salió en las noticias. Tia le dijo que estaba "feliz con su nueva vida", pero es difícil imaginar lo feliz que era. Lo que Tia perdió al divorciarse de Bryan nunca podrá compensarse. Tiempo con su hija. Seguridad financiera. Estatus.

Marin no quiere ser feliz en una vida nueva. Ella quiere ser feliz en la que ya tiene… o en la que solía tener.

—Tú no eres Tia —dice Sal—. Siempre has trabajado. Tia nunca lo hizo.

—Sabes que no podría mantenerme con el nivel de vida de hoy por mi cuenta. —Se siente muy mal por decirlo, pero es la verdad. Los centros de estética dan buenas ganancias, pero es una fracción de lo que percibe Derek.

—Sí, pero tú me tienes a mí —dice Sal—. Y tú seguirás siendo tú, sin importar lo que diga tu cuenta bancaria.

—No quiero perder todo lo que he construido.

—¿Cambiarías todo esto por tener a Sebastian de vuelta?

—Cada centavo —responde sin dudarlo, a pesar del alcohol que ha empezado a marearla.

—Entonces, si lo único que necesitas para ser feliz es recuperar a tu hijo, Derek no tiene nada que ofrecerte. ¿Dónde ha estado este último año? Nunca está en casa. Te ha abandonado emocionalmente.

—Derek es un buen hombre —dice ella.

—No, no lo es. Es agradable, y eso es otra cosa. Puedes ser agradable con alguien y aun así engañarlo. Puedes ser agradable y hacerle daño. Puedes incluso ser agradable y destruirle la vida. Él es agradable, Mar, pero no es bueno. Espero que algún día llegues a entender la diferencia.

—Sal. —Se escucha una voz que lo llama y los dos se vuelven. La camarera con los jeans ajustados los está mirando desde la entrada a la cocina—. El proveedor de los vinos. Dice que necesita tu firma.

—Firma por mí —responde él molesto—. Esa es Ginny
—le dice a Marin en voz más baja—. Se está poniendo pesada. ¿Dijiste que duraría tres meses? No creo que lleguemos a las tres semanas.

—¿Cuántas veces te has acostado con ella?

—Solo dos veces. —Parece ofendido—. Pero creo que siente algo por mí.

—Bueno, siempre fuiste fantástico en la cama.

Sal suelta una carcajada. Oírlo la hace sentir mejor a Marin, saber que todavía puede hacer reír a alguien.

—Sal —vuelve a llamarlo Ginny—. El vino.

Él desaparece por la parte trasera del local durante un momento, lo suficiente como para que Marin pida un Uber. Vuelve justo a tiempo cuando ella trastabilla tratando de bajarse de la banqueta. La habitación da vueltas y casi se cae. Él la sostiene.

—Sí que estás borracha y no son ni siquiera las cuatro de la tarde.

—Misión cumplida —dice ella arrastrando las palabras—. Pedí un Uber. Llega en tres minutos.

Él le quita el teléfono de la mano. La aplicación de Uber está abierta y él cancela el viaje.

—Yo te llevo a casa. Dame las llaves del coche.

Ella busca en el bolsillo y se las entrega.

—¿Seguro que no te necesitan aquí? —pregunta mientras van hacia la puerta.

El suelo parece moverse bajo sus pies y ella se aferra a Sal. Del otro lado del bar, Ginny le lanza miradas asesinas y Marin la saluda con la mano. La otra mujer no responde al saludo.

—Ginny —le grita Sal—. Me tomo el día libre. Cuando llegue Tommy, recuérdale que me voy a la granja esta noche.

Tommy es el cocinero principal y su asistente en la gerencia.

—¿Cuándo vuelves? Tenemos que…

—Volveré cuando vuelva —la interrumpe Sal.

Reprendida, Ginny baja la cabeza.

—No me contaste que ibas a Prosser —dice Marin apoyándose sobre él. Siente como si tuviera bolas de algodón dentro de la boca.

—Acabo de decidirlo.

—Envíale saludos a tu madre de mi parte. La echo mucho de menos.

Sal estalla en una carcajada.

—Ahora sí que confirmo que estás muy borracha.

La ayuda a sentarse en el asiento del acompañante del Porsche y le ajusta el cinturón de seguridad. Lo busca a tientas con cierta torpeza y mientras él se inclina sobre ella, Marin inhala su aroma. Agua, jabón y champú. El mismo olor. El mismo Sal. Su aroma es reconfortante. Él es reconfortante. Se siente segura. Cierra los ojos.

Se duerme.

CAPÍTULO 9

En lo que parece un segundo, Sal la despierta. Marin se debe de haber desvanecido completamente porque cuando abre los ojos ya están en la entrada de su casa y Sal se está inclinando de nuevo sobre ella para desabrocharle el cinturón de seguridad.

La ayuda a bajar del coche y a subir los escalones de la entrada, sosteniéndola otra vez cuando ella trata de recordar el código de seguridad. Casi nunca utiliza la entrada principal. Ella y Derek aparcan en el garaje y entran por el vestíbulo lateral, que rara vez tiene puesta la alarma. En el primer intento, se da cuenta demasiado tarde de que ha puesto el pin del cajero automático, y se enciende la pequeña luz roja. En el segundo intento, la fecha de su aniversario de bodas, también falla.

Y entonces lo recuerda. El código es el cumpleaños de Sebastian, y una agobiante oleada de tristeza la golpea mientras teclea el número. La luz finalmente se ilumina en verde.

—¿Qué te ocurre? —dice Sal al sentir que ella se afloja—. ¿Te sientes mal?

—No. —No va a vomitar. Nunca lo hace; al menos no cuando bebe. Ya no.

—¿Me ayudas a llegar a mi habitación?

Él cierra la puerta con llave detrás de ellos. Ella se quita los zapatos y el abrigo, que quedan en el suelo del vestíbulo. Sal la ayuda a subir la enorme escalera hasta su habitación, donde se tira en la cama y cierra los ojos. Todo gira a su alrededor, pero está un poco más consciente que cuando salieron del bar.

Sal está sentado junto a ella y Marin se apoya sobre su hombro. Le gusta sentirlo. Tan fuerte, tan presente.

—¿Tienes prisa? —dice ella sabiendo que están juntos en la cama. Pero no quiere quedarse sola. Siempre está sola últimamente.

—No —dice él, apoyando su mejilla sobre la cabeza de ella—. Me puedo quedar un rato.

Ella se acurruca a su lado queriendo recostarse junto a él, pero por supuesto sería totalmente inapropiado. Ya están cerca de cruzar el límite así como están.

—¿Recuerdas cuando te dije que conozco un tipo? —murmura él mientras le acaricia el cabello que ha caído en mechas desordenadas sobre su frente.

Tal vez sea porque están solos en la tranquilidad de la habitación, pero la voz de Sal le da escalofríos. Es tan ronca, tan íntima, una voz que no le ha escuchado desde que ella era su novia, y Marin siente que se estremece, pero probablemente solo es el efecto del alcohol.

—Es en serio, Mar. Lo conozco y él se puede encargar de este problema por ti.

—Basta. Solo era una broma. —Ella trata de echarse hacia atrás para mirarlo, pero sus brazos son muy fuertes y musculosos. No la sueltan cuando trata de liberarse del abrazo.

—Pues yo no bromeaba —le dice sobre su cabello.

—De acuerdo, dame esa información. —Puede seguirle el juego unos minutos hasta que se vaya. Cuando Sal no dice nada, ella continúa—: ¿Es que no tiene tarjeta de visita? ¿Qué hace el tipo exactamente? ¿Es un abogado?

—Te lo dije; es un tipo que arregla problemas.

—Perfecto. ¿Puede matar a alguien y hacer que parezca un accidente?

—Tal vez. Sin duda conoce gente que puede hacerlo.

—¿Lo has usado alguna vez?

—Un par de veces.

—¿Confías en él?

—No confío en nadie —dice directamente—. Solo en ti.

Su abrazo se afloja y ella se aleja un poco para mirar su rostro. Él la mira a los ojos y mantiene la mirada. Una eternidad parece transcurrir mientras ella espera una mueca de sus labios, un atisbo de sonrisa que le demuestre que todo es una broma y ahora llega el remate del chiste. Porque por más turbios que sean algunos de sus amigos —y lo turbio que a veces él mismo parece—, por supuesto que no conoce en realidad a nadie que pueda ordenar matar a alguien. Eso sería absurdo.

Pero la frase final que remata la broma no llega. Él permanece con una expresión seria en el rostro.

Marin puede admitir que llegó furiosa al bar, pero vamos, bromear sobre matar a una mujer es demasiado, incluso para un tipo como Sal, que tiene un oscuro sentido del humor. Ella es consciente de que ha tenido unos pensamientos terribles todo el día, pero esto…

Y entonces, finalmente, una sonrisa medio de compromiso se pinta en el

rostro de Sal.

—Eres un desgraciado —dice ella dándole un manotazo en el brazo, y él suelta una carcajada. De nuevo es el amigo que ella recuerda de los viejos tiempos. El ingenioso Sal, el divertido Sal, el Sal que la ama incondicionalmente.

La risa y el humor siempre la han hecho sentir cercana a él, y antes de poder pensarlo, le da un beso.

Es un beso descuidado, húmedo, un beso de borrachera, y él no le corresponde, pero tampoco se resiste. Marin retrocede avergonzada después de un segundo, sintiendo que se ruboriza. Él no dice nada, suspira profundamente y ella desea en ese instante no haberlo hecho. Había tenido un día fatal y ahora lo ha empeorado al cruzar un límite al que jamás se debería haber acercado siquiera. Abre la boca para disculparse, pero antes de que pueda decir algo, Sal la toma de los hombros y la tira de espaldas sobre la cama.

Tiene la lengua de él dentro de su boca y es reconfortante sentir el peso de su cuerpo sobre el de ella. Lo besa apasionadamente, pegándose contra él mientras sus manos la acarician por todo el cuerpo y es como si desearan aún más proximidad. Los labios de Sal están sobre sus labios, y recorren luego sus mejillas, cuello, hombros, pechos. Ella lo desea, lo desea todo de él, sobre ella, dentro de su cuerpo, para poder olvidar lo que siente, todo lo que sabe, al menos por un momento.

Como si presintiera los pensamientos de Marin, él rueda hacia un lado y se sienta en la cama con la respiración agitada.

—¿Qué sucede? —dice ella—. ¿Por qué te detienes?

—No puedo —responde él sin mirarla—. Estás borracha, Marin. Y eres mi mejor amiga. No está bien.

Ella se da cuenta de que no ha dicho "y estás casada". Se le acerca y pone la mano sobre su brazo.

—Sal, mírame.

Él se vuelve, girando la cabeza hacia ella. Parece muy confundido. Los ojos llenos de deseo, pero la boca apretada con determinación.

—Estoy borracha, pero sé lo que estoy haciendo —dice ella—. ¿Necesitas mi consentimiento? Pues lo tienes. Consiento, lo deseo, te deseo a ti. —Se inclina hacia él, presionando el rostro contra su brazo, sintiendo el calor de su cuerpo a través de la camisa—. Te necesito, Sal. No te vayas. Quédate conmigo, por favor.

Ella lo mira. La expresión de su boca se ha suavizado y la está mirando como solía hacerlo cuando eran dos jóvenes en la universidad.

—Sabes que te quiero —agrega ella, y muy en el fondo, sabe que no debería decirle eso porque no es justo. Es jugar sucio para que se quede y no estar sola —. Tal vez no te he querido de la forma en que lo mereces, pero te quiero de la mejor manera que soy capaz. Siempre te he querido, y siempre te querré.

Él duda. Ella se da cuenta. Pone la mano en el interior de su muslo, acariciando el montículo entre sus piernas con el dedo índice. Puede sentir su deseo.

—Debes prometer que mañana no me odiarás. —La voz de Sal es ronca—. Porque no podría vivir con eso si lo hicieras.

—No podría odiarte jamás. ¿No te has dado cuenta? Eres la última persona que me queda en el mundo en quien puedo confiar, Sal.

Para cualquier persona, esas habrían sido solo unas palabras. Pero fueron exactamente las mismas que Sal le dijo a ella la noche en que murió su padre. Él estaba hecho un desastre, gritando, histérico, casi sin poder articular palabra, y le llevó mucho tiempo calmarse. Marin fue quien habló con los policías cuando llegaron. Gracias a ella no fue arrestado.

"Eres la última persona que me queda en el mundo en quien puedo confiar, Marin".

Este es tal vez el momento en que hayan estado más cerca de hablar sobre esa noche, y no ha sido intencionado.

Él se acerca y la desviste lentamente; sus ojos gozan con la visión de ese cuerpo desnudo que vio por última vez en la cama del dormitorio de la universidad. Luego él se desviste y para Marin ver su cuerpo es reconfortante; no ha cambiado desde la última vez que lo vio desnudo, tal vez un poco más de vello y mucho más musculoso.

Ya no es un joven universitario. Y ella tampoco.

Vuelven a encontrarse, enredados en las sábanas, hasta el momento en que él se aparta y le pregunta jadeando.

—¿Tienes algo…?

Marin tarda unos segundos en entender a qué se refiere. Hace demasiado tiempo que nadie le hace esa pregunta. No ha usado ningún tipo de protección desde su treintena, cuando ella y Derek comenzaron activamente a buscar un bebé.

—No tengo nada. —Vuelve a acercarse a él—. No hay problema.

Hicieron falta cuatro intentos de fecundación *in vitro* y cien mil dólares para concebir a Sebastian. No le preocupa en lo más mínimo lo que pueda pasar hoy. Solo sabe que lo necesita más de lo que ha necesitado algo o a alguien desde hace mucho tiempo.

Sal la penetra lentamente mirándola a los ojos, y es muy agradable sentirse completa, dejar de estar vacía. Se abandona a él y todo es mejor de lo que recordaba. Los dos son mejores de lo que recordaba. Tiernos en el comienzo, salvajes y animales hacia el final. Es exactamente lo que necesita.

Sal se está poniendo los pantalones mientras ella dormita entre las sábanas desordenadas. Fuera está oscureciendo. Él se inclina y la besa en los labios, un beso suave y prolongado, lleno de palabras no dichas y un deseo que ahora ella comprende que nunca se apagó, sino que solo fue reprimido.

Ella le devuelve el beso, consciente en todo momento de que será la última vez que se besen de ese modo. Cuando rompieron hace tantos años, no sabían que ese último beso era el último.

Pero hoy Marin lo sabe. Esto no puede volver a pasar.

—Te quiero —susurra él.

Ella le sonríe en la penumbra y acaricia su rostro.

—Te quiero —dice ella.

Son las mismas palabras, pero con significados diferentes.

Una hora más tarde, Marin se despierta con el sonido de una notificación en su teléfono en la oscuridad de su habitación. No es la aplicación que replica el móvil de Derek. Es un mensaje normal para ella. Derek se ha dignado finalmente comunicarse con ella y Marin se incorpora para leer el texto.

"Hola, tengo que quedarme en PDX una noche más, invitado a una cena con inversores. Ojalá pudiera decir que no. Llego mañana por la noche".

Mentiras. Mentiras, mentiras, mentiras. No está en Portland. Seguramente acaba de llegar al hotel allí en Seattle, ese que es el "favorito" de ellos.

"No te preocupes —le responde ella—. Es la razón por la que te pagan tanto dinero".

"Voy a llegar a tiempo para cenar juntos mañana, te lo prometo —escribe Derek—. Haz una reserva donde te gustaría cenar. Tengo una bonita sorpresa para ti :)".

Lo absurdo de todo es que realmente tiene una sorpresa. En su último viaje a Portland, volvió con un par de botas altas de Valentino para ella. No era su

cumpleaños. No era Navidad. Las vio en la vitrina de Nordstrom y se las compró "porque sí". ¿Qué traerá esta vez? ¿Cuánto gastará para aliviar su culpa?

Si es que siente culpa. No es como Marin, que lleva la culpa en su ADN, tiñendo todos sus pensamientos, sentimientos y acciones. Siente que la invade la rabia, penetrando por sus poros. Le da la bienvenida. La rabia corta con todas las tonterías y la confusión. La rabia la libera, le da claridad al escenario.

Toma su teléfono y llama a Sal. Cuando él atiende, hay un pequeño retraso, lo que indica que está conectando al *bluetooth*, y se da cuenta de que está conduciendo.

—Hola —dice ella—. ¿Estás en la carretera?

—Sí. ¿Qué pasa? —pregunta él, y en esas pocas palabras las cosas ya son diferentes entre ellos. Es como si él se estuviera preparando para lo que ella le dirá sobre lo que hicieron, pero no pudiera hacerlo todavía.

—Quiero reunirme con ese tipo —dice ella—. Supongo que hablabas en serio.

Su respuesta es inmediata y no es "Mar, solo estaba bromeando", como ella espera en el fondo. En su lugar dice:

—No hace falta, yo puedo hablar con él.

—No. —Marin camina hacia la ventana y mira hacia fuera. Ya se ha puesto el sol y los árboles son solo sombras en el patio trasero—. Quiero conocerlo personalmente. Si no puedo reunirme cara a cara, no me interesa. No es correcto.

Silencio. Sabe que él la ha escuchado porque se da cuenta de que sigue en el teléfono.

—De acuerdo, lo organizo —dice finalmente—. Tenía planeado volver mañana por la noche; salgo a eso de las seis, así que llegaré después de las nueve. Voy a arreglarlo para que se reúna con nosotros…

—Con nosotros no, solo conmigo. Necesito hacer esto por mi cuenta, Sal. Lo antes posible, antes de que pierda el coraje.

Ella se escucha y se le ocurre que tal vez debería esperar a mañana. Quizá, la posibilidad de perder el coraje sea algo bueno, porque lo que está considerando hacer es absolutamente demencial.

Pasan los segundos y Sal no dice nada. Ella sabe que sigue allí. Puede escuchar el sonido del coche en movimiento y el leve eco de la conexión de *bluetooth*. Se pregunta si Sal lamenta haber abierto esa posibilidad que la conduce por ese camino. Sal ha sido siempre muy poco convencional, rebelde

con la autoridad, al borde de la legalidad, mientras que Marin no se ha apartado nunca del camino correcto.

—Te llamo más tarde —dice él, y después de una breve despedida, llena de palabras que no pronuncian, cortan la comunicación.

Una hora más tarde, le manda un mensaje de texto. “Hoy a la medianoche. Frankenstein. Sobria”.

CAPÍTULO 10

La tarjeta de crédito de McKenzie Li no funciona. De nuevo.

Avergonzada, mira por encima de su hombro. Derek está sentado en uno de los reservados poniéndose al día con los correos en su iPhone y no percibe sus miradas. No están sincronizados en ese sentido.

—Pruebe de nuevo.

Kenzie se vuelve hacia el mostrador y hace un esfuerzo para que su voz suene tranquila. Fue idea suya que vinieran aquí, para demostrarle que ella no es una chica que dependa de él. Le quería recordar qué es lo que lo atrajo de ella desde el principio. Sin embargo, no puede volver a la mesa sin la comida. No puede decirle que no tiene dinero. Normalmente, cuando ella va a pedir la comida, él le da el dinero incluso antes de que ella pueda pensarlo. Pero está distraído esa noche y no se atreve a pedírselo. Siempre espera que él se lo ofrezca.

El cajero de McDonald's, que no puede tener más de quince años, le echa una mirada sospechosa por debajo de la visera. Vuelve a pasar la tarjeta y una vez más aparece en la pantalla "Transacción denegada".

—Lo siento señora. Rechazada. ¿Tiene alguna otra que pueda probar?

Para empezar, que se vaya a la mierda con eso de "señora". Solo tiene veinticuatro años, por favor. Segundo, no, no tiene ninguna otra. Todas sus otras tarjetas están al límite, y esta es la segunda de las dos que pensaba que podrían funcionar, la que tiene el límite más bajo y la tasa de interés más alta y que consiguió hace solo un mes. No la puede haber usado tanto, pero tal vez sí lo hizo. Podría haberse hecho una idea si se hubiera molestado en revisar el resumen que descansa en la mesa de la cocina sobre el montón de las demás facturas que están sin abrir.

La mujer que está detrás de ella con dos nietos hiperactivos suspira impaciente, dando golpecitos con el zapato en el suelo de baldosas mientras amenaza a los niños con que, si no se quedan quietos, van a volver a casa de su padre. La situación sería menos humillante si el McDonald's en el que están estuviera lleno de gente, si hubiera más ruido, más cajeros, más clientes. Kenzie es totalmente consciente del fastidio del cajero adolescente que le toma el

pedido, quien probablemente tenga más dinero en su bolsillo que ella en su cuenta bancaria en este momento.

Derek le dijo una vez que haber crecido pobre lo había convertido en lo que era hoy. Qué maravilla para él. Ser pobre es un asco y ella sabe que estudiar un máster en Bellas Artes no cambiará mucho las perspectivas para cuando se gradúe.

Claro, le encantaría ser el tipo de persona que no piensa en el dinero, como muchos de sus amigos artistas. Pero cuando estás ahogada en préstamos estudiantiles y deudas de tarjetas de crédito, tu madre tiene alzhéimer precoz y está internada en un geriátrico que no es el más caro, pero de todas maneras es muy caro, el dinero es la diferencia entre comer en McDonald's y fideos instantáneos. Porque sí, hay alimentos todavía de nivel más bajo que las comidas rápidas.

Se pone a revisar su monedero, con la esperanza de encontrar un billete de veinte dólares que siempre tiene guardado para alguna emergencia. No puede recordar si lo usó o no. No podría decir si un rechazo de tarjeta en el McDonald's se considera una emergencia oficial, pero sin duda cree que sí. Su abuela le enseñó que siempre debía tener algo de efectivo en su bolso, porque a veces las tarjetas de crédito no funcionan y no se encuentran cajeros automáticos en los alrededores. La abuelita tenía razón y Kenzie de pronto la echa de menos y le cuesta respirar.

Qué hija de puta la pena.

Encuentra el billete, plegado entre una vieja tarjeta de Sears y la de clienta de Sephora, las dos en desuso porque la primera ya no sirve y en la segunda no puede gastar. El pedido de McDonald's es de 14,68 dólares.

Contempla la posibilidad de cambiar su combo de pollo a la parrilla por dos hamburguesas del menú económico. Pero entonces la mujer en la fila vuelve a suspirar impaciente y Kenzie se da cuenta de que ya está demasiado avergonzada como para seguir hablando. Despliega el billete y se lo da al cajero. Le devuelve un billete de cinco y algunas monedas. Guarda el cambio en su monedero y trata de no pensar en que ese era todo el dinero que le quedaba para la semana.

Derek no levanta la vista cuando ella vuelve con la comida; está absorto en su teléfono por su trabajo, del mismo modo que ella está absorta en su teléfono por cualquier cosa menos trabajo, y a él no le gusta que lo interrumpan cuando está escribiendo, así que ella no dice nada. Antes de sentarse, trata de atisbar lo

que está mirando. Pero él se da cuenta y aleja el teléfono para que Kenzie no vea la pantalla.

Ella detesta cuando él hace eso. Le recuerda que él tiene secretos.

Ella debería saberlo. Es uno de esos secretos.

Desenvuelve la hamburguesa de pollo y le da un mordisco, mientras se entretiene con Instagram y él continúa actuando como si ella no estuviera allí. Publicó una foto mientras iban en coche al hotel con sus pies sobre el panel de control, y la quitó justo antes de que él le dijera que no pusiera los pies allí. A pesar de que se había descalzado, sabía que le molestaría. Lo conoce mucho mejor de lo que él cree.

Y seguramente se volvería loco si supiera que él aparece a veces en su Instagram, sin su nombre, incluso sin su rostro o sin algo que lo caracterice. Pero ¿qué importa si él no está en las redes sociales y nunca lo ve?

Se come las papas fritas un poco ausente. No le da las gracias por la comida, y aunque no tiene que hacerlo —por Dios, él paga todo lo demás—, para Derek gastar cien dólares en una cena no es nada.

Para Kenzie gastar quince en McDonald's arrasa con sus reservas hasta el día de pago. Además, no recuerda cuándo fue la última vez en que él tuvo un gesto de cortesía con ella. Se acuerda de lo que pensó cuando se conocieron: "Qué atento, qué buenos modales. Un verdadero caballero".

Ya no es así. Seis meses de mentir y esconderse lo han cambiado. Pero ella no puede inquietarse mucho porque ella también ha cambiado. Antes tenía el control y ahora siente que se le va escapando. Ir al hotel esta noche puede haber sido idea de él, pero ella no es estúpida. Hay una gran diferencia entre un hombre que genuinamente quiere estar con ella y un hombre que simplemente no quiere volver a su casa.

—¿Todo en orden? —pregunta ella.

—Todo bien.

Pero no sonríe, y Kenzie no sabe si es por algo del teléfono o por ella. No le va a preguntar, no tienen ese tipo de diálogos. No hablan de cómo se sienten. No profundizan. Eso nunca ha sido parte del trato, a pesar de que ella lo ha intentado.

En cambio, él observa la comida frente a él y frunce el ceño. Abre la caja de su hamburguesa y aumenta el disgusto.

—Dije Cuarto de Libra.

—Dijiste Big Mac.

Ella sabe que él dijo Big Mac. Lo sabe porque recuerda que cuando lo dijo, ella pensó: "Pero tú sueles pedir la Cuarto de Libra". Está segura de que no se equivoca y nota que, por la mirada esquiva, él se está preguntando si realmente es lo que dijo. Pero Derek detesta estar equivocado y es un campeón en redoblar la apuesta, así que negará haber dicho Big Mac hasta estropear la noche que pasarán juntos.

—Dime ¿cuándo he comido yo un Big Mac? —pregunta, pero su convicción flaquea.

Mira fijamente a Kenzie como si supiera la respuesta. Comprende que está cansado de conducir de vuelta desde Portland toda la tarde, pero ella se ofreció a hacerlo hasta el hotel cuando pasó a buscarla y él insistió en que estaba bien. Lo que ambos saben es que él no quiere que ella conduzca su preciado Maserati. Si no la deja poner sus pies con calcetines (limpios) sobre el panel de control del coche, cómo la va a dejar estar al volante de su asquerosamente caro coche deportivo. Derek cree que el Maserati la excita y así fue al principio. Pero también lo hace parecer un poco imbécil. Y ¿sabes qué? Él no es el único que está cansado. Ella ha estado de pie toda la mañana atendiendo a los clientes del Green Bean hasta que Marin Machado entró, con aspecto de querer destrozarle la garganta con sus dientes perfectos, mientras al mismo tiempo se veía elegante y completamente fabulosa.

Kenzie sabe quién es la esposa de Derek. Por supuesto que lo sabe. Le había demandado un enorme esfuerzo no reaccionar, hacer como si la mujer de su amante fuera una clienta más, y todo se lo debe a ese curso de teatro que hizo en el bachillerato en Idaho. Si existiera un premio en la categoría Mejor Actriz de Cafetería, Kenzie lo habría ganado. Fue una tortura preguntarse si Marin se acercaría al mostrador para estrangularla o si comenzaría a gritar obscenidades, groserías y amenazas frente a sus compañeros de trabajo y a los clientes que llenaban el local.

Kenzie incluso se acercó a su mesa más tarde con la cafetera para darle la oportunidad de hacer exactamente eso —pensando que así podría quitárselo de encima y al menos estaría más preparada—, pero Marin no dijo nada. Simplemente se sentó en ese rincón y la observó mientras trabajaba, clavándole la mirada como si fuera un insecto que quería aplastar bajo la suela de sus Jimmy Choo.

Kenzie ha visto a Marin en fotos. Están por toda la web, en revistas, en las páginas de eventos de caridad, en artículos de belleza, y la esposa de Derek

mantiene activos Facebook e Instagram tanto para el trabajo como para su vida personal. Pero Marin Machado, en persona, está en un nivel totalmente diferente. Para empezar, se parece a Salma Hayek (una de sus clientas, según *InStyle*). Tiene ojos soñadores, buenos pechos y culo y una cintura de avispa, viste prendas de diseñadores que le sientan como un guante. Cuando Marin se puso de pie frente a ella en el mostrador, Kenzie se sintió desgarbada e inadecuada, torpe como una preadolescente, demasiado alta y demasiado flaca y necesitada de un urgente cambio de look. Marin Machado es suave y de formas redondeadas donde Kenzie es angulosa y plana, y no podrían ser físicamente más diferentes aunque se lo propusieran.

Por eso le envió a Derek la selfi desnuda. Necesitaba sentirse segura. Marin Machado es inteligente. Exitosa. Tiene su propio negocio con esos tres centros de estética y su equipo de mujeres que parecen adorarla. Ha ido ascendiendo desde abajo y se lo devuelve a la comunidad con sus acciones: sus hashtags son siempre #lajefa y #empresademujeres y #mujeresempoderadas y es casi el ideal de lo que Kenzie quiere ser cuando sea mayor.

No puede imaginar qué es lo que esa mujer se propone. Marin obviamente sabe quién es Kenzie. Pero la confrontación no se produjo y por cierto no le ha dicho nada a Derek, porque si lo hubiera hecho, no habría forma de que Kenzie estuviera allí con él en ese momento.

Derek no habla, así que ella continúa pensando en Marin mientras se come sus papas fritas. Haber visto a su mujer en persona explica muchas cosas. Todo el mundo se ve bien en sus fotos de Instagram, gracias a los filtros y Facetune. Ver a alguien en la vida real, por otra parte, es diferente. Derek debe de pensar que Kenzie es un desastre la mayor parte del tiempo, comparada con su estupenda esposa. Al terminar de trabajar, corrió a su casa a darse una ducha rápida y Derek hizo una mueca de fastidio cuando la vio.

—No puede ser tanto trabajo secarte el pelo con secador —dijo.

—Me lo seco casi siempre.

Él se estiró hacia el asiento de atrás para buscar en su bolsa de gimnasio, revolviéndolo todo hasta que la encontró: una toalla de microfibra.

—Inclínate hacia adelante —le dijo, y cuando lo hizo, él cubrió el respaldo del asiento de cuero.

—Mi pelo está más limpio que tu toalla —dijo ella.

—Mis asientos valen mucho más que tu pelo.

No tiene respuesta para esa salida. Seguro que una mujer como Marin jamás

sale de su casa con el pelo mojado o sin menos de cinco productos de belleza aplicados en el rostro.

Derek ni siquiera sube a su apartamento cuando pasa a buscarla. Si ella no está en la puerta cuando él llega, le manda un mensaje de texto. Ni siquiera se digna bajarse del puto coche para tocar el timbre en la entrada. Una vez le soltó: "No soy un puto chofer de Uber", lo cual revela que él nunca ha pedido un Uber. Esos tipos no se bajan del coche tampoco.

Ambos se sientan uno junto al otro en su incómodo y llamativo coche durante una media hora hasta que Kenzie sugiere detenerse en un McDonald's. Con todo lo burgués que Derek pueda ser, la realidad es que creció comiendo comida rápida igual que ella, y Kenzie sabe que a él no le molesta comer hamburguesas industriales y papas fritas. Además, como lo nota de pésimo humor, cree que comer algo puede relajarlo un poco.

En cambio, está teniendo el efecto opuesto, ya que están sentados en este reservado pegajoso mientras él no para de quejarse de la hamburguesa que ella le ha comprado con su dinero para emergencias. Nota que la Big Mac sigue intacta.

—Derek, si esto es tan importante, puedo pedir que te la cambien. —Ella deja su hamburguesa de pollo y suspira dramáticamente.

Señoras y señores, han llegado a la etapa de esta competición de lucha mental que denominamos "¿quién es el más maduro?". Los puntos se adjudican mentalmente y en forma pasiva-agresiva hasta que alguno de ellos gane. ¿Quién será el ganador? Ella desea serlo, porque le encanta ganar tanto como a él, pero si no le cambian la hamburguesa gratis, significa que tendrá que comprar otra con los cinco dólares que le quedan hasta que le paguen al final de la semana.

Eso significa que al final ella pierde.

—Está bien —dice Derek.

Ahora ambos reciben puntos. Él le da un gran mordisco a la hamburguesa que él insiste en que no pidió, lo que implica otro punto para él por comer algo que no desea comer. Cuando hace una mueca para demostrar que no le gustan los Big Mac, ese es un punto para ella, porque él dijo que estaba bien. Pero finalmente mastica y traga, lo cual, diablos, da como resultado otro punto para él porque va a digerir esa mierda.

—¿Quieres mi hamburguesa de pollo? Puedo comerme el Big Mac, me da igual.

Ding ding ding. Ella casi puede escuchar la campanilla que suena sobre su

cabeza sumando los puntos. Ofrecer cambiar las hamburguesas sin duda vale por lo menos tres puntos, y así, de pronto, Kenzie pasa a estar a la cabeza. ¿Lo ves? Ella también es experta en este juego.

—Dije que estaba bien.

Puede ser que ella pierda un punto o que lo gane, no queda claro. Siguen comiendo en un silencio hostil y ninguno gana. Es que nadie gana en este juego. Ella se pregunta por qué juegan a esto. Se pregunta por qué razón él quiso verla esta noche. Si realmente no quería volver a su casa, se podría haber quedado en Portland.

Diez minutos después, vuelven al coche. Él pone música, algo que siempre hace cuando no tiene ganas de conversar, lo que sucede con frecuencia últimamente. Derek solía hablarle todo el tiempo. Así fue como empezaron, después de todo. Las conversaciones fueron lo más importante durante los primeros meses, hasta que empezaron a tener sexo y se dieron cuenta de que lo disfrutaban mucho más.

La playlist no ha cambiado en los seis meses que hace que lo conoce y sus gustos musicales comprenden mayormente a Soundgarden, Pearl Jam, Alice in Chains y Nirvana. Grandes bandas de Seattle, sin duda, pero todas son antiguas para ella y le recuerdan a su padre, que solía escuchar esos álbumes a todo volumen hasta que se fue de casa. También le recuerdan a Kenzie que Derek es mayor y, si bien al principio esas diferencias la encendían, es un cabo suelto que los dos están tratando de sujetar y su relación comienza a desgastarse.

No puede desgastarse. Kenzie ha invertido mucho en ella.

El Cedarbrook Lodge es un hotel a treinta minutos de Seattle, junto a Sea-Tac. Cuando Derek se lo nombró, ella supuso que iban a uno de esos hoteles estándar de los aeropuertos. Pero era sorprendentemente agradable. Tiene un restaurante bastante bueno y un spa de lujo y la suite que Derek reserva es casi tan grande como el apartamento que Kenzie comparte con su amigo Tyler, solo que aquí hay una chimenea. Los terrenos que rodean el hotel están bien cuidados y frondosos y resulta bastante romántico. Pero no es por eso por lo que le gusta a Derek. Van allí porque son pocas las probabilidades de cruzarse con un conocido, y si sucediera, siempre puede decir que iba a tomar un vuelo muy temprano al día siguiente.

Lo que sea que estén haciendo no tiene nada de romántico.

Derek se detiene en el aparcamiento y le dice que lo espere en el coche

mientras él se ocupa de ir a la recepción para pedir las tarjetas de ingreso. Vuelve unos momentos después.

—Usaremos la entrada lateral —le dice, y ahora sonríe alegre, tratando de distraerla del hecho de que no quiere que el conserje la vea. Han usado la entrada lateral todas las veces y es insultante que él todavía sienta la necesidad de recordárselo, como si fuera una niña que requiere de la repetición para aprender algo.

Entran por la puerta lateral. Derek lleva su maleta con lo indispensable para la noche y ella lleva la suya. Al principio, él siempre cargaba con las dos maletas y a Kenzie le encantaba ese gesto de caballerosidad. En algún punto del camino, sin embargo, él dejo de ofrecerlo. Ella se lo comentó en una ocasión y él se burló.

—Vamos, Kenz. Eres una milenial y te describes como feminista. No puedes ser eso y al mismo tiempo esperar que un hombre te lleve la maleta.

Tal vez tenga razón, pero esto no se trata en absoluto de sus expectativas, y no sabe cómo explicárselo sin convertir el tema en un conflicto mayor. Ella desea que Derek quiera ser el tipo que le lleve la maleta cuando entran a un hotel. Ella quiere que sea el tipo que la toma de la mano cuando caminan por la acera, que sube a buscarla a su apartamento, que la lleva a cenar a lugares donde puedan estar sus amigos, que se toma una selfi con ella y que le permite subirla a Instagram. Kenzie desea que él sea muchas cosas que no es, pero no sabe cómo pedirlas porque nunca antes las había deseado. Ella supo que él era rico desde el principio. Sabía que estaba casado. Que su pequeño hijo había desaparecido. Que se sentía vulnerable, a punto para tener una aventura y abierto a lo que fuera que aliviara su dolor. También sabía que era generoso con su dinero. Era, en síntesis, la presa perfecta.

Ella lo sigue por el pasillo, preguntándose una vez más cómo ha salido todo tan mal. Enamorarse de él no era parte del plan. Y si ella no acierta en sus próximos pasos, va a echarlo todo a perder.

CAPÍTULO 11

La selfi del desnudo es ahora el fondo de pantalla del iPhone de Marin.

Y ahora, cada vez que enciende el teléfono, allí están las tetas de McKenzie Li. Cada vez que lo mira para ver la hora, allí está la entrepierna de McKenzie Li. Observa el tatuaje de la rama de cerezo que recorre el torso firme de la joven desde la cadera hasta el pecho. Marin no sabe casi nada sobre tatuajes, y aun así debe admitir la belleza de las tintas fucsias y rosas y el efecto de acuarela logrado. Solo una mujer de veinticuatro años con un cuerpo como ese puede haberse sentido cómoda medio desnuda sobre una camilla plegable durante las horas que le debe de haber llevado a un extraño inyectarle la tinta dentro de la piel.

Imaginar la escena desata la furia de Marin y no puede dejar de mirarla. La rabia es mejor que la tristeza. La rabia es mejor que la insensibilidad. Esta mujer es todo lo que Marin no es y solo puede suponer que eso es lo que más le atrae a Derek.

Es casi medianoche y Marin está sentada en un reservado del Frankenstein esperando a un hombre que no ha visto nunca y cuya voz no ha escuchado jamás. Todo lo que sabe es que se llama Julian y que para él es habitual encontrarse con mujeres desconocidas en restaurantes a medianoche.

Frankenstein es una clásica cafetería en el corazón del barrio universitario. Solía venir aquí con Sal en la época de estudiantes; de hecho, fue aquí donde rompieron. Reservados con gastadas mesas de madera y asientos de vinilo rasgado se alinean sobre las paredes y en el centro del comedor, cada uno con su lámpara de luz tenue colgando. Los suelos de vinilo están siempre pegajosos por el café derramado y la miel de los panqueques.

Los baños han sido renovados, pero siguen siendo un asco, y ella se vio forzada a sostenerse en cuclillas cuando lo usó, para que sus muslos no tocaran el inodoro. La comida rápida que sirven es grasienta, las porciones son generosas y el precio es bajo. El lugar atrae a mucha gente que duerme en la calle, en su mayoría hombres, que vienen en pequeños grupos y se sientan tranquilos en los boxes de un rincón, compartiendo platos de comida que con

frecuencia les dan con descuento. El dueño solía vivir en la calle también, hasta que se recuperó y consiguió un trabajo; una clásica historia de Seattle que incluso salió en las noticias: el artículo enmarcado está colgado cerca de la entrada. El Frankenstein también atrae a los empleados que hacen guardia en el hospital universitario cercano y a los estudiantes de las tres facultades de la zona, incluyendo la de Arte a la que asiste McKenzie Li.

Las mujeres como Marin no van a lugares como este. Ya no. Un hombre le sonríe con su boca desdentada cuando pasa hacia el baño y la mezcla de su olor a orina y a basura, producto de vivir en la calle, la invade un instante. Por instinto, acerca su bolso. ¿Sal eligió este sitio, o fue Julian?

Le duele pensar en Sal y no ha comenzado a procesar lo que sucedió entre ellos unas horas antes. En casi veinte años de casada con Derek, nunca lo había engañado, ni había estado cerca de hacerlo. Inspira hondo, tratando de quitar de su mente el recuerdo de la tarde. Es una puerta que no debería haber abierto nunca y da miedo pensar hacia dónde los lleva a Sal y a ella desde allí. No quiere perderlo. No sabe si podrá sobrevivir a otra pérdida.

Cuanto más tiempo pasa sentada allí, más loco se vuelve todo. Es posible que esté tocando fondo.

Pero cada vez que se cuestiona su decisión de venir hasta aquí, su teléfono se enciende con alguna notificación. Y cada vez vuelve a ver la foto de McKenzie Li, joven, fresca y despreocupada, suave y lisa donde Marin está arrugada, alegre cuando Marin… no lo está. Probablemente es fértil, con sus ovarios funcionando a pleno rendimiento, lista para producir un bebé o tal vez dos si eso es lo que Derek desea. ¿Eso es lo que Derek desea? ¿Otro hijo? Porque es lo que Marin no puede darle. En la última ronda de fecundación *in vitro*, utilizaron el último embrión viable, que fue Sebastian.

Las mujeres que se sienten inferiores a otras mujeres es el cliché más viejo del mundo, y ella siempre se ha enorgullecido de ser una mujer que anima e inspira a otras mujeres. Sea lo que sea que esté haciendo McKenzie, sigue siendo una traición de Derek. Pero Marin también le ha hecho daño a su esposo. Si Derek puede perdonarla por Sebastian —y ha dicho que lo ha hecho, cientos de veces—, entonces, seguramente ella puede perdonarle esto.

Resulta, entonces, que McKenzie es la villana de la historia. No ha invertido nada y pretende quedarse con todo. Y no puede ser.

—¿Más café, querida?

La voz cascada de la camarera toma a Marin por sorpresa y se sobresalta un

poco. La mujer sostiene una cafetera en una mano y una jarra de agua en la otra y se las ofrece con sonrisa amable. Tiene un diente manchado con un poco de lápiz labial color coral, y justo en ese momento Marin recuerda a una camarera en el restaurante al que sus padres solían llevarla cada mañana después de la iglesia. La camarera se llamaba Mo, abreviatura de Maureen. Un fin de semana del Día de Acción Gracias, cuando ya estaba en la universidad, fue con sus padres al Golden Basket y Marin le pidió a la camarera que los recibió que los sentara en una mesa que atendiese Mo, y vio cómo el rostro de la mujer se entristecía cuando les comunicó la noticia de que la camarera favorita de Marin había muerto hacía un mes.

—Tenía intención de contártelo —susurró su madre cuando se sentaron en otra zona del restaurante por primera vez en diez años.

—Pues no lo hiciste —dijo Marin—. Y ahora me siento como la mierda, lo mismo que la camarera.

Su madre frunció los labios.

—Cuida tu lenguaje, Marin.

El uniforme verde desteñido cuelga de la delgada figura de la camarera y en su identificación se lee "BETS". Marin se pregunta si de algún modo se borró la Y final y se supone que es Betsy. Se da cuenta de que no le ha respondido.

—Sírvame las dos cosas, muchas gracias.

Bets/Betsy llena su taza y su vaso sin verter ni una gota. Sus manos nudosas parecen raíces de jengibre.

—¿Quiere comer algo? —pregunta la camarera—. ¿O está esperando a alguien?

Se abre la puerta y entra un grupo de ruidosos estudiantes seguidos de una ráfaga helada. No tienen dónde sentarse; todas las mesas están ocupadas. Lo último que desea Marin es comer algo, pero no le parece bien ocupar un reservado para cuatro personas y solo beber un café. Mira al menú escrito sobre una pizarra sobre la pared de la cocina integrada.

—Quiero el Monster special. Pero que los huevos revueltos solo tengan las claras, por favor y sin panqueques, pan tostado ni croquetas de papas. ¿Tienen beicon de pavo?

Bets/Betsy levanta su ceja delineada.

—Querida, eso ya no es el Monster special. Le tengo que cobrar extra por las claras, y estará pagando por mucha comida que no comerá. Y no tenemos beicon de pavo. —Frunce el ceño cuando pronuncia "beicon de pavo", como si

fuera una blasfemia. Lo cual probablemente sea así, porque solo una imbécil va a un restaurante que abre las veinticuatro horas, conocido por sus desayunos a cualquier hora, e intenta comer algo saludable.

Marin le sonríe.

—¿Sabe qué? Vamos a simplificar. Quiero unos huevos fritos con la yema blanda y pan de masa madre tostado. Croquetas de papas. Y beicon normal, que recuerdo que es muy bueno aquí.

La camarera le devuelve la sonrisa.

—¿Desea agregar un panqueque por un dólar?

No va a poder terminar todo eso, pero a la mierda.

—Claro, ¿por qué no?

Bets/Betsy no toma nota de nada. Marin se pregunta cómo terminó ella a su edad trabajando a medianoche en este lugar grasiento y deprimente. Mo decía que disfrutaba su trabajo y que los clientes del Golden Basket eran como sus amigos, sus compañeros, su familia. Pero el horario de medianoche en el Frankenstein es algo totalmente diferente.

Son las doce exactas y el "tipo" de Sal no aparece. No tiene manera de enviar un mensaje o llamar para comprobar si Julian tiene intenciones de venir. Sal le aseguró que se llevarían bien. Y eso es todo lo que sabe. ¿Y si Julian no aparece?

En su teléfono suena una alerta. Es un mensaje de Sal. "¿Estás viva?".

"No ha llegado todavía —escribe ella con los dedos temblorosos—. Me está dando miedo. No sé si puedo hacer esto".

La respuesta de Sal entra al instante. "Estarás bien. Solo van a hablar".

Sin nada más que hacer que esperar, entra a su Instagram. No les da prioridad a las redes sociales; Sadie y los gerentes de los locales se ocupan de publicar en Instagram y en Facebook. Pero Marin se ha vuelto adicta hoy y está entendiendo que la generación más joven parece sentirse cómoda subiendo sus vidas enteras a estas plataformas virtuales. Y si uno mira con atención, puede saber casi todo de la vida de cualquiera.

La amante de Derek, por ejemplo, publica en Instagram cada día. Cada puto día.

Hay una nueva foto desde la última vez que lo revisó y es de… ¿sus pies? Largos pies y finos tobillos enfundados en unos zuecos blancos con lunares rosas, cruzados con naturalidad sobre el tablero de mando de un coche. Fue tomada en un ángulo estratégico para mostrar el volante, con el inconfundible logo de la corona de Maserati en el medio. Hay una mano sobre el volante,

claramente masculina, y el pie de foto dice: "Mi bólido deportivo, mi superchico", con un emoji con gafas de sol.

Hay cientos de comentarios de la foto, pero el único que McKenzie ha respondido es este:

sugarbaby1789: zorra, quién es???
kenzieliart: es mi hombre [emoji de besitos]

"Toneladas de humillaciones".

Un hombre se desliza sobre el asiento de vinilo rasgado y se sienta junto a ella. Asustada, Marin deja caer su teléfono. De nuevo, estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que se acercaba. No lo vio dirigirse al reservado y no sintió la ráfaga de viento sobre su rostro cuando se abrió la puerta. El mismo grupo de estudiantes ruidosos sigue en la entrada.

El tipo debe de haber entrado por otra parte, una puerta trasera o tal vez desde la cocina. El corazón se le acelera, le sudan las palmas de las manos y como por reflejo estira la mano para saludarlo, pero él no hace ningún ademán de estrechársela. En cambio, le hace señas a la camarera, que se acerca con una jarra y la cafetera.

—Lo de siempre, Bets —dice, y ella asiente.

Así que su nombre es realmente Bets y resulta evidente que se conocen. Si usa una puerta trasera es probable que venga mucho por aquí. Marin se pone la mano en el regazo para que no vea cómo le tiembla.

¿Realmente está haciendo esto?

Le cuesta mirarle a los ojos, pero él no parece sentirse incómodo en absoluto. Busca en su chaqueta y saca un paquete de toallitas húmedas. Saca una del interior. Ella lo observa mientras él se limpia las manos meticulosamente, repasando cada dedo, y cuando termina, hace un bollo con la toallita y la envuelve en una servilleta. La deja en una esquina de la mesa.

Él la observa al detalle, su mirada escrutadora va de su rostro a su pelo, su collar, su blusa, la alianza en la mano izquierda, el brazalete en la muñeca derecha. No sonríe, pero su rostro es naturalmente agradable. ¿Qué le dijo Sal? Se pregunta si ella tiene el aspecto que él esperaba. Se pregunta cuántas veces habrá hecho esto. Finalmente él habla.

—Soy Julian. No te pongas nerviosa, Marin. Solo estamos hablando.

Ella no se ha dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración y suelta el

aire.

—Hola —dice ella—. Gracias por venir.

Julian —si ese es su verdadero nombre— es de su misma edad, tal vez un par de años mayor. Ojos oscuros, cejas espesas, nariz prominente, cabeza afeitada. Chaqueta de cuero de motorista sobre una camiseta negra con escote en V. Extremadamente musculoso, por lo que ella puede ver. Manos fuertes, no lleva reloj ni alianza, aunque ella piensa que sería raro que los usara en este contexto. No parece un tipo que tenga un trabajo en una oficina de nueve a cinco, pero tampoco parece —¿cómo lo definió Sal?— un "solucionador de problemas".

Ella no tiene ni idea cuál es el aspecto que debería tener un personaje con esas habilidades. Nunca ha visto *Ray Donovan*, el solucionador de problemas de la serie de televisión.

Él observa cómo ella lo mira y pasa un momento hasta que vuelve a hablar.

—¿Así que tú eres la que rompió el corazón de Sal?

Ella parpadea sorprendida. No esperaba que la conversación se iniciara así.

—Bueno… algo así. —Ignora qué le ha contado Sal exactamente, por lo que no sabe qué explicar o cuánto detalle espera—. Salimos juntos cuando estábamos en la universidad. Hace mucho tiempo.

—¿Y tú lo dejaste por el tipo con el que finalmente te casaste? —pregunta Julian, aunque es más una afirmación que una pregunta.

"Por Dios, Sal, ¿qué le contaste a este hombre?".

—No… exactamente.

—Sal es un buen tipo —dice él—. ¿Alguna vez lo lamentaste? ¿Elegir a tu esposo en lugar de a Sal?

—Yo… —Guau. No tiene ni idea de cómo responder. No estaba preparada para este tipo de preguntas, así, a bocajarro, pero el hombre parece incapaz de un diálogo trivial. Ni siquiera de decir hola.

—Quise decir que, por supuesto, no lo he lamentado. Sal lo sabe. Estamos bien.

—Solo estoy tratando de confirmar cómo se conocieron. —Los ojos de Julian se entrecierran y a ella casi le parece que sonríe. O intenta hacerlo—. De ver si tu historia se corresponde con la de Sal. Porque, obviamente, tú y yo no nos conocemos y yo necesito asegurarme de que eres la persona que él dice que eres.

—Sal es mi mejor amigo. —Esa es la explicación más simple y la más exacta

—. Desde hace mucho tiempo. Puedo enseñarte mi identificación si necesitas confirmar mi nombre.

Mierda. Qué estupidez. No quiere enseñarle su identificación; si lo hace, sabrá todo sobre ella, hasta su dirección, y de algún modo le parece… peligroso.

Él niega con la cabeza.

—Nah, no hace falta. Está todo bien.

—¿Cómo conociste a Sal? —pregunta ella.

Él levanta la ceja, desconcertado.

—¿Qué te dijo él?

—Que tú has trabajado para él, una o dos veces.

—Así es. —Hay un brillo en los ojos oscuros de Julian—. Pero no es así como nos conocimos. Hace mucho tiempo, ambos fuimos residentes del CCM.

Marin lo mira con atención, esperando que se explique, pero no lo hace.

Y entonces ella lo comprende. El CCM es el Complejo Correccional Monroe. Es una prisión. Por Dios. Cuando Sal tenía diecinueve años y estaba en segundo año de la universidad, fue arrestado por vender marihuana. Era un delito menor por posesión de estupefacientes, pero era reincidente y su padre estaba enfadado. Se negó a pagar la fianza, así que Sal estuvo detenido treinta días antes de llegar al juzgado, y el juez lo dejó en libertad, al dar por cumplida la detención. Sucedió antes de que se conocieran y Sal nunca habla de eso, por lo que ella con frecuencia olvida que estuvo en prisión.

—Nos mantuvimos en contacto después de que ambos quedamos en libertad. Él me hablaba de ti cuando todavía estaban juntos. Aún lo hace —acota Julian—. Dice que fuiste tú quien lo dejó.

—Es interesante saberlo, porque él nunca te ha mencionado —le suelta ella, y siente que sus mejillas se enrojecen. Sus palabras han sido mucho más bruscas de lo que se proponía.

Julian no parece molestarse. Se encoge de hombros.

—No soy el tipo de persona del que uno habla a sus amigos.

—Él suele contármelo todo —señala ella.

—¿Sí? —Julian lo dice con una pequeña sonrisa y antes de que ella pueda preguntarle qué quiere decir él agrega—: No nos vemos muy a menudo; cuando me necesita, me llama. Me especializo en problemas que deben ser manejados de cierta manera.

—¿Qué tipo de problemas? —Ella contiene la respiración preguntándose si va a pronunciar las palabras.

—Lo que necesites, Marin.

Él no da explicaciones y un incómodo silencio se instala entre ellos hasta que el teléfono de Marin se activa. Es un mensaje de Sal, para ver cómo está. Ella se siente avergonzada cuando la mirada de Julian se desvía con naturalidad a la pantalla con el desnudo de McKenzie. Ella toma el teléfono de la mesa. Nadie más que ella debería ver su teléfono.

—Es Sal. —Ella siente que el calor de sus mejillas desciende por el cuello—. Quiere saber si todo va bien.

Julian se inclina y bebe un trago de su café.

—Adelante, respóndele.

Ella escribe con rapidez y luego se vuelve para guardar el móvil en su bolso.

—Discúlpame, Marin —dice Julian—. Voy a necesitar que esté sobre la mesa.

—¿Sí?

—Por favor, desbloquéalo para que lo pueda ver. —Su tono es agradable, pero no hay duda de que se trata de una orden, no de un pedido.

Ella presiona con el pulgar en la pantalla y el teléfono se enciende. Él lo toma y comienza a pasar las pantallas, cerrando todas las aplicaciones que tiene abiertas. Luego deja el móvil sobre la mesa con McKenzie sonriéndoles en toda la gloria de su desnudez hasta que la pantalla se apaga.

—Debo asegurarme de que no nos están grabando —dice Julian.

—Yo no haría eso.

Ella no tendría ninguna buena razón para grabar nada de esto. Pase lo que pase aquí esta noche, no quiere que nadie lo sepa nunca, excepto Sal; ni siquiera que sepan que ella pensó o que consideró seriamente tener una conversación con alguien que podía llegar a hacer algo al respecto.

—Ha llegado la comida —dice Julian.

Bets coloca sobre la mesa unos platos enormes llenos de una comida aceitosa, con mucha grasa y mantequilla. Marin se da cuenta de que Julian ha pedido exactamente lo mismo que ella, hasta el panqueque, solo que el pan tostado no es de masa madre.

—¿Qué te parece si comemos primero y después hablamos? —Él toma el tenedor y lo usa de lado para cortar el huevo. La yema se desparrama sobre las

croquetas de papa—. Conversar sobre asesinatos es mucho más fácil con el estómago lleno, ¿no estás de acuerdo?

CAPÍTULO 12

Por un momento, Marin casi puede imaginar que son dos personas en una cita a ciegas, lo que de algún modo es cierto. Los presentó un amigo común, después de todo.

Excepto que todo esto es ilegal.

—Entonces, ¿esta es ella? —Julian deja sobre la mesa su tenedor finalmente —. ¿La tienes en tu teléfono? ¿Esa es la mujer con la que tu esposo te está engañando?

Él ha terminado dos tercios de su comida y ella va por la mitad, y parece que ambos están satisfechos. Bets ve que han terminado, pero no se acerca a la mesa. Es como si supiera que no debe acercarse hasta que Julian le haga una seña y él no está mirando en su dirección. Tiene la mirada clavada en Marin y parece como si sus ojos oscuros vieran en su interior. Ella no cree poder mentirle en nada, aunque quisiera hacerlo.

Comienza a hablar y todo el relato sale como un torrente incontenible. Es como si finalmente se sintiera libre para decir las cosas más terribles que ha estado pensando, cosas que nunca diría en el grupo, cosas que podría llegar a decirle a su terapeuta. Julian es un extraño, tal vez sea justamente por eso. Tal vez es porque sabe que él no la juzgará.

—La aventura ya lleva su tiempo. Él está con ella en este momento. En un hotel en algún lugar de la ciudad. —La vergüenza colorea sus mejillas; puede sentir que arden.

—Déjame ver la foto.

Le alcanza el móvil y su vergüenza da lugar a la rabia. Él lo mira un buen rato de nuevo hasta que se apaga la pantalla, esbozando una leve sonrisa. ¿Qué les pasa a los hombres con las mujeres desnudas? Sal tuvo la misma reacción antes.

Divertido, con un toque de… lujuria.

—¿Tienen hijos? —pregunta él.

—Eso es irrelevante.

La respuesta lo sorprende. Levanta la ceja como esperando que ella se explique, pero no dice nada. Nunca va a hablar de su hijo con este hombre y se

alegra de ver que Sal no le ha dicho nada. Sebastian está más allá de cualquier límite.

—Dime todo lo que sepas de ella —dice Julian.

Esto es fácil. A diferencia de lo que siente por Derek, cuando se trata de la otra, solo siente una emoción que empieza con *o* y termina con *dio*.

Él la escucha sin interrumpirla. Cuando termina, Marin tiene la boca seca. Toma el vaso de agua y sin querer tira su taza de café. Por suerte, está casi vacía y solo se derraman unas gotas sobre la mesa. Bets llega al instante con un paño húmedo y se ofrece a recoger los platos. Ninguno de los dos acepta llevarse a casa las sobras.

—Lo siento —Marin termina de secar una gota de café que la camarera no ha visto—. No suelo estar tan nerviosa.

—Es porque eres una persona normal y esta conversación es muy anormal —dice Julian—. Marin, sin presiones. Estoy aquí para ayudarte, no para complicarte la vida.

Sus palabras son de una amabilidad inesperada y le recuerdan que esto es solo una entrevista. Estar sentada aquí con él no significa que tenga que seguir adelante. No debe tomar ninguna decisión en este momento.

Todavía puede cambiar de idea.

Él la observa con atención y todo parece diferente ahora que ha soltado su historia y que él conoce los detalles que la han llevado hasta allí. Le ha contado secretos. Tiene una extraña sensación de intimidad.

—Sal siempre dijo que eras una mujer hermosa, Marin
—señala Julian, y ella siente que se vuelve a ruborizar—. Y tiene razón. Exitosa también, por lo que me ha contado. He visto situaciones como esta muchas veces y puedo asegurarte que lo que sea que esté haciendo tu esposo no tiene nada que ver contigo.

Error. Tiene todo que ver con ella.

—¿Tienes alguna pregunta para hacerme? —dice Julian.

Marin respira profundamente. Allá vamos.

—Supongo… supongo que el precio es alto. ¿Cuánto cobras? Y ¿de qué forma… cómo sería…? —Traga saliva.

—Mis métodos no deben preocuparte. —El destello vuelve a sus ojos—. Algunas situaciones las manejo personalmente, y otras… las delego. Todo lo que tienes que saber es que nos ocuparemos del tema. Pero mi tarifa es de doscientos cincuenta. Y no es negociable.

—¿Doscientos cincuenta mil? —Ella no tenía idea de cuánto era lo que esperaba. Sal había dicho que era caro, pero la cifra superaba lo que había imaginado.

—Obtienes el resultado por el que pagas.

—Pero yo… —Tiene tantas preguntas que no sabe por dónde empezar. Detesta sonar como una novata idiota e ingenua, que exactamente es lo que es, y ahora se arrepiente un poco de haber insistido en reunirse sola con Julian. Ojalá Sal estuviera aquí—. ¿Podría… sería posible pagar la mitad como adelanto?

—No. —Suelta una risa corta como un ladrido—. Se paga el total por adelantado. En efectivo o por transferencia.

—Es que… no sé cómo podría explicar un pago de un cuarto de millón de dólares. —Ella sabe que lo tiene, pero no es que lo tenga a mano en su cuenta corriente. Y tampoco puede gastarlo sin justificarlo de algún modo—. ¿No resultaría sospechoso?

—Si lo haces por transferencia bancaria, el número de la cuenta que te daré es para donaciones de caridad. Una asociación conocida y legítima. Has hecho donaciones antes, ¿no es cierto? —No espera su respuesta porque sabe que es así—. Puedo incluso darte un recibo fiscal. Para las autoridades impositivas o cualquier otro control, parecerá que has hecho una muy generosa donación para un albergue de mujeres.

—¿En serio?

Él bebe un trago de su café. No se molesta en responder. Claramente no le gusta repetir las cosas.

—Pero ¿cómo me entero de que realmente…?

—¿Que he hecho el trabajo? No es posible. Allí es donde reside la confianza. —Julian se inclina sobre ella—. La confianza es algo muy importante en mi línea de trabajo. Y es así en ambos sentidos, Marin. Yo también tengo que confiar en ti. Y lo hago, porque confío en tu buen amigo Sal.

Tarda un minuto en digerirlo y él espera con paciencia mientras su mente imagina miles de escenarios distintos. Finalmente susurra:

—Si sigo adelante con esto, ¿cuándo sabré en qué momento estás planeando hacerlo?

—No sabrás nada. Te enterarás una vez que esté hecho. Puede llevar varias semanas.

—¿Semanas?

Él deja el café en la mesa.

—Cuanto más tiempo pase entre esta conversación y el hecho concreto, mejor. La razón por la que tantas personas son atrapadas es porque el trabajo se ejecuta demasiado cerca de la fecha del pago y el cliente está muy involucrado en el plan. Cuanta más distancia haya entre tú y todo lo demás, mejor.

Ella no dice nada. Todo suena muy natural, como algo rutinario para él, y sin embargo, es inconcebible para ella. Realmente están hablando de eso. Ella está hablando de eso.

—No me estás pagando solo para que asesine a alguien, Marin. —El tono de Julian es el de una conversación normal. No parece preocuparle que alguien del entorno pueda escucharlo—. Si tu única preocupación fuera el asesinato en sí, podrías llevarlo a cabo tú misma, dando por hecho que estuvieras lo suficientemente enfadada. O podrías pagarle a cualquier vago en la calle para que lo hiciera por ti, a un precio infinitamente menor. El asesinato es la parte más fácil.

Marin parpadea. Nunca en su vida había escuchado a nadie decir algo así.

—Me estás pagando para asegurarte de no quedar conectada de ninguna manera al hecho. —Julian bebe un trago del café—. Es para que parezca un accidente de coche, un asalto casual que termina mal, tal vez una extraña enfermedad, un incendio o un ahogamiento. Algo sorpresivo pero plausible. Para que esto parezca creíble, es necesario que tú estés tan impactada como el resto de la gente, lejos del lugar y totalmente desprevenida ante la noticia. Incluso sería mejor aún si no estuvieras enterada de que te estaba engañando. —Hace una pausa—. ¿Él sabe que tú lo sabes?

—No.

Le tiembla la voz. Todo su cuerpo está temblando. La lista de cosas que ha enumerado son como opciones inofensivas, no diversas formas de hacer que alguien… muera…; no sabe cómo reaccionar.

—¿Cómo averiguaste que tenía una aventura?

—Un investigador privado —responde ella, y la mirada de Julian se afila.

—¿Quién es?

Marin menea la cabeza.

—De nuevo, creo que no es relevante.

Por alguna razón, Marin no quiere decirle el nombre de Vanessa Castro. La investigadora descubrió la infidelidad por accidente, mientras investigaba la

desaparición de su hijo, tema que Marin no quiere mencionar. Nada de esto es de incumbencia de Julian.

—Si me ocultas datos, dificultas mi trabajo —dice él.

—Si eres tan bueno como aseguras, eso no debería importarte —responde ella. Se están desafiando.

Julian tensa la mandíbula y luego se relaja.

—¿Quién más lo sabe? ¿Tu terapeuta?

—¿Cómo sabes que tengo un terapeuta? —¿La está poniendo a prueba? ¿O es que Sal le dio información con semejante nivel de detalle?

—Las mujeres de tu tipo siempre lo tienen.

—Ya no voy a terapia.

Marin no tiene ninguna intención de revelar el nombre del doctor Chen. Julian la intimida, pero al mismo tiempo le ha despertado un instinto de protección de las personas en su vida.

—Si vas a preguntarme sobre cada una de las personas en mi vida a las que podría haber mencionado la aventura de mi esposo, de la que, de paso, te informo que me enteré hoy, vamos a tardar mucho tiempo.

Los labios de Julian esbozan una leve sonrisa. Parece que ha pasado la prueba a la que la estuviera sometiendo.

—Tendrás que despedir a tu investigador —dice él.

—Ya mismo. Dalo por hecho —asegura Marin, pero es mentira.

Si bien entiende que Julian no necesita la complicación de un investigador siguiendo a la persona a la que va a asesinar, no tiene la más mínima intención de decirle a Vanessa Castro que deje de investigar. Le dirá a Castro que no se moleste en investigar la aventura. Pero nada va a cambiar en la búsqueda de Sebastian.

—De acuerdo, esto nos lleva a la parte más importante. —Julian se inclina hacia ella—. Una vez que me transfieras el dinero, queda confirmado el trato. Comienza el operativo. Te despiertas dentro de unos días, asustada, cambias de idea, todo bien. Pero no hay devolución del dinero. ¿Lo comprendes?

—Sí.

Está comenzando a temblar de nuevo, lo cual es una tontería, ya que han avanzado hasta aquí. Ya le ha mostrado la peor parte de su persona, la parte que le ha costado enormemente mostrar a Sal, salvo en broma o cuando está borracha, la parte que la enviará directo al infierno.

O, incluso peor, a la cárcel. Porque ¿de qué vale amenazar a una persona con

el infierno si ya está viviendo en él?

—Podrías simplemente divorciarte de él, ¿lo sabes? —sugiere Julian—. No es la salida más rápida, pero al menos no correrías riesgos. Tengo un excelente abogado que te podría presentar, por una comisión, claro. Él descubriría toda la basura en la vida de tu esposo y se aseguraría de que recibieras todo lo que tienes derecho a recibir.

—¿De qué estás hablando? —Marin parpadea asombrada.

Derek y ella no se van a divorciar. El divorcio es horrible y, en última instancia, terminaría dejándolo libre a él para estar con McKenzie o quienquiera que conozca después de ella. La única perdedora sería Marin. Y ella no quiere terminar con menos, como Tia. Ya ha perdido demasiado.

—Solo digo que es una opción —acota Julian—. Porque si continúas con este plan, siempre existe un riesgo. Incluso si pareciera un accidente, de todas maneras es una muerte, y el cónyuge es siempre el primer sospechoso. Intervendría la policía. Autopsia. Interrogatorios. Y tu esposo es un tipo de alto perfil…

—Perdón, ¿de qué estás hablando? —No debería interrumpirlo en medio de una frase, pero está confundida—. No estoy aquí por Derek. Es mi esposo. —Casi se le escapa "el padre de mi hijo", pero se frena justo a tiempo.

Entonces, es Julian quien parece confundido. Como si lo hubiera sorprendido con la guardia baja, y él no es un tipo fácil de descolocar.

—¿No quieres ver a tu esposo muerto?

—Por supuesto que no. —Toma el teléfono y enciende hasta que aparece la selfi del desnudo—. Derek no es el problema. Es ella.

Se reclina en su asiento y la observa un momento.

—Eso no es lo que me dijo Sal.

—Entonces, nuestro amigo en común no me entendió.

Mierda, Sal. A Marin no le queda ninguna duda de que eso es lo que Sal deseaba que ella hiciera. Pero ella jamás querría que Derek muriera. Es el padre de Sebastian. En ninguna circunstancia, ella jamás haría nada para dañar al padre de su hijo. Mira fijamente la foto hasta que la pantalla se apaga, y maldice internamente a Sal por haber metido la pata.

—¿Esto es un problema para ti? —le pregunta ella.

—Nop —dice Julian, y la leve sonrisa vuelve a sus labios—. De hecho, lo hace todo un poco más simple.

Ambos permanecen en silencio unos minutos, pero él la mira de un modo

diferente. Llegó aquí pensando que ella quería ver a un hombre muerto, pero es una mujer la que está destruyendo la vida de Marin. Es una mujer la que está tratando de robar la pequeña parte de familia que le queda. Si eso la convierte en un monstruo, pues lo es. En las últimas catorce horas, ya ha imaginado la muerte de McKenzie en una docena de formas diferentes —arrollada por un autobús, cayendo por una ventana, precipitándose dentro de una alcantarilla gigante, siendo arrojada de un acantilado— y cada fantasía le produce un inmenso alivio.

Desde el reservado de un rincón, llegan unas sonoras carcajadas; un ruidoso grupo de estudiantes ha terminado de comer. Tres muchachos y dos chicas. Su mirada se fija en una chica en particular, la del cabello castaño y ojos brillantes que claramente está enamorada del chico apuesto y seguro de sí mismo que se sienta junto a ella. Podría haber sido Marin hace veinte años. Y para ser honestos, la mayor parte de esos años han sido buenos. Solo el último ha sido un infierno.

—Aún le quiero —dice, más para sí misma que para Julian.

Él busca en el bolsillo de su chaqueta y saca un folleto brillante. Es de Amanecer, un refugio local para las mujeres y sus hijos víctimas de violencia de género. Es una entidad benéfica real; ella incluso cree que ya ha hecho donaciones. Está casi segura de que le mandan una postal navideña cada año. En la parte inferior del dorso, él ha escrito un número de dieciséis dígitos, que ella solo puede pensar que es el número de cuenta bancaria.

La sacude un escalofrío. Las conexiones de Julian deben ser poderosas si puede lavar dinero a través de una obra benéfica legítima.

—Después de esta noche, nunca volveremos a vernos o a hablar —dice Julian —. Tu consentimiento para que avancemos comienza con la transferencia por el importe total. No tendrás ningún detalle. No sabrás cuándo será. Y recuérdalo, no hay devoluciones. ¿Comprendes?

Es la única vez en toda la noche que le ha repetido algo.

—Lo entiendo.

—Tienes un poco de tiempo para pensarlo. Si el dinero no se transfiere mañana temprano, a las nueve de la mañana, doy por sentado que desistes.

—¿Y si no pudiera tomar la decisión tan rápido?

Él la estudia, con esa sonrisa en su rostro.

—Ya lo has decidido Marin; si no, no estarías aquí. Ahora la cuestión es si

puedes apretar el gatillo o no. —Su sonrisa se ensancha—. ¡Qué mal chiste! ¡Ese es mi trabajo, no el tuyo!

No dicen nada en los siguientes minutos. A su alrededor, el ruido de la cafetería ha aumentado de volumen. Los bares de University Avenue están cerrando y llegan montones de estudiantes buscando comida rápida, grasienta y barata, para acompañar las cervezas que han estado bebiendo.

Llega la cuenta y Julian deja un billete de cien dólares. Es demasiado, y Marin habría pagado, pero Bets se mete el dinero en el bolsillo, le sonríe con sus dientes manchados de lápiz labial y no le ofrece el cambio.

—Pueden quedarse todo el tiempo que quieran —les dice.

Las chicas de la mesa junto a ellos ríen a carcajadas y hay un nuevo grupo en el reservado a su lado haciendo bromas atrevidas sobre un vídeo que todos miran en un teléfono. En la mesa al otro lado, un vagabundo le está contando a otro una historia sobre un tercero a gritos. Ella puede olerlos; el hedor de la calle en su ropa, y la piel mugrienta que apesta a sudor rancio.

Nada de esto la molesta. Hasta el ruido es un amortiguador bienvenido. Nadie puede oír esta conversación. Nadie puede horrorizarse por sus palabras y las cosas que todavía tiene que decir. La única persona que puede juzgarla está sentada frente a ella y se podría decir que su falta total de moral vuelve nulas sus opiniones.

—Fue un placer conocerte, Marin —la saluda Julian y, sin más, termina la reunión—. Espero que llegues bien a tu casa.

Su tono es tan relajado que Marin no puede dejar de pensar en lo normal que parece, increíblemente cuerdo, tan atractivo.

Toma su bolso, se desliza fuera del reservado y se pone la chaqueta.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

—No habrá contacto. —Se levanta, pero no le ofrece la mano para estrechársela como despedida—. De aquí en adelante todo pasa a través de Sal.

El saludo final es tan breve como el de bienvenida.

Llueve cuando Marin sale de la cafetería. Mira hacia el cielo oscuro y, deteniéndose un momento, deja que las gotas humedezcan su rostro, corran su maquillaje y laven sus pecados.

No puede creer haber llegado a esto. Ha perdido la cabeza.

CAPÍTULO 13

Al principio le pareció excitante a Kenzie. Las aventuras siempre lo son al inicio. Pero ahora, acostada en la cama del hotel mientras escucha roncar a Derek junto a ella, se acabó el encanto.

Los hombres casados son extenuantes. Tienen una forma de agotar el oxígeno de la habitación y volverla asfixiante cuando uno está con ellos. Siempre tienes que ajustarte a su horario, estar alerta ante cualquier cambio de lugar o de hora para el encuentro. Solo puedes ir a ciertos sitios, y solo por un tiempo limitado, antes de que tenga que irse a otro sitio. Sus familias son su prioridad. Y tú no eres de la familia.

Eres la otra. La que está allí para rellenar los agujeros. Lo que sientes no tiene ninguna importancia.

Ha sido una pérdida de tiempo venir hasta aquí. Debería haber dejado pasar más tiempo entre sus citas con Derek. Él está comenzando a sentirse cómodo, y cuando deje de desearla, la relación llegará a su fin. A diferencia de lo que ocurre con su mujer, él no está obligado a estar con Kenzie. No tiene ningún compromiso. No están construyendo una vida juntos. Cuando él se canse, terminará con ella. Y no está lista para eso.

Toma su teléfono, tentada de enviarle un mensaje a J. R., para ver en qué anda últimamente. Es el único amante que ha tenido que no está casado, pero al final, no se quedó con ella. Siguieron siendo amigos y de vez en cuando tienen sexo, y a veces la hace sentirse mejor.

Aunque otras la hace sentirse peor y no hay forma de predecir cuál será el resultado. Deja su teléfono sin deseos de averiguarlo hoy. Al menos con los hombres casados sabes dónde estás. Cuando llegaron a la habitación anoche, Derek le dijo que tenía trabajo, así que Kenzie se puso a ver una película de alquiler sola mientras él se ponía al día con sus correos. Cuando terminó la película, se quedó dormida. En algún momento, Derek también se habrá dormido, pero no se molestó en despertarla.

¿Para qué la invitó a venir si no iban a tener sexo?

Ella se desliza fuera de la cama, se acerca a la ventana y abre con cuidado la

cortina. Está saliendo el sol y la vista del parque es maravillosa. Mira su reflejo en el espejo y con horror nota que su pelo rosa se ve aplastado. Tendrá que lavárselo de nuevo y secárselo con secador esta vez. Maldiciendo para sus adentros, va hacia el baño a ducharse y se quita la ropa.

No se hace ilusiones sobre su aspecto físico. Es alta y delgada y ha sido bendecida con un excelente tono muscular y unas piernas espléndidas. Su rostro, sin embargo, es pasable. Queda muy bien cuando se maquilla, pero nunca se molesta en ponerse algo más que un poco de brillo en los labios y algo de máscara en las pestañas. Al menos ahora, que tiene algo más de veinte años, su cutis se ve muy fresco.

Su mayor atractivo es su aire exótico. Padre hawaiano, madre canadiense francesa…, siempre ha tenido éxito con los hombres. No tiene una belleza intimidante, pero sí el suficiente atractivo para que valga la pena conquistarla. Ella sabe lo que posee, lo sabe desde hace tiempo. Con J. R. cuando tenía diecisiete años. Y luego con Sean a los diecinueve. Más tarde vino Erik. Y luego Paul, cuya mujer amenazó con matarla. Y ahora Derek.

Con todos empezó de la misma forma, lo que ella llama "el destello". Ese destello es lo que la pone en el radar de los hombres. Si todavía no la habían considerado una opción, lo harían después del destello. En ocasiones, se trata de un comentario insinuante —amistoso pero lleno de indirectas— y otras veces es una mirada persistente. Si el hombre casado no está abierto a ninguna otra cosa, no sucede nada y el destello se apaga. No hay ninguna consecuencia. Si estuviera dispuesto a algo más, entonces, debe ser él quien dé el siguiente paso, construyéndolo poco a poco, durante un juego de seducción que puede durar semanas. Mientras tanto, el hombre casado lucha contra sus necesidades, solo para perder la batalla al final (como les sucede siempre). Es importante que crean que son ellos los que están seduciéndola; los hace sentir poderosos saber que pueden hacerlo; que todavía tienen con qué hacerlo.

La primera vez que tienen sexo debe ser espectacular y eso solo sucede si se ha ido construyendo la seducción. La cacería es fundamental. Una vez que se vuelven adictos a ella y a la adrenalina que provoca estar en su compañía, puede comenzar a usar la relación para su provecho. No es que no le gusten los hombres con los que sale; se siente genuinamente atraída por todos ellos. No es una prostituta, no, por Dios. Una novia profesional, tal vez. Y como en toda relación, nadie quiere que se vuelva aburrida.

Este es el punto en el que se encuentra con Derek. Ya llevan seis meses, la

relación más larga que ha tenido, y presiente que comienza a estancarse. Él se está volviendo apático y ella no sabe bien qué hacer al respecto. Cuando se conocieron, él volvió a la vida en su presencia. Ahora se está retirando hacia un abismo profundo de dolor que ella presiente que es donde él habita cuando está con Marin y esto es algo muy diferente a cualquier cosa con la que haya lidiado antes. Significa que sus momentos compartidos con Kenzie son menos excitantes, ya no valen tanto y pronto se convertirán en una complicación que decidirá que ya no le conviene. Se enjuaga el acondicionador de cortesía del hotel del cabello y pone las botellitas en el estante para recordar llevárselas a su casa. Son mejores marcas que las que ella suele comprar.

Cuando sale del baño, unos veinte minutos después, Derek está despierto y guardando su computadora. La ropa que tiró al suelo al entrar a ducharse está doblada cuidadosamente sobre su bolsa. Le hace gracia y le molesta a la vez esa necesidad que él siente de recoger lo que ella va dejando por ahí.

—Parece que acabamos de llegar —dice ella tratando de empezar una conversación. Casi no han hablado nada desde que pasó a buscarla ayer.

Él no la mira.

—¿Has terminado con la ducha?

Pasa junto a ella y se escucha el agua corriendo. Usa el secador del hotel y se seca el pelo frente al espejo del escritorio, notando que el rosa está decolorándose de nuevo y debe decidir si va a volver a teñírselo. La caja de tinte que usa cuesta ocho dólares; es un lujo que no puede darse siempre, después de pagar los estudios, el alquiler, la comida, el veterinario del gato, los servicios y los materiales de arte. Con los préstamos estudiantiles y sus horas en el Green Bean, podría haber manejado la situación…, pero la residencia para mayores de su madre cuesta tres mil al mes y el pago que recibió de parte de Paul el año pasado casi se ha acabado.

Por eso necesita ser muy cuidadosa con Derek. No puede darse el lujo de perderlo. El manejo del momento es crucial.

Se hace unas ondas suaves con el cepillo redondo; no quiere que Derek se moleste de nuevo por su pelo húmedo. Todo tiene que salir bien hoy; debe dejar el hotel sintiéndose feliz y con deseos de volver a verla. Busca dentro de su pequeño bolso de maquillaje y se da unos toques de máscara. Otro toque de rubor. Un poco de brillo en los labios. Luego se pone una tanga negra, unas mallas limpias y un top suelto que le cae desde los hombros. Sin sujetador. No lo necesita.

Le gusta su aspecto cuando termina de arreglarse: se ve como siempre, pero bien arreglada. Se saca varias selfis en el espejo. Elige la mejor y la sube a Instagram con el hashtag #cabellorosasinpeinar y #vidadehotel. De los cincuenta mil seguidores que tiene en las redes sociales, solo media docena pueden considerarse sus verdaderos amigos, quienes saben que ella no frecuenta demasiados hoteles.

Pero que sea real no es lo que importa. Lo importante es cómo se ve.

Actualiza la aplicación, y va viendo como entran los *likes*. Menos de mil significa que su foto es aburrida o que el hashtag no es correcto. Ha usado un filtro que hace que su pelo se vea más rosa de lo que es y está generando una respuesta muy positiva.

A Derek no le gusta su pelo rosa. Ella se cambia con frecuencia el color: lo tenía rubio cuando se conocieron. Cuando lo tiñó de rosa por primera vez él se rio. Como si ella le estuviera gastando una broma, solo para ver su reacción. Había que ver su consternación cuando se enteró de que no era temporal ni se quitaba con un lavado y de que ella tenía intención de mantenerlo. Porque ella es una artista, es su puto pelo y ella cree que se ve fantástico.

Derek da por sentado que muchas cosas tienen que ver con él. Es un tipo con mucho dinero; cuanto más dinero tienen, más personalmente se toman las cosas y menos soportan que les digan que no. Cuando ella aceptó trabajar cinco noches seguidas el mes pasado, él pensó que era porque habían discutido, ella estaba enfadada con él y quería una excusa para no verlo. Esa forma de pensar es directamente un insulto. Trabajó esas horas extras porque tenía que pagar el alquiler esa semana y también la cuota de los estudios del siguiente semestre. Siente, o no tanto, que su estúpido trabajo en un café hubiera estropeado los planes de Derek.

El teléfono de Kenzie emite un sonido y ella hace una mueca. Tiene diferentes sonidos para los distintos contactos y esta notificación es de Tyler. No le contó a su compañero de apartamento que se quedaría con Derek. No se lo mencionó a propósito; quería evitar la discusión que siempre se producía cuando hablaban de él. Ty nunca ha visto a Derek, pero aun así no le cae nada bien.

Se abre la puerta del baño.

—¿Quién es? —Derek mira al teléfono mientras sale en ropa interior. Lo sigue una oleada de vapor.

A propósito, ella no le responde, porque si él no le permite preguntar quién

le está escribiendo, entonces, él tampoco puede hacerlo. Kenzie se aleja hacia la ventana. Lee el texto de Ty y se inquieta.

"¿Dónde estás? Creí que desayunaríamos juntos".

No quiere responderle. Pero si no lo hace, él seguirá mandando mensajes hasta que lo haga. Mejor será quitárselo de encima.

"Todavía estoy con D —le escribe—. Vuelvo en un par de horas, pero me voy directo a trabajar. Hago un turno extra". Presiona enviar y espera con ansiedad el golpe que ve venir.

"¿Qué mierda???? —Su respuesta es inmediata—. Podría haber dormido más. ¡Llegué a las 3 anoche, imbécil! Ni siquiera sabía que no estabas en tu habitación. Se suponía también que esta tarde íbamos a hacer una maratón de *Hill House*".

Tiene razón, lo iban a hacer. Kenzie trató de ver el primer episodio de *La maldición de Hill House* sola, pero se dio cuenta de que no podía porque era demasiado terrorífica, así que lo convenció a Ty de verla juntos a pesar de que él detesta ver nada que lo altere por la noche. Se engancharon con el plan y la idea era ver los tres últimos episodios antes de que Ty comenzara su trabajo por la noche.

Pero se olvidó de Ty cuando Derek le escribió. Y se olvidó de él de nuevo cuando su compañera del trabajo le pidió si podía cubrir su turno, lo que aceptó porque necesita el dinero.

"Perdón, tienes razón, soy una mala amiga", le escribe. Pasa todo un minuto sin respuesta.

"Ok —responde finalmente, que es como ella sabe que las cosas no están nada bien entre ellos—. Disfruta de tu viejo novio casado".

"Te voy a compensar —responde ella—. Este fin de semana, te lo prometo, cuando me paguen. Pollo frito, *Hill House* y margaritas de mango".

"Lo que digas", responde él.

Kenzie suspira aliviada. "Lo que digas" es la forma de Ty de decir sí.

"Lo que digas" también es su forma de decir "si me vuelves a fallar, nunca más te perdonaré", así que sabe que no puede meter la pata de nuevo. Dios, cómo echa de menos sentir que controla la situación. Suele ser muy ordenada con su agenda, pero en los últimos seis meses todo ha girado en torno a Derek. No es sencillo estar en la órbita de un hombre casado.

Frustrada, cierra la aplicación de mensajes y tira el móvil sobre la cama. Derek abre la boca como para preguntarle con quién se escribe, pero tiene otra

intención. Se acerca a ella. Le acaricia los hombros. La besa en el cuello. Ella sabe lo que esto significa y hacia dónde conduce. Él solo se pone cariñoso cuando quiere sexo y ella se aleja hacia la ventana, fuera de su alcance.

Como siempre, él supone que la frustración de ella solo tiene que ver con él, así que debe esforzarse.

—Lo siento, bebé. Sé que he estado de muy mal humor —dice él.

Está de pie a su espalda y Kenzie se da cuenta de que aún no se ha vestido. Rodea su cintura con los brazos. Frota su nariz contra su cuello e inhala su aroma y ella recuerda cuánto le gusta su altura, que sea más alto que ella, incluso cuando usa tacones. La mejilla de Derek está junto a la de Kenzie y él huele maravillosamente. Lleva esa colonia que encontraron en Nordstrom, esa tan cara que ella eligió porque es muy sexy; se debe de haber puesto un poco después de ducharse.

—Me porté como un imbécil con el tema de la hamburguesa y te hice sentir mal. Seguramente te pedí una Big Mac porque estaba distraído y no presté atención, lo que ya de por sí está mal. De verdad lo siento mucho.

Ella se va ablandando. Él, más que ningún otro tipo que haya conocido, sabe cómo pedir disculpas apropiadamente, y que una buena disculpa implica un reconocimiento de la falta cometida junto a un claro entendimiento de cómo afectó a la otra persona.

—Tengo temas pendientes en el trabajo, y los inversores se están poniendo nerviosos. Mucha gente está exigiéndome cosas que no puedo controlar en este momento y no fue mi intención desquitarme contigo. —Suena sincero y eso la hace sentir mejor—. Lo siento mucho, Kenz.

—Está bien —dice ella, y finalmente se permite fundirse con él en el abrazo. Sus brazos fuertes la estrechan mientras siente sus labios y su aliento cálido en el cuello.

Comienza a sentirse mal de verlo desanimado y quiere levantarle el ánimo. Detesta que él le importe tanto porque en general ella no es así. Detesta sentirse tan involucrada. Sabe mucho sobre él, cuánto sufre por su hijo, su permanente tristeza, y le molesta ahora ser ella quien de algún modo le agregue presión a su carga comprándole por error la puta hamburguesa. Sabe que siempre pide la Cuarto de Libra. Lo sabe. Le tendría que haber pedido eso porque a ella le pareció que se estaba equivocando. Pero estaba ofendida por su silencio en el coche y por cómo la había regañado por poner los pies en el tablero de control.

Esto es parte del modo en que funciona la pareja. Él es insensible y la hace sentir mal, lo que, a su vez, lo hace sentir mal a él, lo cual entonces la hace sentir peor a ella y, entonces, ella hará cualquier cosa para que él se sienta mejor. Esto es lo que hacen, y ella no sabe cómo no hacer esto con él. Cuando la relación era solo algo pasajero, todo era más fácil. Pero ha comenzado a sentir que es una verdadera relación, lo cual agrega un nivel adicional de complejidad que ella no está preparada para manejar.

Sus sentimientos están interfiriendo con su juicio y ella no ha permitido que eso suceda desde su relación con J. R.

La mano de Derek desciende más allá del elástico de sus mallas y sigue besando su cuello y susurrando sus disculpas y, entonces, su mano llega a su entrepierna, acariciándola. Cada parte de su cuerpo se enciende y el pulgar y el índice de la mano de Derek saben exactamente qué hacer. La tela de sus mallas y la de su tanga son muy finas, y ella siente todo lo que él está haciendo y quiere más. Se recuesta contra él, presionando las nalgas contra su erección, jadeando, y él sabe que eso significa que ya no está enfadada y quiere que le haga todo lo que desee.

Todo.

Ella trata de volverse para besarlo, pero él no se lo permite y eso la excita aún más. Sus manos se deslizan hacia abajo y dentro de sus mallas y dentro de su tanga y él gime al sentir lo húmeda que está. A ella le encanta que él siempre se sorprenda de sentirla empapada, siempre encantado y agradecido de no tener que esforzarse tanto para llevarla a este punto, feliz de que ella siempre esté lista para él. Ella sabe que lo hace sentir como un dios y le encanta poder hacerlo y que él haga lo que sea para mantenerla excitada porque es paciente y determinado para hacer lo necesario y que ella llegue al orgasmo.

Los dedos de Derek están dentro de ella y se siente increíble, pero desea más, así que se baja las mallas y se inclina hacia adelante frente a la ventana, con las manos contra el frío cristal. No le importa nada que una persona que esté paseando por el jardín pueda mirar hacia arriba y verlos. El rostro de Derek está ahora donde antes estaban sus manos, su lengua está por todas partes, saboreándolo todo, y está tan bueno y es tan perverso que él ruge de placer como si fuera ella quien se lo estuviera haciendo.

Y esto es lo que lo hace todo diferente con él. El sexo, sí, pero también cómo la hace sentir el sexo. Cuando hacen el amor, ella puede ser lo que quiera. Puede decir lo que quiera. Se siente completamente desinhibida, de un modo

que nunca antes lo había sentido, con nadie. Tal vez no sepa cómo pedirle que la tome de la mano en público, pero sí sabe exigirle que la penetre más profundamente con la lengua. Tiene un fuerte orgasmo, sacudiéndose en espasmos sobre su rostro y él no se detiene hasta que acaba y ella se lo dice.

Cuando se vuelve él se está bajando la ropa interior. Ella quiere tenerlo dentro. Lo empuja sobre la cama y trepa encima, desde donde puede mirarlo a los ojos, besarlo para sentir el gusto de su vulva en la boca de él. Solo le lleva unos minutos porque él está tan excitado que lo monta con fuerza hasta que él grita su nombre y sus ojos se ponen en blanco y se le hincha esa vena en su frente.

Hay dos cosas que le encantan de este momento. Primero, que es el único momento en que Derek se ve feo, porque en cualquier otra circunstancia siempre es muy guapo. Siempre. Hasta cuando está siendo un cretino en el McDonald's, cuando habla de su música pasada de moda, de viejo, o cuando de malos modos le hace quitar los pies de su lustrado panel de control, siempre es guapo.

Segundo, es el único momento en que ella tiene el control total de la relación. Él es quien determina todo lo que sucede y poder hacer que acabe —con esa intensidad, sin tener por ello que resignar su orgasmo— es su logro.

Pero ahora hay algo que está empezando a detestar. Ese momento le recuerda que hay una fecha de vencimiento a su tiempo juntos. Inmediatamente después, Derek se va al trabajo y ella se vuelve a su horrible apartamento, junto a su compañero resentido y a su gato descuidado, a los cajones llenos de platos desparejados y paquetes de fideos instantáneos de un dólar, sintiéndose más vacía que antes de que toda esta historia comenzara, porque cada día que ella está con Derek, cada vez que están juntos, una parte de su ser se va desintegrando.

No se quedan abrazados después del sexo. En cambio, ella se queda acostada en la cama, saciada, observándolo vestirse, cómo se abrocha los botones de la camisa con esmero y se la mete dentro del pantalón, la forma tan precisa en que se ata los cordones de los zapatos. Esos zapatos que cuestan más que un mes del alquiler de ella y de Ty. Lo sabe porque los buscó en internet.

—No puedo llevarte a tu casa. Debo ir directo a la oficina —dice él—. Pero creo que deberías quedarte. Desayuna. Date un masaje si quieres. Cárgalo a la cuenta de la habitación. Te dejo dinero para un taxi.

Ella se incorpora.

—¿No puedes quedarte conmigo?

Ella nota que él desea sentarse junto a ella; lo muestra su lenguaje corporal, la forma en que parece querer acercarse a la cama, pero se contiene. Se ha comportado así las últimas veces, con una extraña actitud de duda en las despedidas. Como si hubiera algo más que quisiera decir. Como si supiera que debe terminar ya mismo, pero no se atreve.

—Tengo una reunión —dice—. Pero quédate y disfruta. Y cuando estés lista para irte…

—Que use la entrada lateral.

Él asiente y ella se recuesta mientras él se acerca finalmente y la besa en los labios. Pero es un beso casto. La hace preguntarse si volverá a verlo alguna vez. En los primeros meses, las despedidas eran muy fáciles. Ahora son difíciles.

Él toma su bolsa y se va. Ella se vuelve hacia la ventana, y observa la arboleda y el cielo nublado, tratando de disfrutar sus últimos momentos en el hotel de lujo, que seguramente cuesta más por una noche que todas las propinas que gana en una semana en el Green Bean. Es deprimente. Pero su estómago comienza a gruñir y se anima: al menos tomará un buen desayuno y el restaurante del hotel hace unos fantásticos huevos Benedict sobre un pan tostado con aguacate.

Cuando se dirige al baño, ve el dinero sobre el escritorio y se detiene. Derek le ha dejado efectivo y es mucho más de lo que necesita para un taxi. El montón de billetes es grande, todos de veinte y de cincuenta. Los toma y los cuenta y se queda con la boca abierta.

Le ha dejado cinco mil dólares.

Él le ha dado dinero antes, claro que sí. Una vez no tenía para pagar el alquiler, lo mencionó de pasada, y él extrajo tres mil dólares de su bolsillo como si fuera cambio suelto.

En otra ocasión, ella estaba preocupada porque tenía que pasar por una tienda para ver si tenían pollo, porque si llegaba tarde se terminaba, y él —con una mueca de disgusto— le dio doscientos dólares y le dijo que fuera a Whole Foods y que se aprovisionara de pollo orgánico, que era mucho más sano.

Paga todas las estancias en hoteles, todas sus comidas; pagó su vuelo a Nueva York, las entradas para *Hamilton* y el paseo de compras en Bloomingdale's, donde le regaló el bolso de Dolce & Gabbana que cuesta dos mil doscientos dólares.

Dos mil doscientos. Él trató de convencerla de que eligiera ese más colorido

que le había gustado, pero finalmente primó el sentido común y eligió uno negro, consciente de que tal vez no tendría nunca más un bolso tan bonito y era mejor que combinara con todo.

—¿Estás seguro? —preguntó Kenzie aferrándose a su brazo en la caja registradora mientras la vendedora sonreía con suficiencia. Reconocía esta escena, sin duda.

—Estoy seguro. —Derek entregó su tarjeta de crédito—. ¿Quieres llevarte el estampado también?

—Las flores están muy de moda en este momento —intervino la vendedora, ensanchando la sonrisa.

—No —rio Kenzie—. Así está bien.

Pescó la mirada de la vendedora e interpretó el mensaje escrito en el rostro crítico de la mujer. "Querida, no seas idiota. Llévate el estampado también". Qué poco sabía la mujer. Todo lo que vio fue el pelo rosado de Kenzie y las risitas, pero a Kenzie no le hace falta otro Dolce & Gabbana. Ella está apostando al largo plazo.

Y cinco mil dólares están muy lejos de su objetivo. Cinco mil ni siquiera cubren dos meses de la residencia de su madre, y sin duda ella no invirtió seis meses acostándose con un hombre casado solo para terminar con unos putos cinco mil dólares.

Tiene que entender qué significa esto. Toma su móvil de la mesa de noche y le manda un mensaje a Derek.

"Hola, amor, ¿te has dejado algo?".

Él no responde. Probablemente esté conduciendo, así que se dirige al baño a hacer pis antes de bajar al restaurante.

Tal vez solo sea un regalo. Kenzie ha estado preocupada por el dinero, últimamente —¿en realidad cuándo no ha sido así?— y tal vez solo quiere ayudarla.

Tal vez no ha terminado todo.

La respuesta llega cuando está en el restaurante con sus huevos y el pan tostado con aguacate en la mesa. Ella supone que se ha parado en el aparcamiento de la oficina.

"Es todo para ti. No quise decirte nada mientras estuve allí porque seguramente no lo aceptarías".

Ja. Como si fuera así.

De acuerdo, ella puede jugar este juego. Fingirá que no tiene mucha

importancia.

"Eres muy dulce. ¡Pero estoy bien! Te lo devuelvo la próxima vez".

Su respuesta es rápida. "No habrá una próxima vez —escribe—. Es una despedida. Siento que sea de este modo, pero ya no puedo hacerlo más. Te deseo lo mejor, Kenzie".

Las manos le tiemblan tanto que casi se le cae el teléfono. Qué cobarde. ¿Está terminando así? ¿Por mensaje de texto? ¿Con cinco mil dólares para qué? ¿Para aliviar los sentimientos heridos por la ruptura? ¿Los de quién? ¿Los de él?

¿Y qué parte de él cree que puede comprar su salida con cinco mil dólares? Paul no pudo hacerlo y tampoco podrá hacerlo Derek. De ningún modo. No después de invertir medio año de su tiempo y su energía en un hombre que es el equivalente emocional a un agujero negro.

Se esfuerza por respirar profundamente. Lo siguiente que diga es importante. Comienza a escribir; sus pulgares golpean con fuerza el cristal del teléfono Android.

"Derek, por favor. Te quiero. No me hagas esto. Háblame".

No va a comprar su salida con tan poco dinero, el muy cabrón.

Vuelve a intentarlo. "Si lo que estás queriendo decir es que no quieres volver a verme, y realmente es así, de acuerdo. Te dejo en paz. Pero Derek, yo te deseo. Quiero estar contigo. Te necesito".

"Eres lo peor para mí", responde. Oh, Dios, esto se terminó. Lo ha estropeado todo.

Kenzie está sentada en la mesa del restaurante mientras la camarera le vuelve a llenar el vaso de agua, pensando en el montón de billetes que metió en el bolso D&G antes de salir de la habitación. ¿Cómo es que no vio venir este final? Las aventuras tienen que ver esencialmente con la etapa de la luna de miel, y ella se debería haber dado cuenta de que se había terminado hace dos meses. Fue cuando comenzó a ponerse taciturno y dejó de querer tener sexo en cuanto entraban a la habitación del hotel. Cuando empezaron las críticas, su mal humor, su alejamiento.

Debería haberse dado cuenta, pero estaba demasiado ocupada enamorándose de él y engañándose con que esto era real. Se equivocó completamente. Y ahora se ha terminado y todo lo que le queda es un ego herido, un bolso de diseñador y un fajo de billetes.

Y tal vez un corazón roto… si ella se permite esos sentimientos. Su teléfono

vuelve a activarse y lo mira. Es Derek, y tiene que leer las palabras dos veces para poder procesarlas. Cuando logra hacerlo todo su cuerpo se afloja aliviado.

"Olvida todo lo que he dicho. Soy un idiota, Kenzie, perdóname. No quiero que esto termine. También te necesito".

No es un "te quiero", pero es suficiente, por Dios. Qué cerca que ha estado el final.

Ella responde. "Estoy aquí. Por favor no vuelvas a asustarme así. No lo merezco".

"No lo haré. Tienes toda la razón. Lo siento". Le envía un emoji de corazón.

Ella le envía otro, y en ese momento gruñe su estómago. Deja el teléfono y toma el tenedor. Es hora de desayunar. Esta chica tiene que comer.

CAPÍTULO 14

Marin ha pasado toda la noche acostada en las sábanas sobre las que hizo el amor con Sal. No ha dormido nada. A las siete de la mañana se da una larga ducha caliente. Se maquilla. Se pone un vestido de seda de Rachel Roy con amplias mangas. En la cocina presiona el botón programador de la impresionante cafetera profesional en la que Derek ha gastado una fortuna unos meses antes y tres minutos después su taza se llena del perfecto *latte* de vainilla con leche de soja con un shot extra de expreso. Lo lleva hasta la banqueta junto al ventanal y se pone al día con sus correos. A las nueve menos cuarto, lee los mensajes entre Derek y su amante. Su intento de terminar de una vez por todas. Los esfuerzos de ella por retenerlo, los cuales parece que funcionaron.

Marin toma su decisión.

La llamada le lleva unos cinco minutos. Marin intercambia bromas con su asesor financiero y luego va directo al asunto. Le dicta el número de cuenta que Julian le dio y confirma el importe. Si su asesor se sorprende, no lo demuestra. No hace preguntas. Solo atiende a clientes ricos y sabe bien que indagar no funciona. Doscientos cincuenta mil dólares es una suma enorme para dar a una obra de caridad, pero ella y Derek donan grandes sumas de dinero todo el tiempo, y ella ha aumentado sus donaciones considerablemente en el último año. Es como si creyera que puede recuperar con buen karma a su hijo. Realmente no existe algo como el buen karma, ¿o sí? Suceden cosas terribles y a veces derivan en cosas más terribles aún.

Marin cuelga y se queda perdida en sus pensamientos hasta que el móvil se activa con una notificación. "¿Estás viva?".

Toma el teléfono y llama a Sal, que responde al primer tono.

—Hola —dice él.

—Hola —responde ella, y recuerda al instante la incómoda situación entre ellos, que no existía ayer a esa misma hora. La comunicación se entrecorta y se acuerda de que él debe de estar en la granja, donde hay poca cobertura.

—¿Te fue bien anoche? —pregunta.

Marin duda. No siente deseos de contarle nada. Es que suena tan extraño decir "Sí, todo fantástico, acabo de transferir un cuarto de millón de dólares a una obra benéfica que lava el dinero del solucionador que recomendaste para eliminar a la amante de mi esposo".

—Está hecho —dice finalmente—. Quiero que ella… desaparezca.

—Pensé que se trataba de Derek. —El shock de Sal es evidente incluso con la pésima conexión telefónica.

—Nunca mencioné a Derek. Tú se lo dijiste a Julian. Derek es el padre de mi hijo. Tiene que ser… tiene que ser la amante.

Se produce un largo silencio. De fondo, ella oye una televisión encendida. Están transmitiendo *TODAY*, el programa matutino de noticias y entrevistas, y se alcanza a oír risas tanto del público como de la madre de Sal. Los imagina sentados en la sala de la granja, tomando café. Más tarde, el café se sustituirá por una botella de un merlot o un cabernet sauvignon carísima de la cava que guarda lo último que queda de la colección personal de vinos del padre de Sal.

—Vaya. —Es obvio que él no sabe qué responder—. Pero tú sabes que realmente no se trata de ella, ¿no es cierto?

—No me importa. Ella está tratando de destrozar lo que queda de mi familia. —Más silencio del otro lado—. ¿Qué? ¿No me creías capaz?

—Hace mucho tiempo que aprendí a no subestimarte.

—Sal baja la voz y el sonido de la televisión se oye más lejano. Ella imagina que se ha movido hacia la cocina—. Pero sabes que no hay vuelta atrás ahora, ¿no? Una vez que pagas, te despides del dinero.

—Lo sé. Ya está hecho. —Es su turno para guardar silencio—. ¿Sabes… tienes alguna idea de cómo planea hacerlo?

—Nop. —La respuesta de Sal es rápida y concluyente—. No le hago ese tipo de preguntas. No son de tu incumbencia, te lo aseguro.

—Es lo mismo que dijo él.

—Hará que suceda y nada lo relacionará contigo. Por eso cuesta tanto.

Esa enorme fe en las habilidades de Julian la pone nerviosa. ¿Qué es lo que Julian ha hecho por Sal en el pasado?

—¿Cuándo crees que pasará? —pregunta ella, y lo que quiere decir en realidad es "¿cuánto tiempo tengo para cambiar de idea si me despierto mañana y me siento aterrorizada de lo que he hecho?".

—No lo sé —dice Sal—. Pero no será mucho tiempo. Espera un minuto. —

Oye que le dice algo a su madre y luego vuelve—. Discúlpame, no podía encontrar el control remoto.

—¿Cómo está Lorna? —pregunta ella.

—Mejor. Con bastante buena movilidad.

—Me alegro. Te dejo para que vuelvas con ella.

—Mar… —Sal duda—. ¿Quieres mi consejo? Olvida todo esto. Olvídate del encuentro en la cafetería, olvídate del dinero. Quítatelo de la cabeza, como si nunca hubiera sucedido, y sigue adelante con tu vida. No pienses en Julian. Y, definitivamente, olvídate de la amante. No existen más para ti, ¿de acuerdo? Es la única forma… es la única forma de procesarlo. Y, por Dios, despide a la investigadora privada. No creo que desees que indague sobre esto.

Ella asiente, y se da cuenta de que están hablando por teléfono y Sal no puede verla. En el fondo se oye a Lorna que lo llama.

—Tengo que irme —dice él—. Vuelvo a la ciudad esta noche por si quieres hablar… Podríamos vernos.

Marin sabe a qué se refiere, y ya no es a Julian, sino a ellos dos, a lo que sucedió ayer y que ha quedado sin aclarar. Y necesitan hacerlo, pero no en este momento. Ni muy pronto. Ella no puede lidiar con eso ahora.

—Conduce con cuidado —dice Marin, y cuelgan.

Sal es bueno con su madre, ella tiene suerte de tener un hijo tan dedicado. Lorna Palermo nunca volvió a casarse después de la muerte de su esposo veinte años atrás, y en los últimos años su salud ha empeorado. Problemas en las rodillas, algún tema en la columna y una operación de prótesis de cadera que alejó a Sal del bar casi durante un mes, hace unos dieciséis meses. Ella recuerda con exactitud la fecha porque la operación de Lorna fue un par de semanas antes de la desaparición de Sebastian, y fue la última vez que vio a la madre de Sal.

Cuando Marin llamó a Sal para ver cómo estaba después del alta del hospital, el pobre parecía agobiado. La operación había salido bien, pero Lorna no podía valerse por sí misma y la casa necesitaba reparaciones. Marin había insistido en ir hasta la granja para ayudarlos unos días a pesar de las protestas de Sal y de Lorna que aseguraban que podían arreglárselas solos.

—Pero, Marin, tú estás muy ocupada. —La madre de Sal estaba encantada y también preocupada cuando Marin apareció, cansada después de conducir más de tres horas. Lorna sonrió y la cicatriz en su mejilla se estiró—. Tu pequeño te necesita más que yo.

—Está muy bien con su padre.

—Pero tan cerca de Navidad, seguro que tienes muchas cosas mejores para hacer que venir aquí a cuidar a una vieja…

—Lorna, estoy encantada de verte. —Marin se inclina para darle un beso en la mejilla, sintiendo la pequeña dureza de la cicatriz cerca del labio. Fue el resultado de la última paliza que le dio su esposo, cuando casi la mata, lo que la decidió a pedir el divorcio. Ella nunca dijo que había sido él y no fue arrestado, pero Sal lo sabía. Todo el mundo lo sabía—. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? Sabes que eres como una madre para mí.

—Eres un encanto. —Lorna miró a Marin con sus ojos castaños parecidos a los de Sal—. Ojalá mi hijo se decidiera a sentar la cabeza. A tener hijos para que pueda disfrutarlos mientras esté aquí. No voy a durar para siempre. Detesto pensar que se quedará solo.

Marin le acarició el brazo.

—No está solo, no te preocupes. Cuenta conmigo para lo que sea. Hablando de tu hijo, ¿por dónde anda?

—Abajo, en la cava. —Sus ojos brillan—. Eligiendo un vino para la cena de esta noche. Se alegró mucho cuando dijiste que vendrías.

—Voy a saludarlo. —Marin estaba deseando ver a su amigo, pero también quiere escapar de Lorna que se pone un poco empalagosa.

La madre de Sal es una mujer dulce, pero marcada por cicatrices físicas, emocionales y mentales. Malcría a Sal como si tratara de compensar todos esos años en que lo descuidó cuando era pequeño. Parece además que su mente se está deteriorando. Su médico sospecha que puede tener un leve daño cerebral por los golpes de la última paliza que recibió, que no fue diagnosticado en su momento y que está evidenciando síntomas ahora. Le cuesta mucho concentrarse, se frustra ante las tareas más simples y Marin la escucha hablar sola en ocasiones, murmurando palabras en una mezcla de italiano e inglés que según Sal no tienen ningún sentido.

Marin no puede imaginar por lo que ella ha pasado, lo que Sal ha vivido. El padre de Sal era un tirano que manejó la casa y su viñedo con un carácter violento y mano de hierro: nadie podía cuestionar sus decisiones. Y que se cuidara quien se atreviera a hacerlo. Guardaba un arma en la caja fuerte de la habitación conyugal y contaba con un permiso de armas. A pesar de que nunca la usó, se había encargado de que todos supieran que la guardaba allí, e incluso en ocasiones, recorría la propiedad con la pistola “para mantenerlos a todos a

raya". Según lo que Sal le había contado a Marin, los trabajadores varones temían sus ataques de ira y era sabido por todos que las empleadas evitaban quedarse a solas con él.

Cuando se hizo mayor, Sal con frecuencia se llevaba la peor parte de las palizas y las aceptó voluntariamente, porque sabía que la víctima era él o su madre. Por aquel entonces, Lorna era dulce y servicial y adoraba tanto como temía a su esposo. Sigue siendo así, aunque ya sin el esposo.

—Es un buen muchacho, ¿verdad? —había dicho Lorna la última tarde en que estuvo Marin allí.

Estaban sentadas en la amplia cocina mientras Marin preparaba algo de picar; la mujer mayor descansaba en el sillón reclinable que Sal había llevado desde la sala para que su madre estuviera más cómoda. La granja tiene un gran ventanal en la parte de atrás con una vista muy amplia y Lorna está observando cómo su hijo corta las ramas de un árbol que está muy cerca de la casa. La mayor parte del viñedo Palermo —un total de quince hectáreas— fue vendido a una gran empresa unos diez años antes. A los nuevos dueños no les interesaba la casa, solo querían los viñedos, así que Lorna se quedó con ella, junto con la antigua sala de catas, la cava del sótano y una hectárea y media de viñedo. La granja era el único hogar que había tenido; estaba decidida a vivir y morir allí. En los últimos años, a medida que empeoraron sus problemas de salud, descuidó el mantenimiento de la casa y su hijo se vio forzado a ir a Prosser más de lo que habría deseado.

Detrás de donde estaba trabajando Sal, había un columpio colgado de un árbol, un simple tablón de madera con un par de cuerdas. Uno de los empleados lo había hecho como una sorpresa para Sal cuando era un niño. Tal vez el empleado lo había construido para ganarse el favor del jefe, o tal vez para distraer a Sal del hecho de que su madre estaba con frecuencia cubierta de moretones. Por la razón que fuera, Sal estuvo encantado y una vez le dijo a Marin que era uno de los recuerdos más felices de su infancia. Que no eran muchos.

—Realmente es un buen muchacho.

Marin miró a través del ventanal cómo trabajaba su viejo amigo. No veía con frecuencia esta versión de Sal, aquí donde había crecido, cortando ramas y ensuciándose, trabajando con las manos. Para ella, era un chico de ciudad, dueño de un bar, que vivía su soltería en un apartamento de Belltown. Debía admitir que esta versión de Sal —el muchacho de granja Sal era exactamente el

opuesto del chico con el que había salido en la universidad y que había sido su amigo durante veinte años— le resultaba atractiva.

—¿Por qué no te casaste con él? —No había recriminación en la voz de Lorna, sino solo desilusión—. Él te quería mucho.

Parece que siempre tienen la misma conversación cada vez que Marin va de visita, y responde a la pregunta del mismo modo que lo hizo siempre.

—No estaba predestinado a ocurrir. Éramos muy jóvenes —agregó sin mencionar que ella había conocido a Derek una semana después de haber terminado con Sal.

—¿Quieres a tu esposo?

—Por supuesto —dijo ella con sorpresa. Lorna nunca le había preguntado eso antes—. Llevamos juntos mucho tiempo.

—¿Es un buen esposo contigo? —insistió la anciana—. ¿Y buen padre para tu hijo?

—Claro que sí. —Marin untó mantequilla en un par de *scones* y los llevó a la mesa. Tomó asiento junto a Lorna—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué te ha dicho Sal?

Lorna observó a su hijo trabajando.

—Tu esposo no le gusta.

No era una sorpresa.

—Dice que no es bueno para ti. —Lorna echó un vistazo a Marin—. Que te engaña.

Marin cerró los ojos conteniendo un suspiro. Derek había sido infiel una única vez, durante su embarazo, y no podía creer que Sal se lo hubiera contado a su madre. No es asunto suyo, y mucho menos de Lorna.

—Derek cometió un error. —Marin sintió que enrojecía—. No volverá a suceder.

—Creo en el perdón —dijo Lorna con decisión—. Eres una buena chica. Pero si hay algo que he aprendido en mis años de matrimonio es que uno debe proteger siempre a los hijos. Siempre. Es lo primero, y yo no lo hice con mi hijo. Él me protegió a mí cuando debería haber sido a la inversa. Creo que por eso ahora no confía en la gente, no deja que nadie se le acerque. Excepto tú —agregó con una sonrisa—. Tienes que cuidarlo, allá en la ciudad. Asegúrate de que no esté solo.

Marin apretó con cariño el brazo de Lorna.

—Nos cuidamos mutuamente.

Una hora después, había hecho la maleta y estaba lista para volver a su casa. Una caja con varios tipos de vino Palermo estaba en el maletero de su coche junto a su bolsa. Sal nunca la dejaría partir de Prosser sin vino.

—No te canses mucho —le dijo Marin a Sal cuando ya se había despedido de Lorna.

Se sentía mal por dejarlos en la granja, pero estaba deseando volver a Seattle. La granja estaba rodeada de miles de filas de viñas y nada más, sin vecinos en varios kilómetros de colinas en todas direcciones, y la señal telefónica era muy débil.

Marin ansiaba el ajetreo de la ciudad, la comodidad de su casa. Y, por supuesto, echaba de menos a sus muchachos. Sal le dio un fuerte abrazo. Qué bien que olía, a hierba, a aire fresco.

—Gracias por venir. Has sido una gran ayuda.

—¿Nos vemos en una semana?

Él negó con la cabeza.

—Tengo mucho que hacer y todo debe estar terminado antes de que empiece a nevar. Me quedaré durante las fiestas. Pero te veré en Año Nuevo. —La acercó para darle otro abrazo—. Muy feliz Navidad, Mar.

Cinco días más tarde, de vuelta en la ciudad, tres días antes de Navidad, desapareció Sebastian. Las palabras de Lorna se precipitaron en su mente, salidas de la nada, como una bofetada en la cara, un puñetazo en la garganta. "Debes proteger siempre a tus hijos. Eso es lo primero".

Y en eso Marin ha fallado. De la manera más espantosa.

No es ni un poco mejor que Lorna en ese aspecto. Pero después de todo ese tiempo en terapia, comprende que las personas son el resultado de sus experiencias. Marin se crio con una madre extremadamente crítica y por eso le cuesta mucho pedir ayuda y se culpa por todo. Derek creció en la pobreza y por eso le resulta tan importante tener dinero y que la gente sepa que lo tiene. Y Sal creció con un padre maltratador y alcohólico y tenía solo veintiún años cuando su padre se cayó accidentalmente del balcón de un decimosexto piso la noche en que celebraba una fiesta por sus cincuenta años.

Al menos, esa es la versión oficial. En realidad, no había nadie cerca cuando sucedió y la teoría fue perfectamente plausible. El padre de Sal era un alcohólico legendario, torpe y pendenciero, conocido por su falta de coordinación y buen juicio.

Sal nunca habla sobre esa noche, ni siquiera con Marin, que estaba en la

fiesta y que se había quedado hasta tarde mucho después de que se fueran los invitados para ayudarlo a ordenar todo. Después de la última pelea, en la que Lorna había recibido una herida en la cabeza, se separaron definitivamente y el padre de Sal decidió alquilar un apartamento en la ciudad para tener un lugar donde escapar cuando no había demasiado trabajo en la bodega. Todo esto fue antes de que empezaran a salir, y cuando ella conoció al padre de Sal, él ya se movía como si fuera soltero. Organizó una fiesta para sus cincuenta años con sus nuevos amigos de la ciudad —los tipos con los que jugaba al póquer en su mayoría— e invitó a su hijo. Marin animó a Sal a que fuese, pensando que sería bueno para ellos volver a conectar. Quería conocer al padre de Sal. No sabía en lo que se metía.

—La gente cambia —le dijo a Sal, lo cual, en retrospectiva, sonaba estúpido —. Dijiste que él está mucho mejor desde la separación. Te está abriendo una puerta. Solo tienes que permitirte entrar.

—No lo conoces como yo, Mar.

—Tienes razón; no lo conozco. Pero recuerda que estaré allí contigo.

Cuando llegaron, el padre de Sal ya estaba bebiendo. Cuando se terminó la fiesta, a eso de las dos de la madrugada, estaba completamente borracho y se puso a discutir con Sal de manera agresiva. Marin estaba en la pequeña cocina del apartamento tirando vasos desechables en una bolsa de basura, pero podía escucharlos discutiendo en el balcón. Las puertas corredizas estaban abiertas y entraba una brisa fresca al apartamento. Estaba cerrando la bolsa cuando escuchó que Sal decía: "Mamá no debería divorciarse de ti, hijo de puta. Yo debería matarte". Escuchó la risa del padre como si Sal hubiera dicho lo más gracioso que hubiera escuchado en toda su vida. Le respondió algo que Marin no alcanzó a oír, en tono amenazante y en voz baja. Marin sintió miedo. Salió de la cocina y se dirigió directa al balcón. No debería haber animado a Sal a ir. No era de su incumbencia. Y tenían que irse antes de que la situación se les fuera de las manos. Pero cuando llegó al balcón, solo uno de ellos estaba allí.

Cuando un cuerpo cae en la acera, no se escucha como si cayera desde dieciséis pisos de altura. Solo se puede imaginar el golpe, el sonido de los huesos crujiendo y la carne comprimiéndose sobre la acera, pero en realidad, no se escucha nada desde las alturas. Marin no vio la caída, no escuchó el aterrizaje, pero no pudo reprimir un grito cuando miró sobre la barandilla y vio el pequeño cuerpo en el suelo allí abajo, a dieciséis pisos de distancia. Casi parecía irreal.

Tal vez, si el hombre no hubiera caído de semejante altura —si solo hubieran sido, por ejemplo, unos seis u ocho pisos y a la luz del día— ella habría tenido una visión más exacta de la horrible muerte del padre de Sal y habría tomado una decisión diferente. Pero eran las dos de la madrugada y la calle residencial estaba completamente desierta.

—Oh, por Dios, Marin, por Dios, qué he hecho. —Sal sollozaba con espasmos y casi no podía hablar.

—Shhh —trató de calmarlo ella cuando la realidad de lo que había sucedido finalmente quedó clara. Puso su índice sobre sus labios y lo llevó hacia el interior del apartamento.

—No vuelvas a decir eso nunca más, ¿me entiendes? Escúchame, Sal, ¿me estás escuchando?

Él asintió, con la mirada vidriosa. Había tomado un par de cervezas, pero se las había bebido al menos una hora antes. No estaba borracho. Estaba en shock.

—Estábamos en el salón, y tú fuiste al baño antes de llevarme a casa. Yo salí al balcón para despedirme de tu padre y cuando no lo vi, me asomé a la barandilla y vi su cuerpo. Llamé al 911…

—Marin, no…

—Llamé al 911 —repitió ella, tomando el teléfono inalámbrico de la base— porque había sucedido un accidente horrible. Tu puto padre borracho se había caído del puto balcón. Tú no estabas ni cerca del balcón cuando sucedió. ¿Comprendes?

Él asintió y ella hizo la llamada y la policía se creyó la historia. Varios invitados de la fiesta confirmaron que el padre de Sal estaba borracho y que andaba dando tumbos. Ya tenía antecedentes de haberse accidentado borracho; una vez, cuando Sal estaba en el bachillerato, se cayó contra un espejo cuando se encontraba solo en su casa y se cortó la cara.

Ella y Sal rompieron para siempre un mes después de aquello. Ninguno de los dos admitió que la muerte del padre de Sal había producido la fractura final de la relación. ¿Cómo iban a admitirlo si Sal se negaba a hablar de eso? Pero esa fue la gota que colmó el vaso de una relación romántica que, como Marin le dijo a Lorna, no estaba predestinada a durar.

Una alerta de correo la trae de nuevo al presente.

Es la confirmación de su asesor financiero de que el dinero ha llegado al destinatario. Es oficial. No habrá devolución, como dijo Julian. Está hecho.

Si soltarle la mano a su pequeño en un mercado lleno de gente ha sido lo peor que ha hecho Marin en su vida, esto es lo segundo. Solo que esta vez es algo deliberado.

Mira la aplicación que reproduce los mensajes de Derek. No han entrado mensajes nuevos entre Derek y su amante desde que trató de romper con ella esta mañana, solo para cambiar de idea unos minutos después. Es el dolor el que habla, por supuesto que sí, porque el Derek que ha estado acostándose con una chica de veinticuatro años no es el hombre con el que ella se casó. Cada uno procesa la pérdida de un modo diferente. Marin cometió un terrible error. Derek cometió un terrible error. Ella no puede enmendar su falta. Pero sí puede corregir la de Derek.

¿Qué más le dijo Lorna? "Creo en el perdón".

McKenzie Li no merece ni un poco más de su tiempo o energía, ni un segundo más. Marin presiona el ícono de la aplicación nuevamente hasta que aparece una "x". ¿Eliminar? Eso implica eliminar esos datos. Pulsa "Eliminar". Luego le envía a Vanessa Castro un rápido correo.

VC: ya no es necesario investigar la aventura. Lo manejo yo. Gracias. MM.

La investigadora le responde de inmediato.

Entendido. VC.

Y entonces, como ya se ha duchado y está vestida, y como nada de lo que ha hecho puede deshacerse, Marin se va a su trabajo.

PARTE DOS

Solo estoy fingiendo cuando las cosas me salen bien.
Soundgarden

CAPÍTULO 15

Kenzie revuelve los fideos instantáneos mientras controla de reojo el temporizador para que no se le pasen. Incluso diez segundos de más pueden convertirlos en una papilla incomible. Tiene unos nueve paquetes más de fideos instantáneos en la alacena, porque están en oferta a cinco por un dólar y le tienen que durar una semana. Esta noche: sabor a carne.

Tanta harina hará que mañana se vea hinchada, pero no le importa. Tiene tres fotos dignas de Instagram en su móvil de cuando estuvo en el hotel; ninguna es una selfi. Conoce bien sus ángulos y sabe cómo usar el temporizador de la cámara. Con un poco de edición estarán listas para publicarlas.

Derek le preguntó una vez cuál era el objeto de todo esto y por qué le importaba tanto si cincuenta mil extraños le daban un *like*. Pero no se trata de gustar. La gente puede odiarte porque eres famosa y aun así le puede importar lo que estás haciendo, con quién sales, la ropa que vistes, adónde vas. Un odiador es, de todas maneras, un seguidor. Todo se trata de visibilidad, la importancia de ser vista. En estos días, quién eres online es casi tan importante como quién eres en la vida real.

—¿Pero por qué? —él insistió, confundido—. ¿Esto te reporta alguna ganancia en dinero?

—Me han dado algunos productos gratis —dijo ella—. Pero si puedo hacer crecer mi cuenta a cien mil seguidores, pueden llegar a pagarme para que anuncie sus productos. Conozco a una influencer que consiguió cubrir la mayor parte de los gastos de su boda y su luna de miel gracias a su cuenta de dos millones de seguidores. Lo único que tuvo que hacer fue fotografiar todo y etiquetar a las empresas.

Resultaba difícil explicárselo a alguien, en especial a una persona con una mínima presencia en las redes sociales. La mayor parte de la gente que conocía comprendía el eficiente ecosistema de Instagram que existía entre influencers y seguidores y las compañías que tratan de venderles un estilo de vida mejor. O, al menos, la apariencia de un estilo de vida mejor.

La empresa de Derek tiene cuentas en todas las redes, que, por cierto, él nunca revisa. Las maneja un becario del departamento de marketing.

—En las redes es donde puedo ser quien yo quiera ser —dijo ella—. Puedo controlar la percepción que los otros tienen de mí. Yo estoy a cargo de la narrativa.

—Y eso es importante por…

—Porque sí —dice ella—. Es la forma en que recordamos a los demás que existimos.

—¿Publicas tu arte online?

—Jamás. No regalo mi arte.

Derek la miraba extrañado.

—Sí, pero sigo sin entenderlo —dijo él. Entonces, le hizo cosquillas y ella se dio cuenta de que estaba tomándole el pelo. Le arrojó una almohada.

—Cállate, abuelo —le respondió—. Esto es lo que hace la gente genial.

Suena el temporizador, Kenzie apaga el fuego y mueve la cacerola a otra hornilla que está fría. Abre con los dientes el sobre con el aderezo y lo espolvorea sobre los fideos, revolviéndolos por última vez antes de pasarlos a un bol. Lo que se va a comer no tiene el más mínimo valor nutricional, pero al igual que el grupo de rock Barenaked Ladies, que seguirían comiendo macarrones con queso de paquete incluso si tuvieran un millón de dólares, Kenzie no dejará de comer fideos instantáneos si llega a casarse con Derek.

Mierda. ¿Realmente ha pensado en eso? ¿Casarse con Derek? ¿Qué diablos le está pasando?

Para ser honestos, nunca supuso que llegaría a esto. Cuando se conocieron, seis meses atrás —encuentro oficial—, Derek no tenía ni idea de quién era Kenzie. No la recordaba. No existía para él antes del día en que entró por primera vez en el Green Bean.

La cafetería estaba tranquila y ella recuerda haber visto a través de la ventana cómo aparcaba el Maserati negro metalizado junto a la puerta de entrada. En el barrio universitario, la mayoría de los clientes eran estudiantes y residentes del hospital, y un Maserati, incluso en un color tan discreto, no pasaba desapercibido.

Derek entró, alto y bien vestido, con su traje hecho a medida y sus zapatos negros brillantes, el cabello perfecto, el bolso de cuero de su portátil colgado de uno de sus fuertes hombros, con el aspecto incuestionable del exitoso hombre de negocios que era. Kenzie lo reconoció al instante.

Era el tipo del mercado.

Cada dos semanas durante un año, él paraba en el *food truck* de Taquitos Hermanos en el extremo oeste del Pike Place Market, que es donde Kenzie trabajó cuando se mudó a Seattle para cursar su carrera de Arte. Carlos y Joey le pagaban en efectivo al terminar cada turno y ella iba a donde fuera el camión —festivales de comida, conciertos, incluso a un par de bodas al aire libre—. Estaba bien eso de ganar dinero sin tener que pagar impuestos, y lo mejor era que podía comer lo que quisiera gratis. Los sábados el camión tenía un lugar fijo en Pike Place.

"Ternera, y extra de guacamole, de queso y de tomates", decía Derek cada vez que llegaba a la ventanilla. El taco costaba cuatro dólares y él siempre pagaba con un billete de cinco y dejaba el vuelto en el tarro de las propinas. Ella ni sospechaba que él era rico entonces. Vestido con unos jeans y una sudadera tenía el mismo aspecto que todo el mundo, y en ocasiones iba al *food truck* con su hijo. Si iba con él, a veces le compraba un churro.

Y luego su hijo fue secuestrado y dejó de ir. Y luego Carlos vendió el *food truck* de tacos.

Por supuesto, Kenzie se enteró del secuestro. Estuvo en todas las noticias y la policía recorrió a fondo el mercado. Un agente se acercó al camión y les preguntó a todos si habían visto por allí al pequeño con un jersey con un reno. Carlos y Joey no habían visto nada; ellos estaban en la parte de la cocina y rara vez interactuaban con los clientes. Cuando el agente le mostró a Kenzie la foto, ella negó con la cabeza. Podría haber reconocido a Derek si le hubieran mostrado su foto, pero los niños eran para ella casi invisibles. De hecho, nunca había mirado al hijo de Derek.

Solo cuando llegó a casa más tarde, vio el enlace para una alerta de Facebook, con la misma foto que le habían mostrado antes. El mismo niño, el mismo jersey. Más abajo estaban las fotos de sus padres y entonces ató cabos.

—Mira Ty. —Giró su portátil para que su compañero pudiera ver la pantalla. Estaba sentado junto a ella en el sofá absorto en su teléfono—. Este es el niño por el que me interrogaron hoy. El que secuestraron en el mercado.

Ty le echó una ojeada y murmuró algo en un tono que, al menos, sonó empático. Pero estaba inmerso en su pequeño mundo, obsesionado con una potencial conquista amorosa que ignoraba sus mensajes.

Derek y su mujer acababan de hacer una declaración en la televisión, pidiendo ayuda a los ciudadanos para encontrar a su hijo. La historia era una

locura, horrible y emocionante, justo el tipo de historias sobre las que Netflix terminaría haciendo una serie. Algunos de los titulares con más gancho decían: "Hijo del CEO de PowerOrganix secuestrado a plena luz del día" y "La estilista de celebridades como J.Lo pide al público que encuentren a su hijo".

La recompensa por información que condujera a encontrar al hijo era de un millón de dólares. Pero nunca fue encontrado.

Cuando Derek se acercó al mostrador del Green Bean unos nueve meses más tarde tenía buen aspecto. Parecía normal. Ninguna diferencia con tantas veces que le había servido un taco en el mercado. Pero esta vez, de más cerca, parecía… vacío. Había envejecido una década, no en apariencia, sino en la actitud.

Kenzie le sonrió con entusiasmo, preguntándose si la reconocería del *food truck* de tacos y le diría algo como "Hola, ¿así que ahora trabajas aquí?". Pero él no la miraba; estaba leyendo el menú por encima de su cabeza. Solo pidió un café de filtro. Eran dos dólares con veinte, le dio un billete de diez y le dijo que guardara el cambio.

—Es demasiado —le dijo ella mientras le daba el vuelto.

Él sonrió ausente, mirándola a los ojos por unos segundos, y luego puso el dinero en el tarro de las propinas.

Se sentó en una de las pequeñas mesas junto a la ventana y abrió su portátil. Seguía trabajando cuando ella comenzó su descanso unos treinta minutos más tarde. Ella tomó una galleta de la caja, la puso en un plato y se la llevó.

—La galleta del día —dijo—. Chispas de chocolate negro. Está deliciosa y vale la pena ingerir las calorías. Me gustaría decir que es un regalo de mi parte, pero técnicamente la ha pagado, ya que dejó una propina muy generosa.

Él la miró sorprendido. Ella había olvidado lo guapo que era, con su rostro bien afeitado y sus facciones cinceladas, los ojos oscuros que reflejaban la luz del sol que entraba por la ventana junto a su mesa. Algunos hombres no envejecen bien; echan barriga por tanta comida frita o están enrojecidos por exceso de alcohol. No era el caso de Derek. Él seguía el modelo de Bradley Cooper, nada que ver con Russell Crowe.

—No tenías que hacerlo —dijo él.

—Si no te la comes, lo haré yo, y ya me he comido dos.

Él sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—¿Quieres compartirla?

—Es toda tuya. —Ella giró para alejarse, pero hizo una pausa—. No me

recuerdas, ¿verdad?

Él inclinó la cabeza para observarla.

—Me resultas un poco familiar…

Kenzie conocía la diferencia entre la sinceridad y la cortesía y sonrió.

—Mierda. No tienes ni idea de quién soy. No pasa nada —agregó cuando él abrió la boca para protestar—. Es bueno saber que te causé una gran impresión después de verte casi cada fin de semana durante un año.

—Una pequeña exageración, pero qué importa.

—¿Le dijiste "mierda" a un cliente?

—¿Me vas a denunciar? —Era su turno de provocarlo—. Tenemos un libro de sugerencias en el mostrador, por si quieres presentar una queja por mi vocabulario.

—¿De verdad?

—No —dijo ella con una sonrisa—. No es verdad.

Él se reclinó sobre su silla y la miró como si fuera la primera vez. Ella se dio cuenta de que contenía la respiración. A algunos hombres les gusta el descaro, la insolencia. Otros se sienten intimidados. Kenzie apostaba a que él estaba en la primera categoría. Un tipo con ese traje, conduciendo ese coche, no está acostumbrado a que se metan con él de ese modo. Es que casi nadie se atrevería. Y funcionó.

—De acuerdo, me doy por vencido —dijo él—. ¿De dónde te conozco?

—De Taquitos Hermanos. —El rostro de él se quedó inexpresivo.

—El *food truck* de tacos en Pike Place. Siempre pedías lo mismo. Carne asada, extra condimentada, extra guacamole, con queso.

Él seguía pareciendo perdido y finalmente se echó a reír.

—Vaya, no sé qué pensar. O tú eres muy malo recordando rostros o yo soy totalmente olvidable.

—Espera. Me acuerdo. —Su rostro se ensombreció un tanto—. Es que… hace mucho que no voy al mercado. Sí, te recuerdo. Tu pelo era diferente…

—Era azul entonces —dijo ella jugueteando con sus rizos rubios.

—Te queda mucho mejor ahora —opinó él, y cuando ella arqueó su ceja, él se excusó.

—Discúlpame, me he expresado mal…

—¿Mal quiere decir descortés?

—Es que…, mierda, quise decir… rubio, azul, todo te queda bien.

—¿Le acabas de decir "mierda" a una camarera? Y pensar que te di una galleta

gratis.

—¿Ahora es gratis? Pensé que la había pagado con la gran propina que dejé.

—Vaya.

—¿Sabes qué? Me voy a quedar sentado aquí y no voy a hablar más.

—Esa es tu mejor alternativa.

Sus miradas se encontraron y ambos echaron a reír.

—McKenzie —dijo ella tendiéndole la mano—. Puedes llamarme Kenzie. Por hoy, al menos. Estoy segura de que en cuanto te vayas dejaré de existir para ti.

—Derek. —Se estrecharon las manos y ella notó que él sujetaba la suya unos segundos más de lo necesario—. No creo que eso sea posible ahora.

Le soltó la mano sin muchos deseos y ella miró las de él. Llevaba alianza. Él la vio advertirlo y bajó la mano a su regazo para que no fuera visible. No tenía por qué inquietarse. Es un mito creer que las alianzas impiden que una mujer coquetee con un hombre. Algunas mujeres justamente se sienten atraídas hacia las alianzas como las polillas a la llama. Para esas mujeres, el anillo es exactamente lo que buscan.

Después de ese primer encuentro, Derek comenzó a ir a la cafetería varias veces a la semana y luego casi todos los días, y ella no podía creer lo diferente que era del tipo que ella recordaba del mercado. Aquel estaba lleno de vida y de un vigor que irradiaba en la forma en que se movía. En la nueva versión, Derek parecía hechizado. Solitario. Con ansias de hablar con alguien que no le preguntara qué fantasmas lo acechaban. Ni ella ni Derek habían mencionado sus apellidos.

—¿Estás en un descanso? —le dijo un par de semanas después, cuando Kenzie salió detrás del mostrador sin su delantal—. Siéntate. Descansa un rato.

—¿Seguro? No quiero interrumpir. —Él tenía su portátil abierto y todo lo que ella pudo ver fue una planilla llena de números.

—Por favor. Interrúmpeme. —Para enfatizarlo, cerró su portátil y la apartó hacia un lado; luego retiró la silla frente a él para que se sentara. Se sonrieron. Ella lo miró abiertamente.

—¿Qué? ¿Tengo algo en la cara? ¿Me corté cuando me afeitaba esta mañana y nadie me dijo nada?

—Has venido mucho por aquí últimamente —dijo ella—. Mis compañeras creen que estás enamorado de mí.

—Yo… —Se detuvo con el rostro enrojecido—. Soy demasiado viejo para ti.

—Y demasiado casado.

Él miró hacia abajo a su alianza, girándola con la otra mano.

—Sí, también eso. —Volvió a mirarla con una sonrisa triste—. Me gusta venir aquí. Vivía a unas calles cuando estaba en la universidad. Me recuerda a… tiempos menos complicados. Eso fue hace un millón de años, además.

—¿Sí? ¿Qué asignaturas tenían en la universidad entonces? ¿Cómo encender una fogata? ¿Rituales de apareamiento de los mamuts lanudos?

Él se rio.

—Me gradué en Negocios y Matemáticas.

—Qué mal que suena. —Miró por la ventana a su coche y se rio—. Supongo que esa es la razón por la que tú conduces un Batimóvil y yo tomo el autobús.

—¿Qué has dicho?

—Batimóvil. —Ella puso los ojos en blanco—. Vamos, eres un hombre de cierta edad, seguro que conoces a Batman…

—Mi hijo solía llamarlo así —dijo Derek mirando al coche—. El Batimóvil. Estaba encantado el día que lo llevé a casa. Mi mujer lo odió de inmediato, dijo que era demasiado llamativo y que me hacía parecer un idiota, pero había tenido un gran año y lo compré en un impulso. Cuando ella vio la fascinación en el rostro de Sebastian dejó de criticarlo. Por eso no puedo deshacerme de él.

Kenzie no sabía qué decirle al principio. No le pareció bien fingir que no sabía lo de Sebastian, pero su dolor era tan palpable que temió decir algo que lo empeorara.

—Él es el Robin de tu Batman —dijo después de un momento—. Estoy segura de que volverá a andar en él de nuevo algún día.

Él se volvió de pronto hacia ella.

—¿Sabes lo de mi hijo?

Ella asintió lentamente.

—Salió en las noticias… De hecho, yo… estaba en el mercado el día que sucedió. Los policías nos mostraron su foto, pero ninguno de nosotros…, nadie vio nada. —Se mordió el labio—. Lo siento mucho, Derek. No sabía cómo mencionártelo. O si debía mencionarlo. El primer día que entraste te recordé de inmediato. —Casi agrega "y recordé a tu hijo", pero eso habría sido demasiado. Era una mentira.

Él le mantuvo la mirada.

—Gracias por decirlo.

—No tenemos que hablar de esto si no lo deseas. —Kenzie se volvió y miró

al Maserati de nuevo—. Pero estoy de acuerdo contigo cien por cien. El Batimóvil debe quedarse.

Eso lo hizo sonreír.

—Cuéntame, ¿qué estás estudiando?

—Estoy en la Escuela de Arte, haciendo un posgrado en Diseño de Mobiliario, pero mi primer amor es la pintura.

—¿No hay un posgrado en pintura?

—Sí, claro —respondió ella—, pero la mejor manera de ser un buen pintor es seguir pintando. El arte es subjetivo. Resuena o no, y ya no necesito más formación. Lo que me hace falta es práctica.

—Eso explica por qué siempre me miras de esa forma tan especial —dijo Derek—. Eres observadora. Una verdadera artista.

—¿Cómo puedes saberlo? No has visto mi trabajo… todavía. —Hizo una pausa, sonrió y le sostuvo la mirada—. Y esa no es la razón por la que te miro de ese modo.

Él se quedó sin aliento.

—De todas maneras, ya he terminado el día —dijo ella—. Pensaba salir a comer algo. ¿Has comido?

Él negó con la cabeza.

—No sé si te gusta la comida cubana, pero hay un sitio increíble a unas pocas calles. Las filas que se forman a la hora del almuerzo son una locura, pero hacen un fantástico…

—¿Te refieres al Fénix?

Kenzie sonrió sorprendida.

—¿Conoces el lugar? Juro que el sándwich caribeño de cerdo desmechado es lo más grande que hay.

—¿Si lo conozco? He invertido en el lugar. Vamos.

—¿Estás bromeando?

—Soy socio inversor en un veinticinco por ciento.

—Cielos. —Ella se puso de pie mientras él guardaba su computadora portátil —. ¿Eso incluye todos los sándwiches que quieras gratis?

—No, los pago. Pero nunca tengo que esperar ni hacer la cola. —Le guiñó un ojo y sacó su teléfono para llamar al restaurante mientras se dirigían hacia la puerta.

—Hola Jeremy, soy Derek… todo bien amigo, ¿y tú?… Perfecto. Te pido dos caribeños con pimienta extra y una porción de yucas fritas. Si hay una mesa

libre fuera, resérvamela… una pequeña, solo somos dos. Llegamos en cinco minutos.

El hombro de ella tocó su pecho cuando salieron del Green Bean. Nunca antes habían estado tan cerca y se dio cuenta por primera vez de cuánto más alto que ella era. Y ella era bastante alta.

—Sándwiches caribeños sin cola de espera… creo que te quiero —comentó ella en un murmullo, pero lo suficientemente fuerte como para que él la escuchara mientras mantenía la puerta abierta.

—Vaya, eso me convertiría en el tipo más afortunado del mundo —dijo Derek.

El destello.

Fue entonces cuando Kenzie se dio cuenta de que lo había atrapado.

CAPÍTULO 16

El apartamento está silencioso cuando Kenzie llega a casa después de su turno en el Green Bean. La habitación de Tyler está cerrada. Acerca su oído a la puerta y lo oye roncar. Lo oyó cuando llegaba a las cinco de la madrugada, justo cuando ella se estaba levantando para ir a trabajar, pero no hablaron. Llegar al amanecer significa, supone ella, que Tyler se acostó con alguien que conoció en el bar.

Es obvio que su compañero está enfadado con ella y no puede culparlo, no después de fallarle para la maratón de *Hill House*. Comparten un apartamento de sesenta y cinco metros cuadrados y, sin embargo, ya casi nunca se ven. Ella lo echa de menos. Se siente sola.

Hace dos días que no sabe nada de Derek.

Por más deseos que tenga, no puede enviarle un mensaje. Tiene que hacerlo él. Existen reglas con los hombres casados, y se molestan si uno las rompe.

Se sienta en el sofá con un brownie que robó de la cafetería (por favor, todos roban comida) y enciende la tele. Todas las tardes a las dos, si está en casa, ve la telenovela *The Young and the Restless*. La verdad, no le interesa demasiado el argumento, pero solía verla de pequeña junto a su *grand-mère*. Buford salta sobre su regazo, ronroneando feliz por su vuelta a casa y ella lo acaricia. Aunque el gato no le ofrece el mismo consuelo que su abuela, es una presencia bastante reconfortante.

—¿Por qué ves eso? —recuerda haberle preguntado a su abuela cuando tenía diez años. La intrigaba toda esta gente rica, con sus maquillajes perfectos y sus peinados perfectos que no podían encontrar la felicidad hicieran lo que hicieran—. Están traicionándose todo el tiempo. No son como nosotros.

—Se parecen mucho a nosotros, *ma chère*. —Su abuela la arropó bajo la manta que estaba sobre el sofá desde que Kenzie nació—. La única diferencia es que tienen dinero.

—Pero él es malo con ella. —Kenzie señaló a la pantalla, donde el hombre más rico le decía algo desagradable a la mujer que esperaba casarse con él. En segundas nupcias—. Es cruel.

—Oh, *ma petite ange*. —Su abuela la estrujó en un abrazo—. Los hombres pobres pueden ser igual de crueles. Te pueden romper tu corazón tanto un pobre como un rico. Nosotras sabemos cómo es ser pobre, *oui*? No hay ninguna grandeza en ello. Nada de nada. Cuando seas mayor vas a encontrar un hombre rico. Tendrás una mejor posibilidad de sobrevivir cuando se marche.

Donde sea que esté J. R. en este momento, probablemente también esté viendo la telenovela. Con frecuencia se envían mensajes mientras la ven. Pero no lo han hecho desde hace un tiempo. Desde que ella conoció a Derek, J. R. se ha ido alejando. Le duele, pero comprende el porqué.

Es diferente con Derek. Y por una vez, J. R. no está interfiriendo. Solía referirse a sus otros novios casados como "tristes y aburridos sacos de dinero", pero con Derek se ha guardado su opinión. Le contó a J. R. lo de su nuevo novio hace unos meses, cuando se encontraron para tomar una cerveza en su pueblo natal cuando fue a visitar a su madre.

—¿Quién es el imbécil esta vez? —le preguntó.

Cuando le dijo el nombre de Derek, J. R. quedó impactado.

—¿El dueño de la compañía que hace esa barra proteica que venden en los supermercados? ¿Al que le secuestraron al hijo?

—El mismo.

—Por Dios, M. K. —dijo él. Todos en el pueblo lo llamaban J. R., pero él era el único en el mundo que la llamaba M. K. y, secretamente, a ella le encantaba—. Una cosa es engatusar a un tipo como Paul —hombre, era un imbécil desde el principio, a quién le importa—, pero ¿un tipo al que le desapareció el hijo? Eso…

No terminó la frase, no hacía falta. Tenía razón.

—Lo sé —dijo ella—. No va a pasar nada. Él está demasiado…, no lo sé. —Iba a decir "destruido", pero a ella le gustaba Derek como persona. Le pareció desleal decirlo en voz alta.

—Está haciendo el duelo —dijo J. R.

Se quedaron sentados en silencio un rato. Ella lo observó mientras él miraba abstraído su cerveza, preguntándose si querría tener sexo más tarde. Cuando él la rechazó —con amabilidad, pero la rechazó—, se reprochó por continuar insistiendo cuando todo lo que J. R. hacía era recordarle que nunca sería la elegida. Su *grand-mère* tenía razón. Todos, ricos y pobres, te pueden romper el corazón. Mejor que sea rico.

Dos veces le rompieron el corazón a Kenzie. La primera fue el día en que su padre abandonó a su madre, cuando Kenzie tenía solo doce años. Las dejó por una mujer mucho más joven que él. Su madre, que no había trabajado desde el nacimiento de Kenzie, se vio obligada a aceptar un trabajo que detestaba. En una ciudad pequeña las perspectivas de trabajo son escasas, y terminó trabajando por la noche limpiando locales comerciales.

El padre de Kenzie murió de un ataque al corazón dos años después. Se enteró a través de Facebook cuando una tía con la que no tenían relación compartió el anuncio que su "madrastra" había publicado, junto con los detalles del funeral. Kenzie no asistió. Se había despedido de él hacía mucho tiempo.

La segunda vez fue por J. R. Nunca fue su novio, pero fue su primer amor, un muchacho de su ciudad natal cuya familia era conocida de la suya. Empezaron a salir el verano antes de que ella partiera para la universidad. Perdió la virginidad con él sobre una manta en la hierba cerca del río, bajo las estrellas, y todo fue tan romántico como una canción country.

—¿Volveré a verte? —le preguntó ella después, mientras se ponía la ropa interior y los pantalones cortos. Se sentía dolorida, pero de un modo agradable; ya era una adulta. Soplaba una suave brisa entre las hojas de los árboles. La luna estaba en cuarto creciente, casi no había luz y las estrellas se veían más brillantes.

—Claro que sí —respondió él—. Los dos volveremos para el Día de Acción de Gracias. Y nos mantendremos en contacto hasta entonces.

Pero no fue así. Él no lo hizo. Ella partió para la universidad al día siguiente y en todo el mes que siguió, J. R. no respondió ninguna de sus llamadas ni sus mensajes. La única vez que respondió fue cuando ella usó el teléfono de su compañera de habitación para llamarlo y él se mostró cortésmente sorprendido al escuchar que era ella, pero de todas maneras sonó distante.

Kenzie entendió el mensaje. Se había terminado lo que fuera que hubieran tenido. Era claro que J. R. no quería esa relación, y a pesar de que ella se había esforzado mucho por bajar las expectativas, la confirmación de que nunca habría nada entre ellos casi la destruye. Quedó herida de muerte por el dolor. Nunca habría sospechado que se podía sufrir así, que ella podía entregarse a alguien que se deshiciera de ella con tanta facilidad, y este golpe resultó peor que el abandono de su padre. Su único consuelo era que vivían lejos y probablemente no tendría que volver a verlo.

Pero sí volvió a verlo. J. R. pasó por casa de su madre el fin de semana del Día de Acción de Gracias y la invitó a dar una vuelta hasta el río, como si no hubiera destrozado su corazón unos pocos meses atrás. Ella aceptó ir. Tenía cosas que decirle y era la oportunidad para hacerlo.

—Me has usado.

El río se veía diferente a finales de noviembre que en agosto. Se sentaron sobre la misma manta escocesa, pero ahora llevaban abrigos y botas en vez de pantalones cortos y camisetas y bebían café en vez de cerveza helada. Los mismos árboles que habían estado cargados de hojas unos meses atrás ahora estaban desnudos, con sus ramas finas y raquíticas. Desnudas. Expuestas. Así era como se sentía Kenzie.

El aire estaba lleno del suave aroma del porro de J. R. Le ofreció una calada y ella dio una profunda y se lo devolvió.

—¿De qué forma te he usado? —preguntó—. ¿Te he mentido? ¿Te he hecho alguna promesa que no haya cumplido?

—Dijiste que nos mantendríamos en contacto.

Él hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Sí, de acuerdo, no soy muy bueno en esto. Te debería haber advertido. Tiendo a centrarme en lo que está justo frente a mí y si no estás frente a mí es como si…

—¿Estuviera fuera de la mente?

—Algo así. —Él le ofreció el porro de nuevo, pero ella no lo aceptó, porque dar más de una calada la volvía paranoica—. No dejes que las emociones interfieran con las cosas buenas M. K. Lo que tenemos es perfecto tal como es.

—¿Y qué es lo que tenemos?

—Somos amigos —dijo él, y ella se estremeció. La palabra *amigos* nunca le había sonado tan despectiva—. Siempre seremos amigos.

—Quiero estar contigo —dijo ella sin pensar, y al escuchar las palabras, se sintió fatal.

Se había esforzado mucho por dejar el episodio atrás, y ahora que estaba con él volvían todos los sentimientos. No sabía qué hacer con ellos, todo era muy confuso.

—Estás conmigo. —Apagó el porro, le tomó la barbilla con la mano, y giró su rostro hacia él—. Esa es la parte que no entiendes. Cuando estoy aquí, estoy aquí.

—Y cuando no estás, no lo estás.

—No lo digas como si fuera algo malo. Tú tienes toda tu vida por delante. Tienes la universidad, tus amigos y seguramente chicos que te invitan a salir todo el tiempo. ¿Mi consejo? Diles que sí. A todo. No pierdas ninguna oportunidad por mí. Tu vida es mucho más que yo, que esto —dijo señalando con un gesto el entorno—. Tú querías irte de este pueblo por alguna razón. No dejes que nada te arrastre hacia atrás. Ni siquiera yo.

—Pero es que te quiero. —Kenzie se sorprendió del sonido de su propia voz. Una vocecita como la de un niño.

J. R. sonrió. Nunca olvidaría esa sonrisa. Estaba llena de sabiduría, cinismo, desilusión.

—Vas a superarlo. Confía en mí.

Ella se tapó el rostro con las manos y lloró.

—Me estás abandonando igual que mi padre.

—No digas tonterías —ladró J. R.—. Estás escuchando lo que tú quieres, no lo que te estoy diciendo. Estoy explicándote de forma directa lo que puedo y lo que no puedo hacer. El desgraciado de tu padre nunca lo hizo. Te prometió cosas que no podía cumplir. Tienes dieciocho años, pero eres madura para tu edad, M. K. Usa tu cabeza, no tu corazón. Tienes que aprender a cuidarte o no lograrás sobrevivir en esta mierda de mundo. No dependas de mí, ¿lo entiendes? No dependas de nadie.

—Siento que te estoy perdiendo.

—Eso es imposible. —Habló con amabilidad, inclinándose hacia ella. Kenzie vio venir el beso y podría haber vuelto la cabeza, pero no lo hizo. Deseaba sus labios sobre los de ella, necesitaba esa conexión—. Porque nunca me tuviste.

Sus labios se encontraron y fue al mismo tiempo lo mejor y lo peor que sintió en su vida.

A partir de entonces, Kenzie aprendió que cuando alguien a quien amas no te ama, hay dos cosas que puedes hacer. Primera opción: puedes buscar a otra persona e intentarlo de nuevo. Una y otra vez hasta que un día, si tienes suerte, encuentres a la persona destinada para ti que también te ame y que quiera vivir la vida contigo. Pero no hay ninguna garantía de que la encuentres e incluso si lo haces, no hay garantías de que dure.

Segunda opción: no vuelves a intentarlo. Aceptas que el amor es una mierda. Que el amor duele. Que el amor te quita más de lo que te da, entonces, ¿para qué buscarlo? Así que dejas de perseguirlo. Te dedicas a pasar el tiempo con

quien quieras, sin expectativas, porque comprendes que lo único que cuenta es el momento presente en que te encuentras.

Una vez que ella se desprendió de todas las expectativas con respecto a J. R. —esta vez de forma real, no fingida—, pudo darse cuenta de qué clase de relación tenían. Veía cómo sus amigas pasaban por dolorosas rupturas, feliz de pensar que no le sucedería nunca a ella. Como le dijo J. R., no se puede perder lo que uno nunca tuvo.

Durante cuatro años, mientras estuvo en la Escuela de Arte de Boise, ella y J. R. mantuvieron un contacto esporádico y, cuando se encontraban en el mismo lugar, estaban todo el tiempo juntos. Cuando ella se mudó a Seattle para hacer el posgrado, vivió con él mientras buscaba un apartamento. Todavía tienen sexo, no siempre, pero sí a veces si las circunstancias son las apropiadas. Hablan sobre las personas con las que están saliendo, que en realidad es sobre los hombres con los que sale Kenzie, porque a ella no le agrada demasiado escuchar sobre las aventuras sexuales de J. R. con otras mujeres. Él la aconseja mucho.

La aconsejó con Paul, por ejemplo, y resultó muy bien.

La última vez que vio a J. R. él le preguntó cómo iban las cosas con Derek. Las aventuras de ella con hombres casados lo excitan —cuantos más detalles le cuenta ella, más probable es que él quiera tener sexo después—, pero él parece particularmente fascinado con Derek. Por el hijo desaparecido.

Kenzie lo entiende. Es difícil separar a Derek de la historia que acaparó los medios en su momento. Seattle está lleno de millonarios debido a las numerosas empresas del Fortune 500 que tienen sus sedes centrales en la ciudad: Amazon, Microsoft, Starbucks, Costco, Nordstrom. Por lo general, un tipo como Derek no llamaría la atención. Excepto por la desaparición de su hijo.

—¿Te da dinero? —preguntó J. R.

—A veces —respondió ella—. Un poco aquí, otro poco allá si sabe que lo necesito.

—Debería estar dándote mucho más que un poco. El tipo es millonario. La recompensa por información sobre su hijo era de un millón de dólares.

Se puso a buscar algo en su teléfono y cuando lo encontró se lo alcanzó para que ella lo viera. Era un artículo sobre PowerOrganix en una revista de negocios.

—Su empresa llegó a los tres mil millones en ventas el año pasado.

—Déjame verlo —dijo ella tratando de tomar el teléfono. Él no se lo permitió; nada que la sorprendiera. Los hombres tienen un problema con sus teléfonos.

—Debería ponerte un apartamento —dijo J. R., y ella casi podía ver cómo funcionaba su cabeza—. A tu nombre, por supuesto. Así, si esto termina finalmente, al menos te quedaría eso. Sería una operación con ganancia y sin sentimientos, ¿me entiendes?

—Las cosas no son así con Derek —dijo Kenzie—. Todavía no hemos llegado a ese punto y tal vez nunca suceda. No es como Paul, que estaba obsesionado. Derek solo me busca cuando le conviene, y nunca me entero de cuándo será con mucha anticipación.

—Porque estás dejando que él controle las cosas. Estás demasiado disponible. Para un tipo como él, solo es divertido cuando es un desafío y existe la posibilidad de que no gane. —J. R. está buscando otra vez algo en su teléfono —. ¿Cómo están las cosas con su mujer?

—No habla mucho de ella, pero me parece que casi no se ven. Alguna vez mencionó que ella no lleva bien lo de su hijo. Creo que por eso detesta volver a su casa —dijo Kenzie—. Para no tener que lidiar con el tema. Ni con ella.

—¿Por qué no se separan?

—Él tiene miedo de que ella trate de acabar con su vida.

J. R. se sorprende.

—¿De verdad? ¿Él dijo eso?

—No con las palabras exactas. pero ella está muy mal. Una vez me contó, después de que bebiéramos más vino de la cuenta, que la tuvieron que internar un mes después de la desaparición del hijo. Llenó la tina y tomó muchas pastillas. Él la encontró justo a tiempo. La tuvieron en aislamiento psiquiátrico durante cinco días.

No podía ver la expresión del rostro de J. R., pero algo le estaba inquietando.

—¿Qué piensas?

—No hay forma de que ese matrimonio dure —dijo él como si se hablara a sí mismo—. Lo que han pasado es demasiado. En algún punto se van a separar y parece que están llegando a ese momento. Pienso que podría… —hizo una pausa para elegir las palabras— haber una oportunidad para ti.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Quizás este sea el vagón del tren en el que tienen que engancharte.

Kenzie se echó a reír.

—Estás muy drogado. ¿Desde cuándo crees tú en el matrimonio?

—No creo en el matrimonio. Creo en el dinero. Y él tiene un montón, mucho más que otros.

—No lo amo, J. R. —dijo ella, pero lo que quiso decir en realidad fue "él no me ama". No quiso decirlo en voz alta. No quiso que J. R. se diera cuenta de que a ella le importaba.

Él se encogió de hombros.

—¿Y entonces? Para citar a la legendaria Tina Turner: "*What's love got to do with it*?".

—No soy una destructora de hogares.

—Buscadora de oro, destructora de hogares, es la misma cosa.

No, no lo son. De ninguna manera. El término que a Kenzie nunca le ha gustado es el de *destructora de hogares*. Ella no lo es y tampoco lo fue la mujer por la que su padre los dejó.

Los hombres destruyen sus hogares.

Comprende que J. R. está tratando de ayudarla a obtener lo mejor que pueda de esta situación, porque algún día esta aventura va a terminar. Las aventuras siempre terminan, de una forma u otra. Se transformará en algo "real", en cuyo caso Derek dejará a su mujer y le pedirá a Kenzie que se quede junto a él para siempre, o se irá diluyendo, y Derek elegirá quedarse con la mujer con la que se casó. En un caso o en otro, lo que están haciendo en este momento no durará para siempre. Es insostenible.

En especial dado que Derek todavía quiere a su mujer.

Rara vez habla de su familia con Kenzie, pero sueña con ellos y con su hijo todo el tiempo. Durante su viaje a Nueva York, una vez gritó el nombre de Sebastian tan fuerte en medio de la noche que ella se despertó aterrorizada. Encendió la luz y encontró a Derek dando vueltas en la cama, con el cabello pegado del sudor. "Sebastian. Sebastian. Sebas. Ven con papi. Por favor".

—Despiértate —le dijo ella sacudiéndolo—. Derek, despiértate, es una pesadilla.

Abrió los ojos y a medida que iba recobrando la conciencia su rostro se ensombreció.

—Oh, Dios mío, no pude llegar hasta él. Estaba allí y no pude llegar a tiempo.

—Shhh… —Ella volvió a apagar la luz y se acostó junto a él—. Está todo bien. Solo era un sueño. Trata de dormir de nuevo.

Por la mañana no volvieron a hablar de eso. Ella ni siquiera estaba segura de que lo recordara y nunca volvió a mencionarlo. Pero él también dice el nombre de Marin en ocasiones. No muy a menudo. De vez en cuando. De hecho, la primera vez que Kenzie lo escuchó decir el nombre de su mujer en voz alta fue la noche siguiente a la pesadilla. Su tono era angustiado, las palabras bien claras. Y lo que dijo fue "Marin perdóname. Oh, Dios, Marin. Lo siento mucho".

CAPÍTULO 17

Tres días y todavía ningún mensaje de Derek.

Kenzie piensa en él mientras repasa la mesa junto a la ventana con desinfectante y toallas de papel, porque un pequeño vomitó allí hace unos minutos. Para ella esta es la mesa de Derek, porque es aquí donde se sienta. Le gusta mirar a la gente y vigilar su precioso Batimóvil. Nunca lo va a admitir, pero le encanta cuando la gente mira embobada el Maserati. Kenzie estaba sentada con él la tarde en que dos estudiantes se detuvieron en la acera y miraron furtivamente a su alrededor. Una posó apoyada en el coche mientras la otra le tomaba la foto. Luego cambiaron de sitio y se alejaron riendo, fascinadas de tener algo para publicar en Instagram más tarde.

Vuelve a revisar su teléfono, e ignora el correo del asilo de ancianos de su madre que le recuerda el pago de la mensualidad. Está planeando usar el dinero que Derek le dio para pagar las tarjetas de crédito y poder estar al día con sus deudas. Una vez que su tarjeta Visa quede saldada, ella hará el pago del asilo. Podría ser peor. Ha sido peor.

Cree que podría escribirle un mensaje ahora. Tres días sin comunicarse es mucho tiempo, y cualquier ser humano normal querría saber qué ocurre. La incertidumbre la supera, así que le manda a Derek el texto más inocente que se le ocurrió. Una sola palabra.

"Hola".

Espera. Nada. Vuelve a guardar su teléfono en el bolsillo con un gran suspiro.

La mesa huele a lejía, pero finalmente queda limpia. ¿Cómo lo harán los padres? La madre de la niña que vomitó se sintió muy mal por el desastre, pero estaba encantada de que fuera Kenzie quien se encargara de la limpieza. Al menos le pagan por hacerlo. ¿Cuáles son las ventajas de ser padres? Los gatos son mucho mejores que los niños; se limpian solos desde que nacen.

—¿Sabes cómo es tener un hijo? —le dijo su madre una vez, cuando Kenzie tenía ocho años. Le había pedido permiso a su madre para ir a dormir a lo de su mejor amiga, Becca—. Es como si tu corazón saliera de la casa caminando sobre dos piernas, vulnerable y desprotegido. Es aterrador.

Bien, no gracias. El mundo ya es bastante duro como para traer otro pequeño y necesitado ser humano a la vida.

No ha pensado en Becca en muchos años. Kenzie puede contar con los dedos de una mano la cantidad de mejores amigas mujeres que ha tenido en su vida. Becca en la primaria. Janelle en el bachillerato. E Isabel, su compañera de habitación en la universidad. Con frecuencia piensa en Isabel.

Se conocieron en la semana de bienvenida a los novatos, cuando Izzy entró en la habitación de estudiantes con una maleta que más tarde Kenzie vio que estaba llena de productos de maquillaje y del cuidado del cabello. Izzy había entrado en la universidad con una beca de baile y su único objetivo en la vida era casarse con un hombre rico.

—No es que no crea en mí misma —había dicho Izzy sin rodeos mientras comían pizza esa noche. Su nueva compañera engulló un enorme bocado que vomitaría más tarde, como descubrió Kenzie con el paso del tiempo—. Mi sueño es bailar profesionalmente. Pero podría romperme un tobillo mañana. ¿Y entonces qué? No tengo ninguna otra habilidad. Por eso tengo a David. Es mi plan B.

Lo que tenían en común y creó un vínculo entre ellas fueron los hombres mayores. El novio de Izzy era un cirujano de cuarenta y tres años y Kenzie estaba saliendo con Sean, un agente inmobiliario de treinta y nueve que había conocido en la clase de yoga. A diferencia de David, sin embargo, Sean estaba casado.

—Yo no saldría con un hombre casado —dijo Izzy frunciendo su perfecta nariz con disgusto—. Pero como sea. Haz tu vida.

Después del primer año, Kenzie e Izzy se mudaron de la habitación estudiantil a un apartamento mínimo fuera del campus. Kenzie aún salía con Sean, pero su mujer lo había amenazado con irse con los niños y había mucha tensión en su casa. Ella empezó a darse cuenta de que él estaba perdiendo el interés.

Izzy había pasado al siguiente hombre mayor, Rick, muy aficionado a viajar. Entre clase y clase de danza, la llevaba a México, Barbados, París, e incluso hicieron un crucero por el Mediterráneo que le resultó a Izzy muy aburrido porque la edad media de los pasajeros era de “un millón de años”.

—No vuelvo a hacer un crucero en mi vida —declaró Izzy al volver—. Todo el mundo estaba en la cama a las nueve. ¿Qué ha pasado por aquí? ¿Cómo está Sean?

—Creo que ha roto conmigo —respondió Kenzie sombría—. La otra noche en la cena me dijo que necesitaba un poco de espacio, que necesitaba centrarse en sus hijos. Hasta me dio dinero. Fue como… una indemnización por despido.

—¿Cuánto te dio?

—Mil. —Kenzie no sabía cómo sentirse al respecto—. Tomó mucho dinero en efectivo, pagó la cuenta y me entregó el resto.

—Y tú dijiste…

—Gracias.

—Amiga, ¿es que no te he enseñado nada? —Izzy puso los ojos en blanco—. No debes aceptar la primera oferta. Es una negociación. Si él no te quiere ver más, debe pagar para que te vayas. Mil… una mierda. David solía darme eso cada mes, porque sí.

—¿Qué tendría que haber hecho?

—Tendrías que haber golpeado su ego, tocado su fibra más íntima, su lado de macho protector —respondió Izzy—. Tendrías que haber dicho algo como "Oh, guau, nunca me imaginé este final". —Su voz se volvió más suave y aguda, y fingió una exagerada expresión de pena—. "No quiero perderte. Esto es algo verdadero para mí, no estoy preparada para dejarte ir".

Kenzie estalló en una carcajada.

—Vamos, amiga. No hay forma de que yo pudiera decir eso sin reírme.

Izzy no se rio.

—Entonces, empieza a practicar. Esta ruptura le tendría que haber costado a él mucho más de mil dólares. Cuando David y yo nos separamos, me dio diez.

—¿Diez mil?

—¿Tú crees que eso es mucho para ellos? No es nada. Se lo gastan en el póquer el fin de semana. —Izzy suspiró y meneó la cabeza—. Sabes que no ando con tipos casados, pero si tú vas por ese camino, debes aprovecharlo. La novia profesional vale más si el tipo tiene una esposa. Tienen mucho más que perder.

Esa fue la primera vez que Kenzie escuchó la expresión "novia profesional".

—Como te dije, es una negociación. —Izzy se inclinó hacia ella—. Tienes que exigir lo que vales.

—¿Y cómo diablos se hace eso?

—Es todo un arte. —Su compañera hizo una pausa, reflexionando—. Tienes

que preguntar… sin realmente preguntar. Lo haces de modo que ellos lo ofrezcan.

Era mucha información para procesar.

—En todo caso, ya es tarde para ti y Sean. —Izzy se incorporó de nuevo—. Pero recuérdalo para la próxima. Tienes más poder de lo que piensas. Simplemente no te atrevas a enamorarte del tipo.

Mientras siguieron viviendo juntas, Izzy le enseñó mucho sobre cómo ser una "novia profesional". No eran prostitutas, algo en lo que insistió mucho. Los hombres tenían que gustarles de verdad y las relaciones con ellos eran exclusivas; Izzy nunca salió con más de un hombre al mismo tiempo. Mientras estaban juntos, ella solo tenía ojos para él y lo mimaba del modo en que una buena novia lo haría. En la cama, ella hacía todo y más por complacer a su hombre, pero esperaba lo mismo a cambio. No todo se trataba de él. Pero sus novios tenían que poder mantenerla. Ella era una mujer cara de mantener y necesitaba dinero en efectivo para hacerse la manicura todas las semanas, lo mismo que las pestañas, el pelo una vez al mes y sesiones de bronceado si eran necesarias como mínimo. Le encantaba viajar, pero solo en primera o en ejecutiva. Esperaba recibir regalos, y prefería los que venían en pequeñas cajas azules con cinta blanca. A cambio de todo eso, su novio recibiría a una novia y compañera de viaje dedicada por completo que lo colmaría de atenciones y que le aseguraría siempre un momento agradable.

Pero Izzy no quería quedarse para siempre en la categoría de novia. Quería el anillo, quería la boda, quería la casa, quería el nombre. Quería seguridad financiera.

—Hay que huir de los niños de papá como de la peste —le dijo un día a Kenzie—. Para empezar, son pésimos en la cama. Segundo, si nacieron con dinero, han tenido siempre una red de seguridad y no han trabajado para lograr algo ni un solo día en su vida. Además, siempre quieren tener hijos. —Tembló horrorizada—. Un tipo que se hizo a sí mismo desde abajo, divorciado, rico, es el santo grial. Son trabajadores, seguramente ya han tenido hijos y ahora quieren divertirse y malcriar a alguien. Allí es donde aparezco yo.

Entonces Izzy conoció a Mike. No era divorciado. Ni rico. Solo era tres años mayor que ella y se encontraron en el gimnasio. Acababa de terminar con Rick y se sentía inquieta, así que aceptó una cita para beber un café porque él era "guapo". El café se convirtió en unas copas, que derivaron en una cena, y resultó que no volvió a casa hasta el día siguiente.

—Bueno, me han cogido —dijo desplomándose en el sofá.

—¿Literal o en sentido figurado? —preguntó Kenzie.

—Las dos cosas. Trabaja en informática y conduce un Toyota Camry de seis años. Un Camry, Kenz. Y esta mañana me llevó a tomar el desayuno a IHOP. ¡IHOP! Y ¿sabes qué?

—¿Qué?

—El sexo fue increíble y los panqueques muy buenos. ¿Qué me está pasando?

Kenzie no pudo contener la risa. Era difícil imaginar a Izzy en un restaurante tan vulgar estudiando el menú plastificado.

—Entonces… solo diversión de una noche, ¿no es cierto?

—Sí. —Su amiga no sonó nada convincente y Kenzie no sabía si Izzy estaba tratando de convencerla a ella o a sí misma—. Pero, por Dios, me hizo reír. Había olvidado lo bueno que es estar con alguien que me hace reír. En las últimas veinticuatro horas sentí como que podía ser yo misma junto a él. No importaba si el maquillaje estaba perfecto o si llevaba el pelo aplastado por la llovizna. Casi me ofrezco a pagar el desayuno, ya que él me invitó a la cena y las copas la noche antes. ¿Cuándo hice eso por última vez?

—¿Vas a verlo de nuevo?

—No lo sé. —La confusión de Izzy era auténtica—. Desearía que él no fuera tan… adorable.

Seis meses después, seguía saliendo con Mike y luego de un breve romance con el dueño de un restaurante llamado Erik, Kenzie ya había empezado a salir con Paul. Casado, en la cuarentena, tres hijos menores de doce años. Era el socio gerente de un bufete legal en el centro de Boise y tenía un apartamento cerca de su oficina para cuando trabajaba hasta muy tarde. Su familia vivía en las afueras y los veía sobre todo los fines de semana, si no estaba con Kenzie. Paul le preguntó una vez si ella se sentía atraída a él debido a su cuenta bancaria:

—¿Te seguiría gustando si, por ejemplo, fuera un conserje?

Ella le dio la vuelta a la pregunta.

—¿Te seguiría gustando si tuviera cuarenta años, sobrepeso y tres niños? —Sin quererlo, había descrito a su mujer y él se sobresaltó, herido.

—Entendido —respondió.

—Perdóname, no quise…

—No hay problema. ¿Adónde vamos a cenar?

Salió con Paul durante cuatro meses, hasta el final de su último año. Pasaba la mayoría de las noches en el apartamento en Boise. Izzy pasaba casi todo su tiempo en casa de Mike, que era pequeña y con un encantador jardín. Ninguna de las dos quería admitir que su estrecha amistad se estaba enfriando, ahora que Izzy se había retirado del mundo de las citas profesionales, ya fuera que se lo hubiera propuesto o no. Eso habría estado perfectamente bien —¿qué podría importarle a Kenzie?—, pero resulta que Izzy había comenzado a juzgar el estilo de vida de Kenzie. Que antes era su propio estilo de vida.

—¿Cómo puedes seguir haciéndolo? —le preguntó Izzy una noche.

Ambas estaban, unas semanas antes de la graduación, en el diminuto baño, luchando por mirarse en el espejo. Kenzie le había pedido prestado uno de los ceñidísimos vestidos de Izzy y se estaba preparando para una noche de cena y baile con Paul. Izzy llevaba jeans y un jersey. En el espejo parecía que habían cambiado los roles que tenían cuando se habían conocido.

—Paul es casado —dijo Izzy, como si Kenzie no lo supiera—. Tiene hijos, una esposa. Son una familia. ¿No te hace sentir mal?

—Nop —respondió Kenzie. ¿Cuántas veces más tendrían esa discusión?—. Ni un poquito.

Izzy se volvió para mirarla de frente.

—Está mal, Kenz.

—¿Desde cuándo te importa tanto? —replicó Kenzie—. Haz tu vida, ¿recuerdas?

—Sí, de acuerdo, pero estaba equivocada —admitió Izzy—. La gente puede cambiar. ¿No quieres enamorarte?

Era la primera vez que Kenzie le había escuchado a su compañera mencionar la idea del amor y la tomó por sorpresa. No pensó que Izzy funcionara dentro de esa estructura de pensamiento. El amor siempre parecía estar al final de su lista de prioridades y Kenzie comenzó a molestarse. No todo el mundo llega a enamorarse. Se volvió de espaldas al espejo.

—No soy una destructora de hogares, Izzy. Él lo es. Lo que todos olvidan es que es el hogar de él el que se destruye. Si las cosas estuvieran bien en su casa, no me habría dado ni la hora.

—¿Sabes cómo nos conocimos Mike y yo?

—Dijiste que en el gimnasio.

—En realidad, nos conocimos antes de eso. Se acercó a mí en una librería y comenzó a conversar sobre el libro que tenía en la mano. Parece que

conversamos un rato, pero yo no lo recordaba hasta que él lo mencionó en la primera cita que tuvimos. Y luego, unos meses después, el Día de San Valentín, cuando todavía no éramos novios, me trajo el libro. —Sonrió al recordarlo—. Buscó un ejemplar autografiado en una librería especial. Y todo lo que yo podía pensar es que este libro que cuesta menos de veinte dólares es quizás el regalo más pensado y especial que he recibido en toda mi vida.

Izzy salió del baño y volvió con un ejemplar de tapa dura de *Salvaje*, de Cheryl Strayed. Le mostró a Kenzie la dedicatoria, que decía: "Cuando termines de tener sexo salvaje, yo estaré aquí, esperándote. Mike".

—Deberías leer este libro —le dijo Izzy—. Es sobre una mujer que se droga, engaña al esposo y decide salir a hacer un increíblemente largo viaje a pie, para superar el dolor por la pérdida de su madre. Tuvo un eco muy fuerte en mí. Me hizo pensar largo y tendido en por qué hago lo que hago y me di cuenta de que ya no me gustaba quien era. Me estoy dando una oportunidad con Mike, Kenz.

—Lo he leído. —Kenzie se volvió hacia el espejo—. Y me alegro mucho por ti. Pero a mí me gusta Paul. Y puedo salir con tipos ricos igual de fácil que puedo salir con tipos pobres. —Se daba cuenta de que sonaba como su *grand-mère*.

—Nadie está diciendo que no puedes salir con un tipo rico y mayor que tú —señaló Izzy—. Preferiría ser rica. Pero prefiero ser feliz que ser rica. Busca alguno que sea soltero, Kenz.

—Su mujer no es mi problema. Ni pienso en ella. En lo que a mi concierne, ella no existe. —Kenzie se encogió de hombros—. Además, todos terminan engañando. Y un día, cuando seas vieja, gorda y estés casada con Mike, y tengan un par de hijos y una hipoteca que pagar, él se aburrirá y te engañará también. Todo lo que estás haciendo al meterte en esta relación es volverte vulnerable. Tú eres quien me enseñó a hacer esto, ¿lo recuerdas? Pero como sea. Haz tu vida.

El discurso de Kenzie fue casi como una bofetada. Podía verlo en el rostro de Izzy, la forma en que su expresión se ensombreció, cómo evitó su mirada. De todas maneras, era una belleza, incluso sin arreglarse. Podría haber tenido al hombre que hubiera querido, el estilo de vida que hubiera querido. Qué desperdicio.

La relación con Paul duró otras tres semanas después de la conversación. Terminó la noche en que la mujer llegó a aporrear la puerta a medianoche, la

noche antes de la graduación. La señora Paul, porque Kenzie no tenía ni idea de cuál era su nombre, estaba borracha, buscando a su esposo. Cuando Kenzie abrió la puerta, la mujer trató de empujarla para entrar en el apartamento.

—Puta maldita, ¿dónde está mi maldito esposo zorra inmunda dónde está Paul? —gritó las palabras casi incoherentes de un solo tirón. Llevaba el maquillaje corrido, los ojos inyectados de sangre y sus perfectamente cuidadas uñas se querían clavar como garras en el rostro de Kenzie.

Kenzie trató de cerrar la puerta, pero la mujer se había metido como una cuña entre la puerta y el marco.

—No conozco a ningún Paul. ¡Solo vivo aquí! —dijo desesperada, tratando de hacerse pasar por otra persona y no quien se acostaba con su esposo.

La mujer de Paul era mucho más baja que Kenzie, pero estaba furiosa y envalentonada por el alcohol. Metió su rostro por la puerta como Jack Nicholson en *El resplandor*. Kenzie no tuvo dudas de que la mujer intentaría matarla o al menos darle una paliza para desquitarse.

—Izzy, ayúdame —gritó por encima de su hombro.

—¡Dile a tu compañera que deje tranquilo a mi esposo! —le gritó la mujer a Kenzie. Tenía el rostro morado de la excitación, y el pelo empapado se pegaba a sus mejillas. Volvió a embestir la puerta con su cuerpo—. ¡Ella es una puta y tú también eres una puta y odio a las chicas como ustedes, malditas zorras!

—¡Izzy! —Kenzie volvió a gritarle. No tenía suficiente fuerza para sostener la puerta y necesitaba la ayuda de su compañera para empujarla—. ¡Izzy, ven aquí enseguida! —A la mujer le dijo—: ¡Deje de empujar, no va a entrar!

Izzy abrió la puerta de su habitación y salió con el pelo en un moño, gafas, vestida con un pantalón cómodo y una camiseta grande. Sin maquillaje ni tacones altos parecía una adolescente, en especial con sus ojos muy abiertos por el susto. La esposa de Paul, que todavía empujaba la puerta, la vio asomarse por detrás de Kenzie en la sala y su rostro se aflojó al instante. Ella creía que era Izzy quien estaba saliendo con Paul.

Cualquiera fuera la información que la mujer tenía, sin ninguna duda no era una foto ni un nombre.

—Por Dios, ¿qué tienes? ¿Diecinueve años? —La voz de la mujer se quebró en su garganta y comenzó a sollozar—. Eres una niña, oh, Dios, no puedo creer que haya hecho esto no lo puedo creer…

—¡Dile que salga de aquí! —le gritó Izzy a Kenzie, que fue lo peor que su

compañera podría haber dicho, porque los llantos de la mujer se tornaron de nuevo en un ataque de furia.

—¡Vamos a llamar a la policía, maldita loca!

—¿Ah, una maldita loca? —aulló la mujer—. Llamen a la policía. ¡Llámenla y les diré lo que has hecho! ¡Te deberían arrestar por ser una puta! —El rostro parecía estallarle y estaba tan enloquecida que escupía cuando hablaba. Su saliva con olor a vodka salpicó el rostro de Kenzie. La mujer embistió la puerta otra vez y casi logra entrar.

—¿Tú crees que yo no quiero chupar la pija de mi esposo? —gritó la mujer —. ¡Se la chuparía, pero nunca está en casa! ¡Te odio! ¡Espero que te pudras en el infierno, zorra maldita! ¡Si te veo por la calle, voy a arrojarte ácido en la cara, desgraciada!

Totalmente aterrada, Izzy corrió hacia su habitación y Kenzie escuchó el portazo y cómo cerró con llave. Kenzie le dio un nuevo empujón a la puerta y la mujer salió volando hacia el pasillo. Uno de los vecinos había llamado al encargado y Gary estaba subiendo en el ascensor en pijama y bata, con un bate de béisbol en una mano y su teléfono en la otra. Cuando vio que era una mujer y más bien pequeña, bajó el bate.

—Voy a llamar a la policía si no deja de gritar, señora
—le dijo Gary—. Por favor váyase. No queremos meterla en problemas.

La mujer lo miró primero a él y luego a Kenzie.

—Es que él es mi esposo. —Los labios le temblaban—. Llevamos casados dieciocho años. Tenemos hijos.

—Lo siento —dijo ella. Era todo lo que pudo pensar en decir.

—McKenzie, entra y cierra la puerta —le indicó Gary.

Ella cerró la puerta con llave y puso la oreja para escuchar. La mujer de Paul lloraba en el pasillo mientras Gary la escoltaba hasta el ascensor. Kenzie estaba temblando. Nunca antes había presenciado un ataque de rabia parecido. Un delirio, una pérdida total de control, una rabia capaz de terminar con la muerte de alguien.

Izzy y ella dejaron de hablarse después de esto. Su amistad terminó esa misma noche. Kenzie nunca perdonó a Izzy por negarle su ayuda, Izzy nunca perdonó a Kenzie por pedirle ayuda a ella. Lograron evitarse por un par de semanas más hasta que un día Kenzie volvió a casa y las cosas de Izzy habían desaparecido. Ninguna despedida, ninguna nota; solo un cheque sobre la mesa por la mitad

del alquiler que le correspondía. Más tarde, descubrió que Izzy la había bloqueado en Facebook y la había dejado de seguir en Instagram.

En la era de las redes sociales, eso lo explicaba todo.

Cuando ella terminó con Paul poco después —de mala manera, por supuesto, porque ¿de qué otro modo podría haber terminado?—, Kenzie deseaba con desesperación un cambio de escenario. Volver a casa no era una opción. Se presentó para entrar en una carrera de grado en Seattle y fue aceptada, y J. R. le ofreció una habitación que tenía libre para que parara allí unas noches mientras buscaba un apartamento. En ese momento, vibra su teléfono en el bolsillo, trayéndola de nuevo al presente. Es un mensaje. De Derek.

Al fin. Kenzie lo lee rápido, lo relee y siente una angustia profunda en su estómago. No le dolió la ruptura con Paul, o con Erik, o con Sean, pero sí le duele con Derek. Igual que le dolió con J. R.

Se lo merece. No se suponía que acabara así.

"Esta vez se ha terminado de verdad —dice el mensaje de Derek—. Lo siento. Por favor, no vuelvas a contactar conmigo".

CAPÍTULO 18

En algún lugar, a espaldas de Kenzie, cruje una ramita. Alguien la está siguiendo. Se vuelve con rapidez, segura de que quedará frente a frente con un extraño corpulento y vestido de negro con mirada de demente y grandes manos. Pero no hay nadie allí. La persona más cercana es otra mujer, del otro lado de la calle, a media manzana, que espera el autobús. Pero ella puede sentirlo, la presencia de alguien acechando en rincones que su vista no alcanza a ver. El cuerpo reacciona a los peligros antes que la mente y siente como si alguien respirara por detrás, en su cuello, moviendo hacia un lado su pelo para susurrarle en el oído. Solo que no es alguien a quien ella conozca y nada que quiera escuchar.

Le faltan cinco calles para llegar a casa. Kenzie toma el teléfono porque necesita escuchar una voz que la contenga mientras va yendo a casa. Suena dos veces antes que J. R. responda.

—Hola —dice él—. ¿Estás bien? —Parece preocupado. Ella nunca lo llama. Suele mandarle un mensaje de texto.

—Estoy volviendo a casa del trabajo. —Kenzie se detiene en la intersección cuando el semáforo se pone en verde al llegar a la esquina—. Creo que me están siguiendo.

—¿Has visto a alguien?

—No, es una sensación.

Se escucha un suspiro de alivio del otro lado de la línea.

—M. K. Escúchame. Estás bien. Camina rápido y mantente en los lugares iluminados. Vamos a seguir hablando hasta que llegues a tu casa.

—¿Quieres venir esta noche? —El semáforo da paso a los peatones y ella comienza a cruzar la calle—. Podríamos pedir algo para comer, tal vez ver una película…

—¿Dónde está tu compañero de apartamento?

—Me ha estado evitando —responde ella—. Creo que está en el trabajo.

Se produce una pausa un poco más larga de lo normal, lo que significa que la respuesta será un no.

—No puedo esta noche —dice J. R.—. Estoy… saliendo con alguien.

Kenzie está tan sorprendida que casi se detiene en el medio de la calle.

—¿Saliendo con alguien? —repite—. ¿Qué quieres decir con "saliendo con alguien"?

Es muy extraño escucharlo decir esas palabras. J. R. está casi siempre saliendo con alguien en el sentido literal —su madre lo etiquetó como un mujeriego y desaprobaba su actitud—, pero etiquetarlo como que está "saliendo con alguien", en el sentido de que está manteniendo una relación, es una cosa completamente diferente.

—Sí. Te lo debería haber contado la última vez que estuvimos juntos, pero sé que no siempre te gusta escucharme hablar sobre otras personas. —Hay un tono extraño en la voz de J. R. que no le resulta familiar—. Espero que pueda llegar a algo, así que… ya sabes.

¿Él espera algo?

Kenzie se esfuerza para que su voz suene normal.

—¿Ah, sí, desde cuándo? ¿Quién es ella? ¿Cómo se llama? ¿Cómo se conocieron?

—¿Quieres saberlo, realmente?

—¿Me estás tomando el puto pelo? —Su voz se eleva una octava más alta de lo normal por la impresión que le causa lo que acaba de decirle—. ¿Desde cuándo estás saliendo con alguien? Tú no tenías relaciones estables, J. R., ¿lo recuerdas?

—M. K…

—¿Sabes qué? Olvídalo. Ya estoy llegando. Te dejo en paz.

—Espera —dice él, y ella espera—. Sé que no ha sido buen momento para contártelo, pero escúchame. Estás ansiosa porque Derek ha estado distante y eso te ha vuelto muy sensible a cualquier cosa. Cuando él te llame, todo va a volver a su lugar. Te lo aseguro. Y entonces podremos volver a conversar de… mis temas.

A él le encanta explicarle qué es lo que ella está sintiendo y por qué.

—Derek no volverá a llamar —dice ella—. Me mandó un mensaje cuando estaba saliendo del trabajo. Se terminó.

—Pero eso ya te lo había dicho antes.

—Estoy segura de que esta vez es cierto. El mensaje era… muy corto.

Lucha por contener las lágrimas de frustración y desilusión.

Descartada por Derek y ahora abandonada por J. R., que se aleja y se ha

conseguido una novia de verdad. Es en momentos como este cuando se da cuenta de qué pocas personas en las que pueda confiar hay en su vida. Cincuenta mil seguidores en las redes y ni un solo amigo que venga a acompañarla en una noche difícil.

—Te llamo mañana —dice él—. Vamos a encontrar la forma de resolver esto, otro camino para cerrar la transacción.

Ella cuelga, pero mantiene el teléfono en la mano. ¿Resolver qué, exactamente? J. R. está pensando que ella puede obtener de Derek lo mismo que le quitó a Paul, pero tal vez esa no era la forma en que sucederían las cosas. Ella estropeó todo en este caso, enhorabuena.

El edificio donde vive no es gran cosa desde el exterior, pero la entrada y los pasillos están bien mantenidos e iluminados. La sensación de ojos vigilándola todavía persiste. Llega a la entrada y abre con su llave la pesada puerta. Solo cuando se cierra tras de ella se permite suspirar aliviada. Tal vez no haya visto a nadie, pero eso no significa que no haya nadie allí.

Los ascensores funcionan, pero son muy lentos y su apartamento está en el segundo piso. Sube rápidamente las escaleras y cuando llega al último escalón se abre la puerta del pasillo. Es Tyler. Según parece se dirige al trabajo; lleva sus mejores jeans y una camiseta blanca que resalta su piel aceitunada. Él es camarero y trabaja de noche, y ella es camarera y trabaja por las mañanas. Cuando no están trabajando, están en clase. Aun así, antes encontraban la forma de buscar tiempo para compartir. Tyler detesta que Derek sea un hombre casado. Los hombres casados tienen la habilidad especial de echar a perder las amistades.

—Hola —Su compañero pasa de largo a su lado, con cuidado de que sus hombros no se toquen. Evita su mirada.

—Hola a ti también.

Kenzie se detiene en lo alto de la escalera para mirarlo bajar. Todo esto es ridículo. Han estado viviendo juntos durante dos años, diablos. Ella le toma prestada la cera modeladora para el pelo. Él se come sus barritas de granola. Todavía usan la contraseña de Netflix del exnovio de él. Tienen que poder solucionar esto. Ella quiere contarle lo que pasó con Derek, pero no en medio de la escalera.

—Te debo un desayuno. ¿Estás libre mañana?

Tyler se detiene y la mira hacia arriba.

—¿Desayuno?

—¿O prefieres comer?

Él menea la cabeza y sigue su camino.

—Buford vomitó en tu cama. Las sábanas están sucias, tendrás que lavarlas. Creo que se ha estado comiendo las flores.

Ella emite un gruñido. El gato solo vomita cuando se atraca de comida.

—Espera. ¿Qué flores se ha comido?

—Alguien te envió flores esta mañana. Las puse en tu habitación. —Él hace una pausa y mira hacia arriba—. Y olvídate del desayuno y la comida; salimos a cenar mañana, zorra. Me invitas a un buen sitio.

Alcanza a ver de reojo su sonrisa antes de que desaparezca, y así de pronto, algo de la depresión de ese día negro desaparece. No lo va a estropear. ¿Ty quiere un buen sitio? Lo va a llevar a un buen sitio. Lo invitará al Metropolitan Grill, con parte del dinero que le dio Derek. Pedirán filetes, cócteles y Bananas Foster de postre, y dejará que Tyler le diga qué idiota ha sido los últimos seis meses. Y, se le acaba de ocurrir, mientras estén allí, puede dejar su currículum. Los camareros deben de recibir enormes propinas allí.

Buford está maullando cuando entra en el apartamento, así que le pone una lata de comida antes de dirigirse a su habitación. El vómito del gato se está secando en varias partes de la cama y se está poniendo verdoso. Se fija en la razón del desastre: un pequeño ramo de flores surtidas sobre el tocador. Son bonitas, pero no exactamente románticas. Tal vez Derek no es del tipo de hombre que manda una docena de rosas rojas. Su corazón palpita mientras abre el pequeño sobre blanco que está en el ramo. "Por favor por favor por favor, que sean de él". La letra de la tarjeta es elegante —obviamente la letra de alguien de la floristería—, pero el mensaje es deprimente. Y no es de Derek.

Feliz cumpleaños, mi querida niña. Te echo de menos. Besitos, mami.

La culpa la consume. Faltan cuatro meses para su cumpleaños, lo que solo significa que su madre está empeorando. Sharon Li está internada en el asilo de ancianos Oak Meadows en Yakima desde hace dos años, y su alzhéimer precoz parece estar progresando a gran velocidad. Este es el segundo ramo con felicitaciones por su cumpleaños que ha recibido en los últimos tres meses.

El gato salta al tocador y casi vuelca el florero. Ella lo atrapa justo a tiempo.

—¡Buford! —le grita. El gato mueve arrogante su cola como respuesta. Ella nota dónde ha estado masticando los pétalos y hay marcas de sus mordiscos en

varios tallos—. Por esto has estado vomitando en mi cama, pequeño bastardo. Y ahora tengo que volver a lavarlo todo.

No debería gritarle al gato. En este momento, es el único amigo que le queda. Junta las sábanas y las mete en la bolsa de la ropa sucia. Solo se llena hasta la mitad, así que mete parte de su ropa para lavar y vuelve a bajar las escaleras.

La lavandería está en las "entrañas" del edificio, que es la forma en que Tyler ha bautizado al sótano, porque es oscuro, húmedo y uno se siente feliz cuando sale de allí. Además es un poco aterrador. El sótano está pobremente iluminado, peor que el resto del edificio, y hay un largo pasillo, desde la escalera hasta el lavadero, lleno de sombras y ruidos extraños que la ponen nerviosa. De nuevo siente la piel erizada, con la sensación de estar vigilada, pero no hay nadie allí. La lavandería, al menos, sí está bien iluminada. Se lanza hacia allí y cierra la puerta aliviada. Hay una lavadora libre en el fondo y hacia allá se dirige a vaciar dentro el contenido de la bolsa. Desliza la tarjeta para activarla en la ranura de pago. La pequeña luz junto a la tarjeta está en rojo. Se supone que debía volverse verde.

—Mierda —dice ella.

La pantalla digital indica que la tarjeta tiene un crédito de dos dólares. Hacen falta tres con veinticinco para un lavado normal y tendrá que subir corriendo a buscar su tarjeta de crédito para recargarla en la máquina que está en el rincón de la lavandería. Pero tanto su Visa como su MasterCard están al límite y no ha usado el efectivo de Derek para pagarlas todavía. Y por supuesto, ninguna de las máquinas acepta billetes. En estas ocasiones es cuando la tecnología es una verdadera desgracia. No se pueden hacer ni las cosas básicas sin una tarjeta de crédito en la actualidad.

—Mierda —se dice de nuevo a sí misma, tratando de decidir qué se puede hacer.

—¿Andas corta de fondos? —Una voz áspera casi la hace gritar.

Se vuelve y encuentra a Ted Novak, el portero que vive en el primer piso, de pie detrás de ella. No le oyó entrar ni oyó sus pasos cuando cruzó la lavandería hacia donde ella estaba. No parece tener ningún propósito, no tiene nada en la mano: ni su teléfono, ni un cesto o suavizante para la ropa, ni las llaves. Solo está allí, mirándola como un puto psicópata.

Ted no le gusta nada. Nunca le ha gustado. Desde el día en que se mudó al apartamento, su presencia la inquieta sin saber por qué. No dice ni hace nada

inapropiado. No hace comentarios con doble sentido ni hace bromas groseras. No la mira con lascivia. Pero cuando habla… algo falta. Una luminosidad en sus ojos que no está. Si sonríe, lo cual es raro, no parece sincero. Y si se ríe, que es todavía más raro, el sonido suena artificial, casi forzado, como si solo lo hiciera porque el protocolo social exige que lo haga, aunque él no comprenda del todo qué es gracioso.

—Necesito recargar mi tarjeta. —Kenzie comienza a retroceder hacia la puerta. Casi le dice "Enseguida vuelvo", pero se detiene a tiempo. ¿Y si él se queda a esperarla?

Él se acerca, sacando algo del bolsillo trasero. Su tarjeta para la lavandería.

—Toma. Usa la mía. Te ahorras el viaje de subida y bajada. Puedes recargarla cuando vuelvas a bajar para el secado.

—Oh, no, no te molestes… —dice ella, pero él ya ha sacado su tarjeta y ha insertado la suya en la ranura. La luz se enciende verde y la pantalla muestra que esa tarjeta tiene un crédito de casi cien dólares, el máximo.

—Adelante. —Ted se hace a un lado—. Elige tu ciclo de lavado.

Parece que la única opción es seguir adelante. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría estado agradecida por el gesto amigable. Pero no es cualquiera, es Ted, y ella se da cuenta con vergüenza de que su ropa interior corona el montón de la ropa para lavar. Presiona el botón para elegir el ciclo normal y cierra la puerta de un portazo. El lavado se inicia.

—Gracias. —Su sonrisa es forzada—. Te debo tres con veinticinco.

Trata de pasar junto a él, pero Ted está de pie en el mismo lugar y no se mueve.

—No te preocupes —le dice. Tarda unos segundos en sonreír y el intercambio de cortesías se ve doblemente forzado—. Tal vez podrías invitarme un café algún día si ando por el Green Bean. ¿Qué días sueles trabajar?

De ningún modo Kenzie le va a decir nada sobre su horario de trabajo. Detesta incluso que él sepa dónde trabaja, ni siquiera sabe cómo lo ha averiguado.

—Es que… nos metemos en un problema en el trabajo si le servimos a la gente sin pagar. —Es una media verdad. Solo se meten en problemas si los descubren, lo cual no sucede porque todos lo hacen. Diablos, poder darles café gratis a tus amigos es lo mejor de trabajar allí. Los favores se devuelven con favores. Pero Ted no es su amigo—. No tengo problema en pasarte el dinero por debajo de la puerta.

—No es necesario, Kenzie —dice él, y sus ojos inexpresivos no revelan nada. Ella no puede saber si está siendo amigable o si se siente insultado porque ella no le dice cuál es su horario de trabajo. No le gusta nada que la llame Kenzie. Hace que parezca que son amigos cuando no lo son. Él debería llamarla McKenzie si la tuviera que llamar de algún modo—. Somos vecinos. Debemos ayudarnos. Además, soy mayor que tú. Si, por ejemplo, estuviéramos saliendo, yo sería quien pagaría, ¿no es cierto? Eso es lo que te gusta, ¿verdad? Hombres mayores que paguen todo.

Kenzie lo mira fijamente y él le devuelve la mirada sin inmutarse. Es imposible saber si está hablando en serio. Él no pestañea y su voz está desprovista de toda inflexión. Ella no sabe si debe echarse a reír ante el comentario, reaccionar con indignación o ignorarlo.

—Gracias de nuevo, Ted. —Sin otra alternativa, lo rodea, sale deprisa de la lavandería y gracias a sus largas piernas sube en zancadas los escalones de dos en dos. Se ha quedado sin aliento cuando llega a su apartamento, casi esperando que las manos de Ted la atrapen por la espalda antes de que pueda cerrar con llave la puerta. En cuarenta minutos no le queda otra alternativa que volver a bajar para meter sus sábanas y toda la ropa en la secadora. Con suerte, Ted ya no estará allí.

Deprimida y exhausta, Kenzie revisa la nevera, más allá de las cajas de cartón con las sobras de comida china y pizza (ambas de Ty), hasta que encuentra un pack de seis latas de sidra Smith & Forge en el fondo. Se tira en el sofá y da un largo trago mientras Buford salta a su regazo y se instala allí. Kenzie abre la aplicación para hacer pedidos y pide algo para comer usando un crédito que tiene en su cuenta por un pedido previo mal entregado. Le lleva doce intentos sacarse una selfi presentable de ella y Buford en el sofá con la sidra, donde escribe esta leyenda: “No desearía estar en ningún otro lugar”. Es un sentimiento estúpido. La verdad es que querría estar en cualquier otra parte antes que en su casa, sola con el gato, sintiéndose como se siente, pero logra publicarlo antes de que sea la hora de bajar a la lavandería. Ver los *likes* y los comentarios le alivia la ansiedad de tener que bajar de nuevo al sótano. Los elogios de gente desconocida pueden ser una validación superficial, pero bueno, son mejor que nada. Sus fotos de Buford siempre tienen mucho éxito.

Al final, sin embargo, no significan nada. Hasta el repartidor que le trae los California rolls y el arroz frito parece compadecerse de ella cuando le abre la puerta en ropa de deporte y con el gato en brazos.

—Festejando sola, ¿eh? —dice con una mueca triste.

Tal vez es momento de que reconsidere sus decisiones de vida. Si no lo hace, puede llegar a terminar muriendo así, borracha y sola en su apartamento de mierda, con su gato como único testigo de los últimos momentos de su vida. Y Buford probablemente se comerá su rostro después de muerta, dado que no habrá nadie en casa para alimentarlo.

Cuando Kenzie termina la última sidra de la nevera, ya está completamente borracha, y revisa el Instagram de Marin Machado, algo que había prometido no hacer. Su corazón da un vuelco cuando ve la foto más reciente. Marin está en Whistler, Columbia Británica. Con Derek. Whistler está a cinco horas en coche de Seattle, y en algún momento antes, ese mismo día, Marin y Derek estaban de pie en la cima de una montaña.

La foto, publicada unas horas antes, los muestra vestidos de la cabeza a los pies con ropa de esquí, abrazados. El pie de foto dice: "Necesitábamos esto". La foto tiene cincuenta *likes* y cuatro comentarios.

furmom99: Qué bueno!
hawksfan1974: Nieve fresca! Disfruten!
sadieroxxx: Bien por ustedes! Me alegra mucho verlos! <3 <3 <3
steph_rodgers89: Lograste finalmente que Derek se tomara vacaciones… eres mi ídola, MM! lol

Ay, Dios. Ay, Dios mío.

Kenzie sigue viendo otras publicaciones de Marin. Han estado en Whistler los últimos tres días, lo que explica por qué Derek no ha estado disponible. Está en Canadá. De vacaciones. Con su mujer. De acuerdo con los hashtags, se alojan en el Four Seasons. Se han hecho masajes en pareja. Han estado comiendo filetes y langosta. Han estado tomando champaña frente a la chimenea en batas de baño. Y no es vino espumante, sino que es la auténtica champaña de Francia.

Porque cumplen veinte años de casados.

Por eso terminó con Kenzie. Derek está arreglando la relación con su mujer, lo que significa que ya no hay espacio para Kenzie en su vida.

Kenzie mira fijamente su teléfono, su mirada pendiente de un comentario en particular. Está debajo de una de las primeras fotos en Whistler, hace tres días.

furmom99: ¿Cuándo vuelves? ¡Tomemos un café!

marinmachadohair: @furmom99 ¡Domingo! Claro que sí! Te escribo después del fin de semana. xx

Domingo. Cuatro días completos en el Four Seasons rodeados de montañas cubiertas de nieve, chimeneas ardientes y champaña. Kenzie continúa mirando la foto y tres cosas se vuelven evidentes para ella.

Realmente se ha terminado con Derek.

Su casa está vacía hasta mañana.

Ella conoce el código de la puerta principal.

CAPÍTULO 19

Existe un momento decisivo en una noche de alcohol en el que se llega al punto de creer que una mala idea es buena. Kenzie ya ha pasado ese límite.

No llama un Uber para ir a la casa de Derek porque no aceptan efectivo, que es todo lo que ella tiene en este momento. En su lugar, toma un taxi en University Avenue. No hay nada de tráfico y en quince minutos llega desde su casa hasta la calle de Derek. La dirección que le ha dado al conductor es de una casa cercana, y este comienza a disminuir la velocidad, verificando la numeración de la casa en el GPS y a través de la ventana cubierta por las gotas de la llovizna.

—Perdón, ¿cuál es la casa? —pregunta.

—Eh, aquí está muy bien. —Están a un par de puertas de distancia, pero ella no quiere que el conductor sepa exactamente adónde va. Su cabeza se nubla con el alcohol.

Él acerca el coche a la acera.

—Puedo esperar hasta que usted entre.

El conductor le sonríe por el espejo retrovisor mientras ella trata de desabrochar el cinturón de seguridad. Es un hombre mayor, un abuelo, amable. Normalmente, Kenzie habría aceptado su oferta. Esta vez no.

—No hace falta, muchas gracias. —Lo último que quiere es un testigo que la vea colándose dentro de la casa de su amante casado—. Siempre uso la entrada de atrás, así que no podrá verme entrar desde la calle. Muchas gracias de todas maneras.

Le da el dinero, le dice que se quede con el cambio y abre la puerta.

—No se olvide del recibo. —Le alcanza un pequeño papel.

—Sí, claro. —Hace mucho que no toma un taxi. Mete el recibo en su bolsillo.

Sale del coche antes de que el amable conductor le diga algo más, y hace como si estuviera escribiendo un mensaje en su móvil hasta que ve desaparecer las luces traseras del taxi en la curva. La casa de Derek está del otro lado de la calle, un chalet estilo Craftsman remodelado, con un amplio porche que en

una ocasión él describió como “no muy grande”, pero que a Kenzie le parece enorme. Nunca ha vivido en un lugar de más de ochenta metros cuadrados, que eran las dimensiones de la casa en la que creció.

Escucha crujir una rama a su espalda y se vuelve de un salto, con el corazón en la boca. Espera ver en la oscuridad los ojos brillantes de un depredador, pero solo se trata de una ardilla que la observa al pie de un árbol, ondeando su cola. La calle está en silencio total. Pero no puede liberarse de la sensación de que no está sola.

Es totalmente ridículo, por supuesto. Está borracha y se está volviendo paranoica, dos razones fundamentales por las que no debería estar haciendo esto.

Kenzie no tendría por qué saber el código de acceso de la puerta principal. Se enteró por accidente. Hace unos meses, ella y Derek estaban de camino al aeropuerto para tomar el vuelo a Nueva York. Cuando iban a llegar a la autopista, él se dio cuenta de que no tenía su bolso. Lo había guardado en la bolsa del gimnasio que, según recordaba, había quedado en su casa. Le pidió al conductor de la limusina que diera la vuelta. Cuando se iban acercando a su calle, Derek se inclinó sobre ella y le apartó el pelo de la cara. Kenzie pensó que iba a besarla, pero en su lugar le susurró al oído.

—Bebé, ¿podrías esconderte?

—¿Qué? —le susurró ella.

—Ya sabes, modo oculto.

Derek forzó una risa, como si le hablara a una niña y esto fuera un divertido juego. Podía ver la mirada del conductor siguiendo la escena por el espejo retrovisor. Seguramente pensó que eran una pareja extraña. Primero había ido a buscar a Derek allí, a esta casa elegante en el barrio de Capitol Hill; luego pasó por Kenzie en un edificio ordinario en el barrio universitario. Tal vez tendría que sentirse agradecida de que Derek se hubiera dignado en pasar a buscarla. Podría haberle pedido que se encontraran en el aeropuerto.

No había forma de protestar sin hacer que el tema pasara a mayores. Kenzie se recostó en el asiento de cuero. El conductor avanzó hacia la entrada de la casa. En cuanto Derek se bajó, ella volvió a sentarse, desafiante, sintiendo la mirada crítica del conductor en el retrovisor. Kenzie observó a través de los cristales tintados del coche cómo Derek tecleaba el código para acceder a la puerta principal. Podía distinguir el teclado con claridad y vio sus dedos presionar 1-1-2-0.

20 de noviembre. El cumpleaños de su hijo.

Cuanto más tiempo se queda de pie bajo la lluvia, más va recobrando Kenzie la sobriedad, y ya no está segura de si lo que va a hacer está bien o mal. La casa de Derek tiene dos plantas, grandes ventanales y está flanqueada por enormes robles y arces. Un amplio porche se extiende a lo ancho de todo el frente. Frondosos y bien cuidados arbustos le agregan color a la paleta neutral de la fachada. No es una casa ostentosa; tampoco es una de esas mansiones modernas y pretenciosas, las "McMansions", hechas en serie, que han surgido en otros barrios donde reina el dinero. Es una casa familiar en Capitol Hill.

Aparentemente, la compra de la casa fue una ganga que consiguieron Derek y Marin durante la crisis del mercado inmobiliario. Unos diez años más tarde, él todavía se sentía orgulloso cuando le contaba a Kenzie la historia de cómo les hicieron una oferta muy baja a los dueños anteriores que estaban al borde de la quiebra por alguna maniobra financiera dudosa involucrada con la compra de la casa.

—¿No te sentiste mal por hacerlo? —preguntó Kenzie—. Fue un momento difícil para todo el mundo.

—Me haces gracia —replicó Derek—. En todas las negociaciones hay un ganador y otro que pierde. Para empezar, no podían mantener la casa. Ellos mismos eran parte del problema.

Esto es una locura, por supuesto. Si va a hacerlo, debe actuar con rapidez, ya mismo. Sin dudar, sin ser presa del pánico. Cruza la calle y va directo a la puerta principal. El frente está bien iluminado. Si la detuviera algún vecino, está preparada para decir que trabaja en uno de los salones de Marin y que ha venido a dejar algo.

Pero por lo que parece, nadie la ve. El alcohol en su organismo le dificulta la concentración, pero logra teclear el código de cuatro dígitos: 1-1-2-0. El panel de control hace clic. Ella abre la puerta, empuja la manija y en un instante está dentro de la casa. Cierra la puerta detrás de ella y pone el cerrojo.

Exhalar. Inspirar profundamente. Exhalar.

La casa está en silencio, excepto por un pitido sordo, casi indetectable, que ella nota que viene de las profundidades del interior. Sus zapatos están mojados, y como los suelos están impecables, se los quita. No le parece bien dejarlos en el felpudo de la entrada, así que los guarda dentro del armario del vestíbulo. En calcetines, camina despacio en la casa casi a oscuras y se dirige a la cocina donde el pitido se escucha más fuerte.

“Mierda, tienen una alarma”.

Otro panel de control está montado sobre la pared de la cocina cerca de la entrada al hall que da a la puerta del garaje, la entrada que usan normalmente, dado que la pareja aparca dentro del garaje. Según sus cálculos, la alarma ha estado sonando unos veinte segundos. No tiene ni idea de cuánto tiempo más queda antes de que se active. Tiene que intentar algo y ya mismo, antes de que la empresa que controla la alarma notifique a la policía y los teléfonos de Derek y de Marin suenen en Canadá.

Teclea el mismo código que usó en la puerta principal, 1-1-2-0. El teclado se enciende en rojo. “Mierda mierda mierda. Debo pensar”. Dios, qué mala idea hacer esto borracha. Presa del pánico, presiona la única secuencia numérica que le parece posible: la fecha de ese día, el aniversario de casamiento de Derek y Marin. El teclado se vuelve verde un instante. El pitido deja de sonar. “Dios mío”.

Sus axilas están empapadas de sudor y la adrenalina parece haber evaporado lo que quedaba de alcohol en su organismo. Tiene taquicardia y la garganta reseca. Un vaso vacío está en la encimera, junto a la nevera. Lo presiona contra el dispensador de agua y lo llena hasta arriba.

Saca el móvil y revisa su Instagram para asegurarse de que Derek y Marin todavía están en Whistler. Así es. De hecho, en ese momento están cenando, sentados juntos en un sillón redondo de pana, con sus copas de vino tinto y platos llenos de filetes y verduras frente a ellos. El mantel blanco está salpicado de confetti metálico; flores y corazones, por lo que parece. El pie de foto dice: “20 años juntos, 40 más por venir? Qué bien suena”.

Se ven sin duda como la pareja glamurosa que son y Kenzie siente que sus ojos se llenan de lágrimas.

No es que no haya tenido presente en todo momento que él no le pertenecía. Es que ella creía que no le importaba hasta este momento. Le duele verlos juntos, sabiendo que la vida que ellos tienen jamás será la suya.

Solo hay un comentario hasta ahora, ya que Marin ha publicado la foto hace solo quince minutos, pero es de una cuenta que Kenzie no sabía que existía.

sebastiansdad76: te quiero tanto, cariño. Brindo por nosotros. Feliz aniversario, mi amor. Por 40 más.

Derek llama a Marin “cariño”. A Kenzie le dice “bebé”. Nunca se había dado

cuenta de la enorme diferencia que puede haber entre dos términos genéricos de afecto.

Debe detenerse y dejar de mirar las fotos. Debe salir de Instagram. Debe salir de esa casa. También debe hacer pis.

A la mierda con todo. Va a revisar los baños.

La casa ha sido remodelada por completo, de arriba abajo, y la incipiente diseñadora de muebles que hay en Kenzie no puede dejar de notar las líneas nítidas y el buen gusto en el uso del espacio. Lo que no está decorado importa tanto como lo que sí lo está. La casa tiene un estilo tradicional, pero con un toque moderno.

—Crecí en un aparcamiento de tráileres —le había contado Derek la primera noche que se habían acostado. Estaban en el Cedarbrook Lodge, desnudos en la cama con sus piernas entrelazadas—. No teníamos nada. Menos que nada. Mi padre se fue cuando yo tenía dos años y mi madre se quedó con tres niños para alimentar. Yo era el menor. Nunca tuve ropa nueva. Nunca tuve una bicicleta nueva. Nunca tuve nada nuevo. Siempre estábamos hambrientos. La comida nunca era suficiente.

—Vaya —dijo Kenzie tocando su reloj. Un Rolex—. Y mírate ahora.

—Por eso me importa tanto la forma en que vivo. —Derek tomó su mano y besó la punta de cada dedo—. Me gusta la buena ropa. Me encanta tener un buen coche. Me gusta tener dinero en mi bolso, aunque use mis tarjetas de crédito para todo. Me gusta no ser pobre; es como que guardo cierto resentimiento. —Hizo una pausa—. Es ese resentimiento lo que me ha traído hasta aquí.

—¿Y qué es lo que te trajo aquí? —preguntó Kenzie, señalando con un gesto la cama, la habitación y a ella.

Él se volvió hacia ella y subió encima de su cuerpo desnudo, pegándolo con el suyo. Automáticamente las piernas de ella se abrieron. Ya habían tenido sexo, pero él estaba listo otra vez. Él la miró directamente a los ojos.

—Me encanta que no conozcas esa parte de mí —dijo Derek—. Me gusta que solo me conozcas como la persona en la que me he convertido, no la persona que fui. Es maravilloso no tener contigo una historia pasada.

Ella lo comprende. Por completo. Entiende cómo se siente querer reinventarse; pero no siempre es fácil, en especial cuando la familia y los antiguos amigos lo toman como una ofensa personal.

—No tener veinte años de errores contigo —le susurra, y ella siente cómo la

penetra otra vez. Abre sus piernas un poco más y con sus manos aprieta su trasero, guiándolo hacia su interior—. Eres una hoja en blanco y no sabes cuánto necesitaba eso.

No hace falta un psicólogo para comprender que Kenzie es un escape para él. La relación entre ellos siempre ha estado bien compartimentada. Cuando Derek está con ella, no tiene que pensar en su mujer, en su hijo desaparecido, en su casa ni en nada que lo obligue, que implique una responsabilidad.

El problema es que para Kenzie es casi imposible comprender por qué alguien querría escapar de esto. Pobre, triste hombre rico. La casa es espléndida. Techos altos, brillantes suelos de madera, una iluminación que probablemente sea más costosa que el alquiler de su apartamento.

Allí dentro se puede oler el dinero.

Se pregunta si habrá un baño cerca de la entrada del garaje, pero solo hay una lavandería y es la habitación de ese tipo más elegante que ha visto en su vida. Hay una lavadora y una secadora gigantes y alacenas empotradas para que nada quede a la vista, como el jabón, las toallitas de secado, los productos de limpieza. Qué lujo tener una lavandería propia que no se comparte con cientos de vecinos, en especial una tan agradable como esta.

En el vestíbulo de entrada del garaje hay tres cestos. Tienen el nombre pintado a mano sobre pequeños carteles de madera. En el de la izquierda dice "MARIN". En el de la derecha, "DEREK". Y en el del medio, "SEBASTIAN".

Sebastian. Guau. Su abrigo sigue colgado allí, sus botas de goma están cuidadosamente alineadas en la parte inferior, y en otro cesto más abajo hay una pequeña mochila con dibujos de los personajes de *Patrulla de cachorros*. Ella toca el abrigo, pero retira su mano inmediatamente. No. No debe tocarlo. No estaría bien. Con su vejiga a punto de estallar, Kenzie sale del vestíbulo y continúa su gira personal, mientras sus pensamientos divagan sobre cómo redecoraría los espacios si ella viviera aquí con Derek. En realidad, no son muchos los cambios. Marin tiene muy buen gusto.

Mientras sube hacia el piso superior, se detiene en el descanso de la escalera para ver las fotografías enmarcadas sobre la pared. Todas son del hijo de Derek y Marin, y lo muestran en distintas edades.

La última, casi al llegar arriba, debe de ser la más reciente. En la foto, Sebastian lleva el jersey con el reno que tenía puesto en el póster de Missing Children, pero en esta foto está sentado en el regazo de Santa Claus con una gran sonrisa en su rostro. Kenzie se queda impactada con el verdadero horror

de la situación. Es fácil no pensar en ello cuando Derek se niega a hablar del tema, pero aquí, en la casa de ellos, existe toda una parte de Derek que ella nunca verá ni llegará a conocer.

Él es un padre. Perdió a su hijo. Está casado con una madre que perdió a su hijo.

Kenzie se queda mirando la foto, recordando que Sebastian desapareció el último sábado antes de Navidad. Seguramente habían armado el árbol, tal vez al frente de la sala para que brillara junto al ventanal y lo vieran los vecinos.

Habrían terminado con sus compras navideñas, y tendrían la mayor parte de los regalos envueltos y preparados, algunos escondidos para que aparecieran la mañana de Navidad.

Pero, en lugar de despertarse con el sonido de los pequeños pies corriendo por el pasillo y bajando por la escalera, y los gritos de sorpresa y alegría al ver los regalos bajo el árbol, debió de haber habido solo silencio. Ningún niño en la casa para abrir los regalos. Ningún pequeño ha estado aquí desde entonces.

Kenzie siente que se marea y se toma unos segundos para respirar. En la pared, en lo alto de la escalera, hay una gran foto en blanco y negro de Derek y Marin, en la playa, el día de su boda. Ella lleva un vestido de novia estilo bohemio-chic. Él lleva pantalones claros y una camisa blanca arremangada hasta el codo. Están riendo, de la mano, con el cabello alborotado por el viento.

En esta foto, Marin es más joven que Kenzie y de una belleza impactante.

Se adentra en la planta alta y pasa por una habitación que debe de haber sido la de Sebastian. La puerta tiene una etiqueta pegada y cuando se acerca para verla es de otro personaje de *Patrulla de cachorros*. Todas las otras puertas de la planta están abiertas, excepto esta.

No la abrirá.

La suite principal es lo que Kenzie quiere ver en realidad. Está al final del pasillo y tiene una puerta de doble hoja. Cuando entra, el suelo de madera cambia a una alfombra, pero no es vulgar, como la que ella tiene en su apartamento. Es mullida, de lana doble, sobre la que no queda marcada la pasada de la aspiradora o las pisadas. Solo la suite es quizá del mismo tamaño que todo el apartamento que comparte con Tyler. Una majestuosa cama *king-size* está apoyada contra la pared del fondo, flanqueada por dos mesas de noche con espejos. Encima de una de ellas hay un montón de libros —algunos de autoayuda y el resto de ficción—. Sobre la otra no hay nada más que un

cargador de teléfono colgando del borde. Kenzie adivina de qué lado duerme Derek. No le gusta leer.

Entra al baño de la habitación, que huele a lavanda y parece salido de una revista de decoración. Los azulejos están colocados en diseño de espiga. La ducha, en un compartimento de cristal, tiene espacio para dos personas. El lavabo es el más grande que ha visto en su vida y hay una gran tina con patas junto a la ventana, tan profunda que hay un taburete para meterse. El retrete tiene su propio compartimento con una puerta junto a la ducha, y Kenzie va directo hacia allí.

El vestidor es algo que la supera. El lado de Derek está lleno de trajes, nada que la sorprenda. Pero el de Marin…

Cuánta ropa tiene esta mujer. Vestidos. Abrigos. Trajes. Pantalones. Blusas. Todo ordenado por estilo y color. Hay una isla central —¡una isla!— con cajones para calcetines y ropa interior, ropa de gimnasia y jeans, y toda la pared del fondo es solo para bolsos y zapatos. Y pensar que a Kenzie le preocupaba que Derek gastara su dinero en un bolso Dolce & Gabbana en Nueva York, el único bolso de diseñador que ella tiene y que es tan bonito que solo lo usa cuando está con Derek. En cambio, su esposa solo posee bolsos de diseño. Gucci. Ferragamo. Chanel. Vuitton. Y un modesto Tory Burch, con bastante uso y claramente uno de sus preferidos.

Kenzie saca su teléfono y, sin poder resistirse, se toma una selfi en el vestidor más espectacular que ha visto en toda su vida. Las toma desde varios ángulos, preguntándose qué sucedería si las publicara en Instagram. ¿Se enteraría alguno de los dos? Este vestidor es exactamente del tipo de los que ha visto en *Million Dollar Listing*, el *reality* de la cadena Bravo que muestra las propiedades más lujosas y que a ella y a Tyler les encanta ver.

—¿Por qué diablos vemos este programa? —le preguntó ella a su compañero, llenándose la boca de palomitas de maíz de microondas mientras una pareja acaudalada menor de treinta años declaraba ante la cámara que su apartamento de Manhattan de doscientos metros cuadrados les quedaba un poco pequeño a ellos y su perro bichón frisé—. Ver esto me hace sentir que mi vida es un asco.

—Porque es aspiracional —le respondió Ty, y tenía razón—. Lo vemos porque esa es la gente que nos gustaría ser.

Un par de tacones con la suela roja atrae la atención de Kenzie. Christian Louboutin. Son una obra de arte, satén negro con un lazo de cristal en el frente, tacones de más de diez centímetros. Número 38. Kenzie usa 39.

Bastante cerca. Se quita los calcetines y se prueba los zapatos. Le quedan un poco justos, pero le saca una foto a su pie de todas maneras. Los vuelve a colocar en el estante, pero luego decide que se ven más glamurosos frente a la colección de bolsos. Coloca el par de tacones con gracia y toma varias fotos. ¿Por qué? Porque es aspiracional.

Vuelve a la zona de la habitación principal, con pasos silenciosos sobre la mullida alfombra. Se imagina a Marin leyendo en su cama y a Derek metiéndose entre las sábanas junto a ella, en un pasado de tiempos más felices, cuando su hijo dormía en la habitación al final del pasillo y tenían por fin un tiempo para ellos. Marin llevaría un pijama, o tal vez una camiseta de la universidad de Derek. Él llevaría unos viejos pantalones de baloncesto, tal vez sin camiseta, recién salido de la ducha después de un largo día. Tal vez harían el amor. O solo se acurrucarían, abrazados en la cama. Tal vez hablarían de su día, tranquilos y de buen ánimo, hasta que uno de ellos se dormiría. Derek sería quien cerraría los ojos primero, y al hacerlo el sueño llegaría de inmediato. A Marin le llevaría más tiempo, porque siempre es así con las mujeres, con su mente disparando ideas unos minutos más sobre los miles de cosas que ocurrieron durante el día y los miles de cosas que sucederán al siguiente.

Kenzie no pertenece a este lugar. Es hora de marcharse.

CAPÍTULO 20

Sin saber cómo volver a activar la alarma, Kenzie la deja desactivada. Sale de la casa del mismo modo en el que entró, despacio y con cuidado. Lo que hizo fue estúpido e imprudente y no puede permitirse perder el control de esa manera de nuevo.

El aire huele fresco por la lluvia y decide caminar un poco para aclarar sus ideas. Su último novio, Paul, vivía en un barrio similar a este en Boise —tranquilo, suburbano, pretencioso, impecable—. La última vez que Kenzie lo vio fue tres semanas después de que su esposa borracha intentara entrar en su apartamento a la fuerza. Paul ya había tratado de terminar con ella —por teléfono, aunque parezca increíble— y cuando ella protestó él le ofreció diez mil dólares como "regalo de despedida".

Por favor.

Kenzie se presentó en la casa de Paul un par de noches más tarde, llorando, rogándole que volviera con él, fingiendo estar borracha y con el corazón roto. Su mujer y sus hijas estaban en la casa y cuando él abrió la puerta y la vio, su rostro se puso lívido. Cerró la puerta tras de sí y la llevó a rastra a un lateral de la casa, donde estaba oscuro y lleno de arbustos, donde nadie podía verlos.

—¿Qué diablos estás haciendo tú aquí? —le dijo Paul entre dientes.

Su mano había sujetado con fuerza su brazo y más tarde ella descubrió los moretones donde sus dedos habían presionado la piel. Nunca lo había visto tan furioso. Siempre había sido amable con ella…, tierno, incluso. Era asombroso cuánta fuerza puede reunir alguien que se siente amenazado.

—Me estás haciendo daño —lloriqueó, y él la soltó.

—No puedes estar aquí. —Paul estaba indignado y la fulminaba con una mirada tan salvaje que atemorizaba—. Tengo una familia, McKenzie.

—Quiero que estemos juntos. Te amo. —Intentó alcanzar su mano—. Y tú me amas.

—Nunca fue amor —dijo retrocediendo—. Ahora lo veo. Me sentía infeliz y necesitaba alguien que… alguien que me hiciera sentir deseado de nuevo. Leah

y yo estamos comenzando terapia y trataremos de recomponer la relación. Lo siento, ¿de acuerdo? Ahora, por favor, vete. Mis hijas están dentro.

—¿Así termina esto? —preguntó ella mientras observaba fijamente—. ¿Terminas conmigo y me desechas, como si fuera basura?

Él se suavizó y por un momento a Kenzie le preocupó haber sobreactuado. No tenía el más mínimo deseo de continuar la relación y ninguna intención de recuperar a Paul. Cualquier atracción que pudiera haber sentido por él se había evaporado en el momento en que la saliva de la boca de su mujer borracha le había salpicado el rostro.

Lo que quería era terminar en sus propios términos. Lo que quería era la suma que merecía. Paul se puso rígido y la expresión de su rostro se endureció de nuevo.

—Lo que fuera que necesitaba de ti, Kenzie, no lo necesito más. No quiero hacerte daño, pero no hay nada que pueda darte. Ahora, por favor, debes irte.

Ella abarcó con la mirada el lateral de la enorme casa, y luego la entrada donde estaban aparcados sus coches, un Jaguar y un BMW.

—Qué agradable debe de ser acostarte con chicas a las que doblas la edad y luego rechazarlas cuando tu mujer se entera —dijo—. Pasear tus billetes frente a sus rostros, mantener su interés, tratarlas como prostitutas.

—¿Chicas? —Paul frunció el ceño—. Nada de "chicas". Solo fuiste tú y no debería haber…

—Me ofreciste diez mil dólares para que desapareciera. ¿Cómo crees que me hiciste sentir?

Él se sintió avergonzado.

—Lo sé, no debería haber dicho que…

—Cincuenta estarán bien.

—¿Qué? —parpadeó Paul perplejo.

—Cincuenta mil —repitió Kenzie—. Y no oirás hablar de mí nunca más. Después de todo lo que me has hecho pasar, es lo menos que puedes hacer. Para no mencionar lo que me hizo tu esposa, gritándonos en el pasillo a mí y a mi compañera como una lunática, como si yo fuera una delincuente. Tú eres quien empezó todo esto, Paul. Tú eres quien tiene una familia. Es tu traición, no la mía, y te atraparon. Si tu esposa no se hubiera enterado de lo nuestro, ¿sabes qué estaríamos haciendo en este momento? Estaríamos teniendo sexo, Paul, eso estaríamos haciendo. Así que está muy bien que ustedes dos estén

tratando de rescatar su matrimonio, pero no vas a librarte de nuestra relación tan fácilmente.

Paul parecía atónito, pero después de un momento su confusión se volvió arrogancia.

—Estás bromeando, ¿no? No te voy a pagar cincuenta…

Kenzie salió disparada por el césped húmedo de vuelta hacia la entrada principal. Él la detuvo justo a tiempo —la mano derecha de Kenzie estaba sobre el timbre lista para llamar— y le torció el brazo hacia atrás.

—Está bien, te pagaré —dijo entre dientes—. Pero te vas de aquí ya mismo.

—En efectivo. Mañana. ¿Dónde está tu banco?

Cuando él le respondió ella dijo:

—Te espero afuera en la esquina a las nueve y media en punto. Si no apareces, vuelvo a tu casa. Y me voy a quedar aquí hasta que llegue tu mujer. Y si los vecinos preguntan quién soy, se lo diré. Es más, les enseñaré fotos. Tengo miles de fotos, Paul, ¿lo sabías? Soy una de esas mileniales descerebradas que toman fotos de todo y tengo muchas tuyas durmiendo a mi lado, desnudo. Nunca te diste cuenta, ¿no? Y voy a subir una foto por día en mi Facebook y en Instagram hasta destruir tu vida como tú has destruido la mía. Me has roto el corazón, hijo de puta.

Se volvió y se marchó, sabiendo perfectamente que nada de lo que había dicho era verdad. No pensaba volver jamás. No tenía ninguna foto. No le había roto el corazón.

Esto podía funcionar o no, y todo lo que le quedaba era esperar y ver si sus amenazas habían surtido el efecto deseado.

Paul se reunió con ella al día siguiente, a las nueve y media, en la puerta del banco. Le dio un sobre de papel manila sin saludarla, y se negó a todo tipo de contacto visual.

—Déjame en paz, ahora, McKenzie —le dijo, y se marchó. Kenzie se fue directo a su casa, con el corazón latiendo de excitación. Cuando llegó al apartamento, arrojó los billetes sobre su cama. Los contó rápidamente la primera vez, con más detenimiento la segunda vez, disfrutando del crujir de los billetes en sus manos. Cincuenta mil dólares. Nunca antes había visto tanto dinero junto, y le pareció fascinante.

Llamó a J. R.

—Ha pagado —anunció sin más preámbulo cuando le atendió. Podía imaginar su sonrisa del otro lado.

—Esa es mi chica —dijo J. R.—. No lo gastes todo en un solo lugar.

Separó quince mil para sus gastos y los estudios del siguiente semestre y el resto fue para cubrir el primer año de su madre en el asilo de ancianos de Oak Meadows.

Tres meses después, Kenzie se topó con Paul en el Food Festival de Seattle, donde ella estaba trabajando en el *food truck* de tacos. Los padres de él vivían en Seattle, razón por la que estaba en la ciudad. Su rostro palideció cuando la vio al acercarse a hacer su pedido, pero pagó por seis tacos y fingió que no la conocía. Ella lo observó cuando volvía hacia su familia y les repartía la comida.

Nunca se volvió a mirarla.

Kenzie suspira largamente, dejando que los recuerdos de Paul se desvanezcan. Ahora se tiene que enfocar en Derek, que es mucho más rico que Paul. También parece estar arreglando la relación con su mujer y no tuvo los huevos para decirle en persona que su relación se había terminado.

Si se terminó, pues bien, se terminó. Pero las negociaciones solo están empezando.

Ha estado caminando un rato. Planea tomar un taxi en Broadway, y cuanto más se acerca a la concurrida avenida, las casas se vuelven más pequeñas. Siente de nuevo la extraña sensación de que la siguen. Saca su teléfono y lo mantiene en la mano; entonces, escucha el sonido de las hojas que se mueven. En máxima alerta, se detiene y mira alrededor, pero de nuevo, allí no hay nadie. Pero, diablos, siente una presencia. Su piel se eriza ante el pensamiento. Retoma la caminata, más rápido que antes.

Una voz suena en la oscuridad.

—Hola.

—¿Quién está allí? —dice Kenzie. Detesta cómo suena su propia voz, más aguda, asustada.

Algo se mueve hacia ella, una sombra maciza y larga que se transforma en una figura humana. El cuerpo de Kenzie se paraliza, pero entonces la luz mortecina del farol en la calle ilumina su rostro y ella se da cuenta de que es alguien que conoce.

—Julian —dice con sorpresa, cuando los rasgos del hombre entran en el foco de la luz. Su alivio es tan grande que casi se le aflojan las rodillas—. Por Dios, casi me matas del susto. ¿Qué haces por aquí?

—Te estaba buscando —dice él.

No recuerda la última vez que vio a Julian —hace un año, si no más—. Él se

adelanta con los brazos abiertos como para darle un abrazo. Es extraño y ella instintivamente da un paso atrás. ¿Qué está haciendo? Nunca antes se han abrazado; al tipo ni siquiera le gusta dar la mano. Tiene alguna fobia a los gérmenes y ella recuerda que siempre lleva un paquete de esas toallitas antibacteriales en el bolsillo.

Esta noche, sin embrago, usa guantes. Solo que no hace frío.

—¿J. R. está contigo? —pregunta Kenzie.

Julian no responde. En su lugar, sonríe.

Lo último que ella recuerda es su puño enguantado golpeando su mandíbula, un golpazo antes de que sus rodillas se aflojen de verdad y todo se vuelva oscuridad.

PARTE TRES

Abajo en un agujero y no sé si me pueden salvar.
ALICE IN CHAINS

CAPÍTULO 21

La mano izquierda de Derek está sobre el volante, y su mano derecha se apoya sobre la rodilla de Marin. Es poca cosa, un gesto insignificante, pero su palma sobre la rodilla de ella dice todo sobre dónde se encuentran hoy.

Tenía razón, necesitaban un fin de semana fuera de la ciudad. Whistler fue idea de Derek y él planeó todo sin que ella lo supiera. La noche después de que Marin transfiriese los doscientos cincuenta mil dólares a un hombre llamado Julian para que asesinara a la amante de Derek, su esposo volvió a casa, le trajo una tarjeta de aniversario y le preguntó si quería volver a empezar.

Ella no supo qué había cambiado. El día anterior había roto con McKenzie y casi de inmediato había querido volver con ella. Pero algo había cambiado en el corto tiempo a partir de entonces. Él parecía diferente. Cuando él buscó su mano, volvió a ser el Derek que ella recordaba, el Derek con quien se había casado.

—Han pasado veinte años, Marin —le dijo con angustia en el rostro—. Si pudieras hacer todo de nuevo, ¿lo harías?

¿Lo haría? Por supuesto que sí. Han estado dos décadas juntos, buenas en su mayor parte, menos ese error que cometió Derek al principio de su embarazo. Hasta estos terribles últimos dieciséis meses —todo por su culpa— habían sido una pareja consolidada. Un viaje de celebración podía parecer un poco inesperado, pero en algún punto hay que tomar alguna dirección. ¿No era esto lo que ella deseaba? ¿No era este el momento?

—Lo haría todo de nuevo —le respondió, y fue sincera.

Una hora después habían hecho las maletas, los esquíes estaban sobre el techo, había avisado a Sadie y estaban camino a las montañas.

Ninguno de los dos era perfecto. Los dos tenían parte de culpa. Nada es permanente. Pero, por fin, parece que han dado vuelta la página. Es la forma en la que su esposo acaricia su rodilla, mientras canta una canción de Nirvana. Es la forma en que ella no tiene escalofríos porque él la está tocando. Se sienten como antes de nuevo. Ella se siente como ella de nuevo. Es una oportunidad para un nuevo comienzo.

Abrirse paso desde la desesperación no es un camino lineal. No es que una cosa buena que sucede haga que todo sea mejor de pronto y, aleluya, se acaban los días de tristeza absoluta. Al menos no es así para Marin. Pero hoy es un buen día y después de meses y meses de vivir en un agujero negro, se va a aferrar a esto.

Derek avanza hasta la entrada para poder cambiar de coche. Ya le ha dicho a ella que no va a entrar, que tiene que terminar trabajo en la oficina antes de una importante reunión al día siguiente. No pasa nada, ella sabe que el trabajo es una gran parte de quién es él. Entiende que el trabajo lo ayuda a sobrellevarlo.

Los centros de estética cierran los domingos, lo que significa que no hay ningún lugar al que Marin deba ir. Le duele todo el cuerpo de los cuatro días en las pendientes y espera con ansia darse un baño caliente y tirarse en la cama con un buen libro.

—Vuelvo a eso de las ocho —Derek baja el volumen del estéreo del coche—. Puedo traer comida griega para la cena. ¿Pollo *souvlaki*? ¿O prefieres comida india? *¿Tikka masala, naan* de ajo?

—Creo que tienes hambre —dice ella, y él ríe. Le acaricia el muslo y ella siente un cosquilleo en su cuerpo.

—Qué puedo decir, he quemado muchas calorías este fin de semana.

Podría estar refiriéndose al esquí, pero no. Ella y su esposo se reconectaron en los últimos días. En todos los sentidos.

—¿Y si cocinamos? —sugiere ella con entusiasmo—. Voy a sazonar un par de filetes y estarán listos para la parrilla cuando vuelvas a casa.

—¿Estás segura?

—Segura. Puedo preparar coles de Bruselas como acompañamiento, a menos que quieras papas. Hace un tiempo que no me meto en la cocina.

Lo que ella quiere decir en realidad es que hace mucho tiempo que no tiene deseos de cocinar. Las coles de Bruselas gratinadas con beicon y cubiertas de queso parmesano son perfectas para el filete. No es una receta demasiado saludable, pero es tan sabrosa que hasta Sebastian la adoraba…

Ella detiene el pensamiento y se prepara para el inevitable golpe emocional que sucede cada vez que ella recuerda a su hijo. Pero no ocurre nada. El pensamiento se presenta y luego sale, y ella se da cuenta de que se siente… bien.

Derek la observa de cerca, con los ojos llenos de compasión. Es como si

supiera exactamente el proceso de su mente, porque probablemente él pensó lo mismo.

Los dos bajan del coche. Él lleva los esquíes hacia el garaje y las maletas dentro de la casa.

—Te amo. —Él busca su mano y la besa en la palma. Es un gesto íntimo, y ella no puede recordar la última vez que lo hizo.

—Yo también —dice ella.

Él sale por la puerta principal, pero antes de que ella la cierre, vuelve a entrar, la lleva contra la pared, sus labios encuentran los labios de ella, sus dedos acarician su cabello y todo es natural y romántico, y está bien.

Ella espera hasta que el coche sale para cerrar con llave, luego se pone a hacer lo que suele hacer cuando llega a casa después de unos días de viaje. Revisa el correo. Riega varias plantas que están repartidas en planta baja. Observa la orquídea que está en medio de la mesa de la cocina. La orquídea ha estado en el mismo lugar desde hace un año y medio y recuerda el día en que la recibió. Derek llevó a Sebastian a una clase de natación en una piscina cubierta en noviembre, el último domingo antes del Día de Acción de Gracias. Al salir, pararon en Whole Foods para comprar el beicon ahumado y glaseado con jarabe de arce que les gustaba a todos. A Sebastian le encantaba ir de compras porque rara vez le negaban alguna comida que pidiera, siempre y cuando no fuera comida basura.

Marin estaba terminando su café cuando oyó que la puerta del garaje se abría y un momento después, Sebastian entraba como una tromba en la cocina llevando una orquídea rosa gigante, en una maceta de cerámica gris.

—¡Mira, mami! —Cada centímetro de su pequeño cuerpo de niño estallaba de orgullo—. ¡Papi dijo que podíamos comprarte una flor! ¡Es tu color favorito! Yo la elegí solito.

—Ay, Sebas, es preciosa. —Tomó la flor para que no se le cayera—. Me encanta. ¿Es un regalo para mí?

—Papi dijo que eras muy guapa y que debíamos comprarte una flor muy bonita, así que elegí esta porque el rosa es tu color favorito. —Sebastian estaba radiante.

Marin se inclinó y lo besó en la nariz.

—Tienes toda la razón; el rosa es mi favorito. Gracias, mi amor. ¿Dónde la ponemos?

—Aquí, en la mesa de la cocina y tú tienes que regarla cada día, o la señora

dijo que se moriría. —Se quitó el abrigo, que cayó al suelo.

—Todos los días no —dijo Marin riendo—. Si la riego tanto, seguro que morirá. Eh, señor, discúlpeme, ¿dónde se guarda su abrigo?

Él corrió hacia el vestíbulo para colgar su abrigo justo cuando Derek entraba cargado con las compras. Dejó todo sobre la encimera y ella vio los filetes, los aguacates, los plátanos y los *bagels* recién horneados, galletas de avena con pasas y *croissants* asomando de las bolsas. Ella levantó las cejas y él sonrió avergonzado.

—Sabes que no puedo comprar una sola cosa —le dijo, y la saludó con un beso—. Nos hemos entusiasmado un poco.

—Papi, le di la flor a mami —dijo Sebastian.

—Claro que me la dio. —Marin levantó a su hijo. Él enroscó sus piernitas de inmediato alrededor de su cintura y sus brazos rodearon el cuello de su madre. Ella le llenó de besos la cabeza, agradecida de que todavía estuviera en una edad en que los besos de mami fueran bien recibidos.

—La voy a cuidar muy bien, Sebas, te lo prometo.

Y así lo ha hecho Marin casi todo el tiempo. Las orquídeas son fuertes pero exigentes, y en las semanas que siguieron a la desaparición de Sebastian, ella dejó de recordar el riego y las flores se cayeron. Derek estuvo a punto de tirarla a la basura, pero ella le gritó desencajada.

—¡No te atrevas! —gritó, deteniéndolo cuando la estaba poniendo en el basurero—. ¡No te atrevas a tirarla!

—Estaba…

—¡Dámela! —Se la quitó de las manos y él se la entregó, retrocediendo. Tenía la mirada desorbitada, el pelo despeinado. Casi no había dormido y no se había bañado desde hacía días—. Mira los tallos. Todavía están verdes. Volverá a florecer. Solo tengo que acordarme de regarla. Cuando lo haga, estará bien, sé que así será…

Se había caído al suelo, sosteniendo la orquídea, y sollozaba sin parar. Derek la observaba paralizado, sin saber qué hacer. Finalmente, se volvió y se fue, desapareciendo por el vestíbulo, desapareciendo por el garaje, desapareciendo en su coche. Desapareciendo, como todo lo que era bueno en la vida.

Ellos ya no están en ese lugar. Marin no está histérica e inconsolable, y Derek no está paralizado y desamparado. Ella no sabe cómo definir este nuevo momento, que no es lo mismo que el anterior, pero es mejor que el momento

del que acaban de salir. Como diría el doctor Chen: "Hasta un milímetro de avance es un progreso".

La orquídea también está progresando. Cuando partieron hacia Whistler, los tallos estaban fuertes y verdes, pero aún desnudos, como lo habían estado todo el año. Pero ahora…

Marin nota algo y se acerca para examinar el tallo y asegurarse de que está viendo lo que está viendo. Sí. Allí está. Un diminuto pétalo rosado emergiendo del capullo. La orquídea que le regaló Sebastian está floreciendo de nuevo. Y de pronto siente una oleada de esperanza tan fuerte y tan intensa que agita su corazón.

—Yo la elegí, mami.

Entra un mensaje y ella busca el teléfono que está en la isla de la cocina. Es de Sal.

"¿Estás viva?".

Existen miles de formas en que Marin puede responderle, porque hoy la pregunta está cargada de significados. Ella y Sal se acostaron y en algún momento van a tener que hablar de ello. Sal sabe que ella se ha ido a Whistler con Derek y seguramente se está preguntando qué significa todo esto para ellos.

Y ellos no quiere decir Marin y Derek. Sino, Marin y Sal.

Por ahora, decide tomar el camino más fácil. Le responde como lo hacen los jóvenes, sin palabras. Simplemente le envía un emoji. Un corazón.

Las personas del grupo de autoayuda se comunican entre ellas por mensaje de texto entre reuniones en caso de que hubiera necesidad. El grupo funciona mejor cuando se mantiene compartimentado. Los sentimientos se despliegan solo dentro de los confines seguros de la tienda de donas de Frances y allí se quedan hasta que se evaporan cuando vuelven a la vida normal. Nadie del grupo sale después a beber una copa o a cenar, nadie envía un correo luego de un par de semanas "para ver cómo están todos".

Pero ahora Simon, del grupo, está llamándola. No es un mensaje de texto. Es una llamada. Marin no oye el sonido del teléfono al principio porque el grifo de la tina está abierto a tope y el agua sale con fuerza, pero ve que el nombre de Simon se ilumina en la pantalla cuando sale para tomar la toalla. Observa el teléfono pensando si va a atender o no. Lo que sea que Simon quiere decirle no puede ser bueno y ella no está segura de querer estar para eso. Por primera vez

en mucho tiempo, Marin se siente… normal. Serena. Y quiere que este sentimiento dure, al menos ese día.

Pero entonces recuerda. El hijo de Simon está desaparecido. Solo puede hablar de esto con un puñado de personas en el mundo y Marin es una de ellas. Alcanza el teléfono y mientras se dirige hacia su habitación pulsa el ícono verde para responder.

—Marin, gracias a Dios que has atendido —dice Simon—. Te llamé hace unos minutos, pero no respondiste. —Su voz suena diferente. No parece deprimido, más bien… acelerado. Casi agitado.

—Hola, Simon, ¿qué sucede? —Se sienta en el borde de la cama para quitarse los calcetines. La doble puerta que da al baño de la habitación está abierta y puede ver bien la tina desde donde está sentada. Todavía no está llena, y como es muy grande le quedan todavía unos minutos antes de tener que cerrar el grifo—. ¿Todo bien?

—Acabo de hablar con Frances. Marin…, han encontrado a Thomas. —Escucha las palabras, pero su cerebro no puede comprenderlas del todo. Se queda helada, uno de los calcetines cuelga de su pie a medio salir.

—¿Qué has dicho? —le pregunta, y su voz se escucha como un suspiro estrangulado.

—Frances recibió una llamada de la policía esta mañana para avisarle que habían encontrado a Thomas. —La voz de Simon cambia a mitad de la frase. Se va tranquilizando.

Y entonces ella comprende. La noticia la golpea como un puñetazo en la garganta y de pronto no puede tragar.

—Ay, Dios mío —Marin casi no puede articular palabra—. Oh, Simon. No me digas.

—Han encontrado su cuerpo en una casa donde se drogaban en Stockton.

—¿California?

—No tengo muchos detalles, pero… fue una sobredosis. Y estuvo allí varios días después de… Supongo que los otros jóvenes pensaron que estaba dormido. No llevaba ninguna identificación encima, pero tenía un tatuaje en la muñeca que decía "Frances", y varios de los otros drogadictos confirmaron que lo conocían por el nombre de Tommy.

—¿Cuándo…? —Ella no puede terminar la frase.

—Fue hace dos semanas —responde Simon—. Les llevó bastante tiempo identificarlo. Supongo que no era un tema prioritario.

Ella siente que se desliza del borde de la cama. Su trasero llega al suelo sin hacer ruido. Casi no puede sostener el teléfono en la oreja; es como si todo su cuerpo se hubiera vuelto gelatina. "Oh, Dios. Oh, Frances. Pobre Frances".

—¿Por qué nunca la llamó Thomas? ¿Por qué no volvió a su casa? —dice, pero tanto ella como Simon saben que no pregunta porque espere una respuesta. No hay respuestas. Solo hay más preguntas. Y más dolor.

—No lo sé. —La voz de Simon se va quebrando—. No lo sé, Marin.

—¿Dónde está Frances ahora?

—Me llamó desde el aeropuerto —responde él—. Está camino a Stockton. Debe ir a la morgue para hacer la identificación oficial y ella… —su voz se entrecorta— va a traer el cuerpo a casa.

"Oh, por Dios".

—Voy a llamarla.

—Iba a subir al avión cuando me llamó, pero por supuesto, llámala. Estoy seguro de que le gustará escucharte.

—¿Está enterada Lila?

—Sí, lo sabe. La llamé entre las dos llamadas que te hice a ti.

—Tenemos que estar con Frances cuando vuelva. —La mente de Marin se dispara en mil direcciones diferentes—. Organicemos cuándo reunirnos. Tal vez necesite ayuda para realizar el funeral…

Se detiene y da un grito de horror al escuchar sus palabras. Sus pensamientos dispersos se concentran solo en uno. Uno solo. Y entonces el torrente se desata.

Solloza con tanta fuerza, tan rápido y con tanta furia que casi no puede respirar y siente que su estómago se retuerce. Se le cae el teléfono de la mano y aterriza en la alfombra junto a ella. Se echa a llorar con más fuerza de lo que ha llorado en toda su vida, porque la terrible noticia de Frances es su terrible noticia, y la de Simon y la de Lila; es lo que todos más temen desde el momento en que comprenden que sus hijos han desaparecido. El dolor es tan intenso que siente que se está partiendo en pedazos.

Del otro lado de la línea, Simon solloza tanto como ella.

Porque lo único peor que no saber es… saber.

—¿Marin? ¿Estás allí? —pregunta Simon, pero ella no puede responderle. No puede con esto, no puede procesarlo, es demasiado.

Ella cuelga sin despedirse. Simon lo entenderá. No volverá a llamarla de nuevo ese mismo día. Se pone de pie con dificultad y corre hacia el baño, donde el grifo sigue abierto y el vapor sube desde la tina como un manantial

termal. Llega hasta el retrete justo a tiempo para vomitar el desayuno que tomó en el Four Seasons.

Se quita la ropa y se hunde en el agua, que está casi hirviendo. El calor del agua se siente como miles de pinchazos en su piel, pero el dolor es bienvenido. Quiere desprenderse de su piel, quiere soltar todo lo que le hace daño, quiere ser alguien diferente, cualquier otra persona, porque todo es mejor que ser quien es, que sentir lo que siente.

Está en carne viva por Frances. Thomas solo tenía veinticuatro años. Un adulto, es cierto, pero joven y de la misma edad que la amante de Derek.

Se incorpora, y sale de la tina con prisa sin molestarse en envolverse en la toalla. Chorrea agua sobre el suelo y luego en la alfombra hasta que llega al teléfono para escribirle a Sal.

"Suspéndelo. Lo de J".

Sal le responde de inmediato. "¿Estás segura? No te van a devolver nada".

"Detenlo —le escribe de nuevo—. Ya mismo. Lo digo en serio".

"Le aviso", dice Sal, y aunque Marin no puede escuchar su voz ni ver su rostro, ella percibe el alivio en sus palabras.

Esto no debería haber llegado tan lejos. Todo confirma por qué ella y Sal nunca podrán estar juntos. No se hacen bien el uno al otro. Él es el ello de su ego, el demonio de su ángel, la fuerza magnética que atrae su brújula moral en la dirección equivocada.

Ella puede odiar a McKenzie Li, pero McKenzie Li es la hija de alguien. Alguien la quiere. Alguien llorará su muerte. Y Marin no puede hacerle a alguien lo que acaba de sucederle a Frances y lo que algún día le pueden hacer a ella.

Vuelve al baño y se sumerge de nuevo en la tina. Está completamente llena, lo que significa que hay suficiente agua como para ahogarse.

CAPÍTULO 22

Por supuesto, Marin no va a hacerlo.

Pero lo piensa. Lo piensa todo el tiempo.

No lo dice en voz alta porque la última vez que se le escapó, Derek se asustó mucho y la internó de nuevo en un hospital, donde quedó atrapada durante dos días hasta que se aseguraron de que no trataría de lastimarse a sí misma.

No puede culpar a Derek o a los médicos. Ya había intentado suicidarse antes, después de todo. Un mes más tarde de la desaparición de Sebastian, cuando el FBI les comunicó que la investigación no estaba teniendo resultados, ella se tragó un envase entero de benzodiacepinas con una botella de vino. No recuerda cuándo la encontró Derek e intentó reanimarla, ni los paramédicos, el viaje en ambulancia o el lavado de estómago. Solo recuerda despertar a la mañana siguiente en una habitación del hospital, Derek derrumbado en una silla en el rincón, haces de luz colándose por las rendijas de las cortinas metálicas. Su primer pensamiento coherente fue "Mierda, no funcionó".

Hace unos meses, apareció el cuerpo de un niño en los bosques junto al cuerpo desmembrado de una mujer que no era su madre. Marin estaba en el trabajo cuando leyó el artículo, pero cuando llegó a su casa comenzó a beber de inmediato y se quedó a esperar que sonara su teléfono. Estaba segura de que el FBI la llamaría para confirmar que era Sebastian. No era él, gracias a Dios. Pero para cuando se conocieron las identidades de los muertos, ella había terminado una botella de merlot y estaba revisando el armario del baño de Derek. Encontró lo que buscaba —un paquete de hojas de afeitar nuevas para la máquina de afeitar de su esposo, escondido bajo un montón de toallas— y estaba a punto de abrirlo cuando Derek llegó a casa.

Él entró al baño justo cuando ella estaba guardando de nuevo las hojas de afeitar. Si se dio cuenta de que estaba borracha, no hizo ningún comentario; solo le preguntó si estaba bien. Él también había visto las noticias. Su día había sido igual de duro. Hablaron unos momentos, compartieron el horror ante las informaciones, y eso los unió por unos instantes después de meses de desconexión.

Derek salvó a Marin por segunda vez esa noche. Solo que nunca lo supo.

Esta es su vida ahora. Hecha de buenos momentos, momentos horribles y un total entumecimiento entre los dos extremos.

Tiene la piel rosada como la de un recién nacido cuando sale de la tina treinta minutos más tarde. Después de envolverse en una bata de baño, hace la llamada que ha estado evitando; preferiría hacer cualquier cosa antes que eso.

Suspira aliviada cuando va directo al buzón de voz, como supuso que sucedería. No está segura de estar preparada para hablar con Frances en este momento. Marin le deja un mensaje pidiéndole que la llame cuando lo desee.

—Te quiero —dice Marin al aire vacío del contestador de Frances—. Estoy aquí para lo que necesites, de día o de noche. Lo siento mucho, Frances. Mucho.

Corta la comunicación sintiéndose más impotente que nunca. Es que ofrecer su apoyo es lo único que puede hacer. Es lo único que se puede hacer. No hay nadie que pueda comprender el cóctel de emociones que Frances experimenta en este momento, que seguramente cambian de un minuto a otro. Nadie sabe qué es lo que de verdad necesita. No hay manual de instrucciones para esta situación.

Marin tira el teléfono sobre la cama. Las hojas de afeitar siguen escondidas en el armario del baño. Podría meterse de nuevo en la tina. Podría hacerlo.

Pero no lo hará. Hay otros modos en que puede hacerse daño. Todavía en bata, toma su portátil, la pone sobre la cama e inicia la sesión en una página que no visita hace tiempo. No debe hacerlo. Le prometió al doctor Chen que no lo haría. Podría ir a prisión. La red oscura es ilegal y por esa razón hay que pasar por una gran cantidad de filtros, contraseñas, redireccionamientos y más claves, antes de llegar a los sitios donde están los niños.

Sebastian tiene una pequeña marca de nacimiento rosada con forma de medialuna en su muslo derecho. En los meses posteriores a su desaparición, Marin se obsesionó con buscarlo online, pasando de una foto terrible a otra, a ver si daba con alguna prueba de que su hijo fuera alguno de estos niños. Nunca lo encontró, pero en el proceso de la búsqueda partes de su persona quedaron destruidas. Ningún ser humano puede mirar fotografías como estas sin que una parte de su persona muera.

Este es un lugar solo para los monstruos.

Pero ella necesita mirar. Es como una obsesión. Si su hijo fuera uno de esos niños horriblemente maltratados, lo menos que puede hacer es verlo.

Cuanto más veía, más tenía que beber. Cuanto más bebía, más píldoras ingería. Esto continuó durante meses hasta que en la última cita con el doctor Chen, finalmente le confesó su secreto. La reacción del médico fue contundente contra su actividad en la red oscura.

—Si sintiera la necesidad de mirar, tómese un momento y pregúntese qué la hace sentir de ese modo —le dijo el terapeuta—. Y acepte que es su ansiedad la que la engaña, llevándola a creer que necesita hacerlo para tener una sensación de control sobre una situación que está totalmente fuera de su poder. La ansiedad puede ser muy convincente. No crea lo que le está diciendo. Porque mirar esas imágenes no calmará su ansiedad, Marin, solo va a empeorarla. Lo que ha estado haciendo es autodestructivo y me preocupa enormemente.

El doctor Chen tiene algo de razón. La ansiedad es engañosa. Pero la situación no está fuera del control de Marin, y mientras su computadora va encontrando el camino, ella examina sus manos. Manos que parecen normales; manos fuertes; manos que manejan tijeras afiladas, embelleciendo cabelleras; manos que pueden cocinar, limpiar, abrazar, acariciar y demostrar amor; manos que hacen gestos cuando ella se emociona; manos que protegen.

Manos que sueltan a su pequeño hijo en un mercado lleno de gente un sábado antes de Navidad. Ha imaginado los horrores que puede haber vivido Sebastian en las horas posteriores a que se lo llevara Santa Claus. Ha leído las estadísticas y sabe que los niños de esa edad, si no son encontrados dentro de las veinticuatro horas, seguramente están muertos. Y si no lo están, seguramente hay más horrores esperándolos.

La culpa es de Marin. Toda la culpa. Eso incluye lo que pueda haberle sucedido después. Sus putas manos. Se ha sentido tentada de cortárselas hace unas noches, pero entonces llegó Derek con una tarjeta de aniversario y le preguntó si podían intentarlo de nuevo.

—Has vuelto a casa. —Fue todo lo que ella pudo decir.

—Siempre vuelvo a casa —le dijo—. Siempre volveré.

Derek nunca la ha castigado por la forma en que ella vive su pena. Tal vez ella no deba castigarlo por la forma en que él vive la suya.

Sin embargo, esos pensamientos autodestructivos nunca la abandonan. Pero son solo pensamientos y es mejor que se los guarde; de otro modo, la gente comienza a preocuparse de que ella pueda hacerse daño debido a la fragilidad de su salud emocional.

Después de su internación en el hospital, le prometió a Derek que no lo

intentaría de nuevo. Y en la última cita con el doctor Chen, le prometió a su terapeuta que no volvería a visitar estos sitios.

Está a punto de romper una de esas promesas ahora.

Comienza a navegar, buscando la marca de nacimiento, la medialuna. Busca a su hijo. No conoce a estos niños, pero llora por ellos, llora por sus madres y más tarde llora hasta dormirse.

A veces, en sus sueños, Sebastian está con una familia nueva. Una pobre mujer desesperada por tener hijos que se lo llevó del mercado y lo está criando con todo el amor que Marin y Derek le habrían dado. Y cada día que pasa, Sebastian se va olvidando de ellos, de Marin, y comienza a amar a su nueva mamá. Está bien, está a salvo, está entero.

Y otras veces, en sus sueños, Sebastian grita llamándola. Y sin importar lo que Marin haga, no logra llegar a tiempo. Su pequeño simplemente se desvanece, como una ráfaga de viento que pasa por un instante y luego se va, arrancado por un rostro que no alcanza a ver y que lo lleva a un lugar oscuro donde se esconden los monstruos.

—¿Lo ves? No hay ningún monstruo en la casa de mami —le dijo una vez para darle seguridad cuando le terminó de leer *El monstruo al final de esta historia.* Era uno de sus favoritos cuando era niña y trataba sobre el adorable Archibaldo de Barrio Sésamo, que le teme a un monstruo que aparecerá al final del libro y finalmente descubre que el monstruo es él mismo. "Porque que alguien se vea como un monstruo no significa que lo sea".

Y porque que alguien no lo parezca no significa que no lo sea.

Si Marin recibe alguna vez la llamada que le hicieron a Frances, acabará con su vida.

Les ha hecho muchas promesas a muchas personas.

Esta promesa se la ha hecho a ella misma.

CAPÍTULO 23

Cuando llega al trabajo la mañana siguiente tiene un mensaje de voz de Vanessa Castro en su teléfono.

El primer instinto de Marin es dejar todo y llamar a Derek a su trabajo, para que se enteren los dos juntos de las terribles noticias, pero recuerda que él aún no sabe nada de la investigadora privada. En retrospectiva, es posible que la distancia en la pareja no sea solo culpa de él. Marin también está llena de secretos.

Necesita un minuto para serenarse antes de devolver la llamada de la investigadora y cierra la puerta de la oficina para que nadie la moleste. Recuerda la cena de la noche anterior. Cuando Derek llegó a casa después del trabajo, no había ningún filete en la encimera listo para la parrilla, ni coles de Bruselas gratinándose en el horno. Subió y la encontró sentada en la cama, mirando su portátil y la observó sin hacer comentarios cuando lo cerró de golpe. No le preguntó qué estaba mirando. Le bastó con ver su rostro vacío y embadurnado con las lágrimas para entender al instante que su mujer había tenido una tarde difícil. No le preguntó por qué, porque lo sabía, incluso si no conocía los detalles.

En cambio, la besó en la mejilla.

—¿India, griega o thai?

—Elige tú —respondió ella.

Estaba a punto de disculparse por olvidar los filetes, pero él ya estaba encargando el pedido por teléfono antes de que pudiera hacerlo.

Vanessa Castro nunca llama directamente. Siempre envía un correo primero para coordinar la hora en la que hablarán. En estos días, a nadie le gusta cuando el teléfono suena sin previo aviso; es intrusivo, razón por la cual nadie tiene ya teléfono fijo. El fijo solo puede hacer una cosa: sonar.

La investigadora dijo solo cuatro palabras en su mensaje: Soy Vanessa. Llámeme. Gracias.

Piensa en Frances. Oh, Dios mío. Hace la llamada respirando profundamente.

—Soy Marin —dice cuando la investigadora responde.

—Hola. Disculpa que te haya llamado así, de pronto —dice Castro, tuteándola para aflojar la tensión.

—Dime.

—No se trata de Sebastian —aclara la mujer, y cada parte del cuerpo de Marin se afloja con alivio al escucharla—. Qué torpe he sido, tendría que haberte explicado eso en mi mensaje. Lo siento Marin, estaba distraída. No he querido inquietarte.

—Está bien. —Nada está bien, pero lo estará una vez que el corazón de Marin recupere su ritmo normal y pueda volver a respirar—. ¿Qué sucede?

—McKenzie Li —dice Castro. Al escuchar el nombre, Marin se incorpora, más erguida—. ¿Estás enterada de que ha desaparecido?

—¿Desaparecido? —repite Marin tratando de darle la nota justa al tono de confusión de su voz, intentando reaccionar como si ella no tuviera nada que ver, potencialmente, con el hecho. Pero es que no es posible, cambió de opinión con respecto a Julian; entonces, ¿por qué iba a haber desaparecido esa joven?—. ¿Qué quieres decir?

—La estuve vigilando de lejos… —Castro parece distraída, como si siguiera una línea de pensamiento mucho más allá de lo que están conversando y tal vez leyendo algo en la computadora al mismo tiempo—. Sé que dijiste que tú te encargarías, pero como ya había comenzado a investigar, solo quería seguir un poco…

Marin cierra los ojos. “Mierda mierda mierda”.

—Claro…

—… y hace unas horas, su compañero de apartamento publicó algo en Facebook sobre su desaparición.

Marin se da cuenta de que está conteniendo la respiración de nuevo y se obliga a soltar el aire. Tiene que decir algo y no sabe qué responder. El corazón late como loco en el pecho y agradece a Dios que Castro no le esté dando esta noticia en persona, porque está segura de que la culpa está escrita en su rostro.

—¿Cuándo sucedió?

—Parece que falta desde hace dos noches —responde la investigadora—. Lo suficiente como para preocupar a su compañero porque parece que tenían planes para cenar ayer por la noche.

—Nosotros… Derek y yo llegamos de Whistler ayer. Estuvimos fuera de la ciudad durante el fin de semana.

—Sí, lo he visto en tu Instagram —confirma Castro en tono ausente.

Sus palabras le dan a Marin otro sobresalto. ¿La investigadora privada que ella ha contratado revisa su Instagram?

—No estaba revisando el tuyo —aclara como si leyera la mente de Marin—. Por casualidad esta mañana vi la publicación de Facebook que hizo el compañero de McKenzie y quise verificar rápidamente dónde se encontraba Derek, por si resultaba que estaban juntos. Pero no era así, porque estaba contigo.

—Así es. —Marin duda. No puede imaginar hacia dónde va la investigadora con todo esto y está tratando de procesar que la amante de Derek —su examante— ha desaparecido.

¿Y qué quiere decir con "desaparecida"? ¿Desaparecida como que McKenzie decidió irse, no quiso decirlo y nadie puede saber dónde está? ¿O "desaparecida" como que está muerta y tirada en algún lugar porque Julian la atacó antes de que Sal pudiera detenerlo?

—Derek estuvo conmigo —dice Marin—. Estuvimos… tratando de arreglar las cosas. —Respira una bocanada de aire—. ¿Estás pensando que él ha tenido algo que ver con…

—No, no —responde Castro, y su voz suena más atenta—. Para nada. Pero con la desaparición de McKenzie ya son dos personas que desaparecen en el entorno de tu esposo. Eso lo vuelve el denominador común de las desapariciones.

—Oh… —A Marin no se le había ocurrido pensarlo de ese modo—. De acuerdo, ¿y eso qué significa?

—No lo sé, pero no me gusta. Una persona que desaparece súbitamente en la vida de Derek es una cosa. Dos es… —La voz de Castro se entrecorta de nuevo y Marin se pregunta si está en su oficina, en su casa o en el coche—. ¿Por casualidad bajaste la aplicación del duplicado en tu teléfono? Estoy segura de que te dejé las instrucciones en una nota sobre eso en el archivo.

—Sí. Lo hice. —Marin se esfuerza por poder hablar con normalidad.

—¿Has revisado periódicamente sus mensajes? —pregunta Castro, que es una forma cortés de decir "¿Has espiado a tu esposo y su amante?". Marin tiene aferrado el móvil con tal fuerza que sus nudillos se están poniendo blancos. Toda la conversación la está asustando. Le dijo a Sal con toda claridad que quería suspenderlo todo y su mejor amigo le aseguró que lo había hecho. ¿Qué había pasado? ¿Llegó tarde? En la cafetería Julian le dijo que no pasaría

nada a corto plazo, que esperaría varias semanas para crear una distancia entre la conversación de ellos y el hecho concreto. No ha pasado ni una semana. No puede haberle hecho nada a McKenzie en tan poco tiempo.

A menos que… Julian haya visto una oportunidad. A menos que dado que ella y Derek estarían fuera, eso le diera a Marin —y por extensión a Derek— la coartada perfecta. Realmente perfecta. Nadie podría sospechar de ellos. Los Machado pasaron su fin de semana en Whistler, a más de trescientos cincuenta kilómetros, con cientos de testigos y una cuenta de Instagram que confirma —además de la geolocalización— los momentos más importantes del viaje.

—¿Los mensajes entre ellos decían algo de que McKenzie tuviera intención de viajar a algún sitio?

—No que yo recuerde. —La mente de Marin se dispara en muchas direcciones. Está tratando de recordar los detalles de los mensajes, también qué le había dicho a Sal y lo que él le había respondido, mientras intenta descubrir a dónde apunta Vanessa Castro con estas preguntas. Tiene que estar un paso adelante porque es verdad que Derek es el denominador común. Dos personas importantes en su vida han desaparecido. Una es su hijo. La otra, su amante.

Pero Castro parece olvidar que Marin es el otro denominador común. Sebastian también es su hijo y ella acaba de enterarse de que McKenzie estaba teniendo un romance con su esposo.

Por Dios. ¿Y si Sal no llegó a tiempo a decirle que lo suspendiera? ¿Y si cuando se comunicó con Julian el acto ya había sido consumado? ¿Y si McKenzie Li está muerta por un error de… sincronización? ¿Y si está muerta por culpa de Marin? ¿Qué mierda ha hecho?

Por supuesto no puede decirle nada de esto a Castro. La investigadora es una expolicía, y aunque parece transitar sin muchos escrúpulos la línea entre lo legal y lo ilegal, con seguridad va a hacer que la arresten. McKenzie no puede estar muerta. Tiene que ser una coincidencia. Es joven, impulsiva, cambiante. Seguramente decidió irse y olvidó avisar a los demás. ¿No es cierto?

—¿Marin? —dice Castro y Marin se da cuenta de que la mujer le ha hecho una pregunta y espera su respuesta.

—El último mensaje que vi fue justo antes de salir para Whistler. —Traga saliva agradecida de no estar frente a frente con la investigadora y que no pueda ver cómo trata de recomponerse.

—¿Te importaría enviarme esos mensajes? —Puede escuchar que Castro

escribe sobre un papel. Debe de estar tomando notas—. ¿Puedes hacer capturas de pantalla y mandarlas a mi móvil?

—No puedo. Borré la aplicación y cuando lo hice borré toda la información.

—Qué lástima. —Castro deja de escribir—. Lo entiendo, por supuesto, pero esos mensajes podrían haber sido de ayuda.

Un pensamiento se le ocurre entonces a Marin.

—Puede ser que se hayan salvado en la nube de mi computadora. Todos mis dispositivos se conectan al mismo *backup*. ¿Quieres que lo revise?

—Sí, por favor. Sería fantástico. Si los mensajes están allí, envíamelos todos. Supongo que no habrá mucho. Solo tuviste activa la aplicación durante una semana.

Ni siquiera una semana.

—No hay problema —dice Marin.

De nuevo, la investigadora no interpreta el tono de su voz.

—No te preocupes. Esto seguramente no tiene nada que ver con Sebastian, pero quiero ser cuidadosa e ir al fondo de todas maneras. Doy por sentado que no puedes preguntarle a Derek qué sabe él sobre el paradero de McKenzie…

—No sabe que estoy enterada de la relación —dice Marin antes de que Vanessa termine la frase—. No hemos discutido nada sobre su infidelidad y no pienso hacerlo.

Se hace un breve silencio.

—¿Están…? ¿Crees que la relación con ella se ha terminado?

—Creo que sí. —Es la respuesta más honesta que Marin puede darle—. Obviamente no tengo ninguna certeza, pero tuvimos una maravillosa escapada juntos. Él planeó todo, creo que es… un nuevo comienzo.

Castro no le responde. Marin solo puede imaginar lo que la otra mujer está pensando. Puede percibir su crítica filtrándose por el teléfono, porque eso es lo que las mujeres se hacen entre ellas. Se juzgan. Y ella apuesta a que Castro piensa que ella dejó que Derek se saliera con la suya con demasiada facilidad. Es lo mismo que pensaría Marin si la situación fuera a la inversa. Se siente forzada a romper el incómodo silencio.

—Hazme saber lo que descubras.

—Por supuesto —dice la investigadora.

Se saludan y cortan la comunicación. Marin toma su portátil. No recuerda el nombre del compañero de apartamento de McKenzie, pero sabe que está entre las notas de Castro.

Tarda un minuto en encontrarlo. Abre Safari y entra en Facebook. Busca a Tyler Jansen y en Facebook aparece una lista de Tylers Jansen. El que ella busca es el primero, dado que el siniestro algoritmo de Facebook ya sabe que ella ha visitado el perfil de McKenzie varias veces y, al ser su compañero, Tyler está conectado a McKenzie en las redes. No se había dado cuenta de que Tyler es filipino, lo que demuestra que los nombres de las personas no dicen nada sobre ellas. Es atractivo, veintitantos, con un buen físico de acuerdo con la foto de su perfil. Parece que está atendiendo en un bar y pasándolo muy bien en su trabajo. La configuración es pública y cuando Marin abre su perfil, la publicación sobre la desaparición de su compañera está en primer lugar.

Subió una foto de los dos sentados en un sofá con el gato de ella acurrucado en el medio. Bajo la foto escribió: "Si alguien ha hablado con McKenzie Li, díganle que se comunique con su compañero porque desaparecer así no tiene ninguna gracia".

Tyler publicó el mensaje esta mañana. Hay más de veinte comentarios y Marin los revisa pensando que esto era lo que Vanessa Castro estaba haciendo justo antes de llamarla. De acuerdo con los comentarios de varios amigos y las respuestas de Tyler, hace dos días que no la ven. Según parece, no es anormal que ella se vaya un par de noches, pero aunque se olvide de decírselo con anticipación —algo que sucede a menudo—, siempre le responde los mensajes. Faltó a una cita para cenar la noche anterior y esta mañana, a pesar de numerosos mensajes, no ha respondido. Y ella siempre lo hace, hasta cuando sabe que él está enfadado con ella.

Marin no entiende nada de esto. Si no le está respondiendo a su amigo, realmente debe de estar desaparecida. Se ha ido, de verdad.

Ay, Dios.

Revisa Instagram y su última publicación ha sido el sábado por la noche, una selfi tomada en casa con su gato y una lata que parece de cerveza, pero mirándola con cuidado ve que en realidad es sidra. Nada más después de eso, lo que, según Marin ha observado, es causa de alarma dado que McKenzie publica algo todos los putos días.

Entra en la nube y después de un par de minutos descubre dónde se almacenó la información de la aplicación. Está dentro de un archivo y se la envía a Castro. Lo que sea que la investigadora esté pensando de Derek, él no tiene nada que ver con todo esto. Todo es cosa de ella. Tiene que averiguar qué

es lo que hizo Julian. Y la única persona que puede ayudarla es Sal. Le envía un mensaje.

"¿Estás vivo?".

"Ja —responde—, estoy en Prosser".

"¿Ya has vuelto a ir? —Marin se sorprende—. ¿Todo bien con tu madre?".

"Estamos en el hospital —escribe—. Le están haciendo unos análisis. Por la herida en la cabeza".

Diablos. No quiere preguntarle nada de Julian mientras están en el hospital.

"Dale un beso de mi parte —escribe Marin—. ¿Cuándo vuelves a casa?".

"Esta noche. Estaré en el bar".

"Pasaré por allí —escribe—. Tenemos que hablar".

Los tres puntos parpadean, desaparecen, vuelven a parpadear. Sal parece no poder decidir qué va a decir. Finalmente responde.

"OK".

Lo que sea que Sal sabe sobre Julian y McKenzie —si es que sabe algo— tendrá que esperar.

El resto del día pasa rápido, gracias a una agenda muy apretada en el centro de estética. Termina con su última clienta vip a las ocho de la tarde, pero, accidentalmente, se mancha la ropa con tinte, así que tendrá que pasar por su casa a cambiarse antes de encontrarse con Sal.

Los jeans son la vestimenta apropiada para el Sal's Bar y se cambia rápidamente en su vestidor poniéndose los más usados y cómodos que tiene. Busca un par de botas y, entonces, nota algo extraño, algo que no vio esta mañana cuando se vistió para el trabajo.

Sus más preciados Louboutin han sido movidos de su sitio. Los tacones del diseñador fueron un gasto excesivo, destinados solo para las ocasiones más elegantes, debido a los lazos de cristal en el frente. Estaban fuera de su lugar habitual, que es en la parte inferior de la estantería de los zapatos, y se encuentran a la altura de la vista, delante de su colección de bolsos: uno de los zapatos está de lado para que se vea la suela roja característica de la marca. Como si los hubieran colocado para tomar una foto.

¿Lo hizo Derek? ¿O fue Daniela? Se detiene, piensa. A Derek no le interesan sus zapatos, y Daniela, en diez años que limpia en su casa, nunca ha tocado ningún objeto de Marin. La última vez que usó estos zapatos fue en un baile de Navidad, mucho antes del secuestro de Sebastian, hace más de dos años.

Cuando está llevando los Louboutin a su lugar, un pequeño trozo de papel

cerca del estante de los zapatos le llama la atención. Está arrugado, como si se hubiera caído de un bolsillo. Lo toma.

Es el recibo de un taxi, del Sunshine Cab Co. Seguramente es de Derek. Toma taxis con frecuencia, dice que los prefiere antes que los Uber, lo cual es gracioso porque nunca ha tomado uno. Pero entonces se fija en la fecha y la hora, impresas a la derecha del recibo.

Es de hace dos noches, cuando ella y Derek estaban en Whistler. Marin mira fijamente el trozo de papel, tan insignificante que estuvo a punto de tirar a la basura sin mirarlo. Tarda unos momentos en procesar su significado. Alguien entró en la casa mientras estaban fuera.

CAPÍTULO 24

El Sal's Bar está lleno de gente para ser una noche de lunes. Los Mariners están jugando en la ciudad, lo que explica por qué todos llevan puestas camisetas de béisbol.

Marin rara vez viene por la noche. No está acostumbrada a abrirse paso entre los clientes que gritan ante las pantallas de televisión y los grupos de hombres que la miran con insistencia cuando ella pasa. Es raro estar sola en un bar atestado de gente, pero no aceptó la oferta de Derek de acompañarla. Justo estaba saliendo de casa en el momento en que su esposo entraba y cuando le dijo adónde iba, él la sorprendió con su respuesta.

—Te acompaño —le ofreció, y fue otro nuevo signo de lo diferentes que eran las cosas entre ellos ahora. Hace una semana no le habría dicho nada.

—Solo voy al Sal's Bar a beber una cerveza —dijo conteniendo la respiración —. Le dije que pasaría a verlo. Su madre no está bien.

Sabe que a Derek no le gusta Sal, aunque nunca se lo ha dicho en forma directa. Sal puede parecer brusco y poco sofisticado, y eso lo confunde, porque Derek cree que Sal creció en un medio privilegiado. La bodega gozaba de muy buena reputación y la familia de Sal tenía dinero y tradición. A Sal nunca le interesó nada de eso, que es lo que Derek no puede entender porque su propia familia nunca le dio nada.

—Eres una buena amiga —le comentó Derek—. Ve, yo tengo trabajo que terminar.

—No tardaré mucho —dijo ella aliviada. Se puso de puntillas y lo besó en los labios. Él la atrajo para darle otro beso.

—Te espero despierto.

Derek se está esforzando, resulta muy evidente, y es maravilloso y confuso a la vez. La grieta que se abrió entre ellos después de que Sebastian desapareciera aún está allí, aunque tal vez sea menos profunda. Existen el amor y el afecto, mezclados con enfado y resentimiento, y llevará tiempo desandar todos esos meses sin conexión con su esposo para llegar a tierra firme. Pero por primera vez en mucho tiempo, ella quisiera llegar allí. Por primera vez, desde la

desaparición de su hijo, su matrimonio ha pasado a ser la prioridad. Por hoy, al menos. No hay certeza de cómo se va a sentir cuando averigüe qué le sucedió a McKenzie.

Cuando va hacia el bar, ve a Ginny, la camarera con la que Sal se ha estado acostando. Aunque el pensamiento no le agrada particularmente, su amigo tiene derecho a hacer lo que quiera con quien quiera. Ginny está haciendo equilibrio con la bandeja llena de cervezas que está cargando. Su rostro se ensombrece cuando ve a Marin. Están a poca distancia una de la otra y de cerca se da cuenta de que la camarera es mucho más joven de lo que ella creía. Le había calculado unos treinta y cinco, pero ahora le parece que tiene más bien veinticinco. Diablos. ¿De verdad, Sal?

Trata de sonreírle.

—¿Está Sal por aquí?

—En la oficina. Dejó dicho que fueras allí cuando llegaras. —Ginny hace un gesto con su cabeza en dirección a la habitación del fondo y sigue su camino.

Sea lo que sea que acabe de pasar en el partido de béisbol, la multitud grita entusiasmada. Marin pasa junto a un tipo que le ofrece chocar los cinco. Choca la mano y sigue caminando. Llega a la parte de atrás del bar, a la puerta que se abre hacia un largo pasillo. Los baños están a la izquierda, y la cocina y la pequeña oficina, a la derecha. Si se le puede llamar oficina. Tiene espacio solo para un escritorio y dos sillas. Sal levanta la vista cuando ella llama.

—Hola —la saluda—. Cierra la puerta. No puedo oír ni mi pensamiento con ese ruido.

Ella la cierra y el ruido del local se reduce a la mitad. Le hace un gesto para que se siente, mirándola de arriba abajo cuando ella toma asiento en la silla frente a él.

—¿Me echas de menos? No es lo habitual verte dos veces en la misma semana. Diablos, no suelo verte ni siquiera dos veces en un mes.

Sal parece inquieto y ella tarda unos segundos en darse cuenta de que está nervioso. Y luego unos segundos más en recordar por qué. Él no sabe que ella está aquí para hablar de McKenzie y de Julian. Se acostaron hace pocos días, y sin duda él, su mejor amigo, se prepara para el impacto de escuchar a Marin decir que fue un error tremendo y que no volverá a suceder jamás. Tiene un poco de razón.

—Antes de decir algo más, quiero que sepas que no lo lamento. —Habla con dulzura y los ojos de Sal se agrandan por la sorpresa.

—Yo tampoco —dice él.

—Pero no puede volver a pasar. —Sonríe para suavizar sus palabras—. Estoy casada, Sal, con otra persona. Tú eres mi mejor amigo. Y en este momento, no quiero que ninguna de las dos cosas cambie.

—Entonces, ¿Derek y tú están tratando de arreglar las cosas? —La voz de Sal se tensa.

—Por ahora —responde ella.

Él asiente, secamente, una sola vez. Marin odia ser quien motiva esa expresión en el rostro de Sal, lo que ve en este momento, lo que siempre hace cuando escucha algo que le provoca dolor. Trata de esconderlo, pero su cuerpo se tensa, sus manos presionan el borde del escritorio como si estuviera conteniéndose para no dar un golpe en la mesa con el puño.

—Derek y yo llevamos juntos veinte años —explica ella como si Sal no lo supiera—. Los dos hemos cometido grandes errores.

—Yo te conozco desde hace más tiempo —dice Sal—. Pero si esto es lo que quieres, lo comprendo. No esperaba más de ti.

—¿Es que quieres algo más?

—¿Eso es importante? —Se produce un breve silencio entre ellos. Después de unos segundos, él hace un gesto con la mano—. No te preocupes. Lo entiendo. Estamos bien, Mar. Aunque no es nada divertido que me dejen por segunda vez por causa del mismo tipo. Dos veces.

Los dos saben que no lo dejó en la universidad, ni tampoco ahora. Pero permite que tenga la última palabra porque es lo menos que puede hacer.

—¿Eso es todo? —Sal ladea la cabeza hacia un lado—. Me lo podrías haber dicho por teléfono, no me habría ofendido.

—En realidad, esa no es la razón por la que estoy aquí. —Marin se inclina hacia él, baja la voz aunque no hay nadie en la oficina y no hay forma de que alguien los escuche con el barullo del bar—. Necesito que me confirmes que pudiste detener lo de Julian cuando te envié el mensaje ayer.

—¿Julian? Sí, claro, lo hice. —Sal afila la mirada de sus ojos oscuros—. ¿Por qué?

—McKenzie ha desaparecido.

Él parpadea.

—¿Quién?

—La otra mujer que Derek estaba… viendo. —Se le ocurre de pronto que tal vez ella nunca le dijo a Sal el nombre. Solo le mostró la foto de McKenzie, la

selfi del desnudo que estaba como fondo de pantalla del móvil de Marin. A partir de entonces, la cambió por una foto de ella y Derek en Whistler.

—Se ha ido.

Ahora es Sal quien se inclina hacia ella.

—¿Qué quieres decir con "ido"?

—No ha vuelto a su casa desde ayer. Su compañero de apartamento publicó algo en Facebook. —Saca su teléfono y le muestra el estado de Tyler en Facebook.

—¿Ahora también estás vigilando a su compañero? —Sal entrecierra los ojos ante la pantalla. Necesita gafas de lectura, igual que ella, pero como Marin, se niega a usarlas.

—Por supuesto —dice ella—. Le había pedido a la investigadora que indagara el asunto, lo que en retrospectiva no debería haber hecho, considerando que casi contrato a Julian para que… —Su voz se quiebra, y carraspea—. Ella señaló que ahora son dos las personas desaparecidas de la vida de Derek. Dice que Derek es el denominador común.

Sal se queda helado.

—Entonces, ¿todavía está investigando a la novia de Derek?

—Ya no es la novia de Derek —le responde Marin.

—Novia, amante, lo que sea. —Sal resopla—. Por favor, Mar. Se suponía que le dirías a la investigadora que se retirara del tema. Lo último que necesitas es tenerla husmeando cerca del negocio de Julian —agrega haciendo una mueca —. No va a terminar bien. Te lo aseguro.

—Se lo dije. Pero ella respondió que ya había comenzado a investigar.

—¿Cree que tal vez la misma persona tuvo que ver con las dos desapariciones, que tiene algo que ver con Derek?

—Bueno, ¿qué otra cosa se supone que debe pensar ella? —Marin se inquieta y su voz suena más cortante de lo que se propone. Respira y trata de suavizar el tono—. Supongo que es lógico. Y es bueno, para Julian, digo. La investigadora no sabe nada de él. No sabe lo que yo traté de hacer.

—No trataste de hacer nada —dice Sal con énfasis—. ¿Me entiendes? Te reuniste con un amigo mío en la cafetería. Comieron algo. Al día siguiente, en un acto de generosidad sin ninguna relación con ese encuentro, donaste una buena cantidad de dinero a una obra de caridad. Eso es todo lo que hiciste, ¿queda claro? Al menos eso es todo lo que alguien podría saber que hiciste.

—¿Y qué pasa con lo que Julian sabe?

—Ese tipo no le va a decir nada a nadie —aclara Sal—. Si te dijera la cantidad de personas para quienes él ha lavado dinero, no lo podrías creer. Nombres muy conocidos. Nunca hablará. Es una cuestión de códigos de honor entre los tipos como él.

—¿Tipos como él? ¿Cuántos tipos como él conoces?

—Unos cuantos.

—Por Dios, Sal.

Él se inclina para tomar su mano.

—Marin. No hiciste nada, ¿me entiendes? Lo que sea que le haya pasado a la novia de Derek no es culpa tuya. —Se queda pensando un momento—. El día que fuiste a verla a la cafetería: ¿pagaste con tarjeta de crédito o con efectivo?

—Eh… —Tarda un instante en recordarlo—. Con efectivo. Dejé el vuelto en un tarro para las propinas. ¿Por qué? ¿Crees que la policía podría interrogarme?

—Solo si supieran que estuviste allí —responde Sal—. Pero no lo sabrán. Además de su compañero, ¿hay alguien más buscándola?

La mente de Marin funciona a toda máquina.

—¿Estás seguro de que le dijiste a Julian que yo había cambiado de idea?

—Seguro.

—¿Y tienes la certeza total de que recibió tu mensaje?

—Mar, no hubo ningún mensaje. Hablé con él. —Sal pone los ojos en blanco, visiblemente molesto de tener que volver a explicarlo—. Le dije con toda claridad y sin lugar a dudas que tú no querías seguir adelante. No te voy a mentir, no le sentó nada bien; dijo que ya había puesto en marcha algunas cosas. Le repetí que diera marcha atrás con lo que hubiera dispuesto. Estuvo de acuerdo, pero dijo que no te devolvería el dinero. Le informé que tú esperabas recibir el comprobante de la donación.

Ella suspira aliviada, sintiendo que se libera de un enorme peso.

—¿Y, entonces, qué es todo esto? ¿Cómo puede ser una coincidencia su desaparición?

—No lo sé. —Sal se encoge de hombros—. Y honestamente, no me importa nada, y me sorprende que te preocupe a ti. Es joven y probablemente muy impredecible. Tal vez salió, volvió a su casa y se olvidó de comentárselo a su compañero. Nada de esto tiene ninguna conexión contigo; entonces, ¿por qué habría de preocuparte? ¿Querías que se fuera? Se ha ido. Tú estás de nuevo con Derek, así que es como si ella no hubiera existido, en cualquier caso. —Hace

una pausa y se mordisquea el labio inferior—. Es como si nunca hubiera sucedido.

—¿Estás hablando de ellos o de nosotros?

Sal no responde. Está enfadado. Ahora se da cuenta.

—Sal, ¿estás enfadado conmigo?

—No, no lo estoy. —Desvía la mirada unos segundos mirando a la pared y luego suspira—. De acuerdo. Tal vez un poco. O puede ser que me sienta más bien herido. Supongo que siento que me has usado.

—¡Sal! —Casi se echa a reír. Es lo último que esperaba escucharle decir—. ¿Usarte? ¿Lo dices en serio?

—Un poco. —Levanta una ceja—. ¿Qué? ¿Te parece tan difícil creerlo? ¿Es que los tipos no pueden sentirse usados y desechados como el periódico de ayer?

—¿Con todas las relaciones ocasionales que tú tienes…? —Ella también alza una ceja, tratando de mantener un tono desenfadado.

—Nunca iba a ser algo ocasional contigo —dice Sal en voz baja—. Sé que tú lo sabes y por eso lo hiciste. Porque sabías que yo no te lo negaría. Porque tú eres lo opuesto a una relación pasajera, Marin. Te aprovechaste de eso. De mí. Pero lo entiendo. ¿Qué me dijiste una vez? ¿Después de la muerte de mi padre? Dijiste que tú le hacías daño a la gente… le hacías daño a la gente.

Se miran y, por unos segundos, mientras Sal lo permite, su rostro muestra su sufrimiento.

—Sí, creo que lo vi en *The Oprah Winfrey Show* —dice, y ambos se echan a reír. La risa rompe la tensión y los dos se relajan.

—Tienes toda la razón —admite ella—. En todo lo que dices. Yo lo sabía. Necesitaba sentirme cerca de alguien. Quería que me desearan, que me hicieran sentir bella, que me vieran. Y tú siempre me haces sentir así. Y por eso siempre te querré.

—Como amigo —aclara él.

—Más que un amigo. —Marin quiere que él sienta que es verdad, porque lo es—. Mucho más que un amigo. Pero… no como un esposo.

Sal asiente despacio.

—Claro, se entiende.

—Siempre voy a querer que seas parte de mi vida. No me dejes, Sal. Enfádate conmigo todo lo que quieras, pero nunca me dejes. No podría sobrevivir si lo hicieras.

—Nunca lo haré. —No la mira a los ojos, pero le estrecha la mano.

—¿Estamos bien?

Él la mira finalmente, con una sonrisa que no llega a expresarse en sus ojos.

—Vamos, mujer. Nunca estuvimos mal.

—Entonces, ¿puedes hacerme un favor? —pregunta ella—. ¿Puedes confirmarlo con Julian de nuevo, cuando me vaya, y asegurarte de que él no le ha hecho nada? Hazme ese favor, te lo ruego.

—Ya te lo he dicho —insiste Sal, pero se detiene—. ¿Sabes qué? Claro que puedo llamarlo. Si eso te permite dormir en paz. —Hace una pausa—. ¿Qué otra cosa dijo la investigadora? ¿Alguna novedad de Sebastian?

—Nada. —Es el turno de Marin de suspirar con frustración—. Ni siquiera hablamos de él. Pero cuando me llamó, casi me desmayo. Suele enviarme correos. Estaba segura de que serían malas noticias.

Se quedan en silencio unos momentos y entonces su móvil emite un sonido de notificación. Es un mensaje de Derek.

"¿A qué hora llegas? Estoy haciendo palomitas y no quiero ver solo *Stranger Things*".

El mensaje la hace sonreír.

—Debo irme —le dice a Sal.

Él se pone de pie y rodea el escritorio para darle un abrazo. Ella lo estrecha más fuerte que él y parece que le ha roto el corazón por segunda vez en veinte años.

En realidad, retira lo primero que dijo cuando llegó al bar. Sí, lo lamenta. No por lo que hicieron, sino por cómo lo afecta a él.

Cierra la puerta de la oficina y se topa con Ginny en el pasillo. Ella sale del baño de mujeres y se nota que acaba de retocarse el lápiz labial y también el peinado. Se debe de haber puesto perfume porque Marin puede olerlo a distancia.

—Hola.

—¿Sal está todavía en su oficina?

—Sí, está allí. —Marin la deja pasar por el estrecho pasillo. Están muy cerca; los hombros se rozan al pasar—. Es todo tuyo.

—Me haces gracia —dice la joven, y Marin se vuelve para mirarla. La voz de Ginny es gélida y su mirada son como dos puñales—. Sal nunca será de nadie, gracias a ti.

CAPÍTULO 25

El funeral de Thomas Payne se celebra en la iglesia de St. Augustine, el mismo lugar donde Marin conoció a Frances, Simon y Lila. La capilla tiene buen tamaño y caben hasta cuatrocientos feligreses. En esta mañana lluviosa de martes, solo hay unas treinta personas en las tres primeras filas.

Es difícil saber qué decirle a Frances. La líder extraoficial del grupo recibe a Marin, Lila y Simon, que llegan juntos. Los tres se reunieron antes para poder enfrentar este día como un equipo. Frances está pálida, pero su mirada es decidida. Lleva un vestido negro suelto, un chal negro y zapatos negros, y su pelo largo y canoso está rizado y un poco descuidado. Marin nota que se ha pintado los labios de un rosado brillante por primera vez desde que la conoce, un tono que le aporta algo de color a sus mejillas. Frances los abraza largamente uno por uno, dándoles la oportunidad de que digan lo que necesiten decirle, aceptando sus condolencias con una sonrisa que les deja saber qué contenta está de tenerlos allí. Marin sigue a Simon y a Lila al asiento de la segunda fila. Es difícil apartar la mirada del ataúd de madera oscura laqueada frente al altar, cubierto de flores blancas y flanqueado a los lados por dos grandes fotografías ampliadas de Thomas.

—Frances está llevando esto como una campeona —susurra Lila, mordisqueándose el pulgar—. Pensé que iba a estar hecha un desastre.

—Es verdad. —Era exactamente lo que estaba pensando Marin. Había esperado ver a Frances en estado de shock, al borde del colapso, pero la mujer parecía justo lo opuesto.

Los tres miran fijamente el ataúd cerrado. Las fotos enmarcadas que lo rodean muestran dos versiones muy distintas de Thomas Payne. La de la izquierda es una fotografía que Marin ya había visto. Es la que Frances siempre le enseña a la gente cuando habla de su hijo, la misma que publica en Facebook cada año para su cumpleaños. En ella tiene quince años, tambaleándose torpemente en el precipicio de la edad adulta, con buenos dientes y acné en las mejillas. Su cabello rojizo, el mismo color que había tenido el de su madre, está escondido en una gastada gorra de los Mariners. En la foto de la derecha,

Thomas ya es un hombre. Marin nunca había visto esta foto y no tiene ni idea de dónde la sacó Frances o qué tan recientemente se tomó. Muestra a un Thomas adulto, el rostro cincelado pero hundido, la cabeza casi rapada. Está reclinado sobre el muro de un edificio de ladrillo, vestido con unos jeans sucios y una camiseta negra, lastimosamente flaco, quemado por el sol, con un cigarrillo que le cuelga de los labios resecos. Sus ojos están como hechizados. Podría parecer que tiene treinta y cuatro años en vez de veinticuatro, y aunque hay indicios del hombre guapo que podría haber sido si no hubiera pasado los últimos nueve años en la calle y enganchado a las drogas, es una fotografía difícil de mirar. Tal vez por eso Frances eligió mostrarla. Marin no ha conocido nunca a nadie menos capaz de fingir, y puede entender que Frances no quiera hacer fingir que su hijo murió con el aspecto del adolescente que dejó su casa.

—¿Me puedo sentar con ustedes?

La voz saca a Marin de su ensoñación. Jamie, la nueva integrante del grupo, está de pie al extremo de la fila. Marin casi no la reconoce. Lleva un vestido negro ajustado y tacones altos, y su pelo está bien peinado, muy diferente al desastre de mechas grasientas de la vez que la conocieron. No avisó a Jamie sobre el funeral —honestamente, se había olvidado por completo de ella—, así que o Frances la llamó o Jamie vio algo en la página de Facebook del grupo.

—Por supuesto. —Marin deja de lado su sorpresa y se vuelve a Lila y Simon —. Jamie está aquí. Háganle sitio.

Todos se mueven y Jamie se sienta junto a Marin.

—¿Cómo estás? —pregunta Marin.

—Ya sabes, nunca sé cómo responder a esa pregunta.
—Jamie habla con suavidad, mirando a Lila y a Simon para saludarlos con un gesto de la mano—. Siento que si digo "bien", la gente pensará: "¿Por qué estás bien? Tienes un hijo desaparecido". Si digo "muy mal", todos se sienten mal y molestos y lamentan haber preguntado.

—A mí me gusta responder "me las estoy arreglando"
—dice Marin, y le sonríe. Sabe perfectamente lo que siente la otra mujer—. Les recuerda que estoy pasando por una situación difícil, pero no hace referencia a si estoy bien o mal.

—"Me las estoy arreglando". —Jamie repite la expresión—. Me parece bien.
—Se sientan en silencio por un momento y luego ella dice:

—Casi no vengo.

—Frances lo habría entendido.

—Es que tenía que verlo en persona. —Jamie parece estar hablándose más bien a sí misma—. Solo hay tres posibles resultados para nuestros niños: siguen desaparecidos para siempre, los encuentran sanos y salvos o los encuentran muertos. Tenía que ver cómo es uno de esos resultados. Para… prepararme.

El pianista de la iglesia comienza a tocar los primeros compases de Amazing Grace y se hace un silencio entre los participantes de la ceremonia. Se los invita a abrir el libro de los himnos y cantar juntos, pero Marin no necesita ver la letra. La sabe de memoria.

—Detesto todo esto —dice Lila cuando el pastor se acerca al púlpito—. Sé que es egoísta por mi parte, pero este es literalmente el último lugar donde quisiera estar. No quiero estar aquí.

—Lo sé —susurra Marin—. Pero es por Frances. Es lo menos que podemos hacer.

La recepción posterior a la ceremonia es en Redondas Tentaciones, y si bien la puerta de entrada no está cerrada con llave, un cartel informa a los clientes que la tienda de donas está cerrada por un evento familiar. Frances ha encargado sándwiches y algunos platos vegetarianos que no son tan buenos como las donas y el café, pero casi todo el mundo está comiendo. Hay varias personas que Marin reconoce de las primeras reuniones a las que fue cuando se unió al grupo, pero más allá de un saludo y un breve intercambio de palabras, los miembros más antiguos no se interesan mayormente por los actuales integrantes. Sin importar por qué dejaron de asistir, ellos eligieron no ir más y a ninguno le resulta cómodo estar allí. Se sientan del otro lado de la iglesia. El exesposo de Frances, a quien Marin solo había visto en fotos cuando era mucho más joven y más delgado, ahora es calvo, usa barba y está gordo.

Está apiñado en un rincón con su segunda esposa y su hijo, un muchacho tranquilo de unos doce años que se parece sorprendentemente a Thomas cuando tenía quince, excepto por el cabello pelirrojo. El exesposo ha estado llorando casi todo el tiempo desde esta mañana, con sollozos desgarradores, y su mujer parece no tener ni idea de cómo consolarlo.

Marin se sienta en un rincón con Lila, Simon y Jamie. Le envió un mensaje a Sadie para decirle dónde estaría, pero no le dijo nada a Derek. Él nunca asistió al grupo, así que no tiene sentido compartir con él estas terribles noticias. No ha pasado ni media hora desde que llegaron a la recepción y Marin ya perdió la cuenta de la cantidad de donas que Simon se ha comido. Jamie le está pidiendo

consejo sobre modelos de coches —está considerando comprarse un Highlander— y Lila está mirando en Facebook el perfil de una mujer que cree se está acostando con su esposo. Marin no conoce aún la historia de Jamie, pero tal vez ella la comparta en la siguiente reunión.

Siempre que haya una próxima reunión, tomando en cuenta dónde están hoy.

—Digo, ni siquiera es bonita. —Es la tercera vez que Lila lo repite, y le muestra a Marin otra foto de la supuesta amante de su esposo. Marin asiente; no le diría nada aunque no estuviera de acuerdo.

La otra mujer no es ciertamente una supermodelo, pero a decir verdad, por qué debería serlo.

Es una persona común.

—Lo que digo es que, vamos, ¿qué ve Kyle en ella?

Él ve que no eres tú, piensa Marin, pero de nuevo calla. No es lo que Lila necesita oír.

—Tú te ves mucho mejor.

—¿Puedes creer que continúa negándolo todo? —Lila sigue mirando su teléfono—. "Solo somos amigos, querida, relájate". Pero uno no sale a tomar copas y a bailar hasta la madrugada con una mujer que es solo amiga. Sé que se está acostando con ella. Lo sé. Lo siento.

—Enfréntate a ella —dice Simon con la boca llena de una dona rectangular con crema de arce—. Si él no lo admite, tal vez ella lo haga.

—Es una pésima idea. ¿Qué lograría con eso? —Marin le echa una mirada a Simon y él se encoge de hombros como diciendo "¿qué pasa?". Se vuelve hacia Lila —. No necesitas que Kyle lo admita. Tu intuición no miente, y nadie lo conoce a él mejor que tú. Pero recuerda que lo que sea que esté haciendo, no se trata de ella. Se trata de él. Lo que sea que deban resolver es entre ustedes dos. Ella podría ser cualquiera. Ella no tiene importancia.

Marin debería haber seguido su propio consejo. Es una hipócrita; sabe perfectamente cómo se siente Lila. Acosó a la amante de Derek en su lugar de trabajo, por Dios, y terminó en una cafetería a medianoche con un extraño, hablando sobre un asesinato. Qué locuras se cometen cuando sientes que te ahogas. Cuando el agua te tapa la cabeza, te aferras a lo que sea con tal de poder respirar.

Aparte del romance de Derek, la cantidad de decisiones terribles que Marin ha tomado a partir de la pérdida de su hijo la llenan de horror y vergüenza.

McKenzie Li es de la misma edad que Thomas. Podría ser ella quien estuviera dentro del ataúd si Marin no hubiera recapacitado.

De pronto la tienda de donas se vuelve asfixiante y se da cuenta de que está sudando. Se levanta tan de repente que casi tira una silla.

—¿A dónde vas? —pregunta Lila levantando la vista del teléfono—. ¿Estás bien?

—Solo necesito un poco de aire fresco. —Marin trata de sonar normal, pero le está subiendo la temperatura. Las paredes parecen venírsele encima para asfixiarla. Si no sale ya mismo, siente que va a desmayarse. Thomas está muerto, Sebastian sigue desaparecido, McKenzie está desaparecida y ella está sentada con dos amigos, y tal vez con otra amiga nueva, cuyos hijos también se han ido. Todo esto es demasiado—. Vuelvo enseguida.

Marin atraviesa la tienda hacia la parte de atrás y empuja la puerta con ambas manos. La recibe una fría ráfaga de aire matinal. El frío sobre su piel húmeda es dolorosamente vivificante, como una necesaria bofetada para despabilarla.

Frances está sentada sobre una mesa plegable junto a la puerta, fumando. Sus miradas se encuentran y Marin ve que el cigarrillo en los labios de la mujer no es de tabaco. El penetrante aroma dulzón de la marihuana suspendido en el aire llega a las fosas nasales de Marin.

—Perdona —le dice a Frances, y las palabras salen de su boca como un suspiro. Intenta concentrarse después de la huida del claustrofóbico salón y se siente fatal por irrumpir en un momento personal de una madre en duelo—. No me he dado cuenta de que estabas aquí fuera. Puedo volver a entrar.

—No te preocupes. —La voz de Frances suena un poco más grave que lo habitual. Se mueve unos centímetros—. ¿Quieres sentarte?

—Realmente, no te quería interrumpir…

—Marin, no estás interrumpiendo. —Frances da una palmada a la mesa para dejarlo claro. Le da otra calada a su porro—. Ven, siéntate junto a mí. Así me abrigas un poco. Hace frío aquí afuera.

Marin sube a la mesa y se sienta junto a su amiga. La madera está helada bajo su trasero y tiembla un poco hasta que comienza a calentar el asiento. Considera la posibilidad de volver a entrar para buscar su abrigo, pero la energía dentro del local es demasiado sofocante.

—¿Cómo estás? —le pregunta a Frances con dulzura.

La mujer no responde y Marin recuerda la breve conversación que ha tenido en la iglesia con Jamie. “¿Cómo estás?”. Es una pregunta difícil de responder

para todos ellos en un día ordinario, pero en el día del entierro de su hijo, ¿qué espera que diga Frances? La última vez que se vieron, la semana pasada, las dos estaban en la misma situación. Las dos tenían hijos desaparecidos.

Hoy todo es diferente. Thomas ya no está desaparecido.

—Aunque no puedas creerlo, anoche realmente pude dormir —dice Frances —. Dormir de verdad. Caí rendida a eso de las once y me desperté esta mañana exactamente en la misma posición en la que me dormí.

—Me parece que eso es bueno —dice Marin—. Ha sido un momento muy estresante para ti. Necesitabas descansar.

—No soñé nada. —La mujer suelta otra larga bocanada de humo que asciende en espiral en el aire helado hasta desaparecer. Le ofrece a Marin una calada, pero ella niega con la cabeza y le sonríe. No ha fumado un porro desde la universidad—. O si soñé, no lo recuerdo. Todo lo que sé es que abrí los ojos y eran las siete de la mañana y me moría de hambre, así que bajé y me preparé una tortilla de cuatro huevos con champiñones, jamón y queso. Me lo comí todo.

—¿Cuatro huevos? Pensé que no desayunabas.

—Normalmente no —responde Frances—. Pero tenía mucha hambre. Y después volví a subir, me di una ducha y lloré como un bebé. Lloré con desesperación, y ustedes ya saben que yo no lloro. Me quedé tanto rato bajo la ducha que vacié el depósito y el agua empezó a salir fría.

—Oh, Frances… —dice Marin, pero su amiga no la está mirando. Está con la mirada fija en el porro que acaba de fumar casi hasta el final—. Has perdido a tu hijo. ¿Qué otra cosa se supone que hagas? ¿Cómo se supone que te sientas?

Frances levanta la mirada.

—El tema es, Marin, que no lloraba porque me sintiera triste. No es que no lo esté —dice observando el rostro de Marin en busca de algún atisbo de crítica. No había nada de eso—. Por supuesto que estoy triste. Estoy devastada. Pero lloré porque me sentía… culpable.

—¿Culpable de qué?

—De sentirme tan condenadamente aliviada. —Mira de nuevo hacia abajo —. Porque se terminó. Por fin sé dónde está mi hijo. ¿No es espantoso? ¿No es lo peor que podrías oír decir a una madre? Mi hijo está en un ataúd, y yo estoy aliviada de saber que él está allí. Quiero decir, ¿qué diablos es esto, Marin? ¿No es horrible? Lo voy a enterrar mañana. Voy a poner a mi hijo bajo tierra. ¿Cómo puedo sentir otra cosa que no sea tristeza?

Marin busca la mano de Frances para estrecharla. Está tan fría como la suya, y la piel que cubre los nudillos parece fina como el papel.

—Pero se ha terminado —dice Frances—. Tal vez no tenga todas las respuestas a mis preguntas, pero al menos ya no tengo que esperar que vuelva a casa. He sufrido problemas en las lumbares durante más de una década…

—Sí, sé que has estado viendo a un quiropráctico.

—… y esta mañana, cuando desperté, no necesité tomar el calmante. Lo que necesitaba era comida. Mi espalda está mejor de lo que ha estado en años. Es como si ya no existiera más el miedo. Desde que Thomas desapareció, he estado esperando esa llamada, ese golpe en la puerta de alguien que venía a decirme que mi hijo estaba muerto. Lo he soñado, lo he temido y me ha aterrado la idea, como si la noticia fuera un fantasma a punto de saltarme encima y atraparme. Pero en ese miedo también hay esperanza.

Marin asiente. Lo comprende perfectamente.

—Y esa esperanza es lo que te fuerza a quedarte allí. Esa esperanza es lo que te mantiene atrapada dentro de esa nada emocional de la espera, donde no se puede avanzar y tampoco retroceder. Lo único que puedes hacer es girar en el mismo sitio porque no hay ninguna orientación, porque no sabes…

Se detiene, las palabras se quiebran en su garganta y Marin ve que los ojos de su amiga se empañan. Ver a Frances llorar es desgarrador.

—Y ahora se terminó —dice Frances—. No es la respuesta que quería, pero era la respuesta que tenía que esperar.

Su voz se entrecorta y Marin se estremece.

—Lo siento, Marin. —La voz de Frances suena ronca. Tira al suelo la colilla del porro y toma la otra mano de Marin—. Sé que es de una insensibilidad brutal decir esto. En especial decírtelo a ti. No estoy sugiriendo en absoluto que esto es lo que pasará con Sebastian, es solo… lo que siento en este momento. Yo.

—Ni se te ocurra disculparte —dice Marin, sin querer agregar más dolor a su amiga al admitir su propia pena—. Te sientes como te sientes, y debes poder expresarte. Dios sabe que ya has sufrido demasiado.

Frances le estrecha las manos.

—No deseo esto para ti, ¿lo entiendes? —Su voz está cargada de ansiedad, exigiendo que Marin la mire directo a los ojos—. No deseo esto para ti, o Simon o Lila o a ninguno de los que están en el salón y cuyos hijos todavía andan por allí. Este no es el final por el que recé tanto.

—Lo sé, te aseguro que sí.

—Pero, Marin, estoy agradecida. —Frances inspira profundamente—. Estoy muy agradecida de que la pesadilla de no saber se haya terminado. Y ahora me siento… me siento…

Frances comienza a sollozar de nuevo, desplomándose sobre su hombro, y Marin la toma en sus brazos y se echa a llorar también por la pérdida de ella, su pena, su culpa, y por su propia pérdida, su propia pena y su propia culpa. Llora porque quiere a Frances y siente su dolor.

—¿Qué sientes? —Marin susurra abrazándola, acariciándole el pelo—. Dímelo.

—Me siento libre.

Marin continúa abrazándola un rato más, hasta que Simon aparece para buscarlas y es momento de volver a entrar. Y todo lo que Marin puede pensar, mientras ve a su amiga circular entre la gente, asegurándose de que sus invitados tengan sándwiches, comida vegetariana, donas y café, es que le da rabia lo que dijo su amiga. Le da rabia que se sienta así, que lo confiese, que sea verdad. Frances se ha liberado.

Marin siente celos y se odia a sí misma por eso.

CAPÍTULO 26

Durante cuatro o cinco segundos, cuando se despierta, Marin no recuerda nada. Todo parece normal, igual que cualquier persona que se despierta y sale del sueño.

Y entonces se da cuenta. Y es como si lo perdiera de nuevo. El dolor es intenso, paralizante, una presión insoportable sobre su pecho que amenaza con partir sus huesos y pulverizar sus músculos, exprimiéndole la vida porque se ha atrevido a hacer algo tan simple y natural como despertarse.

Marin abre los ojos y fija su vista en un punto en el techo. Inspirar, exhalar. Inspirar, exhalar. Después de unas doce respiraciones, el dolor en el pecho disminuye.

Han pasado cuatrocientos noventa y tres días.

Se gira en la cama y alcanza el teléfono para ver quién ha enviado el mensaje que la ha despertado. "¿Estás viva?".

Le responde a Sal con los dedos todavía adormecidos —"Buenos días"— y vuelve a colocar el teléfono en la mesa de noche. Nunca entenderá cómo Sal puede manejar un bar por la noche y despertarse antes que ella. Nunca ha necesitado dormir mucho. En la época de la universidad, se metían juntos en la cama a las dos de la madrugada, excitados y medio borrachos; el alcohol dentro de su organismo no afectaba en nada su desempeño sexual. A la mañana siguiente, ella se despertaba con el olor del beicon friéndose y los huevos revueltos que él preparaba para desayunar juntos. Nada que ver con Marin, que no funciona con menos de ocho horas —nueve es lo ideal— y que no ha dormido sin la ayuda de medicación desde hace cuatrocientos noventa y tres días.

Después del funeral de Thomas, Jamie y ella salieron de Redondas Tentaciones al mismo tiempo. Se detuvieron para conversar junto a sus coches, que una vez más estaban aparcados uno al lado del otro. Tal vez fue el efecto catártico del funeral, que les permitió a todos una buena descarga de llanto en varios momentos del día, lo que hizo que Jamie finalmente le revelara a Marin su historia. Su hija había desaparecido hacía poco más de dos meses,

secuestrada por su exesposo, al que Jamie describió como un narcisista. Marin conocía la palabra, pero no en su sentido médico, y Jamie se lo explicó.

—Aaron tiene un ego tremendo y detesta aquello que no refleja lo maravilloso que él piensa que es. Todo tenía que ser perfecto siempre. Quería la casa perfecta, el trabajo perfecto, la esposa perfecta, la hija perfecta. Me criticaba todo el tiempo: qué comía, cómo me vestía, cómo me peinaba. Monopolizaba todas las conversaciones, menospreciando a cualquiera que no estuviera de acuerdo con él. Perdíamos a los amigos por ese carácter odioso. Su arma secreta, sin embargo, era hacerme sentir que me estaba volviendo loca. Lo hacía muy bien y durante años pensé que yo era hipersensible a muchas cosas, cuando ahora me doy cuenta de que él se comportaba como un desgraciado. Al final, me fue infiel —dijo Jamie encogiéndose de hombros— y tuvo el descaro de echarme la culpa: que si yo me hubiera cuidado más y lo hubiera cuidado más a él, no habría sentido la necesidad de hacerlo.

—Qué hijo de puta —dijo Marin, y lo sintió así realmente.

—A decir verdad, fue un alivio descubrirlo. Al menos, tenía por fin un motivo concreto para abandonarlo, algo que pudiera explicar en una sola frase si alguien preguntaba. Decir que uno se separa de alguien porque es agotador, cruel, manipulador y un mentiroso es un poco complicado. —La sonrisa de Jamie está cargada de amargura—. La batalla por la custodia fue desagradable. Yo quería la custodia total de Olivia, y él también. Me arrastró por el fango, pero el juez al final se puso de mi lado. Unas semanas más tarde, él se la llevó. La esperó frente a la casa de una amiga, dos horas antes de la hora acordada para buscarla. La madre de su amiga —al tanto de la situación— no estaba en casa. Solo se había quedado la abuela, que vio que mi hija corría hacia su padre y no se preguntó si ese padre tan guapo y encantador debía estar allí o no. Me enteré de que se había llevado a Olivia dos horas después. Dos horas —repitió con voz temblorosa.

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Once años.

—¿Se activó la alerta de menores desaparecidos?

Jamie asintió.

—Sí. Sobre la base de cosas que había dicho durante la disputa por la custodia, yo tenía razones para creer que se la llevaría lejos y no la devolvería. Encontraron su coche a unos kilómetros en el aparcamiento de un centro

comercial. No había forma de saber qué otro coche podría haber tomado después, ni hacia dónde se dirigieron.

—Lo siento mucho —dijo Marin.

Jamie la miró.

—Yo también lo siento mucho —dijo ella—. Sé que todos tenemos nuestras historias especiales, pero creo que dije algo equivocado cuando estuve en el grupo la semana pasada. Al final de la reunión, les comenté que me sentía mejor, y no fue justo.

—No pasa nada…

—Sí, sí que pasa —dijo ella—. No fue justo para ustedes. Más allá de los problemas que tiene mi exesposo, y créeme, tiene muchos, él adora a Olivia. Donde sea que estén, donde sea que terminen, él nunca va a hacerle daño. De eso estoy segura. A diferencia de ti, de Simon y de Lila, y de Frances, hasta que tuvo noticias de Thomas, yo no vivo con el miedo constante de que Olivia no sobreviva. El único miedo es no volver a verla. No porque se muera, sino porque él la ponga en contra mía. Eso es exactamente lo que él haría, pintarme como la villana para que ella no quiera regresar a casa jamás. —Mira hacia el cartel amarillo chillón de Redondas Tentaciones y luego a sus zapatos—. Por eso me sentí mejor después de la reunión del grupo. Sé que soy una mala persona. Lo siento.

—No eres una mala persona. Eres una madre. —Marin toca el brazo de Jamie—. He aprendido a no hacer comparaciones. El infierno es el infierno, en todas sus versiones.

A diferencia del caso de la hija de Jamie, no se decretó ninguna alerta de menores desaparecidos para Sebastian. Su secuestro no cumplía con los criterios. La explicación de la policía les pareció ridícula a Derek y a Marin. La alerta de menores desaparecidos se usa en casos de secuestro de niños y nadie podía discutir que se trataba del secuestro de un niño. El vídeo lo decía todo.

Sin embargo, no había ningún vehículo en el que los testigos pudieran situar a Sebastian. No había identidad ni descripción del secuestrador más allá del traje de Santa Claus. Las autoridades deben estar convencidas de que existe suficiente información sobre la desaparición de un niño para que la alerta de menores desaparecidos sirva de asistencia en la búsqueda. Se decide caso por caso y el de Sebastian no cumplía los requisitos. De todas maneras, había otras cosas que sí hicieron. La grabación del sistema de seguridad de Pike Place Market circuló por todo el país. Cualquiera que tuviera una tele habría visto la

foto de Sebastian en las noticias en los días que siguieron al secuestro. El aviso en Missing Children fue publicado y compartido en X y en Facebook cerca de un millón de veces entre las dos redes. La idea de que "Santa" secuestrara a un niño tres días antes de Navidad era casi morbosa y la historia se volvió viral en cuestión de horas. La noche del secuestro, Derek y Marin fueron grabados por los medios locales en el frente de su casa, rogando al público que diese alguna información sobre su hijo. Al fin de esa semana, estaban en la CNN, suplicando por el regreso a salvo de su hijo.

La falta de información sobre la desaparición resultó tremendamente frustrante. Marin escuchó sin querer la conversación entre dos oficiales de policía: "El secuestrador puede haber planeado esto meticulosamente, o es un hijo de puta con una suerte increíble… No hay forma de saberlo".

Lo más sencillo era suponer que Sebastian y su secuestrador habían bajado al aparcamiento del sótano, al que se accedía por la puerta de salida que eligió el secuestrador. Pero no había ninguna prueba concreta para confirmarlo. Podrían haber caminado hasta una calle lateral y haber subido a un coche, un camión o una camioneta. Podrían haber subido a un coche que los esperaba. Podrían haber bajado al aparcamiento y estar en uno de los cincuenta y cinco coches que salieron del sótano en la siguiente hora. El ángulo de la única cámara de seguridad que estaba funcionando, al otro lado de la calle, hacía imposible captar el número de matrícula de los vehículos que salían.

Derek utilizó todas sus influencias para que la noticia tuviera la mayor cobertura posible. Marin hizo lo mismo. ¿Una pareja conocida y adinerada de Seattle cuyo hijo había sido secuestrado a plena luz del día? La policía de inmediato sospechó que pedirían un rescate. Pero las exigencias de un rescate ocurren dentro de las veinticuatro horas, o cuarenta y ocho horas como máximo. Nadie se contactó con Derek ni con Marin. No hubo notas dejadas en la puerta, ni mensajes, ni llamadas extrañas de números desconocidos.

La paleta de cinco dólares fue lo que había convencido a Marin de que el secuestrador conocía a Sebastian. En ese momento, había parecido algo muy específico para atraerlo, y solo se habían vendido siete paletas en La Douceur Parisienne ese día. Cinco se habían pagado con tarjetas de débito o crédito. Se rastreó a esos clientes. Todos fueron descartados. Las últimas dos se pagaron en efectivo. Las empleadas de la tienda de dulces recordaban claramente a la clienta, una abuela que había comprado dos paletas iguales para sus nietas mellizas.

En todo caso, las paletas de La Douceur Parisienne eran enormes, muy coloridas y probablemente un imán que atraería a cualquier niño de menos de diez años. Podrían haberla comprado en cualquier otro momento, con anterioridad, y tenerla guardada en el bolsillo de un abrigo o en una bolsa de las compras, lista para usarla como carnada cuando llegara el momento justo. Como parte de la investigación, todos los allegados a Marin y a Derek que conocían a Sebastian fueron interrogados. Todos los vendedores del mercado que estaban ese día fueron interrogados. Nadie parecía saber nada. Sebastian simplemente se esfumó. Sin dejar rastro. Y dieciséis meses después, Marin todavía no tiene respuestas.

Hace mucho tiempo, había visto una película que la dejó aterrada. Todavía estaba en el bachillerato y su grupo de amigos se había reunido un sábado por la noche. Alguien llevó una cinta VHS de *El rapto*, una película de suspenso con Jeff Bridges y Kiefer Sutherland. Durante un viaje en coche, en una breve parada en una gasolinera, Jeff Bridges (Barney) secuestra a la novia de Kiefer Sutherland, Diane (interpretada por una muy joven Sandra Bullock).

Algunos años después, vemos que el personaje de Kiefer no sabe qué ha sucedido con su novia desaparecida. Está obsesionado por averiguar qué pasó, hasta el punto de casi enloquecer. Nancy Travis actúa como su nueva novia (Rita) y juntos acaban descubriendo que este tal Barney estaba en la gasolinera el día que Diane desapareció y sin duda sabe algo. Lo acorralan y finalmente Barney le dice a Jeff: "Si quieres saber lo que le sucedió, tienes que pasar por lo mismo…".

Jeff acepta y bebe voluntariamente algo que le hace perder el conocimiento, igual que le sucedió a Diane. Se despierta dentro de una caja de madera enterrada en el bosque. Tarda unos segundos en darse cuenta de que está atrapado y que morirá igual que Diane, asfixiado en un pequeño ataúd en la oscuridad donde nadie puede escuchar sus gritos y nadie sabrá qué le sucedió.

Era un film terrorífico y entretenido que le provocó pesadillas a Marin durante una semana.

Ella es Jeff ahora. Y si Santa apareciera en su puerta, ofreciéndole las respuestas definitivas sobre su hijo junto con una taza de té mezclado con una droga que la dejaría inconsciente, se la bebería de un solo trago sin pensarlo. Bebería hasta la última gota.

Porque cualquier cosa es mejor que esto.

Un niño desaparecido es una herida infectada, en carne viva. Algunos días es

posible tomar un calmante, aplicarle una venda y tal vez poder pasar el día, aunque siempre está allí, nunca cicatriza, y ante el contacto más insignificante, comienza a supurar de nuevo.

Marin sigue acostada y necesita levantarse y empezar su día. Mira el lado de la cama de Derek. Está vacío, pero la marca en la almohada donde apoyó su cabeza la noche anterior aún está allí, recordándole que se ha ido a Portland temprano esta mañana. Fue una decisión de último momento antes de irse a dormir, para calmar a unos inversores inquietos.

—Es un viaje en el día —le dijo, y ella inmediatamente pensó en McKenzie —. Hay un vuelo a las ocho de la mañana, así que tendré que salir a eso de las seis. Y llegaré a casa para la cena. ¿Quieres venir? Tendré reuniones todo el día y llevaré a los inversores a comer, pero tú puedes unirte a nosotros en el restaurante y luego hacer algunas compras. Recuerda que en Oregón no hay impuestos sobre las ventas.

—Eso implica levantarse a las cinco de la madrugada. —Marin se rio—. Prefiero dormir y pagar el impuesto.

La espontánea invitación de Derek la hizo sentirse mejor; sin embargo, ¿cuánto tiempo deberá pasar antes de que deje de preguntarse qué está haciendo Derek cuando no está con ella? ¿Cuánto tiempo hasta que McKenzie Li desaparezca de su matrimonio por completo?

Está a punto de sentarse cuando suena el teléfono. Mira el número y atiende.

—¿Todavía estás en la cama? —pregunta Sal.

—Sí.

—¿Qué llevas puesto?

—Cállate, pervertido.

Él se ríe.

—¿Cómo estuvo el funeral?

Supone que se debe preguntar a sí misma por qué le contó lo del hijo de Frances a su amigo y no a su esposo, pero es un poco temprano para ese nivel de investigación emocional.

—Muy triste, obviamente —responde ella levantándose y dirigiéndose al baño—. Pero Frances se veía… bien. Incluso mejor.

—¿Qué quieres decir con "mejor"?

Marin se observa en el espejo del baño, pasándose la mano por el pelo despeinado.

—Aliviada, creo —dice ella—. Ahora sabe las respuestas. Puede hacer el

duelo por su hijo, enterrarlo y tratar de seguir adelante. Puede pasar la página por fin.

Se hace una breve pausa del otro lado.

—No sé qué pensar —señala Sal finalmente—. Quiero decir que me alegro por ella pero al mismo tiempo, es…

—Sí.

Se hace un silencio de entendimiento y confianza entre ellos. Se da cuenta de que Sal está en el coche por el sonido de fondo, pero antes de que le pregunte a dónde va tan temprano, él dice:

—¿Crees que tú te sentirías de ese mismo modo? ¿Si tuvieras las respuestas que ella obtuvo?

—No —dice Marin de inmediato—. Imagino cómo se siente Frances, pero no creo que pudiera sentirme de ese modo. Tal vez porque Sebastian es todavía tan pequeño… —Se detiene un segundo, dándose cuenta de que aún habla de su hijo en presente—. Y tal vez porque sé que es culpa mía, y que lo que hice ese día es la razón por la que no está aquí conmigo.

—Debes dejar de culparte, Mar. A veces desearía…

—¿Qué? Dilo.

—A veces desearía que pudieras saber lo que pasó, fuera lo que fuera. Para que pudieras pasar la página. Como Frances.

—Pero yo no soy Frances —dice ella—. Necesito saber qué le ocurrió a Sebas, pero si llego a averiguar que mi pequeño ha muerto, yo también moriré.

—¿Todavía te estás sintiendo así? —pregunta Sal con voz angustiada.

Marin no tiene ni idea de cómo llegaron a este tema o por qué tienen esta conversación. Ni siquiera ha tomado un café. Pero si él quiere la cruda verdad, se la dirá.

—No quiero ver jamás a mi hijo en un ataúd, Sal. No quiero organizar su funeral. Necesito saber qué le sucedió porque vivir así es un infierno. Pero si la respuesta es que ha muerto, me tiraré de un puente mañana mismo.

—Supongo que ya lo sabía. —La voz de Sal está cargada de tristeza—. Pensé que debía preguntarte. No estaba seguro de si lo de ayer cambió algo para ti.

—¿Adónde vas?

—A Prosser.

—¿De nuevo? —Marin se sienta en el inodoro para orinar. Si Sal la escucha hacer pis, no dice nada—. ¿Y eso? ¿La tercera vez en una semana? ¿Qué le pasa a Lorna? —Hace un cálculo mental mientras Sal le va enumerando los

achaques actuales de su madre. Prosser está a tres horas de viaje desde Seattle. Son muchos kilómetros y desgaste para el coche de Sal.

—Se queja de dolor en la otra cadera. ¿Recuerdas cuánto le costó recuperarse de su primera cirugía de la cadera?

—Sí, lo recuerdo bien. —Tira la cadena del inodoro—. Le pusieron la prótesis justo antes de que Sebastian…

—Exacto.

—Debería ir a visitarla. Me da pena no haber vuelto a verla desde que… desde que ocurrió todo.

Se hace una larga pausa.

—Ella lo sabe. Pero quiero que me entiendas. No creo que desees venir a visitarla. Es muy deprimente. Está todo el día sentada, mirando sus novelas en la tele.

—¿Sabes qué? Definitivamente, iré a visitarla —dice Marin—. ¿Cuándo te parece bien? ¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta mañana, probablemente. De verdad, Mar, no es…

—Sal, no seas tan terco. Quiero ayudar. Podría quedarme unos días más. El cambio de aire podría sentarme bien. Me vendría bien salir de la ciudad.

Marin se entusiasma con la idea de ver esos viñedos que se extienden hasta el horizonte en todas direcciones. Mientras ella esté allí, podrían hacer una cata de vinos, algo que le encantaba, y hay muchas bodegas cerca para elegir. Nunca tiene que pagar cuando hacen esas visitas junto a Sal; ser el heredero del antiguo Palermo Wine Estates tiene sus privilegios. El padre de Sal quizás haya sido un tirano, pero el apellido familiar todavía es muy respetado en Prosser.

—Te lo haré saber, ¿de acuerdo? —le dice Sal—. No sé cuándo será un buen momento…

—Mejor hablo con Lorna directamente. —Marin está provocándolo. Él no va a llamarla. Sal no es bueno para organizar planes, y si espera que le responda con una fecha, no sucederá nunca—. Le encantó verme la última vez. Le voy a llevar una de esas novelas rosas que tanto le gustan…

—Ahora tiene un Kindle.

—Y la llevaré a Yakima al cine…

—No puede estar sentada en una butaca mucho tiempo; su cadera…

—Entonces, le llevaré unos DVD. Necesito alguien que vea conmigo películas de chicas. ¿Habrá visto *Diario de una pasión*? Podría…

—¡Por favor, ya te he dicho que no! —grita Sal, y Marin para de hablar—.

No quiere verte, ¿está claro? Después de mi padre, tú eres la más grande desilusión en la vida de mi madre. Eres la mujer con la que me debería haber casado, pero no lo hice. Verte le hace daño y darse cuenta de que yo nunca podré olvidarte y seguir adelante la destruye. Cree que juegas conmigo y no entiende cómo es que seguimos siendo amigos después de todos estos años. Cada vez que te ve, renace esa esperanza y no puedo seguir desilusionándola.

Su respiración se acelera. Marin se aferra a la esperanza de que Sal sujete el volante bien firme y esté concentrado en el camino. Casi no puede creer lo que está oyendo. Nunca antes le había dicho algo así, y ciertamente, nunca antes le había gritado. Marin siempre ha sido cariñosa con Lorna y Lorna con ella. No tenía ni idea de lo que la mujer sentía en realidad… o cómo se sentía Sal verdaderamente.

—Deja a mi madre en paz, Marin.

—De acuerdo —le grita ella, sin saber si está más enfadada que dolida—. No tienes por qué ser tan desagradable. Estaba tratando de ayudarte.

—¿Ayudar a quién? —El volumen de voz de Sal ha vuelto a la normalidad, pero la frialdad en su tono es evidente—. Siempre quieres que todo sea en tus propios términos, Marin, y es una puta injusticia. Quieres seguir casada con tu esposo, pero lo alejas todo el tiempo. Me quieres como mejor amigo y, sin embargo, tienes sexo conmigo cuando te sientes como la mierda. Quieres que te conozcan como la exitosa mujer de negocios, pero actúas como una mujer trofeo. Dices que no soportas vivir sin saber lo que le sucedió a Sebastian, pero si te enteraras de que ha muerto, te tirarás desde un puto puente.

—¿Cómo te atreves a mencionar…?

—Es que eres tan egoísta… —La voz de Sal se quiebra. Por Dios, ¿está llorando?—. Porque no vives sola en ese lugar de muerte. Arrastras allí adentro, junto a ti, a todos los que te queremos y nos tienes cautivos como rehenes, amenazando con suicidarte cada vez que escuchas las noticias que no quieres recibir. Así que, ¿quieres que te diga algo, Marin? Vete a la mierda. Se acabó.

Marin siente que se ha quedado boquiabierta. No sabe qué responder a semejante exabrupto y mientras piensa qué decir, se corta la comunicación, sin darle la oportunidad de responder, de defenderse. Lorna le contó una vez que el padre de Sal solía cortar la comunicación a la gente en medio de una discusión. Era importante para él tener siempre la última palabra y era muy conocido en Prosser por cortar de mala manera, dar portazos y salir intempestivamente de los sitios. Sal Palermo padre era un hijo de puta y con

frecuencia, como dice el refrán: "De tal palo, tal astilla". Sal Palermo júnior parece ser igual cuando se enfada.

—Su padre tenía un carácter endemoniado —había dicho Lorna en la última visita de Marin. La mujer sonreía como si el recuerdo fuera gracioso, como si ese carácter que contaba no hubiera significado que él pasara todo el tiempo que duró su matrimonio pegándole y acosando a todo el mundo.

—Y J. R. es exactamente así, igual que su padre cuando no se sale con la suya.

—¿J. R.? —preguntó Marin algo confundida. Y entonces lo recordó.

Cuando ingresó en la universidad, Sal comenzó a ser conocido por su verdadero nombre de pila. Pero en Prosser, su ciudad natal, donde había crecido, su madre y todo el mundo lo llamaban J. R. Era más fácil para Lorna y para los empleados de la bodega, que llamaban a su esposo y a su hijo de distinta manera.

J. R. era la abreviatura de "Júnior".

CAPÍTULO 27

Todavía ni una noticia de McKenzie Li, y por como pintan las cosas, su compañero de apartamento está empezando a perder los nervios.

Marin está sentada en la oficina de su centro de estética, mordisqueando un *bagel* que quedó de la reunión de esa mañana con el personal. Por primera vez desde hace meses, no recibió el mensaje de buenos días de Sal, preguntando "¿Estás viva?". Es una sensación horrible. Es difícil imaginar que su amistad ha terminado, pero no sabe qué hacer para enmendarlo… o si le queda energía para hacerlo.

Actualiza el Facebook de Tyler Jansen por tercera vez. Publicó una actualización sobre su compañera esta mañana, y los comentarios han estado entrando sin parar en las últimas horas. La nueva publicación incluye una foto de McKenzie en el Green Bean, con el pelo recién teñido de rosa, delantal atado a la cintura y una camiseta que dice "Pregúntame sobre mi agenda feminista". La publicación de Facebook incluye un enlace.

> He denunciado la desaparición de McKenzie Li. Este es el enlace oficial. Si alguien tuviera información, por favor, que llame a ese número inmediatamente. Y que luego me avise, por favor. Hace cuatro días que ha desaparecido, y dada la delicada situación de su madre, soy la única persona que la busca.

¿La delicada situación de su madre? Marin navega por los comentarios, masticando el *bagel* sin saborearlo. La publicación ya ha sido compartida una docena de veces, va por cien comentarios y siguen subiendo. Dos comentarios en particular atraen su atención, ambos escritos por una mujer llamada Pearl Watts, que parece haber sido una antigua vecina de la familia Li.

El primero es una respuesta de Pearl a alguien que pregunta si la madre de McKenzie es consciente de la desaparición de su hija. Pearl escribió: "Por desgracia, aunque se lo dijeran, dudo que Sharon lo recordara. Su alzhéimer está muy avanzado. La visito en el asilo de ancianos de Yakima cada dos semanas, a veces me reconoce, otras no. Muy triste".

¿Yakima? ¿Al este de Washington? Eso no está lejos de las bodegas.

El segundo comentario es directo de Pearl, que escribió: “Kenzie es una joven adorable. Todos en Prosser estamos rezando para que aparezca sana y salva”.

Prosser. ¿Ella es de la ciudad natal de Sal? ¿Es una casualidad? Marin se mueve inquieta en su silla, súbitamente incómoda.

Hay algo en todo esto que no pinta bien. Marin le mostró a Sal una foto de McKenzie, y él no pareció reconocerla. Bueno, ella había estado bebiendo mucho durante esa conversación, así que sus recuerdos pueden ser confusos, pero sin duda su mejor amigo habría dicho algo enseguida si hubiera reconocido a una chica de su ciudad. Él es diecinueve años mayor que McKenzie y se había ido de Prosser a la universidad antes de que naciera, pero la ciudad es muy pequeña.

Marin reflexiona unos momentos, sintiendo la conexión de algo que se está formando…, pero el pensamiento se le escapa antes de que pueda concretar la relación.

¿Y qué sabe Derek? ¿Se habrá dado cuenta de que su amante de los últimos seis meses ha desaparecido y que ya se ha presentado una denuncia por su desaparición? Parece que todo ha terminado oficialmente entre él y McKenzie, pero aun así, ¿cómo puede ser que él no esté enterado? Las palabras de Vanessa Castro vuelven a su mente… “Son dos personas desaparecidas en la vida de tu esposo. Lo que lo convierte en el común denominador”.

Ahora que la policía está involucrada es solo cuestión de tiempo antes de que interroguen a Derek. De hecho, tal vez ella debería adelantarle que podrían venir a llamar a su puerta en cualquier momento. Pero eso significaría reconocerle a su esposo que está al tanto de su aventura.

Habría preferido no saberlo. Desearía no haberlo averiguado jamás. Desearía no haber iniciado esto.

Entra en App Store, encuentra la Shadow app que replica los mensajes y la reinstala en su teléfono. Todo lo que tiene que hacer es introducir su usuario y contraseña y confirmar el número de Derek. Esta vez, sin embargo, cuando la app le pregunta si quiere duplicar todos los mensajes de Derek o solo números específicos, ella selecciona “todos”. Su esposo es un hombre ocupado y su teléfono puede estar lleno de notificaciones, pero es posible que McKenzie tenga otro teléfono y lo use para contactar a Derek. O tal vez otra persona esté tratando de contactar a Derek por McKenzie.

Marin necesita saber qué es lo que sabe su esposo. Y en algún momento, tendrá que descubrir qué es lo que Sal sabe.

Un minuto después está listo. Igual que la primera vez, espera a que se sincronice, casi segura de que una avalancha de mensajes va a descargarse del teléfono de Derek, aunque la app solo puede duplicar en tiempo real.

Nada.

Un toque en su brazo la sobresalta y Marin suelta el teléfono, que cae con estrépito junto a su *bagel* a medio comer.

—Discúlpame, Marin —dice Veronique riendo—. No fue mi intención asustarte. Solo quería avisarte que tu clienta de la una y media está aquí.

Marin mira la hora. Es justo la una y media. No le gusta dejar esperando a las clientas, pero necesitaría otros diez minutos para entender todo lo que acaba de averiguar sobre McKenzie. No hay forma de que Sal no la conozca, o al menos haya escuchado hablar de ella. Prosser tiene una población de menos de siete mil habitantes. Podría llamarlo en este mismo momento.

O… tal vez podría mandarle un mensaje por Facebook a Pearl Watts, quien claramente conoce a McKenzie y a su madre. La mujer sin duda conocerá a Sal y a su familia si es una residente de Prosser. Sal va allí todo el tiempo.

Se da cuenta de que Veronique espera que le responda algo.

—¿Me recuerdas quién es la clienta de la una y media?
—pregunta Marin.

—Stephanie Rodgers. —El tono alegre de la recepcionista se vuelve un poco amenazante, en broma, cuando eleva las cejas con intención.

Mierda, a Stephanie le desagrada mucho que la hagan esperar. A ninguna clienta le gusta, pero algunas lo verbalizan en forma muy directa. Resignada, Marin cierra la sesión de Facebook y se levanta de la silla.

—Voy.

Después de saludar a su clienta de mucho tiempo, hace un esfuerzo por darle algo de charla, pero por suerte Stephanie es muy charlatana y puede llevar adelante la conversación sin mayor ayuda. Es originaria de Nueva Jersey (aunque a todos les dice que es de Nueva York) y hace poco se divorció de un hombre veinte años mayor que ella. El matrimonio duró menos de cinco años. Ella y Marin se mueven en los mismos círculos y se llevan bien, aunque no pasan tiempo juntas más allá de eventos de caridad o citas en el centro de estética.

El adorado chihuahua de Stephanie ha estado enfermo, y no para de hablar de las facturas del veterinario que su exesposo se niega a pagar. A Marin le

viene muy bien; aprovecha para oír sin prestarle atención mientras piensa en otras cosas.

—Es su perro también, ¿lo entiendes, Mar? Acordamos que compartiríamos los gastos de la veterinaria. Es como redactar un acuerdo de divorcio. Es como si fuera una puta broma, perdona mi vocabulario. Guy ganó unos ocho millones el año pasado y ¿no puede pagar la mitad de los siete mil para sacarle los putos quistes al puto perro? Perdón por decir tantas palabrotas. A veces no puedo creer que haya estado casada con ese tipo. Dime, ¿cómo está Derek? Qué suerte la tuya, pescaste uno de los buenos.

—Lo siento Steph, qué difícil —murmura Marin, y un segundo después suena una notificación de su teléfono en el bolsillo.

Casi por reflejo se tensa todo su cuerpo. Es la Shadow app. Para de cortar y revisa el teléfono rápidamente con su mano libre. Nada de importancia. Uno de los inversores de Portland llega tarde a la reunión. "Derek, llego en cinco minutos". Mientras sostiene el móvil en la mano, aparece la respuesta de su esposo. "No hay apuro, George, recién nos estamos sentando".

—Entonces, ¿cómo se encuentra Salty ahora? —pregunta Marin, retomando el corte. Respira aliviada. Es increíble lo estresante que es espiar a alguien.

—Ah, está muy bien. —Su clienta ni siquiera se ha dado cuenta de que Marin se ha detenido unos segundos. El rostro de Stephanie está fijo en la pantalla de su propio teléfono—. Ha vuelto a ser el pequeño luchador de siempre. Es un chihuahua malcriado. El otro día se escapó por la puerta trasera y pensé que lo había perdido. Que no hayamos tenido hijos ha sido algo muy bueno, ¿sabes?

Stephanie se detiene de golpe, levanta los ojos, se encuentra con la mirada de Marin en el espejo.

—Oh, Dios mío, Mar, no puedo creer lo que he dicho. Yo y mi puta bocaza. Fue muy insensible de mi parte. Lo siento mucho. Oh, Dios.

A Marin no le importa. La gente les ha dicho cosas peores a las madres en duelo y además a propósito. Este comentario no cuenta en absoluto, pero antes de que pueda asegurarle a Stephanie que todo está bien, se escucha de nuevo una notificación del teléfono. Es de la aplicación. Tal vez elegir "Todos" cuando la reinstaló no fue la mejor idea.

Al menos, el corte está terminado. Está claro que Stephanie se siente fatal y Marin aprovecha la oportunidad para sacar partido del error de la otra mujer.

—No te preocupes, Steph. Escúchame, ¿te importaría que Jackie te seque y te

peine? Tengo que salir un poco antes. Tenemos una nueva crema protectora del calor que creo que te encantará, te dejará el pelo supersuave.

—Por supuesto —le dice su clienta enseguida.

Por lo general, Stephanie —o cualquier otra de las clientas vip de Marin— no habría admitido que la dejara en manos de otra empleada para terminar el peinado, pero ella había metido la pata y no estaba en posición de discutir.

—Vete, haz lo que tengas que hacer.

Marin le hace señas a Jackie y se inclina para darle un rápido abrazo a Stephanie antes de que la otra peluquera comience.

—Te veo en dos meses.

—Antes —le dice Stephanie—. Los veo a los dos en la Gala de Primavera.

De nuevo en la oficina, cierra la puerta y revisa la aplicación. Esta vez es un texto de McKenzie. Sin palabras, solo una foto. La imagen es pequeña y sin las gafas de lectura Marin no puede ver bien qué es sin agrandarla, pero hay algo que es obvio.

Si le está enviando fotos, Derek y su amante todavía siguen hablando. No se ha terminado todo entre ellos. Se le cae el alma a los pies.

¿Cómo pudo ser tan estúpida? ¿Cómo pudo confiar en él? La llevó a las montañas para alejarla, le dijo que quería empezar de nuevo, pero era evidente que no era cierto. Las mentiras le son tan propias a su esposo como el respirar. Una vez vio un meme en Instagram: "¿Cómo sabes cuándo un mentiroso está mintiendo? Cada vez que abre la boca".

Apoyada en la pared de su oficina, Marin agranda la foto y se prepara para recibir el golpe en el estómago. La aplicación es algo lenta, y pasan varios segundos hasta que la imagen aparece nítida. Marin tarda un momento en procesar lo que está viendo.

Es una foto de la amante de Derek, de acuerdo. Pero no es un selfi. No está desnuda. No está sonriendo. Esta recostada sobre una cama, de lado, sobre una manta estampada, en una habitación que se ve antigua y austera. Tiene puesta una camiseta y jeans y sus muñecas están atadas detrás de la espalda y sus pies atados juntos a la altura de los tobillos. Su rostro, en un ángulo extraño, apunta hacia la cámara, como si quien tomó la foto le hubiera pedido que mirara hacia arriba.

¿Qué mierda es esto? ¿Algún tipo de juego masoquista? ¿Se han involucrado ella y Derek en algo pervertido? ¿Es este tipo de rarezas lo que lo excita?

Entonces, Marin nota que el pelo de la joven está sucio. Sus mechas rosadas

están grasientas, no húmedas. Algo tampoco se ve bien en su rostro. Agranda un poco más la imagen y da un grito ahogado cuando las facciones de McKenzie se enfocan.

La amante de Derek ha recibido una paliza. No es maquillaje. La hinchazón es evidente. Un ojo está morado y casi cerrado por la hinchazón. El labio inferior está partido y hay sangre seca manchando su barbilla. Tiene un corte encima de la ceja. Agrandándola aún más, Marin puede observar la huella húmeda que sale desde el rabillo de su ojo hinchado y le corre por la mejilla.

Son lágrimas. Está llorando.

Y en la aplicación aparece un nuevo mensaje. Esta vez es solo texto.

"Tenemos a tu chica. 250.000 en efectivo, billetes pequeños, esta noche. No pagas y le pasará lo mismo que a tu hijo. No quieres que suceda de nuevo, ¿no, Derek? Más tarde te daremos la dirección".

A Marin se le aflojan las rodillas. Se aferra al escritorio mientras su cabeza gira sin parar, y miles de sentimientos afloran al tiempo que trata de entender lo que acaba de leer. Se obliga a respirar, a calmarse, porque tener un ataque de pánico no será de ninguna utilidad.

—Dios mío, Derek —susurra en el silencio de su oficina—. Oh, Dios mío. ¿Qué has hecho?

Vuelve a entrar otro mensaje. Marin casi no tiene valor para mirar de nuevo. Lo logra y ve que su esposo ha respondido a la exigencia de rescate. Solo cuatro palabras.

"Les conseguiré el dinero".

CAPÍTULO 28

Si fuera por cualquier otra persona, Marin estaría llamando ella misma a la policía. Están pidiendo un rescate. Una vida está en riesgo.

Solo que el mensaje en el que exigen el rescate no se lo han enviado a ella. Se lo han enviado a su esposo y la vida que está riesgo es la de McKenzie Li. La mujer cuya muerte valía —en un momento de debilidad, en la hora más oscura de Marin— doscientos cincuenta mil dólares. La cantidad que le cuesta a Marin terminar con su vida es, qué coincidencia, el importe exacto que le costará a Derek salvarla.

Marin no tiene ni idea de si su esposo quiere a esta mujer, o si la ha querido alguna vez. Cuando Sebastian desapareció, el FBI les dijo a él y a Marin qué debían decir exactamente si llegaban a recibir una petición de rescate. Y lo primero en esa lista era que no dijeran o hicieran nada para enfrentarse a los secuestradores. Que Derek hubiera dicho que conseguiría el dinero no significa que lo hará.

Como sea, esta no es la preocupación inmediata de Marin. Ella quiere saber a qué diablos se refiere el mensaje con "No quieres que suceda de nuevo".

¿De nuevo? ¿Es que a Derek le pidieron un rescate por su hijo y no se lo dijo a ella, o al FBI? ¿Es la misma persona que se llevó a Sebastian? ¿O es alguien totalmente ajeno, que se aprovecha del trauma de Derek por el secuestro de su hijo y apuesta a que pague el rescate para evitar otra tragedia?

Recuerda los días que siguieron a la desaparición de Sebastian. Sus teléfonos siempre estuvieron a la vista, siempre con carga completa. No hacían más que esperar la llamada, y la llamada nunca llegó. Solo que tal vez sí llegó. El texto del mensaje de rescate podía ser interpretado de dos maneras totalmente diferentes, y dado que la respuesta de Derek fue inmediata y decisiva, resulta claro que su esposo supo de qué forma interpretarlo.

Derek entiende exactamente qué le están diciendo.

En el contexto general, doscientos cincuenta mil dólares es una suma sin importancia para ellos. Es una llamada telefónica, unos cuantos números tecleados en la computadora, una transferencia electrónica, un correo de

confirmación. Se diría que casi no afecta sus finanzas en nada, razón por la cual los secuestradores le han pedido tan poco. Es una cantidad accesible, con la que pueden concluir todo rápidamente.

Basta de evitarse. Basta de fingir. Basta de secretos. Basta de mentiras. Ha llegado la hora de tratar todos los temas con la única persona que tiene todas las respuestas. El denominador común.

Marin se sienta en la cocina a beber café, esperando a Derek. Sus reuniones terminaron antes de lo esperado y toma un vuelo antes de vuelta a Seattle. Le mandó a Marin un mensaje para hacerle saber que había aterrizado, como solía hacerlo cuando eran felices, antes de que todo sucediera. No había facturado equipaje y tampoco había llevado el coche. Simplemente bajará del avión y tomará un taxi hasta su casa. Con tráfico, a esta hora del día, tal vez le quedaran a ella unos treinta minutos hasta que él apareciese en la puerta principal.

Marin toma el pequeño trozo de papel que encontró en el suelo del vestidor tres días atrás y finalmente llama al número de teléfono que aparece.

—Taxis Sunshine —responde un empleado, al segundo tono. La voz de un hombre, entrecortada—. ¿A dónde quiere ir?

—Hola, hice un viaje en uno de sus taxis el otro día y creo que me dejé el bolso allí dentro. —Marin habla con voz calmada, las mentiras fluyen de su boca.

—¿Me da el número de recibo?

Marin le lee el número de ocho dígitos impreso en el ángulo superior derecho.

Se escucha el teclado en el fondo.

—Es el móvil cuatro cero dos —dice el empleado más para sí mismo que para ella—. A ver, un minuto, voy a confirmar si hay algún artículo perdido registrado esa noche. —Más sonido de teclado—. No, nada.

—Estoy muy segura de que todavía debe de estar dentro del taxi —dice Marin—. ¿Hay alguna forma en que puedan ponerme en contacto con el conductor?

—No estamos autorizados por protocolo —responde el tipo—. Sí puedo llamarlo y preguntarle por el objeto perdido mientras la mantengo a usted en línea. ¿Cuál es su nombre? ¿Y cómo es el bolso?

—Mmm…, mi nombre es Sadie. —Marin suelta el primer nombre que le

viene a la cabeza—. Y el bolso es de cuero rojo, con… un cierre dorado. —No importa, no hay ningún bolso, o si lo hubiera, no es el de Sadie.

—Un segundo. —El teléfono hace un clic y se escucha una música suave en la línea hasta que el empleado regresa—. Señora. El conductor no me responde. El GPS muestra que está conduciendo. ¿Le puedo mandar al conductor un mensaje con su número y decirle que la llame cuando termine el trayecto?

—Sí, por favor. —Marin contiene un suspiro de frustración. ¿Por qué no lo hizo en primer lugar?—. ¿Tiene usted algo para apuntarlo?

Ella le da su número y cuelga. No sabe exactamente qué está esperando, pero alguien estuvo en su casa la noche del sábado a las nueve. Tiene una idea de quién, pero si su teoría es correcta, la amante de Derek desapareció en algún momento después de que se metiera en su casa. McKenzie no estaba en su casa cuando su compañero terminó de trabajar a las dos de la madrugada, lo que significa que la joven habría desaparecido en ese lapso de cinco horas.

La pregunta era por qué estaba en la casa de Marin y Derek. ¿Y qué le sucedió después?

Suena el timbre de la puerta.

Con el ceño fruncido, da un último trago al café y se dirige hacia la puerta principal. Mira por la mirilla y suelta un grito ahogado cuando ve la imagen distorsionada de la persona del otro lado de la puerta. Abre la puerta despacio, sintiendo que su circulación se detiene y se siente desfallecer.

Vanessa Castro la toma del brazo antes de que se caiga.

—No he encontrado a Sebastian —le dice la investigadora—. Todo está bien. Respira.

Marin se incorpora, temblando, y tarda unos segundos en recuperarse. Las llamadas telefónicas son ya bastante preocupantes —la aparición del nombre de Vanessa Castro en la pantalla del móvil la aterra—, pero ver a la investigadora en persona, ahora lo comprueba, es mil veces peor. Por Dios, cómo echa de menos la época en la que Castro solo le enviaba correos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo nueva información. Creí que debíamos hablar en persona. No hay tiempo para perder. —Mira por encima de Marin—. ¿Estás sola?

—Por ahora. Entra, por favor.

Marin se hace a un lado mientras Castro entra. Se pasa la mano por el estómago haciendo una mueca al sentir el gusto ácido en su garganta. Debe de

ser un superpoder que ella tiene de provocarle a la gente una indigestión con solo aparecer. Al observar la limpieza y el estado impecable de la casa y notar que Marin está descalza, la otra mujer se quita los zapatos y los coloca junto a la puerta.

Marin la conduce a la cocina.

—¿Algo para beber? —le pregunta. Los ojos de Castro brillan al ver la máquina de café.

—Vaya. ¿Es una Breville Oracle? Siempre he deseado tener una para la oficina, pero habría tenido que vender un riñón.

Marin se permite una pequeña sonrisa.

—Prepárate lo que gustes.

Unos minutos después, se sientan en las banquetas. Castro le da un trago a su *mochaccino*, asiente con aprobación al saborearlo y comienza a hablar.

—En cuanto vi que McKenzie Li había desaparecido, algo comenzó a molestarme y no podía entender qué era —dice Castro—. Como si hubiera una conexión que faltase que no llegaba a ver.

—Te entiendo, conozco la sensación.

—Entonces, me puse a indagar con mayor profundidad sobre sus antecedentes. ¿Sabías que ella y Sal Palermo fueron amantes cuando ella tenía diecisiete años?

Marin la mira con la boca abierta. La conexión que ella no pudo establecer antes… aquí está. Cierra la boca y traga.

—No, no lo sabía. ¿Estás segura?

Castro saca su teléfono. Toca la pantalla un par de veces y se lo pasa a Marin. Es una foto de un Sal más joven y una jovencísima McKenzie. Están sentados juntos a la orilla de un río, con el agua corriendo detrás de ellos, sus mejillas pegadas, el sol que les da en los ojos. Es un selfi. La imagen no es de muy buena calidad; probablemente está hecha con un BlackBerry o cualquier móvil barato popular entre los estudiantes de bachillerato hace siete años. McKenzie tiene el pelo castaño oscuro, que le cae en una cascada brillante hasta la cintura. Sus cejas parecen diferentes —muy finas, demasiado depiladas— y se la ve como una adolescente, lo que sería cuando tomó la foto.

Pero no hay duda, es ella.

—Mierda. —Marin se queda mirando la foto, conmocionada—. No puedo… no lo puedo entender.

Trata de indagar en su mente lo que implica esta nueva revelación. Ella sabía

que Sal era un mujeriego incurable, lo había sido desde que se separaron, y que con frecuencia se acostaba con mujeres más jóvenes que él. Ginny, la chica del bar, era un ejemplo clásico.

Pero Marin le había mostrado la foto de McKenzie en el bar, esa tarde en la que se emborrachó con los amarettos sour. Sal había mirado con detenimiento el cuerpo desnudo de McKenzie. Y se había reído. Reído. Y luego se había compadecido con ella por la ridícula juventud de McKenzie, su pelo rosa, sus tatuajes, todo lo que la hacía lo opuesto de Marin. Nunca dijo ni una palabra de que la conocía o de reconocerla. Y todo ese tiempo la había conocido. Íntimamente. Porque habían sido amantes.

Marin está rodeada de mentirosos.

Castro continúa hablando y Marin hace un esfuerzo por concentrarse.

—Parece que Sal y McKenzie son de la misma pequeña ciudad del este de Washington llamada…

—Prosser. —La mente de Marin está dando vueltas.

—Exacto. Prosser. Le hice una llamada a una antigua vecina de ella, una mujer llamada…

—¿Pearl Watts? —pregunta Marin—. Encontré los mismos comentarios que tú en Facebook.

Tenía la intención de enviarle un mensaje a la mujer, pero la aplicación había sonado con la exigencia de rescate para McKenzie y se olvidó de todo. ¿Sabría la investigadora que habían pedido un rescate? ¿Por eso había venido?

—Buena investigación. —Castro le sonríe—. Sí, Pearl Watts. Ella confirmó que vivía en la casa vecina a la familia Li cuando McKenzie era pequeña. La madre de McKenzie trabajaba limpiando varios negocios locales con frecuencia hasta altas horas de la noche, por lo que la abuela cuidaba a McKenzie. Una de las empresas que ella limpiaba era la bodega de los Palermo. El local de ventas y el salón de degustación de Palermo Wine Estates. —Marin se queda sin respiración.

—Es el negocio familiar de la familia de Sal.

—Pearl me ayudó mucho con su opinión personal de McKenzie. Según parece era una chica muy agradable, pero un poco rebelde, deseosa de salir de Prosser y de convertirse en una artista. Cuando empezó a salir con Sal, no le importó que él la doblara en edad, no le importó que la gente se enterara. Fue un escándalo en la pequeña ciudad. Y luego Pearl comentó algunos rumores, cosas que había oído de gente que conoció a McKenzie en la universidad, que

había cultivado una inclinación por los hombres mayores en general. En particular, los viejos con dinero.

—Eso no me sorprende.

—Así que seguí indagando y terminé contactando a una antigua compañera de apartamento de Idaho. La chica, Isabel, dijo que McKenzie estaba saliendo con un hombre casado en el último año de la universidad, cuya esposa se presentó en su apartamento, borracha y completamente histérica, porque se había enterado de la aventura. Se armó un escándalo, llamaron al administrador del edificio, la mujer fue sacada de allí y la escena aterrorizó a Isabel. Pero contó que a McKenzie no pareció molestarle. No le importó nada que la mujer estuviera tan furiosa. Según Isabel, lo que más le importaba a McKenzie era que su relación con Paul no terminara antes de que ella consiguiera su pago final.

—¿Qué pago final?

—Evidentemente, así era el tema. La amiga hasta tenía un nombre para este negocio. "Novia profesional". Salían con hombres ricos y cuando la relación terminaba pedían una suerte de "indemnización por despido". —Castro hace el gesto de las comillas para marcar la expresión.

—¿La compañera te dijo todo eso? —Marin no puede creer lo que escucha.

—Isabel pasó página, por lo que sé. Se casó con un joven de clase media de su misma edad y tienen un hijo. —Castro hace una pausa—. McKenzie desplumó a Paul y le exigió cincuenta mil dólares. Lo sé porque lo localicé y me lo dijo.

Marin se toma la cabeza con las manos. Es demasiado.

—Marin… —Castro le toca el brazo y ella levanta la mirada. El tono de la mujer la está preocupando—. ¿Cuánto sabes del pasado de Sal?

La pregunta toma a Marin desprevenida y su corazón comienza a acelerarse. Julian. Castro le va a preguntar sobre Julian. Le sudan las palmas de las manos y las coloca sobre su regazo para impedir el temblor que las agita.

—Conozco a Sal desde la universidad —responde—. Salimos durante un año. Somos amigos íntimos. Quiero creer que él ha sido siempre transparente conmigo en todo.

Excepto en McKenzie, le susurra su mente, que es algo demasiado importante como para callar.

Como Castro no le responde enseguida, Marin agrega:

—Lo que sea que estés pensando de Sal, él no tuvo nada que ver con

Sebastian. Sé de hecho que él estaba en Prosser cuidando a su madre cuando sucedió —dice y contiene la respiración.

—Sí, la primera investigación de la policía verificó que Sal estaba en el este de Washington cuando sucedió y yo también lo confirmé —explica Castro, y Marin vuelve a respirar.

—Según Pearl Watts, Sal va muy a menudo a Prosser, para ayudar a su madre. Pero lo mismo sucede con McKenzie. Su madre está internada en un asilo de ancianos en Yakima, y cada vez que está por la zona, ella y Sal pasan tiempo juntos. A nadie le importa ya eso, porque McKenzie ahora es una mujer adulta, pero según parece el padre de Sal era un mujeriego, igual que él. Lo que se dice en el pueblo es que…

—De tal palo, tal astilla. —Marin pronuncia el dicho por ella y entrecierra los ojos.

Qué mentiroso hijo de puta. Sal no solo tuvo una relación con McKenzie, sino que todavía la mantiene. ¿Qué clase de juego enfermizo es este? ¿Fue Sal quien instó a McKenzie a ir tras de Derek? ¿Fue Sal quien embaucó al esposo de Marin para que terminara engañándola?

—¿Crees que Sal ayudaba a planear las extorsiones de McKenzie? —pregunta Marin, cuando recupera la capacidad de hablar—. ¿Las de sus novios ricos? ¿Y la de Derek también?

—Es posible.

—¿Pero por qué? —Su voz sale como un lamento, porque no lo puede entender. Todo lo que Castro le está diciendo sobre McKenzie parece lógico, pero ¿Sal? Ella conoce a Sal, realmente lo conoce, y nada de lo que dice la investigadora tiene sentido. Sal es su mejor amigo. Él la quiere. No haría nada para hacerle daño, al menos no a propósito—. Sé que Sal es un poco turbio, pero nunca le ha importado el dinero. Se alejó del negocio familiar y compró un bar, por favor. No tiene ningún sentido.

—Estoy de acuerdo con que puede haber existido una época en la que no le interesó el dinero. —Hay una nota de cautela en la voz de Castro—. Pero sería cuando tenía dinero, en realidad. No lo sé. Investigué un poco más de cerca sus finanzas. En apariencia el bar da ganancias, pero la bodega estaba cargada de deudas cuando la vendieron hace diez años. El padre de Sal la manejaba bien cuando estaba vivo, pero después de su muerte, se ocupó la madre de Sal. No hizo las cosas bien. Para cuando la vendieron, las deudas superaban su valor. Tuvo suerte de rescatar la casa en la transacción. Sal se hace cargo de

mantenerla a ella y a su negocio. Ese tipo de presión financiera puede enloquecer a cualquiera.

Y ahora viene. La ve venir, Marin lo presiente. Es por cómo suena la voz de Castro, que se va suavizando poco a poco. Las respuestas que Marin estaba buscando están a punto de ser reveladas.

—Vanessa, habla. Lo que sea que has estado tratando de decirme desde que llegaste, dilo ya.

—Ya lo sabes. —El tono de Castro es gentil—. Lo noto en tu voz.

—¿Crees que Sal se llevó a Sebastian? Para pedir un rescate.

—Sí, eso creo.

Marin cierra los ojos, respirando lentamente. Ya habrá tiempo para el dolor. Ahora lo que necesita es concentrarse en el presente.

—¿Y qué ha hecho con él?

—Eso no lo sé —responde Castro—. Pero ya ha pasado casi un año y medio.

—Podría estar con vida todavía.

—Tal vez. —La voz de la investigadora es neutral. En su negocio, lo neutral significa que no—. Tenemos que hablar con Sal.

—¿Y McKenzie es parte de esto? ¿Del secuestro de Sebastian? ¿De su propio secuestro? ¿Organizó la petición de su propio rescate?

—¿Qué petición de rescate? —Castro deja en la mesa su taza de café—. Marin, si sabes algo más, es el momento de hablar.

Con las manos temblorosas, Marin toma su teléfono, que estaba boca abajo sobre la mesa. Activa la aplicación y abre la foto de McKenzie golpeada, atada sobre una cama. Se la pasa a la otra mujer.

—Creí que habías eliminado la aplicación.

—Volví a activarla hoy por la mañana. —Marin le hace un gesto hacia el teléfono—. Mira con atención. Lee el mensaje. Me parece que es real.

Castro amplía la imagen y frunce el ceño.

—Podría serlo. Quién puede asegurarlo a estas alturas… ¿Derek lo ha recibido hoy?

—Sí.

—Deberías habérmelo reenviado al instante. —Castro mira a Marin. Ella parece atónita—. ¿Por qué no lo hiciste?

—Quería preguntarle antes a Derek. —Los ojos de Marin se llenan de lágrimas—. Porque ese mensaje podría significar que él había recibido una

petición de rescate antes. Necesitaba saber qué sabía Derek. Llegará a casa en cualquier momento.

—¿Y qué hay de lo que tú sabes? —El tono gentil ha desaparecido. La voz de Castro es dura y Marin puede imaginarla en sus días de agente policial, presionando sin pausa a los sospechosos hasta llegar a la verdad—. ¿Qué más sabes, Marin?

"Díselo. Dile lo que hiciste. Háblale sobre Julian".

Pero no puede pronunciar ni una palabra. Es que ella ha sido partícipe en planear un asesinato. Terminará en prisión.

—Eso es todo, todo lo que sé —responde Marin—. ¿Vas a llamar a la policía? ¿Arrestarán a Sal?

—Ya los he llamado. —La voz de Castro vuelve a su tono normal—. Estoy esperando el aviso del departamento de policía de Prosser cuando lo tengan bajo custodia. Por ahora solo nos resta esperar y ver qué averiguan.

—¿Qué averiguan? —Marin parpadea, sin entender del todo lo que la mujer quiere decir—. ¿Estás hablando de Sebastian?

—Marin, han pasado dieciséis meses desde que tu hijo fue secuestrado —dice Castro—. Es mucho tiempo para mantener a alguien cautivo. No digo que yo tenga las respuestas. Debemos esperar y ver qué dice Sal. Pero quiero que estés preparada, ¿de acuerdo? Soy yo hablándote a ti, de mujer a mujer, de madre a madre. No quiero que alimentes una esperanza. Tienes que hacerte fuerte para el golpe. Por eso preferí venir. Pensé que podría estar aquí para ayudarte…

Marin niega con la cabeza enseguida.

—No, Sal no le habría hecho daño.

—Tal vez no a propósito. No intencionadamente. Pero Sal creció en un hogar lleno de maltrato y violencia.

—Y es por eso exactamente por lo que no le haría daño a un niño. —Está siendo obstinada, porque desea que eso sea verdad. Necesita que sea verdad—. Él no habría hecho daño a mi hijo.

—¿Cómo era la relación de él con tu hijo?

—Él… —Marin se detiene a pensar. Sal no tenía ninguna relación con Sebastian, en realidad. No es que no le gustara el niño, solo que… no le interesaba—. No tenían una relación de afecto. Pero sin importar lo retorcidos que sean los juegos que se haya montado, Sal no es capaz de matar a nadie.

—¿No lo es? —pregunta Castro—. ¿Estás segura de que no mató a su padre?

Marin abre la boca para responder, y la vuelve a cerrar. No debería sorprenderla que Castro esté enterada de la muerte prematura del padre de Sal, pero debe ser muy cuidadosa para responderle.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Castro arquea una ceja—. Fue un accidente —agrega Marin enseguida—. El padre de Sal era un alcohólico. Él…

—Según el informe policial, tú estabas allí esa noche. ¿Viste realmente lo que sucedió?

—No.

Marin no lo había visto. Llegó al balcón un segundo después. Pero de inmediato le dijo a Sal que mintiera. Le dijo exactamente lo que tenía que decir para que no lo arrestaran, para que no fuera a prisión. ¿Por qué habría hecho eso si no fuera que, de algún modo, en lo más profundo, ella podría haber creído que Sam había matado a su padre a propósito? Sal padre era un ser humano detestable y fue culpa de ella que asistieran a esa fiesta nefasta. No quiso que su novio pasara el resto de sus días tras las rejas por matar al hombre que casi mata a su madre y que podría con la misma facilidad matarlo a él.

—Y las personas con las que se asoció Sal no son buena gente —continúa Castro—. ¿Alguna vez conociste a su amigo Julian Black?

Marin se paraliza.

—Fueron compañeros de celda poco tiempo hace como veinte años, en la época en que Sal fue detenido por tráfico de drogas. Cuando hice la averiguación de antecedentes de todas las personas cercanas a ti y a Derek, el nombre de Julian no surgió al principio. Debo admitir que no investigué más a fondo en la vida de Sal entonces porque ya lo había eliminado como sospechoso. Pero cuando descubrí la conexión entre McKenzie y Sal, indagué más en profundidad sobre Sal y sus contactos. Julian Black se ha forjado una carrera delictiva bastante variada. ¿Recuerdas haberlo conocido en algún momento? ¿Sal te lo presentó alguna vez?

¿Por qué le pregunta esto Castro? ¿Será que ya conoce la respuesta y está tratando de pescar a Marin en una mentira?

—Sí, lo conocí. —Marin traga con dificultad. Una media verdad es mejor que nada—. Lo organizó Sal. Dijo que Julian estaba solicitando donaciones para una obra benéfica, un refugio para mujeres maltratadas. En perspectiva, el tipo parecía algo sospechoso, pero la obra benéfica era legítima, una a la que yo ya había contribuido en el pasado. Me pareció mal negarme, así que hice un aporte.

Castro no dice nada por un momento. Su silencio es ensordecedor. Debe de saber que eso no es todo. No hay forma de que los sentidos superentrenados de la investigadora no estén presintiendo algo más.

—Julian Black es conocido en ciertos círculos clandestinos como un "solucionador de problemas". —Castro pronuncia las palabras despacio, mirando a Marin con intención—. Blanquea dinero. Soborna. Extorsiona. Si Sal se proponía secuestrar a tu hijo, no descartaría que un tipo como Julian lo hubiera planeado. Mierda, hasta puede haber sido él mismo vestido de Santa. —Se inclina apenas—. Mis fuentes me dijeron que parte de sus servicios es ser un asesino a sueldo. Aunque también se rumorea que es muy caro.

Oh, Dios mío. En cualquier momento, Castro le dirá que sabe que Marin le pagó a Julian para que asesinara a McKenzie. No importará nada que Marin haya intentado dar marcha atrás. Los planes se hicieron. El dinero cambió de manos. Ella no es experta en leyes, pero esa participación ya merece una sentencia de cárcel.

Todo saldrá a la luz. Todo lo que ha hecho, todo lo que Derek ha hecho, todo lo que Sal ha hecho. Todos los secretos. Todas las mentiras. Marin no es mejor que ninguno de ellos. Y Vanessa Castro lo sabe. A juzgar por la mirada en el rostro de la otra mujer, sabe exactamente lo que hizo Marin.

—¿Vas a arrestarme? —explota Marin. Siente que algo cosquillea en su mejilla. Se pasa la mano y se da cuenta de que es una lágrima.

—Claro que no —responde Castro—. Ya no soy policía, para empezar. Hay una razón por la que dejé esa vida. En cuanto a tu reunión con Julian…

Ambas cruzan sus miradas. Marin no se atreve a desviar la suya.

—Entonces, tal vez tú… hiciste esa "donación". No te juzgo por lo que hayas creído que debías hacer en ese momento. No me contrataste para eso. Perdiste a tu hijo, Marin. Eso puede llevar a cualquier madre a un sitio muy oscuro. Lo que sea que le haya sucedido a McKenzie es por su relación con Sal; no tiene que ver contigo.

Marin ahoga un sollozo, sintiendo que un gran alivio invade su cuerpo. Todo lo que ve en el rostro de la otra mujer es compasión.

—¿Crees que McKenzie tuvo que ver con el secuestro de Sebastian?

—Es posible —responde Castro—. Pero eso implicaría un nivel altamente psicopático de manipulación de su parte: secuestrar al hijo de un hombre y luego seducirlo unos meses después. Pero, honestamente, quién sabe. Si ella ha tenido una relación con Sal desde que era adolescente y Sal ha conocido a

Julian desde hace años, es posible que los tres estén juntos y hayan planeado todo esto durante mucho tiempo. —Se queda pensativa durante un momento —. Pero mi instinto me dice que Sal es el cerebro. Creo que usó a McKenzie para llegar a Derek y que Julian es quien hace el trabajo sucio.

Un recuerdo aparece de pronto y Marin se incorpora.

—Yo estaba hablando con Sal ese día, ¿recuerdas? En el mercado. Me llamó desde Prosser. No debí de haber hablado con él más de diez segundos, porque Sebastian no paraba de darme tirones pidiendo su paleta… oh, Dios mío. Entonces, me llamó para confirmar mi ubicación exacta. Debió de haber escuchado a Sebastian de fondo.

—Y Julian debía de estar en algún lugar del mercado, tal vez ya disfrazado de Santa. —La expresión de Castro se oscurece—. De ese modo supieron cuándo sería el mejor momento. Sal le debió de haber marcado el momento justo para hacerlo.

—¿Cómo no me di cuenta de que era Sal? —La angustia y la culpa son tan grandes que Marin siente un enorme peso en su pecho.

—¿Cómo podrías haberlo sabido? —Castro niega con la cabeza—. Conoces a Sal desde hace más tiempo que a tu esposo. Él era la posibilidad más distante en tu radar.

—¿Van a arrestar también a Julian?

—Lo harán si logran encontrarlo, lo que es poco probable una vez que Sal sea detenido. Pero incluso si lo detienen, Julian no hablará.

Marin no puede guardar el secreto más tiempo. La está carcomiendo en su interior.

—Vanessa, intenté… intenté contratar a Julian para… —Se ahoga con sus propias palabras y la otra mujer se aproxima y la toma de la mano.

—Él nunca lo habría hecho, Marin —dice Castro—. ¿No lo entiendes? Sal está asociado con McKenzie y solo te hizo creer que estabas contratando a Julian. Querían tu dinero. Fue todo un engaño.

—Aun así, estuvo mal.

—Tal vez. Quizá perdiste la cabeza y tu buen juicio te abandonó. Pero estoy de tu lado —dice Castro—. ¿No te has dado cuenta? Lo he estado desde el principio. Y puedo afirmar, con absoluta certeza, que considerando todo por lo que has pasado, no serías culpable de esto.

Los sollozos agitan el pecho de Marin y se echa a llorar sin contenerse frente

a la mujer por primera vez desde que se conocieron, hasta que el sonido de la puerta del garaje las sobresalta. Derek ha llegado a casa.

CAPÍTULO 29

A Kenzie le duele terriblemente la cara, allí donde Julian le pegó un puñetazo. Su ojo y su mandíbula laten con vida propia y le produce dolor hacer cualquier gesto con la cara. Se mira en el espejo tocándose con el dedo la parte inflamada y gime cuando roza algún punto particularmente doloroso.

En algún momento, todo se ha ido a la mierda.

Nunca le gustó la granja de J. R. Ya se veía vieja y descuidada cuando la vio por primera vez hace años, y ahora está incluso en peor estado. Detesta el olor a verdín y a moho. Detesta la decoración pasada de moda, en especial los descoloridos empapelados y los tapizados de flores. En la antigua habitación de J. R., el colchón está tan usado que siente cada resorte clavándose en su espalda. J. R. dijo que antes la casa era preciosa pero eso, sin duda, fue mucho tiempo atrás.

Los terrenos que la rodean no son mucho mejores. La hectárea y media de viñedos alrededor de la casa que la madre de J. R. aún posee están abandonados sin ninguna utilidad. El árbol en la parte de atrás está comenzando a pudrirse. Hasta la bodega de temperatura controlada bajo el antiguo salón de cata, que siempre estaba provista del suelo al techo con una colección de los mejores vinos de la bodega familiar y del resto del mundo, está casi vacía. La bodega solía ser un lugar divertido donde tener sexo. Ahora solo es deprimente.

Para colmo, Lorna nunca la ha querido. La madre de J. R. cree que ella es una zorra, que se propone atraer a su hijo hacia una vida de corrupción, lo que da risa y prueba que no conoce ni un poco al hombre en el que se ha convertido su hijo. Para ser justos, a Kenzie tampoco le gusta nada Lorna, pero al menos la mujer ha sido hospitalaria. J. R. le dijo a su madre que Kenzie estaba escondiéndose de un novio maltratador y violento, lo cual suavizó un tanto la hostilidad de Lorna hacia ella. Hasta le ofreció a Kenzie una compresa fría y un plato de sopa.

—Te será difícil morder durante un tiempo —le dijo Lorna—. La sopa es ideal.

Por lo que le contó J. R., su madre sabía por experiencia propia de lo que hablaba.

—¿Todavía te duele? —pregunta una voz desde la cama detrás de ella. No se había dado cuenta de que él ya estaba despierto. J. R. se había dormido después de que tuvieron sexo, pero ahora está sentado con las sábanas a un lado mostrando su torso desnudo. Busca un porro a medio fumar en el cenicero y lo vuelve a encender.

Kenzie detesta que él fume tanto. Sabe que la hierba lo vuelve paranoico.

—Estoy un poco mejor, pero el cabrón no tenía por qué pegarme tan fuerte. —Ella es consciente de que suena malhumorada e infantil, pero tiene derecho a ello. Todavía está indignada.

—Tú quieres recibir tu parte, ¿no? —J. R. ya ha perdido el interés en la conversación. Empieza a navegar en su teléfono, con el porro colgando peligrosamente de la comisura de sus labios—. Tenía que parecer real para la foto.

—Sí, pero no tanto. —Da la espalda al espejo y lo mira furiosa, luego se da cuenta de que fruncir el ceño le provoca dolor y relaja el rostro—. Cuando dijiste que encontraríamos otra forma de cerrar el trato, no pensé que sería así.

—Eh, ven aquí —dice mirando algo en la pantalla. Le hace señas con su dedo para que se acerque. Ella se sienta sobre la cama, los resortes crujen y rebotan bajo su peso y él le alcanza el teléfono. Está abierto en la página de Facebook de Tyler.

—¿Desde cuándo tienes Facebook? —pregunta ella.

En lugar de responder, J. R. le señala la última publicación de Tyler. Su compañero ha publicado algo sobre ella y se ha vuelto viral con más de mil *likes* y más de trescientos comentarios.

—Mierda —exclama, después de leer la publicación—. Ty piensa que he desaparecido. Lo ha denunciado a la policía.

—Se suponía que le enviarías un mensaje para decirle que estabas bien —dice J. R.

—Lo olvidé por completo. Quizá lo habría recordado cuando llegué aquí si ayer no hubiera tenido tanto dolor. Julian apagó mi teléfono después de enviarle el mensaje a Derek para que no pudieran rastrearlo.

—Mierda, ¿es que tengo que pensar en todo? —J. R. medita un momento y busca el teléfono de Kenzie, que está en la mesa de noche. Lo enciende—. Publica algo en Instagram. No de tu cara. Y nada que identifique el lugar.

Ella pone los ojos en blanco. Es increíble que él piense que ella es idiota.

—Cualquier cosa para que todos sepan que no estás muerta —explica J. R.—. Y luego escríbele a tu puto compañero. Dile que estás bien y que quieres que te deje en paz.

Ella suspira y va hacia la ventana. Sosteniendo en ángulo el teléfono desde arriba, toma una foto de su mano haciendo el signo de la paz contra el cielo azul y las nubes. Lo sube a Instagram, selecciona un filtro y le pone un pie de foto, "Sintiéndome en paz". Le coloca los hashtags #unplugged y #mitiempo. Antes de publicarlo, se lo muestra a J. R.

Él asiente, aprobando, y ella lo publica.

Luego le envía un texto a Tyler. "Vi tu publicación en FB. Siento preocuparte. Estoy bien, solo necesito tiempo a solas. Vuelvo pronto. Cuida a Buford".

Tyler tarda menos de un minuto en responder. "Hablas en serio???? OMG eres una zorra. Estaba realmente preocupado por ti. Encuéntrate un nuevo lugar para vivir cuando vuelvas. Hija de puta". Y un texto final unos segundos después. "Mira si tendrás suerte, quiero a tu gato".

—Listo, hecho —dice Kenzie con voz ácida—. Tyler me está echando, lo que significa que oficialmente he quemado las naves gracias a ti. —Apaga su móvil y resiste la tentación de tirárselo a la cara a J. R.—. Sabes que nada de esto era necesario, ¿verdad?

—Relájate. Encontrarás un nuevo compañero. Todo irá bien. —No podía sonar menos preocupado aunque lo hubiera intentado—. Ok, bueno. Tyler acaba de publicar otro mensaje. Guau, creo que ya no son amigos en Facebook. ¿Quieres leerlo?

Kenzie lo mira fijamente. Ella admite el amor que siente por J. R. y siempre lo hará —hay personas que entran en lo más profundo de cada uno y no salen de allí jamás—. Pero hay momentos, como este, en que a ella le cuesta recordar por qué lo quiere.

—¿Entiendes que nada de esto tendría que haber sucedido? Yo podría haberle sacado el dinero a Derek de alguna otra forma.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que lo entiendas? Derek no te iba a pagar. No necesitaba hacerlo. Ya estaba perdiendo el interés. Y Marin ya sabía lo de ustedes y aun así iba a perdonarlo, como lo hace cada puta vez. —J. R. deja su teléfono y se cruza de brazos—. De acuerdo, date el gusto. ¿Cuál habría sido tu plan?

—Muy simple —responde ella—. Iba a esperar hasta que él me ofreciera el dinero.

—¿Ofrecértelo? Estás bromeando, ¿no?

—Derek y yo estuvimos juntos seis meses. Ya había entendido cómo funcionaba. Me dio cinco mil por la culpa que sintió al romper conmigo. Le podría haber sacado cincuenta mil o incluso cien mil si hubiera jugado la carta "qué triste estoy/cuánto te quiero/por favor no me dejes". El tipo se lo cree. Tiene un complejo de culpa descomunal… y además le gustaba protegerme. Que haya vuelto con Marin me daba la oportunidad perfecta para que hiciera ese pago final.

Derek y Marin. No debería dolerle pensar que Derek ha vuelto con su mujer, pero sí, le duele. Toma su botella de agua de la mesa y bebe un trago para disimular lo que siente.

—Sí, bueno, pero ahora estamos en doscientos cincuenta —dice J. R.—. Cien para ti, cien para mí, cincuenta para Julian.

—No sabía que éramos un equipo —comenta ella—. Me habría encantado que me lo hubieras dicho oficialmente.

—No seas sarcástica, bruja.

—Sí, claro, tu socio me rompió la cara de un puñetazo. —Kenzie se toca el moretón en la mandíbula, con cuidado de no apretar muy fuerte.

—Basta de lamentos. Te desmayó con el primer golpe. Ni siquiera sentiste el segundo —dice J. R.

—Me alegro de que eso te parezca bien. ¿Y tú das por sentado que Derek te va a pagar?

—Pagará. —La mirada turbia vuelve al rostro de J. R.—. Sin duda que pagará.

—No creo que valga la pena. Toda esta mierda puede llevarte a la cárcel. Es una extorsión.

Él suelta una risotada.

—¿Y qué fue lo que hiciste tú con Paul y con Sean y con el otro tipo…? ¿Cómo mierda se llamaba?

—Erik.

—Erik. ¿No crees que eso también fue una extorsión?

—No, porque ellos lo ofrecieron. Eso es lo mejor de todo esto. Es una simple transacción, un negocio, y nadie sale perjudicado, nadie recibe una petición de

rescate y, con toda seguridad, a nadie le dan una paliza. Todo esto ha sido innecesario.

Él la mira con hostilidad.

—Nunca es innecesario.

—Derek sentía algo por mí. Lo sé. Lo tenía comiendo de mi mano hasta que se fue de viaje con Marin…

Él se aproxima y pone su mano directamente en el lugar dolorido de su mandíbula. Por reflejo, ella intenta alejarse, pero él la toma de nuevo por la mandíbula, apretándola con más fuerza, obligándola a mirarlo. Ella trata de no moverse, sabiendo que si intenta zafarse él le hará aún más daño.

—Suéltame —grita. Le duele tanto que las lágrimas saltan de sus ojos—. Me estás haciendo daño.

—Él nunca fue tuyo —dice J. R. y ella deja escapar un grito cuando la vuelve a presionar con fuerza antes de soltarla—. No la dejará nunca. Nunca habría sido tuyo.

Ella se desliza fuera de la cama antes de que él pueda atraparla de nuevo. Puede escaparse a la ducha y con suerte, cuando salga estará de mejor humor. Un pensamiento cruza su mente mientras toma la toalla colgada en la puerta del baño.

—Oye. ¿Cómo supiste que Marin siempre perdona a Derek y lo acepta de nuevo? —J. R. está absorto en su teléfono.

—¿De qué mierda hablas?

—Acabas de decir que ella lo acepta de nuevo cada vez. ¿Cómo sabías eso, J. R.? —Ella eleva el tono de su voz para hacerle saber que espera una respuesta, pero no tan alto como para que piense que le está levantando la voz—. En serio. ¿Cómo sabes eso?

Él levanta la vista y suspira fastidiado.

—¿Recuerdas que te hablé sobre mi novia de la universidad? ¿Que aún somos amigos?

—Sí. Lo sé —dice ella, irritada por el repentino cambio de tema—. Dijiste que te dejó por… —Se detiene abriendo los ojos de par en par—. ¿Era Marin?

—Por Dios, a ver si entiendes las cosas. —Y él vuelve la atención a su teléfono.

Si hubiera sido cualquier otra persona, Kenzie habría cruzado la habitación para quitarle el puto teléfono de la mano y obligarlo a prestarle atención.

—¿Cómo pudiste ocultarlo? ¿Ya lo sabías cuando te hablé sobre él? ¿Tú…? —

hace una pausa—. ¿Tú urdiste este plan?

—Cuando dijiste que se llamaba Derek y que tenía un Maserati negro metalizado lo supe. No hay tantos imbéciles en Seattle que se llamen Derek y tengan un Maserati negro. Ya habías estado con él hacía un mes por entonces, así que ¿cómo podría haberlo planeado yo? —J. R. menea la cabeza asqueado —. Piensa un poco, M. K.

—Pero aunque haya sido así, igual me has mentido —protesta ella.

No puede creer lo que está escuchando. Ha estado hablando sobre Derek durante meses y J. R. nunca dijo ni una palabra de que su amante casado era el esposo de su exnovia, la que le rompió el corazón. Hasta Lorna ha dicho que desearía que su hijo se hubiera casado con su novia de la universidad. Ahora entiende por qué J. R. se mostraba tan interesado en su relación con Derek. También explica por qué había dejado de prestarle atención a ella y se había alejado. Quería que ella se quedara finalmente con Derek. Así él podría volver con Marin.

—No mentí; solo omití información —dice J. R.—. Ahora lo sabes.

—Entonces, no es en realidad por el dinero que recibirás, ¿cierto? —Kenzie siente que la recorre un escalofrío—. Es personal. ¿De qué se trata todo esto? ¿Es una suerte de juego enfermizo para tratar de destrozarlos? ¿Para qué, para castigarla a ella por atreverse a dejarte por el tipo con el que se casó y tuvo un hijo? —Otro pensamiento cruza su mente y las siguientes palabras salen de su boca sin que pueda impedirlo—. Por Dios, J. R., ¿fuiste tú quien se llevó a su hijo?

Él salta de la cama sin darle tiempo a reaccionar. La empuja contra una pared haciendo que su cabeza se golpee fuerte contra esta. Su mano está de nuevo en su mandíbula, apretándola mucho más fuerte que antes y la taladra con la mirada. Ella no se puede mover. No puede desviar la mirada. Solo puede cerrar los ojos, sintiendo el calor de su aliento en su mejilla herida.

—Si vuelves a decir algo sobre el niño, te mato —la amenaza—. Juro que te mato. ¿Me entiendes, McKenzie?

Él nunca la llama por su nombre completo.

Kenzie asentiría si le fuera posible mover la cabeza, pero todo lo que puede hacer es gemir, para hacerle saber que lo ha comprendido.

CAPÍTULO 30

Marin no tiene ni idea de cómo iniciar esta conversación. Hay tantas cosas que no se han dicho en los últimos cuatrocientos noventa y cuatro días que no le parece bien comenzar de pronto. Pero es Derek el que empieza a hablar.

—¿Ha estado alguien aquí? —Deja la bolsa de su portátil sobre la isla de la cocina y mira alrededor—. Vi un coche estacionado en la entrada.

Ella le pidió a Castro que se fuera antes de que entrara Derek y la investigadora salió de la casa por la puerta principal, la misma por la que entró. Derek accedió por la puerta del garaje. No se encontraron.

—Sí, ha venido alguien.

Él espera. Marin le sostiene la mirada casi desafiándolo a que le siga preguntando. Entonces, nota las ojeras y la hinchazón de los ojos, sus mejillas hundidas y la palidez del rostro de Derek. ¿Ha estado así últimamente? ¿O es solo hoy?

—¿Vas a decirme quién era? —pregunta él.

—Era una investigadora privada que contraté el año pasado para encontrar a nuestro hijo. —Él se sobresalta—. La misma —Marin continúa con calma— que me informó de tu aventura con McKenzie Li. Seis meses, Derek. Vaya.

Él abre la boca para hablar y luego la cierra. Parece que no sabe qué decir y ella solo puede imaginar el torbellino de emociones que pasa por su cabeza mientras trata de decidir qué le va a responder. ¿Va a negarlo o confirmará que es verdad? Si reconoce que es cierto, ¿le contará toda la historia o solo una parte? Si lo niega, ¿cómo va a explicarlo?

Es interesante observar a un mentiroso cuando uno sabe que está mintiendo. Ese tic nervioso, esa mirada huidiza, los pequeños temblores en varias partes de su cuerpo. Cosas que no llegarías a notar si no supieras que está mintiendo. Manifestaciones a las que nunca les prestarías atención si confiaras en esa persona, porque darías por sentado que todo lo que te dice es verdad. Se supone que quien te quiere no te miente.

Marin y Derek están de pie enfrentados, uno a cada lado de la amplia isla de granito, a un metro de distancia el uno del otro. Bien podrían haber sido cien

metros. Pasa un minuto y él sigue sin hablar. Parece absurdo que otra cita de *La princesa prometida* le venga a Marin a la mente. El Caballero Negro está enfrentándose a Vizzini para decidir quién se queda con la Princesa Buttercup: "De acuerdo. ¿Dónde está el veneno? Comienza la batalla del ingenio".

Finalmente, Derek susurra.

—Lo siento. —Su voz suena ronca. Inclina la cabeza hasta sostenerla con las manos, con los codos apoyados en la isla—. Ella no significó nada para mí… No la amo.

Marin saca su teléfono y abre la aplicación. Lo desliza hacia él por el frío granito para que Derek vea la foto del rostro de McKenzie golpeado en la pantalla. Él casi desfallece.

—¿Entonces? —pregunta Marin—. ¿Vas a pagar?

—Oh, Dios. —Se le estrangula la voz—. Oh, Dios mío, nunca quise que lo supieras. Marin lo siento tanto. Tanto.

Ella lo ignora, insensible ante su evidente dolor.

—Piden doscientos cincuenta mil. Sé que los tenemos, eso no es un problema. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a pagar? ¿O crees que la foto es falsa y ella te está extorsionando, igual que lo hizo con sus anteriores novios ricos? Me dijeron que el último le dio cincuenta mil. Sin duda que ha subido la vara contigo.

Él observa la foto de nuevo, luego mira a Marin, perdido.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué otros novios?

—Oh —dice Marin, y por primera vez en ese día, sonríe. No es una sonrisa amable, para nada. Es cruel, que es como se siente en ese momento—. No lo sabías. Permíteme el placer de ser quien te lo cuente. Tu pequeña muñequita es una profesional. Sale con hombres casados con dinero y luego les exige un pago cuando tratan de terminar con ella. ¿Qué? ¿Creíste que ella te amaba de verdad?

Derek no responde, lo cual es una buena decisión.

—Pero los golpes, las ataduras, la exigencia de rescate, todo eso es nuevo —explica Marin—. Entonces, ¿qué opinas? ¿Es real o es un montaje?

Nunca ha visto a su esposo tan pálido y conmocionado.

—Les respondí que les voy a pagar. Tengo el dinero. Está en la bolsa dentro del coche. Estoy esperando el mensaje con las indicaciones.

—¿Es lo mismo que hiciste cuando se comunicaron contigo por Sebastian?

Se queda helado. Y en ese momento, ella lo sabe.

—¡Desgraciado hijo de puta! ¿Cómo no me lo dijiste? —La voz de Marin retumba en la enorme cocina; el sonido hace eco en las hermosas alacenas de diseño.

Al escuchar esa voz, Derek, que mide casi dos metros, se encoge avergonzado, y hasta parece más pequeño que ella.

—Lo siento —se disculpa, llorando, y los sollozos agitan todo su cuerpo—. Lo siento. Lo siento tanto. Tanto.

Sucedió al mes de la desaparición de Sebastian. Un mes, exactamente; treinta y un días de la pesadilla en que se había convertido la vida de los dos.

La investigación de la desaparición de Sebastian —a pesar de que la foto y el vídeo del mercado estaban en las noticias nacionales— se había agotado. No había pistas, ninguna exigencia de rescate, ningún testigo que apareciera diciendo que recordaba algo que un mes atrás hubieran omitido cuando se produjo la desaparición. Cuando Derek llamó al FBI y exigió saber qué más podía hacerse, el agente asignado al caso le dijo que si bien el caso de Sebastian seguiría "abierto y en curso", debían redireccionar sus recursos inmediatos a cientos de casos de niños desaparecidos que ocurrían cada semana en todo el país.

Eso hundió a Marin. Ya estaba en un estado terrible, con su mente envenenada con los horrores de la pedofilia y el tráfico sexual y lo que su torturada imaginación le propusiera. Pero cuando Derek la llamó para decirle lo que el FBI le había dicho, se hundió hasta el fondo.

Derek fue quien la encontró. Al volver a casa de una reunión urgente en la oficina, una reunión delicada en la que nadie podía sustituirlo, allí estaba su mujer, inconsciente en la tina. Solo se había ausentado tres horas. Llamó al 911 y le hizo maniobras de reanimación hasta que llegaron los sanitarios. Lograron revivirla y mantenerla consciente hasta que la llevaron a un hospital para que la salvaran.

—Casi mueres. —Derek habla en un tono monocorde, pero las lágrimas ruedan por sus mejillas—. Pensé que estabas muerta cuando abrí la puerta del baño y te vi.

Marin no dice nada. Ya se ha disculpado un millón de veces por haberlo asustado y a Sal, y a Sadie y a todos los que se preocupan por ella. Ya no puede pedir más disculpas.

—Cuando te dieron el alta del internamiento psiquiátrico cinco días más tarde, tenía pánico de dejarte sola. Una semana después de eso, entró un correo

de una dirección desconocida. Llegó a mi cuenta corporativa. No había nada escrito en el asunto. Cuando lo abrí, había una foto de Sebastian. Se lo veía bien, asustado pero bien. Sostenía un ejemplar de *The New York Times* con la fecha visible. La foto había sido tomada ese mismo día. El correo me advertía que no llamara a la policía; que si lo hacía, no volvería a ver a mi hijo. Me dijeron que alguien me llamaría exactamente en treinta minutos. Si no atendía o pensaban que la comunicación estaba intervenida, lo matarían.

Marin cierra los ojos. Era lo más atroz que podría escuchar y su mente no puede evitar imaginar las mil diferentes maneras en que podrían haber manejado la situación.

—Debería haber llamado al FBI. Pero… no pude. Estaba tan furioso... La investigación había sido un fiasco y sentía que todos nos habían abandonado. Todo lo que podía pensar era que hacía cinco semanas que no veía a mi hijo. Cinco semanas sin él. Y que en treinta minutos esa llamada me podría decir si él estaba realmente bien o no. Quería saberlo. Necesitaba saberlo.

Sí. Ella lo entiende. Pero no quiere darle a Derek la satisfacción de convalidar sus sentimientos, así que calla.

—Salí y me senté en el coche dentro del garaje. El teléfono sonó exactamente cuando dijeron que lo haría. Cuando atendí, era Sebas.

—¿Qué? —Las rodillas de Marin se aflojan y es su turno de aferrarse al borde de la isla para no desplomarse—. ¿Hablaste con él?

Derek asiente; su rostro es una máscara de angustia y dolor supremos.

—Él dijo: "Hola, papi, soy Sebas. Te echo de menos a ti y a mami. ¿Cuándo vienen a buscarme?".

—Oh, Dios. —Marin no puede respirar—. Oh, Dios…

—Y yo le dije: "Muy pronto osito querido" y le pregunté si estaba bien y me dijo: "Estoy bien. Hay una televisión aquí y mucha pizza y golosinas" y entonces me volvió a preguntar cuándo iría a buscarlo.

Marin llora con tanta intensidad que no puede hablar, pero asiente con la cabeza.

—Entonces, alguien tomo el teléfono. Un hombre. No reconocí su voz. Dijo: "Si quieres a tu hijo, queremos un millón esta noche. Te enviaremos un mensaje con los datos de la cuenta".

Marin lo mira.

—Nosotros acabábamos de subir la recompensa a un millón —dice.

—Sí, lo habíamos hecho. —Él asiente—. Le dije que podría conseguirlo,

pero que me llevaría tres días al menos. El dinero estaba comprometido con la recompensa, estaba siendo monitoreado y no tenía ni idea de cómo podría moverlo sin alertar al FBI. Pero le dije que tenía doscientos cincuenta mil accesibles de inmediato, en mi cuenta personal, y que podría dárselos en cuestión de horas. Ante mi sorpresa, aceptó.

—¿Por qué no llamaste entonces al FBI?

—¿Lo habrías hecho tú? —Derek no está tratando de ser sarcástico. Realmente quiere saber qué habría hecho ella y parece aterrorizado de escuchar lo que ella pueda decir.

Ella considera su respuesta.

—No. —En cuanto pronuncia esa palabra, se da cuenta de que es verdad—. No, no lo habría hecho. No en ese momento, no después de cinco semanas. No si hubiera creído que podía recuperar a mi hijo pagándoles.

Derek respira.

—Junté todo el dinero. Lo metí en una bolsa y esperé. Un día entero esperé. Y finalmente entró otro correo. Con una dirección. Una casa en North Bend. Dijeron que Sebastian estaría esperando solo adentro. Yo debía entrar, dejar el dinero, tomarlo a él y salir. Alguien estaría mirando. Si veían algo sospechoso, volarían la casa con nosotros dentro.

—Por Dios, Derek.

—Fui a la casa. Tenía un cartel de venta en la entrada y dentro estaba casi vacía; algún que otro mueble, solo un sofá y una tele, y una pequeña cama en una de las habitaciones del fondo. Había un juguete en el suelo. Algo barato de plástico, del tipo de los que vienen en las cajitas sorpresa. Un Pokémon. No sé cuál, uno amarillo. Estaba allí tirado como para mostrar que alguien había estado allí. Que un niño había estado allí. Me senté en el sofá. Cerca de medianoche sonó el teléfono. Me dijo que dejara el dinero y que saliera. Le pregunté dónde estaba mi hijo, por qué no lo habían traído. Y en ese momento escuché a Sebas llorando de fondo. Comencé a gritar y él me respondió a gritos y entonces se cortó la comunicación. Y un minuto más tarde recibí un correo que decía…

—¿Qué? ¿Qué decía?

—Decía: “Demasiado tarde. La cagaste. Está muerto”.

Marin se tapa la boca con la mano tratando de ahogar un grito.

—No sé qué es lo que hice mal, Marin, hice todo lo que pidieron, tenía el

dinero, estaba en el lugar correcto, no entiendo por qué ellos… por qué ellos… —No puede terminar—. Oh Dios, oh Dios, oh Dios…

—No —dice ella. La palabra sale como un aullido. Noooooooo—. No, Dios, por favor, no.

—Intenté llamar de nuevo, pero el teléfono sonaba y sonaba, y nadie atendía. Una hora más tarde lo habían desconectado. Envié correos a la dirección y todos eran devueltos.

Derek casi no puede respirar, tiembla con violencia y todo lo que Marin puede hacer es mirarlo horrorizada. Una parte de ella desea consolarlo y decirle que ella habría hecho exactamente lo mismo; otra parte quiere apretarle la garganta con sus manos hasta que su nuez de Adán reviente y hasta la última molécula de aire en su cuerpo se agote.

—No sé qué hice mal, pero sé que lo maté, Marin —dice Derek, con su voz estrangulada como si los dedos de ella realmente lo estuvieran ahogando—. Maté a nuestro hijito. Y no podía decírtelo. No podía decírtelo porque sabía que, si tú lo sabías, te estaría matando a ti también.

Él comienza a sollozar de nuevo y, sin poder soportarlo más, Marin se acerca a él. Se abrazan sobre la isla de granito hecha a medida, en esa cocina de diseño de la casa soñada de su vida perfecta, y lloran.

—Hay algo que necesito contarte —dice Marin diez minutos después, cuando los sollozos van aminorando, porque van cesando por fin, porque no se puede sollozar para siempre. Es físicamente imposible. En algún punto, uno deja de sentir. Es la forma en que el cuerpo puede soportarlo.

Derek se ve mejor de lo que ella se siente, pero es lógico, porque él ha tenido dieciséis meses, menos cinco semanas, para hacer el duelo por su hijo; no es algo nuevo para él, como sí lo es para ella. En algún momento, más tarde —ella no sabe cuándo—, sabrá cómo dar el último paso. Su paso final. Pero por ahora, hay cosas que deben ser dichas.

—¿Qué? —El cuerpo de Derek está como hundido. Es tan raro verlo así. El físico de su esposo siempre ha sido una parte importante de su presencia. Su altura, su porte, su estampa cuando entra en una habitación; siempre tiene la autoridad, siempre está a cargo.

—Sal fue quien lo secuestró. Lo hizo por el dinero.

Ella le cuenta todo lo que le dijo Castro, omitiendo cualquier mención específica a Julian. Se refiere a él como el "solucionador". Está profundamente

avergonzada de lo que hizo con Julian y no puede reunir el coraje para decírselo a Derek, no en este momento, y probablemente no lo haga nunca.

—Pero creo que Sal también lo hizo para causarnos daño. Porque sabía que nos destrozaría. ¿Cómo podría ser de otro modo, cuando algo tan terrible sucede? Estoy segura de que pensó que nos separaríamos. De hecho, creo que trató de separarnos antes.

Derek se queda en silencio, pero puede sentir como su rabia va creciendo en oleadas. Lo mismo que está sintiendo ella.

—La primera vez que me engañaste, él fue quien me advirtió que te había visto. —Es una locura lo obvio que le resulta todo a Marin ahora, cuando en su momento nunca se le ocurrió—. Me dijo que estaba sentado en un restaurante cuando tú y la vendedora de Nordstrom pasaron caminando. Yo no le creí y se puso furioso conmigo, acusándome de ser una ingenua. Pero luego ella mandó un mensaje, ¿recuerdas? ¿Un mensaje accidental a mi móvil? No me quedó otra alternativa que pedirte explicaciones. Mirando hacia atrás, estoy convencida de que lo maquinó todo para que lo descubriera. Quería meterte a ti en problemas.

—Por Dios.

—Pero seguimos juntos. Yo estaba embarazada en ese momento; Sal no lo sabía. Unas semanas más tarde, cuando le conté lo del bebé, él parecía… vencido. Como si hubiera perdido. Estábamos en un juego del que yo no tenía ni idea de que éramos parte.

—Voy a matarlo —La voz de Derek es pausada, pero no hay duda de la ira —. Voy a arrancarle el puto corazón.

Su teléfono emite una alerta. Es Castro con un mensaje. "¿Todo bien?".

La investigadora debería saber que no es una pregunta que pueda hacerle. Nada ha ido bien desde hace tiempo. Marin no responde, pero siente el dolor que la invade, más poderoso que el entumecimiento. Siente que está haciendo equilibrio, en el filo, entre la cordura y el abismo. Si no actúa ahora, se va a perder para siempre.

No está bien. No está nada bien.

Hace falta un impulso para terminar esto, antes de soltar.

—Me voy a Prosser —le anuncia a Derek incorporándose—. Tengo que verlo. Donde sea que esté, él está en algún lugar de esa granja, lo sé. Puedo sentirlo.

Ambos saben que no está hablando de Sal.

—Marin, por favor. —Derek está horrorizado—. No te obligues a vivir todo esto. Ha pasado demasiado tiempo y no sabemos qué es lo que Sal…

—Necesito. Ver. A mi hijo. —No está gritando. Por el contrario, su voz grave separa cada palabra para darle énfasis y una contundencia incuestionable. Controlada. Y a punto de estallar. Él se aterra; ella lo ve en sus ojos—. Puedes venir o quedarte aquí, me importa una mierda. Sea lo que sea, hemos terminado.

Los dos saben que no está hablando de la conversación.

Busca su bolso, pasa a su lado abriéndose paso hacia la salida donde toma su abrigo, sus zapatos y sus llaves. Cuando abre la puerta del garaje desde dentro, se sorprende al ver el coche de Castro aparcado en la entrada, justo en el medio, obstaculizando la salida de los dos coches del garaje. Marin se acerca y le golpea el parabrisas. Castro abre el cristal de su ventana.

—¿Vas a alguna parte?

—Voy a Prosser. Necesito que muevas el coche, por favor, Vanessa.

—Suban, los dos —dice Castro con su mirada por encima del hombro de Marin. Ella se vuelve y ve que Derek está a su espalda—. Yo conduzco.

CAPÍTULO 31

Están tratando de hacer como si todo fuera normal durante la cena, cuando nada es normal, por razones que Kenzie no puede llegar ni siquiera a imaginar.

Lorna, inestable en el mejor de sus días, está agitada, murmurando mientras come con desgano el guiso de atún, y dirigiendo la mirada hacia el reloj del horno cada pocos minutos. La casa está templada por el horno, y es una noche agradable, pero ella lleva puesta una bata acolchada sobre los pantalones holgados como si fuera el más crudo invierno.

El plato de J. R. está limpio, pero no es porque haya comido, sino porque no lo ha hecho. Camina de un lado al otro de la habitación, fumando hierba, bebiendo cerveza y tratando desesperadamente de hablar con Julian, que no atiende el teléfono.

La pequeña y vieja televisión de tubo que Lorna ha puesto sobre la encimera de la cocina está encendida y transmiten *Jeopardy!,* el programa de preguntas y respuestas, que acaba de comenzar.

—¡Hijo de puta! —ruge J. R. desde la otra habitación.

Kenzie se sobresalta y suelta el tenedor, que cae al plato cuando escucha el sonido de la botella de cerveza estrellándose contra una pared. Los cristales se desparraman por el suelo de madera.

Frente a ella, Lorna está rígida, con los ojos dirigidos hacia la sala y los oídos atentos. Se relaja un poco unos segundos más tarde cuando confirma que con quien sea que su hijo se ha enfadado, no es con ella.

Un envase de plástico con dos brownies está abierto sobre la mesa y ella toma uno y lo mordisquea mecánicamente, aunque su plato de guiso está todavía medio lleno. Murmura sílabas en voz baja que parecen palabras, pero Kenzie no puede entender qué está diciendo. ¿Realmente no le va a preguntar a su adorado hijo por qué diablos ha estrellado la botella contra la pared de su sala? Un par de locos, los dos.

J. R. la llama y Kenzie deja a Lorna en la mesa. Se dirige hacia la sala, con cuidado de no pisar los cristales que están por todo el suelo.

—Julian no atiende.

—Eh, sí, ya veo.

Él mira hacia la cocina, para ver si su madre los está escuchando. No, Lorna ha servido una cucharada del guiso en el plato de J. R. y está untando mantequilla con mucha atención en un trozo de pan.

Kenzie pone los ojos en blanco. "Por Dios, mujer, te dijo que no tenía hambre".

J. R. la sujeta del brazo, con más fuerza de la necesaria, y la aparta un poco más de la cocina.

—En el teléfono de Julian salta directamente el contestador —dice.

—Tal vez se ha quedado sin batería.

—Tiene un cargador en su coche. —J. R. toma el teléfono de nuevo—. Si me deja sin dinero, juro por Dios que…

—¿Por qué te haría eso? —Kenzie se frota el brazo donde sus dedos la apretaron—. No tiene por qué hacerlo. Te estás volviendo paranoico.

J. R. vuelve a pasearse.

—Derek dijo que pagaría. Se supone que Julian le enviaría el mensaje con una dirección de encuentro cuando llegara a Seattle y entonces me informaría cuándo sucedería. No me ha mandado ningún mensaje.

—Tal vez esté conduciendo todavía.

—Debería haber llegado a la ciudad hace como una hora. Tendrían que estar encontrándose ahora.

—Tal vez se hayan encontrado y él te escribirá en cualquier momento.

—Entonces, ¿por qué tiene el teléfono apagado?

—Pueden estar en un lugar sin cobertura.

—No elegiría un lugar así si tuviera que encontrarse con el tipo que trae el dinero. M. K., por favor, piensa un poco.

—Estoy pensando. Tal vez él… se ha olvidado de avisarte.

—Julian no se olvida. —J. R. la mira—. Va a joderme, puedo sentirlo.

—Bueno, si es así, significa que me está jodiendo a mí también. —Kenzie se desploma sobre el sofá—. Y ¿sabes qué? Ya ni me importa a estas alturas. Estoy harta de todo esto. Si me hubieras dejado manejarlo, ya tendría cien mil en mi bolsillo y habría terminado con él.

—Sí, y yo no habría recibido nada.

—¿Por qué merecerías algo? —Lo mira con furia—. Derek era mi rico novio casado, no el tuyo. Mío. Se suponía que nada tendría que haber terminado de

este modo. Estos hombres eran una fuente de ingresos para mí, ¿lo entiendes? Para ellos yo era la otra, pero, mierda, para mí ellos eran mi otro trabajo, estábamos en paz. Se suponía que tú no te involucrarías en nada de todo esto. No eres mi chulo, no trabajo para ti.

—Esto me corresponde —dice J. R.—. Necesito ese dinero, M. K. ¿Crees que es fácil manejar el bar, financiar a mi madre y mantenerme al mismo tiempo? No nos quedó nada de la venta de la bodega después de pagar a los acreedores y mi madre todavía tiene deudas. Pero si Julian ha hecho lo que creo que ha hecho, entonces, él se lo ha llevado todo. Los quinientos mil. Y ahora se ha ido.

Kenzie levanta la vista.

—¿Quinientos mil? ¿De qué mierda estás hablando?

Él deja de caminar y la mira.

—Nada.

Lo que fuera que se le haya escapado no era su intención decirlo y ella no lo va a dejar pasar.

—J. R., ¿qué quinientos mil?

Él se estira para ver de nuevo qué pasa en la cocina con su madre, pero Lorna se ha ido. El plato del guiso de J. R. tampoco está, así como el envase de los brownies. Raro. Su habitación está al final del pasillo. Tendría que haber pasado junto a ellos para ir hasta allí. ¿Salió de la casa con la comida?

La mujer está totalmente loca.

—J. R., te lo voy a seguir preguntando hasta que me expliques qué mierda significa —advierte Kenzie—. Acabas de decir quinientos mil dólares cuando lo que estamos esperando son los doscientos cincuenta que Derek dijo que pagaría, cien mil de los cuales son míos. No soy un genio de las matemáticas, pero eso no suma quinientos.

J. R. se restriega el rostro y deja escapar un suspiro.

—Marin le pagó a Julian doscientos cincuenta para que te mataran. Cuando supo que existías, quería eliminarte y yo le dije que conocía un tipo.

—¿Qué? —Kenzie tarda unos segundos en procesarlo. Su intuición no la estaba engañando; Marin sabía lo de ella con Derek. Aparecer en medio de una borrachera para humillarla frente a sus vecinos como hizo la esposa de Paul es una cosa; que paguen para que la asesinen es un nivel totalmente diferente de locura, mucho más allá de lo que se podría considerar una reacción normal a

una infidelidad conyugal. Qué locos hijos de puta, todos ellos—. ¿Y llegó a darle el dinero?

—Tranquila —dice J. R.—. Nunca estuviste en peligro, obviamente. Pero sí, de verdad lo contrató, o al menos, creyó que era así. Lo repartiríamos entre Julian y yo.

—¿Ibas a decírmelo alguna vez? —Kenzie pregunta sin convicción—. ¿O al menos ofrecerme una parte de ese… dinero manchado de sangre?

Él no responde; su silencio es todo lo que ella necesita saber.

—Entonces, me has usado —dice ella—. Cuando te conté lo de Derek, todo lo que pudiste ver fue una fecha de pago y una forma de recuperar a Marin. Qué hijo de puta. —Lanza una risotada amarga—. No puedo creer que hayas engañado así a una mujer desesperada, en duelo, por un cuarto de millón de dólares. Se supone que es tu amiga, J. R. ¿Sabes qué? Espero que Julian desaparezca y no te dé ni un puto centavo. Porque no sé cuál de los dos es el más despreciable, si tú o yo.

Él se le acerca con el puño levantado, pero esta vez ella no retrocede. En cambio, se queda sentada, enfrentándose a él, como si lo viera —realmente lo viera— por primera vez. Sal Palermo júnior no es el excitante hombre mayor que ella pensaba que era, con mundo, ingenioso, independiente. Es solo un niño grande, herido por los años de maltrato de su padre, atrapado en el cuidado de su madre tan herida como él y enamorado de una mujer que nunca lo querrá. No es más que un delincuente de poca monta. Ha perdido siete años con él. Siete. Ya es suficiente.

—Adelante, pégame —dice ella—. Es lo único que sabes hacer bien, de todas maneras.

Ella escucha las sirenas antes de ver las luces y se levanta de golpe de la mesa en la que estuvo sentada con Lorna viendo el final del programa. J. R. está en el piso de arriba, en su habitación. Cuando salió hecho una fiera de la sala un poco antes, escuchó el portazo, lo que significaba que se quedaría en la habitación el resto de la noche.

Lorna volvió a la casa unos minutos después de la discusión. El rostro de la anciana estaba enrojecido por el esfuerzo de lo que hubiera estado haciendo adonde hubiera ido. La madre de J. R. se movía con bastante facilidad para ser alguien que aparentemente necesitaba una prótesis de cadera y se sentó en la

mesa para no perder la pregunta final del programa, cuya respuesta, por supuesto, ella sabía responder.

Esta puta casa. Esta puta gente.

Kenzie vuelve a la sala y mira por la ventana. Las luces azules y rojas titilan en algún lugar del camino, y aunque solo se ven los destellos, está claro que se dirigen hacia allí.

Mierda. Los policías vienen por ella, claro. Tyler no debe de haber cancelado la denuncia de persona desaparecida a tiempo. No es un secreto que la ciudad natal de Kenzie es Prosser y que ella es amiga de J. R., así que la granja familiar es el lugar lógico para ir a buscarla. ¿Cómo diablos va a explicar la situación? Seguramente la policía no va a arrestarla porque su compañero cree que ha desaparecido. Ella puede alegar que todo fue un malentendido, lo que es cierto.

A menos que no se trate de la denuncia de persona desaparecida. Tal vez sea por el rescate. O Derek llamó a la policía para denunciar que ella está siendo retenida contra su voluntad y que sus captores exigen dinero a cambio de su vida. Si esa es la razón de la presencia de la policía, entonces, está en problemas. Y también J. R. Son tantas las mentiras que no hay forma de saber qué es lo que está pasando realmente.

Siente que Lorna pasa detrás de ella y se vuelve para ver la desesperación de la mujer. En el piso de arriba, puede escuchar a J. R. recorriendo a zancadas la habitación. Sin ningún aviso, Lorna toma a Kenzie por los hombros con inusitada fuerza.

—La bodega —le susurra, mientras J. R. baja como un loco las escaleras.

Antes de que Lorna pueda decir nada más, su hijo irrumpe en la sala, con el rostro enrojecido, como un animal salvaje.

Lorna corre hacia él, le pone las manos sobre el pecho, pero la aleja de un empujón. Ella tambalea y cae en el sofá.

—Cálmate, hijo, por favor —dice Lorna, pero sus palabras no surten efecto. J. R. está lejos de calmarse. Recorre la sala de arriba abajo a grandes pasos y se restriega la cara y el pelo, muy agitado. Apesta a marihuana. Sus pupilas están totalmente dilatadas; sus ojos, antes marrones, se han vuelto negros.

—¿Qué hago? —pregunta—. ¿Qué mierda hago?

—Tenemos que ver qué es lo que quieren —responde Kenzie, tratando de mantener la calma. No es fácil. La energía negativa de J. R. es contagiosa.

—Lo que sea que digan los policías, yo les diré que todo fue una estúpida broma. —Se interrumpe y mira a Kenzie—. ¿Los has llamado tú?

—Por supuesto que no —responde ella—. ¿Por qué habría de llamar a la policía en mi contra?

—Por Dios, eres tan estúpida. —Vuelve a pasearse y el sonido de las sirenas va en aumento. Las luces están centellando a través de las cortinas—. No están aquí por ti, M. K. Están por mí.

Se vuelve hacia su madre.

—Van a arrestarme, mamá. Volveré a la prisión. Esta vez para siempre. —Está al borde de las lágrimas; sus ojos escudriñan cada centímetro de la habitación como si buscara una vía de escape—. Fue Julian, lo sé. Esa rata, hijo de puta me debe de haber denunciado.

—Ya te las arreglarás para salir de esta contándoles cualquier cosa. —Kenzie no ha visto a J. R. tan nervioso nunca en su vida—. Niega todo y di que Julian lo planeó. Se llevó el dinero de Marin, luego me secuestró y envió mensaje del rescate. Échale toda la culpa, yo te respaldaré.

Se le ocurre de pronto que Lorna está escuchando todo en ese momento y no se muestra en absoluto sorprendida. Es como si lo hubiera sabido todo el tiempo.

—Mamá, ¿aún guardas la pistola de papá? —pregunta él.

—En la habitación —responde Lorna. No parece sorprendida por la pregunta tampoco—. En la caja de seguridad empotrada en el armario. La clave es el cumpleaños de tu padre.

¿Qué pistola? Kenzie no sabía que tuvieran una pistola.

En cuanto J. R. desaparece, Lorna vuelve a sujetar a Kenzie.

—La bodega —le dice en un sonoro susurro en el oído—. Ve allí. Cierra con llave la puerta cuando entres. Y sin importar lo que pase, no dejes entrar a mi hijo, no importa lo que diga. ¿Me entiendes?

Lorna está muy seria, y en este momento no es la mujer despistada y algo perdida con quien Kenzie solía hablar. Pero ¿por qué razón la madre de J. R. le está pidiendo que se esconda en la bodega? ¿Y le dice que cierre con llave para no dejar entrar a su hijo? Nada tiene sentido.

Las luces se vuelven más brillantes y las sirenas se escuchan más fuerte. El camino que lleva hasta la granja es largo y bastante recto. La policía está llegando.

—¡Mamá! ¡La pistola no está en la caja fuerte! —grita J. R. desde el vestíbulo.

Lorna abre su bata. La pistola —la que mandó a su hijo a buscar, la que se

suponía que estaba bajo llave en la caja de seguridad y que Kenzie no sabía ni que existía— está en la cintura de los pantalones de Lorna.

—McKenzie —dice ella, y debe de ser la primera vez que Lorna la llama por su nombre—. A la bodega. Ya.

Kenzie se vuelve y sale disparada.

La puerta a la bodega en el sótano está bajo la antigua sala de cata, unos cincuenta metros a la izquierda de la granja. Kenzie corre hacia allí, asustada por la mirada en los ojos de Lorna cuando le ordenó que hiciera lo que le decía. J. R. está inestable, buscando un arma que Lorna tiene en su poder. La policía está llegando. No hay nada más que decir.

Llega a la sala de cata y entra por las antiguas puertas dobles, atravesando a toda velocidad la sala de exposición, ahora vacía, pasando por los polvorientos barriles de vino y el largo mostrador. Al fondo de la habitación, hay otra puerta que conduce hacia la bodega en el sótano y encuentra la puerta con la llave sin echar, y las luces encendidas en las escaleras. Kenzie cierra la puerta de un golpe y echa llave, y se detiene un momento en lo alto de la escalera para tomar aire. Pone su oreja contra la puerta, tratando de escuchar los sonidos de quien pudiera haberla seguido. La recomendación es que no lo deje entrar a J. R.

Ella comienza a bajar hacia el fondo, donde los vinos estaban guardados en un recinto con la temperatura controlada. Doce grados es lo ideal, le dijo una vez J. R., y la temperatura debe ser mantenida cuidadosamente para preservar la integridad del vino. Cuando va llegando al fondo, Kenzie se da cuenta de que allí no hace doce grados de ningún modo. Con doce grados sentiría frío, y allí hace una agradable temperatura que va subiendo con cada paso que da. Es la temperatura normal de una habitación —veintidós o tal vez veintitrés grados —. Cuando llega al último escalón, se escucha una tele encendida. ¿Una tele en la bodega? ¿Una bodega con esa temperatura tan cálida? Se detiene al instante. ¿Qué diablos pasa aquí?

Y entonces lo ve.

Su mente lo comprende todo de pronto. El amplio salón, los estantes de vino vacíos, la cama, el escritorio, la lámpara, la mesa con un plato medio vacío, el envase de los brownies, un racimo de plátanos, una botella de agua y juguetes de todas las formas y tamaños desparramados por el suelo.

Y allí en el medio de todo está de pie un niño, de pelo oscuro, vestido con un pijama azul que le queda demasiado corto y unas pantuflas de perrito

demasiado grandes para sus pies, que abraza a un oso de peluche casi de su mismo tamaño. El oso lleva puesto un jersey color café con un animal bordado en el pecho.

Un jersey con un reno.

Kenzie se lleva la mano a la boca. No puede moverse. No puede hablar. Solo puede mirar al niño. Él la mira también, con sus ojos marrones bien abiertos, con una expresión mezcla de miedo y de esperanza.

—¿Eres mi mami? —dice, y su confusión es obvia. Tiene una vocecita dulce y un poco temblorosa. Está haciendo un gran esfuerzo por no llorar—. La abuela Lorna dice que mi mami está viniendo.

Antes de que Kenzie llegue a decir algo para confortarlo —que es lo que quiere hacer, porque es lo que el pobre niño necesita—, se escuchan las sirenas, justo sobre sus cabezas.

Ha llegado la policía.

CAPÍTULO 32

Vanessa Castro es tan buena conductora como dice ser, y están en Prosser en un tiempo récord de dos horas y media. Cuando llegan a la granja, ya está rodeada por coches de policía y la casa está acordonada con cintas perimetrales que delimitan la escena del crimen. Igual que en las películas. Estar confinada en el asiento trasero del coche de Castro durante más de dos horas en silencio le dio a Marin mucho tiempo para pensar qué encontrarían al llegar. Ella no siente que su hijo esté muerto. Marin solía pensar que ella sentiría un escalofrío en sus huesos o una punzada en su corazón, o que se despertaría una mañana y simplemente lo sabría. Frances lo supo, después de todo. Frances tenía sueños sobre la muerte de su hijo.

Pero tal vez lo que le sucedió a Frances fue solo una coincidencia, y la intuición de madre en realidad no es tan poderosa. Castro le dijo a Marin que no alimentara la esperanza, y ella ha tratado de no hacerlo, pero esa pequeña cuña de esperanza que todavía le queda —una esperanza que disminuye día a día desde el momento en que Sebastian fue secuestrado— sigue incrustada en lo más profundo de su corazón. Es lo único que lo mantiene latiendo.

Castro aparca el coche y todos se bajan. Al instante se les acercan dos oficiales de la policía y la investigadora aprieta el brazo de Marin.

—Déjenme averiguar qué está pasando —dice Castro—. Esperen aquí.

Marin mira a su alrededor. La escena es sobrecogedora. Tanto la policía como el FBI están allí y la actividad es frenética. Las luces destellantes de los coches de la policía por toda la granja vuelven el panorama aún más caótico. No reconoce a ninguno de los agentes y solo puede suponer que el que estaba asignado a su caso todavía no ha llegado. Uno de los agentes se separa del grupo y se acerca a Castro y a los oficiales. La investigadora debe de haber dicho algo sobre ella porque todos se vuelven al mismo tiempo hacia Marin para mirarla. A la distancia a la que se encuentra, Marin no puede escuchar lo que dicen.

La granja de la familia de Sal parece diferente por la noche. Bajo la luz de la luna llena, parece incluso más desvencijada de lo que recordaba, con las

ventanas sucias y toda la pintura descascarada. A la luz del día, en cambio, los viñedos le dan a la casa un impresionante telón de fondo, con un encanto rústico que de otro modo no tendría.

No hace frío, pero Marin tiembla. En algún lugar de esta finca está su hijo. Cada centímetro de su cuerpo está expectante y tiene la certeza de que él está allí. No importa cuánto tiempo lleve, ellos lo encontrarán. No importa qué sea lo que encuentren, no importa el estado en que esté, Marin no se irá de allí hasta que pueda llevarse a Sebastian a casa. Como si presintiera sus pensamientos, Derek le toca el brazo. Ella se aleja del contacto.

Castro vuelve y se detiene frente a Marin y Derek. Sin preámbulos les dice:

—Sal tiene un arma. Le ha disparado a su madre.

—¿Sal le ha disparado a Lorna? —Marin no puede creerlo. Lorna no lastimaría ni a una mosca y adora a su hijo. Además, casi no tiene movilidad, según le ha contado Sal. ¿Por qué habría Sal de atacar a su madre?—. No es posible.

—Le disparó en un brazo y ella le dijo a la policía que fue un accidente —dice Castro—. Sal estaba buscando la pistola de su padre y cuando se dio cuenta de que ella la tenía, forcejearon y el arma se disparó.

Marin mira a Derek. Si ha escuchado todo esto, no ha reaccionado. Está allí de pie, inmóvil, perdido en su conmoción. Está entumecido. Ella no lo culpa. Sí lo hará una vez que todo esto termine. Falta poco.

—¿Dónde están ellos ahora? —le pregunta a Castro.

—Lorna está en el hospital. Trataron de preguntarle si ella sabía algo sobre Sebastian, pero no pudo responderles. Cuando estuvo forcejeando con Sal por la pistola, se golpeó la cabeza y esto empeoró la antigua lesión. Está en un estado de confusión. Casi no se la entiende.

—Si Lorna está en el hospital, ¿dónde está Sal?

—Todavía en la casa. Permitió que los paramédicos se llevaran a su madre, pero se niega a salir. Marin… —Castro duda—. Sal dice que solo hablará contigo.

—De ninguna manera —enfatiza Derek, volviendo a la vida. Son las primeras palabras que él ha dicho en la última hora—. Eso no va a suceder.

—Yo quiero hablar con él —dice Marin—. Necesito saber dónde está Sebastian y él es el único aquí que lo sabe.

Derek la toma del brazo sin poder creerlo.

—Marin, no. Él es peligroso. No puedes entrar allí…

—No tiene que ir a ninguna parte. —Castro se vuelve a un agente del FBI y le hace señas para que se acerque—. Puedes usar el teléfono.

La colocan en una posición donde ella puede verlo.

Sal está en el piso de arriba, en su antigua habitación, mirando por la ventana. Marin está cerca del columpio del árbol, a unos ciento cincuenta metros de distancia, sentada en el asiento del acompañante del coche de policía. Ella les pidió privacidad y permitieron que se sentara dentro de la patrulla sin compañía, aunque dos oficiales están haciendo guardia junto al coche. No dejaron que usara su propio teléfono porque quieren grabar la llamada, así que está hablando por el teléfono que el agente del FBI le alcanzó hace un momento.

Puede ver a Sal caminando de un lado al otro detrás de la ventana, con el cañón de la pistola que tiene en la mano apuntando a su cabeza. Con la mano libre atiende el teléfono al primer tono.

—¿Estás vivo? —le dice ella.

Él deja de moverse y mira por la ventana hacia ella. Marin casi no puede ver su cara. La habitación está a oscuras. Pero ella puede reconocer su silueta y lo saluda desde el interior del coche. Él responde con la mano.

—Por ahora —responde con una risa amarga.

—¿Por qué, Sal? —pregunta ella con suavidad.

—No era mi intención que saliera así, Mar, te lo juro. —La voz de Sal suena temblorosa—. Necesitaba el dinero. El plan era retener a Sebastian un solo día, tal vez dos, hasta que Derek pagara el rescate, pero los policías y los del FBI pululaban por todas partes, así que no tuve otra opción que quedarme quieto sin llamar la atención. Lo traje aquí para que mi madre lo cuidara. Le dije a ella que Derek era un padre maltratador, igual que papá, y que teníamos que mantenerlo a salvo. Me creyó. Nosotros decidimos…

—¿Nosotros? ¿Tú y Julian?

—Sí. Decidimos esperar hasta que todo se calmara. Y eso sucedió después de un mes. Le enviamos a Derek el mensaje de rescate después de que salieras del hospital. Pero nos retrasamos en responderle con el lugar de encuentro. Y cuando Julian le habló a Derek, lo escuché que gritaba. Y Sebastian estaba llorando. Y yo… me volví loco. Tu esposo siempre ha sido un imbécil arrogante y supongo que quise castigarlo. Así que cortamos la comunicación y, unos minutos más tarde, le dije a Derek que su hijo había muerto.

Marin no puede hablar. Las lágrimas bañan su rostro. Sal vuelve a reír, y es el sonido más amargo del mundo.

—Lo más loco es que no te lo contó —agrega Sal—. De todas las posibles formas en que esto podía resultar, nunca me imaginé que no te lo diría, que lo mantendría en secreto. No dijo una puta palabra. Ni a ti ni a nadie.

—Pensó que yo trataría de suicidarme de nuevo. —Marin se prepara para la siguiente pregunta. La más difícil—. Sal, ¿dónde está mi hijo?

—Quiero que sepas que te amo —dice, y su voz se quiebra—. Te he amado desde el momento en que te conocí…

—Sal, por favor. ¿Dónde está mi hijo?

—Está en la bodega.

Ella respira agitada.

—¿Está vivo o muerto?

Una pausa. Cinco segundos, diez segundos, ella no lo sabe, pero parece una eternidad. Entonces, finalmente, dos palabras, tan suaves que ella casi no las entiende.

—Está bien.

Marin abre la puerta del coche de la policía y sale.

—¡En la bodega! —grita con todas sus fuerzas, pero ellos ya lo saben porque lo han escuchado, y ya se están movilizando.

—Lo más triste, Sal, es que yo te habría dado el dinero —le dice por teléfono —. Si estabas en problemas, te habría ayudado. No lo habría dudado ni un instante. Eres mi mejor amigo. Solo tenías que pedirlo.

Ella mira hacia la ventana donde Sal está con la mano en alto de nuevo y se le ocurre que es increíble lo mucho que se parecen el “hola” y el “adiós”.

—Te amo, Marin —dice él y corta la comunicación.

Ella escucha el disparo y busca el fogonazo del cañón, pero solo puede imaginar el sonido del cuerpo de Sal cuando cae al suelo.

No les permiten bajar a la bodega, ni siquiera entrar en la sala de catas, así que Marin y Derek esperan fuera. Los segundos pasan como minutos. Los minutos parecen horas.

Las puertas dobles se abren finalmente de golpe y McKenzie es la primera en salir, conducida por un oficial de policía. No está esposada. Por un segundo, su rostro se ilumina cuando ve a Derek, pero entonces parece recordar que ellos no están juntos, que nunca lo estuvieron realmente y nunca lo estarán de nuevo. No mira a Marin ni de reojo. Pasa junto a ellos sin decir ni una palabra.

Transcurre un momento, y las puertas se vuelven a abrir. Y allí, de la mano de uno de los agentes del FBI, está su hijo.

Salen lentamente, él algo asustado por las luces y el revuelo, sosteniendo con el brazo libre un oso de peluche gigante. Con los ojos enormes de asombro, inspecciona todas las caras, y se detiene cuando su mirada se cruza con la de Marin. Ella levanta su mano tímidamente, aterrada de asustarlo, y más aterrada de que esto no sea real y de que si ella trata de acercarse, él vaya a esfumarse, como sucede siempre en sus sueños. Su cara —su perfecta, hermosa, redonda y dulce cara con ojos iguales a los de ella— es tal como la recuerda, aunque sus medidas han cambiado, porque ha crecido. A sus espaldas, se escucha un sollozo que Derek no puede contener. Su pequeño niño mantiene su mirada por unos segundos, no muy seguro, y luego su rostro se ilumina y comprende quién es ella.

Marin está demasiado lejos para escucharlo cuando lo dice, pero ella ve su boca formar la palabra. "Mami".

"Sebastian".

Marin corre hacia él mientras el niño suelta el oso y corre hacia ella, con sus pequeños brazos extendidos, y realmente todo es como en sus sueños, solo que esta vez pueden tocarse porque él está aquí, es real, está vivo, está a salvo.

Y el corazón de Marin —que le habían arrancado hacía cuatrocientos noventa y cuatro días— vuelve a latir.

PARTE CUATRO
UN MES DESPUÉS

Todo nuevo comienzo viene
del comienzo de algún otro final.
Semisonic

CAPÍTULO 33

Hay una fila larga de clientes esperando a ser atendidos en el Green Bean cuando Marin entra, pero ella no está allí para beber café. Se coloca la bolsa de lona negra en el hombro y mira a su alrededor. La bolsa es de Derek; la extrajo del maletero de su coche, pero él no necesita lo que está en su interior. Tampoco le hace falta a Marin.

Tarda un minuto en divisarla. No está trabajando detrás del mostrador; está repasando una mesa en el fondo de la cafetería y levanta la mirada cuando Marin se acerca.

El rosado de su cabello se ha vuelto de un rubio bronce que no la favorece y le da a su cutis una tonalidad cetrina. Es increíble que la primera vez que Marin la vio, ella le pareciera tan vibrante, tan bella, con esa juventud y energía vital tan intimidantes. Ahora tiene el mismo aspecto que cualquier estudiante universitaria excedida de trabajo, exhausta, estresada; nada especial.

McKenzie se pone pálida y retrocede un paso. Marin alza la mano.

—No estoy aquí para montar una escena —dice, y la joven suspira, visiblemente aliviada—. ¿Podemos hablar?

La mesa del fondo está libre y Marin recuerda que esa es la mesa en la que se sentó el día que fue a espiar a McKenzie. ¿Fue hace solo cinco semanas? Parece como si hubiera pasado toda una vida desde entonces, entre las sesiones de terapia para Sebastian y la terapia para ella y lograr una rutina estructurada para su hijo de cinco años que tanto la necesita y la desea.

Le está yendo bien, de todas maneras. El psicólogo infantil le asegura todo el tiempo que los niños son resilientes y el doctor Chen ha dicho lo mismo. Resulta que Lorna fue muy buena con el hijo de Marin, teniendo en cuenta las circunstancias. Sal le había mentido a su madre al principio, diciéndole que debía ayudar a mantenerlo a salvo de Derek, un supuesto padre y esposo maltratador y, por supuesto, Lorna aceptó. Creyó todo lo que Sal le dijo… hasta que, finalmente, no le creyó más. En esos dieciséis meses que tuvo a Sebastian, Lorna lo había cuidado bien. Lo alimentó. Lo bañó. Le leyó cuentos. Le llevó juguetes. Lo sacó al aire libre cada vez que pudo, dejándolo

corretear en el sol. Le habló de Marin cada día, de cuánto lo adoraba su mami, cuánto lo echaba de menos y lo pronto que vendría a buscarlo en cuanto pudiera. No le dijo nada de Derek, ya que, aunque creía que el padre de Sebastian era el villano, tampoco le dijo nada negativo sobre él.

La cadera de Lorna, por cierto, estaba muy bien. Se había recuperado perfectamente de la operación de cadera del año anterior y resultó que todos los males adicionales no eran más que mentiras para justificar los frecuentes viajes de Sal a Prosser para ver cómo estaba Sebastian. La herida del balazo en el brazo no fue más que un rasguño, pero la lesión en el cráneo como resultado del forcejeo con su hijo por la pistola fue bastante grave. Tuvo que ser sometida a una operación y todavía estaba internada en el hospital bajo observación.

Marin toma asiento en la mesa y coloca la bolsa negra en el suelo junto a ella. No es demasiado pesada, pero es un poco incómoda y le alegra no tener que cargarla más.

McKenzie toma asiento frente a ella, dejando en la mesa el paño húmedo con el que limpiaba entre ellas, como si fuera una barrera.

—Tienes muy mal aspecto —dice Marin.

—Uy, gracias —responde McKenzie, pero luego se encoge de hombros—. Supongo que me lo merezco. He estado durmiendo por todos lados desde que me echaron de mi apartamento. La persona con la que me quedé anoche tiene un perro que odia a mi gato, así que ninguno pudo dormir demasiado. —Mira hacia abajo y saca un pelo del gato de su camisa—. ¿Cómo está tu hijo?

—Maravillosamente —dice Marin—. Él es la razón de esta visita.

La joven se tensa.

—No lo entiendo.

—Sal… perdona, J. R., te debe de haber contado que contraté a alguien para asesinarte. —Marin mantiene el tono de su voz bajo. Decir esto en voz alta es ridículo y horripilante a la vez—. Obviamente, ahora sé que él nunca lo llevaría a cabo. Fui engañada por un estafador. Pero, entre tú y yo, siento que puedo confiártelo: realmente quería verte muerta. Ya había perdido a mi hijo, y sentía que estabas tratando de arrebatarme lo único que quedaba de mi familia. Me encontraba, por no decir otra cosa, en una muy mala situación. —McKenzie asiente. Es casi imperceptible, pero Marin lo advierte—. ¿Has tenido noticias de Julian? —pregunta Marin.

McKenzie menea su cabeza.

—No desde el día en que tomó la foto para pedir el rescate. J. R. sospechaba

que iba a engañarlo y que desaparecería con el dinero que tú le habías pagado. Parece que eso es exactamente lo que hizo. —Esboza una sonrisa—. Menos mal que no te estafó con los otros doscientos cincuenta.

Marin empuja con su pie la bolsa negra hasta que toca la pierna de la otra mujer.

—Sí, menos mal. Si hubiera sido así, no podría estar aquí ahora dándotelos a ti.

McKenzie frunce el ceño. Mira hacia abajo a la bolsa y luego a Marin.

—¿Qué quieres decir? —Mira a su alrededor—. ¿Es alguna trampa?

—Ninguna trampa —responde Marin—. Le pagué a alguien para que te matara y, haya sido real o no, he tenido que vivir sabiendo que yo deseaba sinceramente verte muerta. Cambié de idea y suspendí el encargo. Pero aun así estuvo mal y no puedo vivir con eso. En especial ahora que he recobrado a mi hijo.

McKenzie abre la boca para decir algo, pero no sale ninguna palabra y vuelve a cerrarla.

Marin se pone de pie.

—Esta es mi forma de pedirte disculpas. Podríamos haberte denunciado por extorsión, pero Derek le dijo a la policía que creía que tú también eras una víctima en todo esto. Yo no lo creo, personalmente; creo que él habla desde la culpa. Considero que eres una joven muy lista y que sabes exactamente lo que les haces a los hombres ricos que desplumas. De muchas maneras, parece como si estuviera recompensando a una mala persona que trató de destruir mi vida. Pero yo necesito dormirme por la noche con la conciencia tranquila, sabiendo que al menos traté de enmendar los errores que cometí. Le pagué a alguien un cuarto de millón de dólares por tu vida, y ahora te estoy pagando un cuarto de millón de dólares para compensarlo. Guárdatelo, dónalo, quémalo, no me importa en absoluto.

McKenzie la mira impactada, esperando el remate final de la escena.

—Además —agrega Marin—, fuiste muy amable con mi hijo. Sebas me dijo que te quedaste con él en la bodega. Le diste la mano, lo abrazaste cuando sintió miedo, le dijiste que todo estaría bien. Le caíste bien. Te llama "la chica del cabello rosado". Dice que eras su amiga. Por esa razón puse algo extra.

McKenzie respira profundamente.

—En verdad es un niño muy dulce —dice cuando por fin puede articular palabra—. Y… gracias. Por esto. Mi madre está enferma. Esto… esto ayudará.

—De nada. A propósito, deberías volver a teñirte de rosa. Te quedaba muy bien.

Marin deja la bolsa en el suelo y se aleja, imaginando la expresión en el rostro de la joven cuando lo abra y se encuentre, encima del montón de billetes, con el par de Christian Louboutin que había admirado cuando irrumpió en la casa de Marin.

De acuerdo, karma. Estamos en paz.

CAPÍTULO 34

Es el primer martes del mes.

Marin detiene el coche en el aparcamiento de Redondas Tentaciones. No puede recordar cuándo fue la última vez que estuvo tan nerviosa en una reunión del grupo; quizá no como ahora desde la primera vez que asistió, pero entonces el nerviosismo se mezclaba con el dolor y la conmoción. Puede ver por los coches aparcados que Simon ya ha llegado, lo mismo que Lila. Frances también, por supuesto. Y Jamie, la nueva.

Ha estado en contacto con todos ellos de forma individual desde que se conoció la noticia un mes atrás. Ella y Derek se negaron a dar entrevistas, pero sí hicieron una declaración para expresar su gratitud por la vuelta de su hijo sano y salvo. Ella no sabe con exactitud si el grupo ha aceptado verla hoy. Fue idea de Frances que los visitara, pero Frances está en un espacio emocional diferente al de los demás.

Y ahora también lo está Marin.

Mira a Sebastian en el espejo retrovisor; está sentado atrás. Le sonríe a su reflejo y ella le devuelve la sonrisa.

—¿Estás listo, osito mío?

—Quiero la dona con chispas de colores —dice él—. ¿Habrá juguetes dentro?

—Ah, no lo sé. —Marin desabrocha su cinturón de seguridad y baja del coche—. Tal vez no haya juguetes, pero seguro que habrá donas. Todo tipo de donas. No nos quedaremos mucho tiempo, ¿de acuerdo? Saludamos a todos y nos vamos. Esta reunión es para los mayores, pero hoy es especial porque Frances te quiere conocer.

—¿Quién es Frances?

—Es mi amiga. Es una señora muy buena, dueña de la tienda de donas. —Marin desabrocha el cinturón del asiento de seguridad y lo saca del coche. Sus manos se unen automáticamente cuando atraviesan el estacionamiento. Es increíble que, después de dieciséis meses de estar separada de él, sus manos todavía saben cómo hacerlo, cómo encontrarse.

—¿Tu amiga tiene niños? —pregunta esperanzado.

—Tenía —dice Marin, y Sebastian no sigue preguntando.

Ella abre la puerta de Redondas Tentaciones. No hay nadie detrás del mostrador y, como es normal en esta hora de la tarde, hay solo unos pocos clientes en las mesas del frente. Los clientes se vuelven a mirarlos cuando pasa con Sebastian y ella les devuelve la sonrisa. Cuando llega al fondo del salón, respira hondo antes de empujar la puerta. Espera que esta reunión sea algo bueno para todos. Que no le haga daño a nadie.

—¡Sorpresa! —gritan todos, y Sebastian salta y se suelta de su mano.

Ella lo mira con preocupación, pero no es necesario inquietarse. Su hijo está absolutamente encantado, aplaude con sus manitos y ríe al ver los globos de helio rebotando contra el techo, con sus cintas de colores que zigzaguean hasta el suelo. En medio del salón hay muchas donas surtidas y un pastel de *Patrulla de cachorros* con cobertura azul y blanca. Un gran cartel cuelga sobre sus cabezas. Dice, simplemente, "Sebastian".

Frances es la primera en acercarse, y los llena de besos y abrazos. Luego Simon, llorando de emoción, seguido de Jamie, con su sonrisa tímida, y por último Lila, que ha llevado a sus dos hijos menores. Hay música y regalos —"¡Muchos regalos, mami!"— y Sebastian va directo hacia la dona con chispas que está encima del montón, para ofrecérsela a uno de los hijos de Lila.

A Marin le preocupaba que fuera duro para ellos ver a su hijo, vivo, sano y mejorando cada día, a pesar de que ya le habían asegurado por teléfono que todo estaría bien. Ahora ve que es así. Todos son padres. Si bien sus hijos pueden estar con ellos o no, se alegran sinceramente con la presencia de este niño del que han hablado tanto, un niño que han deseado tanto y por el que han rezado tanto.

Frances le estrecha la mano a Marin.

—¿Derek no ha podido venir?

—No… —dice Marin—. Esto del grupo no le resulta cómodo. Nos está esperando en casa. Hoy es noche de cine. *El rey león*.

—¿Ustedes están bien?

—Estamos bien —responde ella—. Tenemos que estarlo, por Sebas. Estamos juntos en la casa y es bueno para todos nosotros, por ahora. No sé cómo seguiremos a partir de aquí, pero tenemos tiempo para decidirlo. Todavía nos queremos. Somos amigos. Estamos de acuerdo en todo con respecto a nuestro hijo. Por ahora, esas son las únicas cosas de las que me siento segura.

Frances la vuelve a abrazar.

Marin observa a Sebastian, que juega con los hijos de Lila.

Se ríe con tantas ganas que sus mejillas llenas del merengue del pastel se han puesto rosadas.

Todavía se despierta en medio de la noche por la necesidad de comprobar que él está durmiendo en su habitación, a salvo. Pero el doctor Chen dice que eso pasará con el tiempo. Al menos ya no necesita medicación para dormir.

Su teléfono suena con una notificación y ella lo revisa. Es un mensaje de Derek.

"Avísame cuando estén volviendo, así pido la pizza. No hay prisa. Los quiero y los echo de menos".

Ella no sabe qué sentir cuando él dice esas cosas, así que responde de la única forma en la que se siente cómoda. Le manda un corazón. Con Sebastian entretenido y todos los demás conversando entre ellos, Marin se sienta en un rincón y revisa su teléfono. La enorme cantidad de mensajes y llamadas que ha recibido de sus amigos, familia y clientes en las últimas semanas es impresionante. Todavía no ha podido ponerse al día con todo.

Al final de la lista están los antiguos mensajes de Sal. No ha podido borrarlos todavía. Es difícil conciliar la persona que ella creyó conocer con la persona que resultó ser. La hizo vivir un infierno, pero también fue quien la ayudó a sobrevivirlo. Fueron amigos íntimos durante veinte años, y hasta el año pasado, la mayor parte fueron buenos. Es perturbador cómo el amor y el odio pueden existir al mismo tiempo, entremezclados, enredados en una gran confusión, incluso después de que una persona haya muerto.

Los mensajes de texto de Sal son lo único concreto que le ha quedado a Marin para recordarle que en algún lugar, muy en el fondo, él era bueno. Y la quería. Nunca volverá a escribirle.

Revisa el último mensaje que Sal le envió, el mismo que le mandó cada mañana durante meses y meses.

"¿Estás viva?".

En el salón explota un globo y Sebastian grita de alegría.

El corazón de Marin se llena de gozo al escucharlo. Tiene toda la razón, vaya si está viva.

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

Queremos recomendarte *Su peor pesadilla,* de Andrea Mara, un *thriller* psicológico que comparte con *Pequeños secretos* la angustiante premisa de un niño desaparecido y una madre dispuesta a todo para encontrarlo.

Tanto Marin como Marissa experimentan el terror más profundo que puede sufrir una madre: perder a su hijo en circunstancias misteriosas. Y ambas deben enfrentarse no solo a la devastadora culpa, sino también a una red de secretos, mentiras y sospechas en sus entornos más cercanos.

Con una narración atrapante, personajes llenos de matices y giros que no vas a ver venir, *Su peor pesadilla* es una lectura que te mantendrá en vilo hasta la última página.

El equipo editorial



Escanear el código QR para ver información de *Su peor pesadilla*.



Jennifer Hillier Nació y se crio en Toronto (Canadá); vivió durante muchos años en Seattle antes de regresar a su hogar en Toronto, donde ahora reside junto a su familia. Sus dos novelas anteriores fueron finalistas de los mejores premios del género de suspense y han sido traducidas a 15 idiomas. Esta es su tercera novela.

Sitio web: jenniferhillierbooks.com

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:





MotusThriller

www.motus-thriller.com